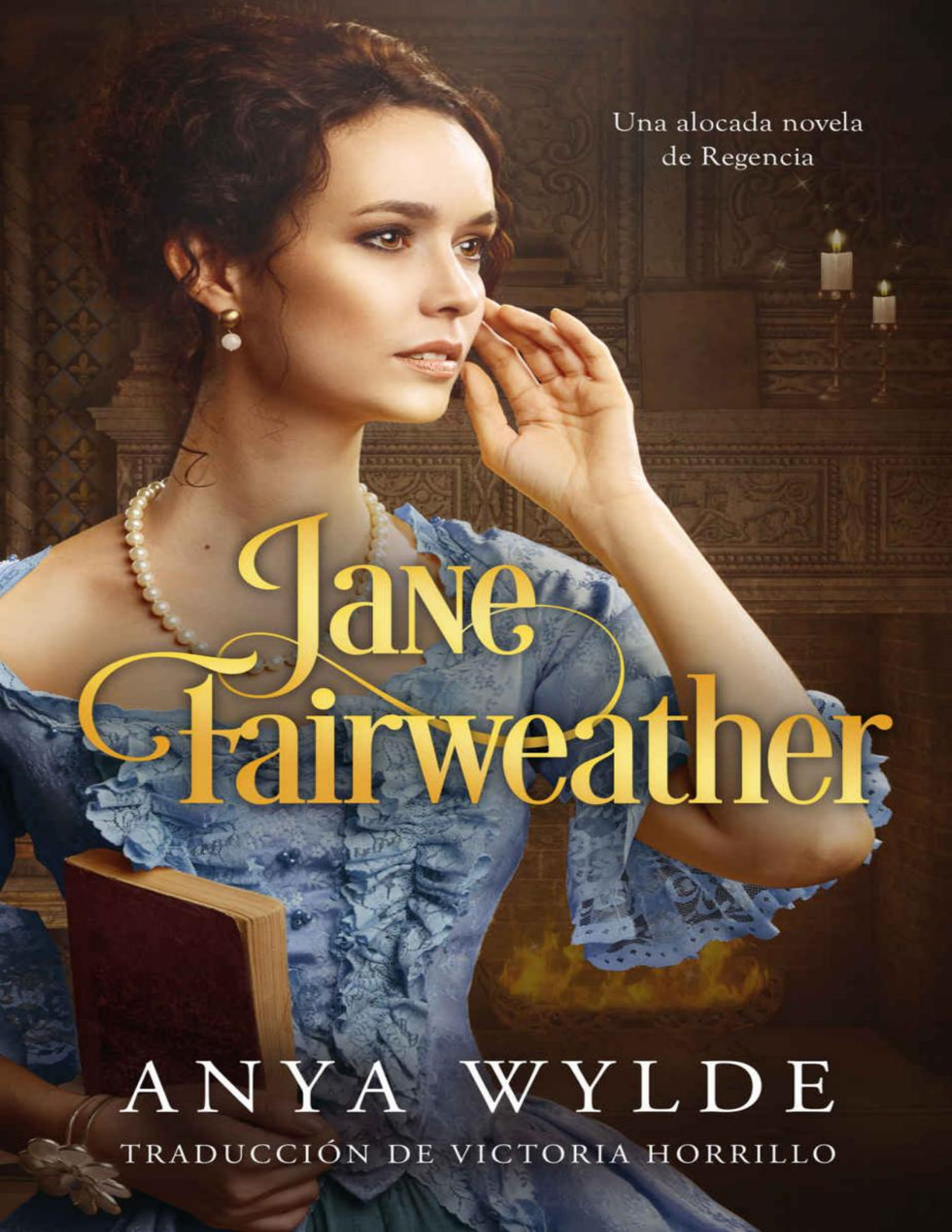


A woman with dark, curly hair, wearing a blue lace dress and a pearl necklace, is shown in a Regency-style setting. She is holding a book and has her hand near her face. The background features ornate wood paneling and lit candles.

Una alocada novela
de Regencia

Jane Fairweather

ANYA WYLDE

TRADUCCIÓN DE VICTORIA HORRILLO

JANE FAIRWEATHER

Una alocada novela de Regencia

Any a Wylde

OceanofPDF.com

Para Marcus y Daniel, la alegría de mi vida.

OceanofPDF.com

Capítulo Uno

Jane Maryanne Fairweather se bajó la manga del vestido de mañana para ocultar las manchas de pintura al óleo de color bermellón y amarillo de plomo y estaño que tenía en el brazo. Confiaba en que los guantes las taparan casi por completo.

Miró por la ventana. Era un hermoso día de verano, de esos que hacen perder la cabeza a algunas personas y las impulsan a salir a realizar actividades físicas carentes de sentido.

Al otro lado de la pradera de césped cuajada de flores veraniegas, vio a una de esas almas enajenadas: el hijo pequeño de la lechera, correteando alrededor de un viejo roble. Tenía las piernas delgadas como palillos y la nariz redondeada y granujienta como una patatita.

Jane chasqueó la lengua, compadeciéndose de la humanidad. Todas esas carreras, saltos y brincos hacían que se desprendieran partes importantes del interior de la mollera. No era algo que debiera alentarse. ¡Si hasta el rey se había vuelto loco! Seguro que su niñera le había animado a jugar, en lugar de a leer.

Y en cuanto al regente... Jane se estremeció. Sufría una aflicción mucho peor: la idiotez.

—¡Jane! —chilló su madre—. ¡Date prisa! ¡Lord Hickenbottom está esperando!

Jane bajó los hombros, desanimada. Lord Hickenbottom... ¿Qué mosca había picado a aquel hombre para ir a hacerle una visita? Otro grito de su madre la hizo acercarse a toda prisa al espejo para pellizcarse las mejillas y colocarse un largo mechón cobrizo detrás de la oreja.

Se pasó un dedo alrededor del cuello del vestido. Tenía la piel irritada por el encaje.

—¡Me estoy dando prisa!

Otra rápida mirada al espejo le confirmó que tenía el aspecto de siempre, el de una lechuza blanca y delgadita: unos ojos demasiado grandes para su cara pequeña y pálida, una espesa mata de ondas cobrizas que se amontaban sobre su cabeza como una pesada corona y una esbelta figura enfundada en un suave vestido de muselina del color de la mantequilla.

Salió a toda prisa del solario y voló camino de la cocina. Tenía una mirada un poco feroz cuando irrumpió en la habitación.

Una cabeza vieja y arrugada que se parecía extrañamente a un repollo de ojos amables le sonrió.

—¿Sí, señorita?

—¡Tengo una visita!

La cocinera sonrió.

—Estaba muy guapa anoche con el vestido rosa de baile. Sabía que alguien se encapricharía de usted.

Jane paseó la mirada por la cocina. Las sirvientas estaban ocupadas llenando tarros con hierbas secas y encurtidos, y el ayuda de cámara se había quedado dormido con la boca abierta junto al fuego. Aun así, Jane bajó la voz y se acercó a la cocinera.

—¿Lo tienes?

—Sí. —La cocinera le entregó algo subrepticamente.

Jane se guardó en el bolsillo el jugoso tomate y se dirigió hacia la salita de mañana. Caminaba con paso ansioso y en su sonrisa había un brillo de picardía.

Encontró a lord Hickenbottom de pie junto al piano.

Lo observó por un momento. Llevaba pantalones amarillos, camisa color crema, chaleco marrón claro y sombrero negro con cinta dorada.

Parecía un narciso arrancado que empezaba a marchitarse por los bordes.

Jane reprimió un escalofrío.

—¿Toca usted, milord?

—¿Perdón?

Odiaba aquello. Odiaba conversar con extraños.

—¿Toca? —preguntó alzando un poco la voz.

—Un poco.

Él hizo una reverencia y se acercó. Jane sonrió nerviosa y le dio del brazo. Se sentaron en la *chaise longue*.

Lord Hickenbottom se metió la mano en el bolsillo y sacó un capullo de rosa rojo oscuro.

—Cuando lo he visto —dijo acariciándole la mejilla con los pétalos —, me ha recordado a usted. Joven, fresca y delicada.

Jane sonrió, volvió la cara y de un mordisco arrancó el capullo del tallo.

Él tragó saliva mientras miraba el tallo, en el que solo quedaban una espina y dos hojas.

Jane se tragó la flor y dejó escapar un eructo delicado.

—Gracias. Tenía hambre.

—Se ha comido la rosa.

—En efecto, me la he comido.

—Se la ha comido.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Qué iba a hacer con ella, si no?

—¿Ponerla en un jarrón?

—Pero tenía hambre.

—Podría haberse comido una galleta.

—Me la comeré cuando la criada las traiga.

—Pero la rosa...

—Estaba deliciosa.

A él empezó a temblarle el ojo derecho de forma alarmante.

Jane se limpió los labios con un pañuelo de encaje y soltó otro eructo.

Él se estremeció como si tratara de sacudirse de encima el recuerdo de aquel incidente y siguió adelante con decisión.

—Esas acuarelas —dijo señalando los cuadros enmarcados que colgaban de la pared—, ¿las ha pintado usted?

—No —mintió ella.

—Las mujeres son tan habilidosas... —Se arrimó a ella y le agarró la mano—. ¿Cose usted?

Jane sonrió ampliamente.

—Me encanta cazar.

Él frunció el ceño.

—¿Cazar? ¿Sabe disparar?

Jane batió las pestañas.

—Cazo conejos. Los agarro por el pescuezo y los tiro al fuego. Es divertidísimo.

—Ah.

—Y también me gusta observar al carnicero.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—Zas, zas, zas. La forma en que corta la carne. Cuanto más pequeña, mejor. La sangre chorreando por el cuchillo bien afilado...

Lord Hickenbottom le soltó la mano.

—¿El carnicero le permite observarlo?

Jane se pasó la lengua por los labios y aplastó el tomate dentro del bolsillo.

—Somos viejos amigos.

—¿Su madre no se opone a esa amistad?

Ella negó con la cabeza y miró a hurtadillas la mancha roja y húmeda que se iba formando en su vestido a medida que el jugo del tomate calaba en la tela.

—Hasta la cocinera me permite entrar en la cocina cada vez que tienen que desollar una pieza de carne.

—Dios mío, ¿eso es... sangre? —Él saltó del sofá.

—Ay, Dios. —Jane sacó la mano del bolsillo y dejó que la manga cayera hacia atrás. Los trozos de tomate se habían mezclado con la pintura carmesí, cubriéndole la mano. Daba la impresión de que había estado hurgado en las tripas de un ser vivo—. Era Lord Thomas.

Él se limpió la frente con un pañuelo de seda verde.

—¿Cómo dice?

—Una ardilla solitaria cuya pareja falleció. Me la había guardado en el bolsillo para consolarla, pero me ha distraído usted con su presencia y la he aplastado sin querer.

Lord Hickenbottom la miró con inquietud.

—¿Cómo murió la pareja de la ardilla, señorita Fairweather?

—Me la comí. Están buenísimas sacadas directamente del árbol.

—¿Crudas?

—Naturalmente.

—¡Puaj!

Ella pasó la punta del pie por la mullida alfombra persa.

—¿Té, milord?

—Tengo que irme. Un asunto urgente del que acabo de acordarme. Quizás en otra ocasión. Ha sido una visita encantadora.

—Por favor, quédese. —Lo agarró del brazo y tiró de él hacia el asiento—. La cocinera ha hecho unos pasteles maravillosos. Ligeros como el aire.

En ese preciso momento, Rose entró con una bandeja cargada de té y pasteles.

Jane sirvió un poco de té en una taza y luego volcó en ella todo el contenido del azucarero.

—Beba —ordenó entregándole la taza a lord Hickenbottom.

—Preferiría algo más fuerte. Brandy. Quizá su padre tenga un poco en su despacho. Voy a preguntárselo...

Ella empezó a aullar como un lobo.

Él bebió.

Apuró la taza de un solo trago y luego se levantó de un salto y salió a toda prisa de la habitación.

Jane le observó escabullirse y, en cuanto se perdió de vista, se echó a reír, triunfante. Dio unas vueltas, abrazándose a sí misma. Otro pretendiente al que había ahuyentado. Aquel había sido fácil. Se detuvo en mitad de un giro y su sonrisa vaciló.

Al otro lado de la ventana se alzaba un arbusto. ¿Un laurel moteado o un cornejo? Tenía hojas de las dos especies. Qué curioso. Nunca había visto aquel arbusto, pero sí había visto los ojos redondos y brillantes que la miraban escupiendo fuego por entre las hojas.

El arbusto volvió a moverse, elevándose como una ballena en el mar.

Jane tragó saliva.

Su madre, disfrazada de matorral, había escuchado cada palabra y ahora la miraba con furia.

—Parece que voy a tener que tomar cartas en el asunto —dijo sacudiéndose una babosa.

Capítulo Dos

El denso y reconfortante aroma del aceite de linaza, mezclado con los vapores mareantes de la trementina y la pintura al óleo, impregnaba la terraza. La leve brisa que entraba por las altas ventanas abiertas no bastaba para mitigar su intensidad embriagadora.

Jane ajustó el caballete de madera para que el sol diera directamente en el lienzo. Lo acarició con las yemas de los dedos. El *gesso* estaba seco y el boceto listo.

Mojó el pincel en malaquita y removió el pigmento. Un grito resonó en algún lugar de la casa, sobresaltándola. Se le cayó el pincel y la pintura salpicó el suelo.

Mientras limpiaba con un trapo el pigmento verde, se apoderó de ella una intensa y repentina añoranza de su hogar en Finnshire. Allí sí tenía paz.

Sus adinerados cuñados habían tomado de la mano a su padre y le habían puesto en el camino de las inversiones más provechosas. Como la situación de la familia había mejorado mucho desde entonces, su madre había decidido comprar esta casa en la ciudad.

Jane arrugó el ceño. El bucólico campo repleto de margaritas y ranúnculos había sido sustituido por un jardín cuidado con esmero. Las voces de las criadas y el ruido de los estruendosos carruajes ahogaban el gorjeo de los pájaros.

Incluso la comida sencilla y deliciosa que solían comer en el campo había sido reemplazada por sopa blanca, platos estrafalarios y vino aguado, todo ello consumido a horas espantosamente tardías. Tan tardías, de hecho, que durante el último mes se había quedado dormida seis veces en la mesa del comedor.

Hasta el sol parecía distinto aquí. Era como si se pasara el día intentando esconderse detrás de las nubes, incapaz de contemplar la

suciedad de las calles y el humo oscuro y sofocante que saturaba el aire.

Y, a pesar de todo, Londres, como un cachorro apestoso y sucio, extraviado e insistente, iba encandilándola poco a poco.

Había visto muchas cosas durante el último año y, cuantas más veía, más mejoraba como artista. Se había cansado de pintar sensatamente árboles y montañas. Aquí podía plasmar el caos del Camino de la Ginebra, la vitalidad de los bailes y la tragedia del desamor.

Una parte de su ser se estaba desprendiendo de Finnshire; la inocencia de la infancia se desintegraba lentamente. ¿Era por eso por lo que de repente ansiaba volver al pueblo, tal vez en un intento de aferrarse a su apacible pasado y evitar el torbellino lleno de incógnitas que tenía por delante?

Sumergió un costoso pincel de marta roja en aceite de nuez y lo mezcló con el negro de huesos de su paleta. Con mano firme, aplicó la pintura al lienzo.

—¿Un nuevo cuadro, Jane? —preguntó desde la puerta la señorita Georgiana Berry, su amiga íntima.

Jane añadió al negro un toque de blanco y de azul de Prusia, maravillada de nuevo por aquel pigmento sintético recién creado. Se preguntaba si superaría la prueba del tiempo o perdería color con el paso de los años.

—Es un farolero. —Su madre entró en ese instante y señaló el cuadro—. Y tú, Jane, estás tan sucia como él.

Jane inclinó la cabeza y sonrió sin apartar la mirada del lienzo, complacida por el tono azul grisáceo. El hombre del cuadro le parecía encantador.

—¡Rosey! —le gritó su madre a la doncella—. ¡Prepara el baño!

Jane sacó la lengua, concentrada en su tarea, y volvió a empuñar el pincel. Con sumo cuidado, aplicó un toque de gris a la piel del farolero. Sus dedos se detuvieron más de la cuenta, suspendidos sobre los ojos del hombre.

Una extraña sensación la recorrió mientras lo miraba. Aquellos ojos eran hipnóticos.

No era la primera vez que sus cuadros la subyugaban, pero lo que sentía en ese momento era una emoción indefinida.

—Se diría que tiene hollín de años acumulado en las arrugas y las grietas de la piel —comentó Georgie, embelesada—. Ojalá yo pudiera pintar así de bien.

—Tú pintas bien —repuso Jane mientras dejaba el pincel y se limpiaba las manos con un trapo.

—Un farolero. —Su madre echó una ojeada al cuadro—. Es espantoso. Todo humo y mugre. Las mujeres deberían pintar árboles y flores, no patanes sucios y embadurnados de hollín. No me extraña que no te cases. Cuatro temporadas y ni un solo pretendiente. Con tu dote y tus contactos, una esperaba que te hubieras casado el primer año...

—Madre. —Jane se volvió hacia ella—. Déjame trabajar.

—Eso no es trabajo. Es una pérdida de tiempo. Tienes que ir a un baile...

—Es esta noche.

—Tienes que arreglarte.

—¡Faltan horas! Además, después de asistir a quinientos bailes, creo que puedo arreglarme en menos de una hora.

—Necesitas cuatro horas para estar presentable —respondió su madre en tono cortante—. Solo en quitarte la pintura tardas una hora.

—No quiero casarme, mamá —le soltó Jane.

—Antes apenas teníamos nada y, aun así, tus hermanas se casaron bien. Ahora que nuestra suerte ha cambiado, esperaba que tardaras aún menos que ellas en encontrar marido, y aquí estás, acumulando polvo, cada vez más cerca de convertirte en una solterona. Cada vez tienes menos visitas. Pronto nadie te querrá.

—Era Penélope la que no tenía nada.

La señora Fairweather entrecerró los ojos.

—La mandé a Blackthorne.

—Pero no pensabas que se casaría con el duque. No tenías fe en ella.

—Aun así, fue obra mía. Esa chica le debe a sus hermanas el ayudarlas, después de todo lo que hice por ella.

—No hiciste nada. Todavía la tratas con crueldad.

—Ya basta. No intentes cambiar de tema.

—¿Es porque se parece a su madre?

La señora Fairweather torció el gesto.

—¿Puede saberse qué te pasa?

—¿Y si te enamoraras? —terció rápidamente Georgie—. Es una sensación maravillosa.

Los ojos de Jane centellearon.

—No voy a enamorarme. No puedo permitirme el lujo de enamorarme. Cientos de mujeres con un talento extraordinario han languidecido simplemente porque se casaron. Muchas de ellas han muerto al dar a luz.

La señora Fairweather puso los brazos en jarras.

—Has vuelto a leer libros indebidos.

Jane respondió entre dientes:

—Los hombres y la prueba de su talento perviven en las páginas de los libros, en esculturas y en miles de cuadros. Mientras que las mujeres... ¿Qué hay de nuestro talento? ¿Qué hay de nuestra historia? ¿Qué pasa con nuestra contribución al mundo del arte y la cultura?

—Jane. —La voz de su madre se volvió fría—. Todas hemos tenido aspiraciones pueriles. Yo quería cantar y bailar en el escenario. Naturalmente, ahora que soy mayor, me doy cuenta de que era una bobada. Cuando seas más sabia, verás que esas aspiraciones tuyas son absurdas. Es la juventud que corre por tus venas la que te hace ver molinos de viento. Las mujeres no pueden ser pintoras. Están hechas para ser esposas y madres.

—Yo voy a ser pintora, nada más.

—No tengo tiempo que perder en discusiones sin sentido como esta. Ve a bañarte.

Rosey y otras dos criadas aparecieron llevando cubos de agua. Extendieron una sábana dentro de la bañera, pusieron una silla en el centro y empezaron a verter el agua caliente en la bañera, colocada detrás de un biombo.

La señora Fairweather se volvió hacia Georgie.

—Es responsabilidad tuya ocuparte de que se bañe. Haz lo que sea necesario para quitarle la pintura. Si quieres, tírala dentro.

Las jóvenes la vieron marcharse y, al unísono, soltaron un suspiro de alivio.

—Tu madre... —Georgie hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Tiene buena intención.

—Lo sé. —Jane guardó la pintura y los pinceles. Ese día no podría hacer nada más, porque tenía que esperar a que se secara la pintura gris. Se dio la vuelta, exasperada. Odiaba esperar a que se secara la pintura. Ansiaba pasar a la siguiente capa y veía vívidamente en su cabeza cómo quería que fuera el resultado final.

—Qué rara eres. —Georgie vertió agua en un cuenco lleno de jabón batido y lo colocó junto a la cabecera de la bañera—. Has convertido el solarío en un dormitorio y un baño.

—Paso la mayor parte del tiempo aquí. Me pareció que era lo mejor.

—Pero ¿dormir en el solarío?

Jane se encogió de hombros.

—Es lo mismo. —Se puso detrás del biombo Coromandel y, con ayuda de Rose, la doncella, empezó a desvestirse.

—¡Pero esto está apartado de la casa! ¿Cómo lo consiente tu madre?

—Ella no lo consiente. Pero mi padre sí.

—Te ha malcriado en exceso.

—Simplemente es más sensato.

Georgie suspiró.

—Espero que consigas un marido la mitad de cariñoso.

La cara roja de Jane asomó por detrás del biombo.

—¿Cuántas veces...?

—Sus ojos —la interrumpió Georgie rápidamente—. Tiene unos ojos pecaminosos.

Jane frunció el ceño.

—¿Quién?

—El farolero del cuadro.

—Sabía que se los había hecho demasiado bonitos —dijo Jane, corriendo hacia el cuadro.

Georgie soltó un chillido.

—¡Por Dios, estás completamente desnuda y salpicando agua por todas partes! ¡Qué vergüenza, Jane! ¿Y si entra alguien? Vuelve a la bañera y termina de asearte.

Jane puso mala cara.

—Creo que no conozco a nadie con unos ojos así.

—Ya no somos niñas, Jane. Si tu madre te ve así, te...

—¿Qué haré?

—¡Mamá! —Jane abrió los ojos de par en par y corrió a esconderse detrás del biombo.

La señora Fairweather apretó los labios.

—Cualquiera podría haber salido a dar un paseo y haberte visto correteando por aquí desnuda como una loca. Ignoras mis consejos y, a pesar de la excelente escuela a la que te enviamos, te comportas como una verdulera sin moral ni principios. Y encima ahora parece que también has perdido la cabeza. Tu padre se empeñó en cederte el solarío. Hasta ahora he cedido a sus deseos. Pero se acabó. Ya he tenido suficiente.

OceanofPDF.com

Capítulo Tres

La pequeña casa londinense crujía y gemía de nuevo, mientras los sirvientes de los Fairweather iban de acá para allá como langostas barriendo con frenesí un campo de arroz.

Al ponerse el sol, las criadas empezaron a correr las cortinas de la casa. Los pesados cortinajes de seda se cerraban con un ruido seco, sumiéndolo todo en la oscuridad. Se encendieron las lámparas de aceite y el sonido del pedernal y el hierro al golpear los yesqueros llenó el aire. Las criadas volvieron a ir de acá para allá llevando cubos humeantes, flores secas, incienso encendido y lociones y potingues de la cocina al solario.

En el solario, Jane y Georgie se preparaban para el baile. Había guantes, medias y tocados esparcidos aquí y allá. Perlas, broches y collares yacían sobre la cama, y había zapatos de baile y escarpines de raso sobre las sillas.

Jane tiró las combinaciones al suelo y se sentó encima de ellas, mientras Georgie tropezaba y volcaba una caja llena de cintas que volaron por el aire.

Jane observó la lluvia de tiras de colores y dejó escapar un gemido.

—Hoy es uno de esos días en que tengo la sensación de que va a ocurrir algo espantoso.

Georgie se tumbó en la *chaise longue* y sus rizos rojos brillaron bajo la luz dorada.

—No puedo vestirme con este desorden.

—Tenéis una hora. —La señora Fairweather, con la cabeza llena de papel de rizar, se asomó a la habitación—. Ponte los rubíes, Jane, y levántate del suelo —dijo, y desapareció sin esperar respuesta.

Jane suspiró y se levantó. Se puso delante de su cuadro y ladeó la cabeza.

—Debería ponerle unas arrugas alrededor de los ojos.

Georgie chasqueó la lengua.

—Debes de tener una larva dentro del cerebro. Por una vez, olvídate de la pintura y disfruta. Baila y vive el momento. —Respiró hondo y gritó —: ¡El rosa, Rosey!

—Enseguida, señorita.

Jane levantó el brazo mientras Mary, su doncella, le quitaba el vestido de mañana. No despegó los ojos del cuadro. Se estremeció al quedarse en combinación y levantó las manos para acariciarse los pálidos brazos.

—Su madre ha encargado que se beba usted esto. —Mary le tendió una taza de té.

Jane bebió un sorbo, distraída, e hizo una mueca al notar el sabor amargo del té.

—¡Rubíes! —resopló, irritada—. Mi madre quiere que me ponga rubíes con el vestido de crepé blanco. Quedará horrible. Me pondré perlas en el pelo y nada más.

—Tu madre tiene buen intención, aunque su gusto sea cuestionable —la reconfortó Georgie.

—Estaba empeñada en que me pusiera un vestido de brocado amarillo con adornos de flores doradas para la cena de lady Dunne —refunfuñó Jane.

Georgie sacudió la cabeza, haciendo que sus impresionantes rizos rojizos se movieran y reflejaran la luz.

—Sopa. —Rosey entró a toda prisa y depositó una bandeja sobre la mesa. Colgó el vestido rosa con volantes en el poste de la cama y se retiró.

Jane se sentó en el tocador y se acarició la tripa para calmar los nervios.

—Presiento que van a empezar a darme retortijones. Me siento mareada. ¿Estoy de color verde?

Georgieladeó la cabeza.

—Estás muy guapa. Lástima que no puedas ir al baile en combinación y con el pelo suelto. No sé por qué, pero cuando estás a medio arreglar te transformas en una belleza. Yo, en cambio, necesito todo tipo de aderezos.

Jane se miró al espejo y puso una mueca de fastidio. Sus ojos marrones brillaban sin necesidad de que se aplicara Rocío del Olimpo. Se

había enrojecido los labios con un toque de polvo de fresas, y sus mejillas estaban ruborizadas de forma natural por el calor del verano. La combinación se le había deslizado por el brazo, dejando al descubierto un hombro blanco y delicado en el que reposaba un mechón de pelo oscuro y cobrizo, en contraste con la piel.

Parecía un hada.

—Parezco una chiflada —objetó—, mientras que tú estás preciosa, como siempre. Por eso lord Plaskett te propuso matrimonio a la semana de conocerte.

Georgie, redondeada y suave, se agarró al poste de la cama cuando su doncella empezó a atarle el corsé. Cambió de tema.

—¿Te has enterado de lo de lady Green?

—No, ¿qué ha pasado?

Georgie bajó la voz:

—Se ha fugado con su mayordomo.

—¡Dios mío! —exclamó Jane, y Mary le cogió un mechón de pelo y lo expuso al humo del incienso, la mirra y el sándalo.

Georgie se pellizcó las mejillas y se frotó los labios para darles un poco de color.

—En cuanto a la señorita Darlington...

—¿La que iba a casarse con lord Drake?

—Sí. La pillaron besando a lord Drake.

—¿Y qué? Están prometidos, ¿no?

—Estaba besando a lord Drake el mayor.

—¿Al padre, quieres decir?

—No, al abuelo.

Jane se puso a toser y a balbucear mientras Mary dejaba caer el portaincienso y se desmayaba.

—Y yo que pensaba que estaban locamente enamorados. —Jane puso los ojos en blanco—. Mira a tu alrededor, Georgie. Este caos es por mí. Esta locura es para que encuentre a un hombre al que no quiero y me case con él. Todo el servicio se afana para prepararnos para un baile absurdo. No lo comprendo.

—Dale una oportunidad al amor —respondió Georgie—. Es maravilloso. Yo estoy deseando ser lady Plaskett.

—¿Y si lord Plaskett se muere? ¿Qué pasará, entonces? ¿Llevarás una vida de solterona, miserable, atormentada, sola y rechazada por todos? Puede que ni siquiera seas dueña de tu casa y tengas que depender de la generosidad de tus parientes. ¿No sería preferible conseguir tu propia fortuna? ¿Vivir tus sueños, hacerte un nombre y conseguir fama?

Georgiana miró a su amiga con estupor.

Jane suspiró.

—Lo siento, Georgie. No sé qué me pasa. Estoy melancólica. Intuyo que va a pasar algo horrible y no puedo sacudirme esa sensación.

—Es un pensamiento que atormenta a la mayoría de las mujeres, Jane. Yo he aprendido a aceptar el miedo y a aprovechar la felicidad y los días que pueda disfrutar con mi futuro marido. Eso es el amor. Que vivir sin él sea imposible.

—Eres demasiado blanda y eso no te conviene. No deberías perdonarme. Deberías salir corriendo de aquí y no volver a mirarme a la cara.

—Mi madre dice que cuando éramos bebés solíamos balbucearnos la una a la otra, y no voy a dejar de balbucearte solamente porque hayas tenido una pequeña rabieta y hayas dicho cosas desagradables. Yo también lo he hecho a veces.

—Eso que dices es muy sabio y dulce. —Jane sonrió—. Te abrazaría, si no fuera porque el incienso que se le ha caído a Mary me ha incendiado la combinación.

Georgie sacó rápidamente las rosas de un jarrón y le echó el agua encima, con cuidado de no mojarle el pelo.

—¡Me has salvado la vida! —exclamó Jane con dramatismo—. Algún día te la salvaré yo a ti.

—¿Qué ha pasado? He oído un grito —preguntó la señora Fairweather entrando apresuradamente.

Georgie indicó a las criadas tiradas en el suelo.

—Las brasas del incienso han prendido la combinación de Jane. Y las criadas se han desmayado.

—¡Jane, por favor, deja de perder el tiempo! Acercadles un zapato a la nariz y seguid arreglándoos. Toma, te he zurcido el vestido. Tenía un roto. Solo falta una hora.

—Sí, madre, trataré de no volver a arder en llamas ni causarte molestias.

—No espero menos.

OceanofPDF.com

Capítulo Cuatro

Jane entró con paso ligero en la mansión de lord Moore, entregó su abrigo al lacayo y se puso los zapatos de baile. Llevaba un suave vestido de muselina blanca y dorada salpicado de florecillas azules y, para variar, se sentía guapa.

Les anunciaron al instante y, mientras sus padres saludaban al anfitrión, Georgie y ella se escabulleron.

—Lady Moore se ha superado —comentó Georgie.

Jane tuvo que darle la razón. De las paredes colgaban espejos labrados que reflejaban la luz de trescientas velas, de modo que el salón de baile brillaba espléndidamente. Todo parecía centellear, desde las mujeres ataviadas con tejidos brillantes y piedras preciosas hasta la bruñida vajilla de plata. Entre las velas había grandes flores que disipaban el olor a sudor y a pastel de perdiz.

Estuvieron bailando un rato y luego se retiraron a un rincón apartado, junto a las grandes puertas cristaleras. Un lacayo apareció frente a ellas sosteniendo una bandeja de plata con pequeños cuencos de ponche romano.

—¿Quieres? —le preguntó Georgie a Jane mientras sumergía una cucharilla en la bebida helada.

Su amiga negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Ojalá se den prisa en servir la cena. Quiero irme a casa.

—Si veo otro plato de sopa blanca, me pondré a chillar —murmuró Georgiana—. ¡Ay, mira! Lord Plaskett ha llegado.

—No puedo mirar, no tengo prismáticos.

—¿Quieres los míos?

—Quiero beber algo que no sea champán o ponche.

—Mis padres también han llegado. Mamá debería haberse puesto un chal y papá el chaqué gris, no el azul verdoso. —Georgie guardó los

prismáticos—. ¡Caramba! Jane, te has puesto de color verde. No te irás a desmayar, ¿verdad?

—Yo no me desmayo —contestó Jane secamente.

Georgiana frunció el ceño, preocupada.

—Voy a por un poco de vino. Tú siéntate. —La empujó hacia una silla oculta tras una gruesa cortina.

Jane negó con la cabeza.

—Pero lord Plaskett ya ha llegado. Tienes que ir a saludarle.

—Bah, no le importará. Voy a por el vino. Y Jane, pase lo que pase, no te desmayes.

Jane se alegró de tener un respiro. Hacía calor, todo era incómodo y había muchísima gente. Tenía la combinación empapada de sudor y le dolía el estómago. Tal vez saltarse la sopa había sido un error. En cuanto al desayuno, con las ganas de ponerse a pintar se había olvidado de tomarlo.

Estuvo un rato observando a la gente, deseando que volviera Georgie. Los abanicos habían hecho acto de aparición y se agitaban como locos. Las faldas se arremolinaban, las plumas se balanceaban y los rostros sofocados desfilaban confusamente ante su vista borrosa. La música de la orquesta sonaba con estruendo donde ella estaba sentada, aguda y desagradable a sus oídos.

Empezó a sentir una opresión en el pecho. Se notaba rara, como si alguien la hubiera envuelto en vendas como una momia egipcia y la hubiera metido en un ataúd. Cerró los ojos, intentando respirar y dominarse.

—Jane. —Su madre se acercó a ella corriendo—. Georgie dice que te encuentras mal.

—Solo necesito un momento.

Su madre se agachó junto a ella.

—¿Por qué no sales a tomar un poco el aire? La terraza está aquí al lado. Ve, anda, niña.

Jane estaba demasiado débil para llevarle la contraria. Obedeció; se dirigió a trompicones hacia las puertas arqueadas y salió al exterior.

Sentir el aire fresco en la cara le sentó de maravilla. Se agarró a la barandilla, se inclinó y aspiró con alivio el aire perfumado de rosas. Su madre tenía razón. Ya se encontraba mejor.

Poco a poco, sus miembros se aflojaron y le costó menos respirar. Metió la mano en el bolsillo oculto cosido a su falda y agarró el carboncillo,

aliviada.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que había alguien más en la terraza. Vio por el rabillo del ojo el brillo de la brasa de un puro. El aroma de las rosas de Damasco y el tabaco caro coqueteaba con la brisa danzarina y excitaba su olfato, hasta que se volvió para mirar al desconocido.

Justo en ese instante, la oronda luna llena se asomó por detrás de una nube e iluminó el rostro del hombre.

Su corazón se detuvo.

¡Esos ojos! Las mismas cejas perfectamente enarcadas, los ojos almendrados y oscuros enmarcados por espesas pestañas... El farolero de su cuadro estaba frente a ella.

¡No podía ser!

Le miró de arriba abajo. Era mucho más joven que el hombre que había pintado, más guapo y fornido. No tenía ni una pizca de suciedad en sus elegantes ropajes. Y, sin embargo, los ojos eran los mismos.

Sintió que la cabeza le daba vueltas, y la mano de él salió disparada y la agarró del brazo para impedir que se cayera.

Un momento después, Jane se zafó de sus brazos.

—Perdón, me he tropezado.

—Estaba a punto de desmayarse. —Su voz la inundó como un brandy caro.

Jane se llevó la mano a la tripa y retrocedió un paso más.

—No soy de las que se desmayan.

El tono de él se suavizó.

—Perdón, debo de haberme equivocado.

Ella enderezó la espalda e hizo una reverencia.

—Le dejo para que disfrute de su soledad.

Giró sobre los talones y encontró a su madre mirándola con pasmo.

—¿Qué pasa? —Jane frunció el ceño.

Su madre avanzó a trompicones y la agarró del hombro.

—La ha arruinado usted, mala bestia.

Jane parpadeó.

—¿A quién?

—¡A ti! —gritó su madre.

Georgie salió corriendo al balcón y se detuvo.

—¡Uy!

—Mamá dice que estoy arruinada. Pero ¿no lo sabría yo, si lo estuviera? —Jane miró a su amiga con desconcierto.

A Georgie le tembló la voz cuando dijo:

—Tu vestido...

Jane miró hacia abajo y vio que se le había desprendido la manga. Abrió la boca, horrorizada. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Y cómo?

—Yo no he hecho nada parecido —dijo el hombre—. No sé por qué está su vestido en ese estado. Pregúntele a ella... Hable, mujer, por Dios.

—Ni siquiera conozco a este caballero —convino Jane—. Quería tomar un poco el aire. Madre, me has visto hace un momento...

—Se ha aprovechado usted de ella cuando se ha desmayado.

—Yo no me he desmayado.

—No se ha desmayado.

—¡Mi preciosa hijita, arruinada!

Jane se dio cuenta de que varias personas habían salido a la terraza.

—Madre, cállate, esto es un asunto privado. No ha pasado nada, te lo aseguro.

La gente empezó a hablar y Jane se estremeció de angustia.

—¿Quién está arruinada? —preguntó una voz estentórea, cortando los murmullos.

Jane cerró los ojos y se dejó caer al suelo. Era el duque de Blackthorne.

—La señorita Jane Fairweather —respondió alguien.

—¿¿Mi hermana?! —gritó Penélope, la duquesa de Blackthorne—. ¡Imposible!

—¿Jane? —Dorothy y Celine, sus otras hermanas, se agacharon junto a ella—. ¿Es eso cierto?

—¡No!

—Pero la manga... —Dorothy se mordió el labio.

—Sí, la manga —dijo la señora Fairweather en tono lastimero.

—La manga no tiene buen aspecto —coincidió Penélope.

—¡Pues dadle una dosis de láudano y dejad que me vaya a casa! —gritó Jane.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el duque con aspereza.

Jane respiró hondo, temblorosa.

—Me encontraba mal. Salí aquí a tomar el aire. Tropecé y este caballero me ayudó a recuperar el equilibrio. Es posible que se me haya desprendido la manga entonces.

—¡Habla más alto, muchacha! —gritó alguien.

Jane agachó la cabeza y repitió lo que había dicho alzando un poco la voz.

La señora Fairweather frunció el ceño.

—Las mangas no suelen desprenderse así como así.

Jane torció el gesto.

—Pues esta se ha desprendido. Tal vez no le gustaba estar sujeta a un vestido. Quizá tenía ganas de bailar y trató de entrar por su cuenta.

Penélope la hizo detenerse poniéndole una mano en el brazo.

—Calla, estás empeorando las cosas. Da la impresión de que estás trastornada.

Jane escondió la cara entre las manos.

—Ay, Penny, te juro que no ha pasado nada.

Sus hermanas estaban muy serias y el silencio que siguió no presagiaba nada bueno.

El duque de Blackthorne se adelantó.

—Savill, un duelo al amanecer. Nombre a su padrino.

¿Savill? Jane arrugó el ceño. Había oído ese nombre antes. Su confusión debía de ser evidente, porque Georgie le susurró al oído:

—Richard Henry Bellmore, conde de Savill, el hombre más rico de Inglaterra.

A Jane se le quedó la boca seca y miró a su madre, cuyas plumas de avestruz temblaban de placer. Lord Savill era el soltero más codiciado de Inglaterra, más adinerado aún que sus cuñados, incluido el duque de Blackthorne.

De repente se acordó del té que había tomado. El vestido que su madre había llevado a «zurcir», la repentina urgencia con que la había empujado a salir a la terraza a tomar el aire... La forma en que se había precipitado sobre ella y la había agarrado del hombro, del lado de la manga que se había desprendido, y luego había anunciado a voz en grito que su hija estaba arruinada...

—Está claro que esto es un plan urdido por madre e hija. —Evidentemente, Savill había llegado a la misma conclusión—. No es una

idea muy original. Pero se van a llevar un chasco.

Celine dio un paso adelante, con los puños apretados.

—Ella es una Fairweather, tiene una dote excelente, está muy bien relacionado y es preciosa. No necesita recurrir a turbias estratagemas para atrapar a un hombre.

—¿Preciosa? —Lord Savill miró a Jane y torció la boca—. El amor fraternal la ciega a usted.

El duque se abalanzó hacia él, amenazador.

—Retire lo que ha dicho.

—Es la verdad.

Penélope apartó a su marido.

—No seas tonto. Deja que se vaya.

La voz de lord Savill sonó fuerte y clara:

—No me casaré con ella, pase lo que pase. Le veré por la mañana, Blackthorne.

Una repentina ráfaga de aire frío heló a los presentes, que contuvieron la respiración. Era un mal presagio. El viento del norte se había levantado justo al anunciarse el duelo.

Sus hermanas se agarraron de las manos, acongojadas.

—¡Por favor! Esto es completamente absurdo. —Jane agarró la mano de Penélope—. ¡No ha pasado nada!

—Querida, la manga, según todas estas personas, pesa más que tus palabras —repuso Penélope con resignación.

—¡Entonces es que son todos tontos de remate! —soltó Jane.

—Sí, pero también son muy poderosos —coincidió su hermana—. Ahora, sal por la parte de atrás y ve directamente al carruaje con la señorita Berry. Cuando llegues a casa, métete en la cama enseguida. Encontraremos una solución. No voy a dejar que dos hombres pongan en peligro su vida por esta tontería.

—Yo... —dudó Jane.

—Por favor —insistió Penélope—. Estás mortalmente pálida, cielo. Vete a casa. Prometo avisarte en cuanto hayamos encontrado una solución.

Georgie tiró de su mano.

—Estás empeorando las cosas al quedarte, Jane. Si lord Savill dice una palabra más sobre ti, su excelencia le disparará en el acto.

—Todo se va a arreglar —sonrió Dorothy mientras Celine se despedía con un beso.

—La culpa es de mamá —les dijo Jane a sus hermanas en voz baja, y luego, con las piernas temblorosas, abandonó la escena.

OceanofPDF.com

Capítulo Cinco

Jane lanzó el cojín al otro lado de la habitación. Cayó a unos metros de distancia, justo antes de estrellarse contra la pared. Se sentía muy desgraciada y era una cobarde. Era una miserable cobarde.

¿Por qué se había marchado como un dócil ratoncito? Debería haberse quedado y haber luchado como una tigresa, pero tenía miedo de vomitar o desmayarse. Le había hecho falta toda su fuerza de voluntad para mantener la compostura frente a los invitados del baile.

—Bébetelo. —Su madre entró en la habitación con una taza de líquido humeante—. Te sentará bien.

—¿Por qué lo has hecho?

Su madre no fingió que no la entendía.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba desesperada. Quiero que te cases como tus hermanas, que tengas hijos y que vivas feliz el resto de tu vida, con tu marido. Pero tú te empeñas en llevarme la contraria. Todos esos libros que lees te han llenado la cabeza de ideas peligrosas. Las mujeres necesitan a los hombres. Necesitan compañía, alguien que las cuide. Necesitan una familia, o una parte de su ser no se colma nunca.

—Madre, puede que algunas mujeres necesiten un hombre, yo no. No tengo ningún deseo de casarme. No quiero tener hijos. No quiero depender de un extraño. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Pero morir sola...

—Morir sola o con alguien a tu lado. . . ¿Qué más da? Al final, te mueres igual. Y esta situación que has creado ha puesto en peligro a dos personas. Lord Savill no aceptará casarse conmigo y el duque no es de los que se echan atrás. Uno de ellos puede morir mañana.

Su madre torció el gesto.

—Seguro que entrarán en razón antes de que eso ocurra.

—Son hombres. No tienen sentido común.

—No me cabe duda de que Penélope los convencerá.

—¿O acaso prefieres que el duque salga herido?

Su madre pareció sorprendida.

—Puede que no trate a Penélope como a mi propia hija, porque no lo es, pero no le deseo ningún mal. Su marido y ella han ayudado a mis hijas muchas veces y no voy a devolverles el favor haciendo algo tan vergonzoso.

Jane enarcó una ceja con expresión incrédula.

Su madre se agarró al poste de la cama.

—Tus hermanas y tú habéis resultado ser mujeres maravillosas. Sois amables, cariñosas y bien educadas. Puede que yo no sea tan buena, pero vuestros valores proceden de mí.

Jane se apartó de ella.

—Lo que has hecho está mal. Has intentado tenderle una trampa a un hombre para que se case conmigo y has puesto en peligro a dos personas. No quiero esos valores ni esa moral, madre. Olvidas que también somos hijas de nuestro padre.

—Bébetelo, tesoro. Hablaremos por la mañana. Cuando tengas hijos, comprenderás por qué lo he hecho.

—No voy a tener hijos.

Sus palabras cayeron en saco roto. Su madre se marchó y la dejó sollozando contra la almohada.

—¡Al diablo con él!

En algún momento, después de que la mayor parte de Inglaterra se hubiera ido a dormir, Jane se sentó en la cama. Había oído un improperio en voz baja y un murmullo sin sentido.

—¡Maldito trasero!

Ahí estaba de nuevo. El corazón empezó a latirle con violencia. Aquella voz procedía de muy cerca.

Alguien chocó contra un jarrón y el jarrón cayó al suelo con un ruido sordo.

Jane se disponía a gritar cuando le metieron un paño en la boca y, acto seguido, le pusieron una venda sobre los ojos. Un momento después, la envolvieron en una colcha y la levantaron de la cama, la hicieron girar sobre unos hombros mullidos y la llevaron fuera.

Se despejó con la brisa, y el terror se apoderó de ella.

La dejaron de pie sobre la hierba fría y húmeda y los dedos de los pies se le encogieron de miedo. Una mano la impulsó hacia adelante mientras a su lado un caballo relinchaba suavemente.

Una vez más, la levantaron y la introdujeron en lo que parecía ser un carruaje. El hombre que la había llevado hasta allí se sentó frente a ella y golpeó las paredes del carruaje.

Le quitó la mordaza. Ella empezó a gritar.

—¡Para, por favor!

—¿Jimmy?

Le quitó la venda de los ojos con un suspiro.

Jane abrió los ojos de par en par, sorprendida. Incluso con la máscara, el rechoncho individuo que tenía frente a ella era inconfundible. Con la vida de comodidades que llevaba Jimmy, el salteador de caminos, desde que era amigo de su hermana Penélope, se le había puesto una figura que recordaba a una manzana bien jugosa. Era el único salteador de caminos bien alimentado de toda Inglaterra.

—¡Ay, Jimmy! Gracias por salvarme. —Jane asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje—. ¿Has tirado por la ventana al canalla que ha intentado secuestrarme? ¿Cómo se le habrá ocurrido a ese merluzo que podía entrar en mi casa y raptarme?

—Eh.... —Jimmy se miró las manos, girándolas como si tratara de encontrar en ellas respuestas a la pregunta de Jane.

Ella volvió a sentarse y se ciñó la colcha alrededor de los hombros.

—¿Y cómo sabías que me habían secuestrado? —Le sonrió—. Me alegro muchísimo de verte.

Él se quitó el guante de cuero y empezó a morderlo. Al ver que seguía masticando y evitaba su mirada, Jane arrugó el ceño.

—¿Jimmy?

—¿Mmpf?

—¿Por qué no respondes?

—Hmm takgkm pfft —respondió él con el guante aún metido en la boca.

Ella entornó los ojos.

—¿Jimmy?

—¿Hmm?

—Sácate el guante de la boca.

Él negó con la cabeza.

—Sácatelo ahora mismo.

Jimmy, el famoso salteador de caminos conocido por robar a los aristócratas, aterrorizar a los ladrones de poca monta y liquidar a todo aquel que le ultrajara, se sonrojó y obedeció.

—Ahora, explícate. ¿Cómo sabías que me habían secuestrado?

—No lo sabía —contestó él con voz aguda.

—¿Cómo que no lo sabías? Pero si... ¡Oh! —Jane abrió los ojos desmesuradamente, horrorizada. No la estaba salvando. El mejor amigo de su hermana, el ladronzuelo gordinflón, la había secuestrado.

—¡Has sido tú! —rugió—. ¡Me has secuestrado, so sinvergüenza!

Jimmy suspiró y se quitó la máscara.

Jane se preguntó si podría golpearle en la cabeza con algo y dejarle inconsciente.

—¿Cómo has podido? Me llamabas tu garbancita cuando era pequeña y me contabas historias sobre tus aventuras en los caminos. ¿Cómo has podido raptarme?

—Eh...

—¡Deja de mirar el dichoso guante y tus rollizas manos peludas! No van a cambiar por más que las mires.

—Eso me ha dolido. —Jimmy parecía ofendido.

—Lo siento. No era mi intención. Espera, sí que lo era. ¡Me has secuestrado!

Él sacó una copa y una botella de vino de debajo del asiento. Se sirvió un poco y le acercó la copa a los labios.

Ella bebió con ansia.

Cuando hubo terminado, Jimmy se echó hacia atrás como si se preparara para que le acribillara a preguntas.

Ella imitó su postura.

—¿Por qué lo has hecho?

—No puedo decírtelo. ¿Quieres un cojín?

—Mi hermana se pondrá furiosa cuando se entere.

—También tengo uvas. Y caramelos de violeta, piña confitada y un mendrugo de pan con queso.

—Jimmy, ¿necesitas dinero? ¿Alguno de tus hijos está pasando por un bache? ¿Qué pasa?

A él se le saltaron las lágrimas.

—Yo no quería hacer esto. Pero es lo mejor. Con el tiempo, me perdonarás.

—¿A dónde me llevas?

—Tengo un libro, *La doncella llorosa y la reprimenda del duque*. Está de moda entre las damas. Se lo robé a un conde...

—No quiero un libro. Quiero respuestas.

—Va a ser un viaje muy largo. Si no quieres leer, quizá pueda hacerte el baile del halcón.

—Ni hablar.

Jimmy comenzó a aletear. Aleteo, aleteo... aleteo, aleteo, aleteo.

Jane cerró los ojos. Le encantaba aquella danza cuando era niña, pero ahora no era el momento de disfrutarla.

—Desátame las manos.

—¿Y si te hago el baile de la serpiente?

—Jimmy, si no me desatas, me veré obligada a pegarte.

—Una dama no hace esas cosas.

Jane le dio una patada en la pierna.

Él sacudió la cabeza con cara de decepción.

—Tienes que aprender a luchar. Cuando termine todo esto, te enseñaré.

—Por favor, Jimmy, dime qué está pasando —suplicó ella, y dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas y sus labios temblaran.

Él pareció ponerse nervioso por primera vez.

—Lo siento, pero tendrás que esperar.

—¡Oh, vete al diablo! —gritó Jane, y cerró los ojos.

Curiosamente, no le tenía miedo a Jimmy. Le conocía tan bien que solo estaba irritada con él. Alguien le había contratado para que la raptase, pero ¿quién y por qué?

El balanceo del carruaje y el vino, que -como comprendió Jane demasiado tarde- estaba mezclado con láudano, empezaron a surtir efecto. Esta vez se puso furiosa, no con Jimmy, sino consigo misma. Ya la habían drogado una vez. ¿Por qué había cometido la estupidez de volver a beber?

Empezó a dar cabezadas y pronto estuvo profundamente dormida. Se despertó cuando el carruaje se detuvo en una posada. Pasaron allí la noche, cambiaron de caballos y volvieron a ponerse en camino. Al tercer día entraron en Escocia y llegaron a Gretna Green.

OceanofPDF.com

Capítulo Seis

La puerta del carruaje se abrió y dejó entrar la suave luz de la mañana.

Jane se animó al ver quién la estaba esperando.

—¡Penny! Jimmy me ha secuestrado.

—¡Muy bien hecho! —Su hermana besó las mejillas regordetas de Jimmy y le tendió la mano a Jane para ayudarla a apearse.

—No pienso bajar —dijo Jane.

—Tienes que hacerlo.

—Me secuestraron mientras dormía. Estoy en camisón, envuelta en una colcha, y no tengo zapatillas.

—Te hemos traído unas zapatillas. Vamos, sal. Aquí solo está la familia. No se van a escandalizar.

—No lo entiendo. —Jane se frotó los ojos, soñolienta—. Celine, Dorothy... ¿Madre?

—¡Ah, la novia ha llegado! —dijo en tono burlón la voz de lord Savill.

Jane le vio allí parado, alto y apuesto, vistiendo lo que parecía ser una bata de noche de seda. Dio un respingo de sorpresa. Estaban en Gretna Green, delante de una herrería. La había llamado «novia»... ¡Santo cielo! ¡Querían casarla!

Se le resbaló la colcha y él se acercó en un abrir y cerrar de ojos. Agarró los extremos y la envolvió en la gruesa tela hasta que pareció una oruga envuelta en una alfombra.

—¿Cómo es que ha accedido a esto? —le espetó Jane.

—Su hermana me ha chantajeado.

Jane se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cómo?

Lord Savill puso los ojos en blanco.

—De la manera habitual.

Jane frunció el entrecejo.

—Puede que usted haya accedido, pero yo no. Nada podrá convencerme de que me case.

Lord Savill aplaudió.

—Estupendo. La novia ha cancelado la boda. ¿Puedo irme ya a casa?

—Tienes que aceptar. —Georgie apareció detrás de ella.

Jane le cogió la mano.

—¿Georgie? ¿Es que está toda mi familia aquí?

—Solo las mujeres —contestó Penélope—. Los hombres están esperando para batirse en duelo en el lugar señalado.

—¿Saben algo de esto? —preguntó Jane.

—Es un asunto delicado —respondió Celine remilgadamente—. Y los hombres lo estropearían todo.

—¡Soy tan feliz porque vayas a casarte, Jane! —exclamó la señora Fairweather—. Todas mis hijas van a estar felizmente casadas. Ay, ya puedo morir tranquila...

Jane torció el gesto.

—No me voy a casar, madre, y no olvides que te queda una hija soltera.

Su madre se encogió de hombros.

—Ella puede quedarse en casa y cuidarnos cuando seamos viejos.

Jane enderezó la columna.

—Yo os cuidaré. Venga, vámonos a casa.

Su madre meneó la cabeza.

—Tú no nos oirás susurrar nuestros últimos deseos en el lecho de muerte porque estarás muy atareada pintando. Prefiero que te cases.

Georgie puso una mano sobre el hombro de Jane.

—Si no te casas, el duque o lord Savill resultarán heridos o muertos.

Jane gimió y se frotó las sienes.

—Esto es injusto.

—¡Ay, qué feliz soy! —exclamó la señora Fairweather.

—¡Todo esto es una maquinación tuya, madre! —gritó Jane.

—¡Lo sabía! —dijo lord Savill.

—Así es —reconoció Penélope—, pero la gente no se lo creerá. La única manera de salvarte de la ruina y de que yo no me quede viuda es que

te cases con este hombre.

—¡Penny! —Los ojos de Jane brillaron con una expresión entre dolida y traicionada.

—Lo siento, cielo. —A Penny le tembló la voz—. Pero tienes que hacer esto por ti y por toda la familia. No puedes caer desgracia, no sería vida para ti.

El sol se asomó por detrás de las nubes y disipó la niebla sobre las verdes colinas. El cielo se tiñó de rosa y el escarpado paisaje escocés centelleó con el tono arrebolado de la mañana.

Jane se volvió hacia ellas.

—No quiero casarme.

—Tonterías —dijo Penélope, y rompió a llorar.

Dorothy le dio unas zapatillas a Jane, que se las puso agradecida. Le quedaban un poco grandes.

La señora Fairweather se enjugó los ojos.

—Quería que llevaras un vestido de lamé dorado con esmeraldas y rubíes el día de tu boda, pero... —Miró a Jane, todavía envuelta en la colcha blanca, y suspiró—. ¡Qué se le va a hacer! Al menos vas a casarte y yo podré morir en paz.

El herrero conocido como «el sacerdote del yunque» los hizo pasar. Se sopló las manos y dio unos zapatazos en el suelo con impaciencia.

La mañana era muy fría, pensó Jane con desgana; tan fría como sus entrañas. Se puso en marcha a regañadientes, arrastrando los pies. Su madre, que la empujaba por detrás, no le dejó elección.

Lord Savill se volvió y vio cómo avanzaba tambaleándose hacia él. Sus ojos oscuros tenían una expresión airada y unas arrugas adustas marcaban su bello rostro. Su bata de seda oscura ondeaba con la brisa, recordándole a Jane las extraordinarias circunstancias que los habían llevado hasta allí.

Se dio cuenta de que su mirada dolorida era un reflejo de la suya. Aquel momento iba a dar al traste con sus sueños, al igual que con los de ella.

Gracias a algunos pinchazos y pellizcos y a la insistencia de quienes la rodeaban, Jane declaró en voz alta su intención de casarse con lord Savill, y lord Savill hizo lo mismo, a su vez.

Acto seguido, el sacerdote los declaró marido y mujer.

Sus palabras, pronunciadas atropelladamente, fueron como disparos. Jane se tropezó con la colcha y estuvo a punto de caerse. Penélope la sostuvo y le dio un abrazo.

¡Cuán rápidamente, con qué desgarradora prontitud había cambiado su vida entera! Unas pocas palabras pronunciadas ante testigos habían sellado su destino. ¿Cómo era posible que algo tuviera tanto poder sobre la vida de un ser humano?

Le dieron ganas de estrangular al hombre que había ideado el concepto de matrimonio. ¿Qué locura se había apoderado del mundo para que aceptara leyes tan disparatadas?

La cabeza le daba vueltas mientras su familia la felicitaba. Le deseaban una feliz vida de casada y ella les devolvía los abrazos distraídamente.

¡Feliz, y un cuerno! Se sentía como si llevara un nubarrón dentro de la cabeza. Solo veía oscuridad y sentía únicamente un grueso y denso amasijo de indignación alojado entre el pecho y el estómago.

Al poco rato, se encontró sentada a la mesa del desayuno nupcial, organizado a toda prisa por sus hermanas en una posada cercana. Su madre le entregó una bata.

—¡La has tenido todo este tiempo! —Jane se apresuró a ponérsela—. Y si sabías todo esto, ¿por qué no me has traído un vestido, en vez de una bata?

—Salí hacia aquí cuando estabas durmiendo —respondió su madre—. No podía ponerme a revolver en tu habitación o te habría despertado. Esto estaba tirado en una silla y, con las prisas, no encontré nada más.

—Es demasiado fina —murmuró Jane, y volvió a echarse la colcha sobre los hombros.

Se sentía como un puercoespín gruñón y sospechaba que además lo parecía. Un puercoespín gruñón y aterido, envuelto en una gruesa colcha rellena de plumas de ganso.

La señora Fairweather la miró con el ceño fruncido.

—Arriba esa barbilla. Cualquiera diría que te espera la guillotina.

Jane agarró la mano de su madre.

—Ahora que me he casado, puedo esconderme en nuestra casa de Finnshire. Nadie se enterará. El honor de todos está a salvo. No tengo que ir a casa de ese hombre, ¿verdad?

—¿Volver a mi casa? —balbució la señora Fairweather, horrorizada —. Desde luego que no. Además, no queremos que se anule el matrimonio. Y ese hombre es tu marido y su casa es ahora la tuya.

—Pero, madre...

—Nada de quejas. Anda, come. Os iréis pronto a Londres y el viaje es largo.

Penélope se inclinó y le susurró al oído a Jane:

—Lord Savill tiene cara de circunstancias. Dudo que esté de humor para seducirte esta noche.

Jane la miró pasmada.

—No quiero que me seduzca. Ni esta noche ni nunca. ¡Qué idea tan espantosa!

Penélope sonrió y meneó con la cabeza.

Después, empezaron a prepararse para el largo viaje de vuelta a casa. Las damas cogieron sus bolsos, envolvieron panes y empanadas para el viaje e intercambiaron abrazos de despedida.

Jane abrazó a Penélope y luego se negó a soltarla. Celine tuvo que despegarla de su hermana mayor dedo a dedo, y entonces Jane se abrazó a una farola. En cuanto consiguieron apartarla de la farola, la sacaron de la polvorienta carretera y la depositaron dentro del carruaje de lord Savill.

Capítulo Siete

El interior del carruaje era lujoso y confortable, con suaves asientos de cuero y cojines de terciopelo negro, pero las oleadas de ira que emanaban de lord Savill empañaban su ambiente acogedor.

Jane se acurrucó en el rincón de la ventanilla, envuelta todavía en la colcha, y lord Savill ocupó el lado opuesto, con las piernas pegadas a la puerta.

Su apuesto semblante tenía una expresión ceñuda y sus ojos se movían con nerviosismo. Jane no se atrevió a hablar, por si la arrojaba del carruaje y la abandonaba en medio de la carretera.

El carruaje se zarandeó al ponerse en marcha.

Con el paso de las horas, comenzaron a dolerle el cuello y los hombros por la tensión. Por fin pararon para cambiar de caballos y pasar la noche en una posada.

Jane entró en El Caballo Sediento con los ojos enrojecidos y la colcha arrastrando polvo y cáscaras de cacahuete tras ella. El posadero y los sirvientes la miraron extrañados, y ella les enseñó los dientes en señal de saludo.

Lord Savill la agarró del brazo y trató de hacerla subir por las escaleras hacia una de las habitaciones.

Ella miró a los clientes de la posada y luego a lord Savill y sonrió triunfante. ¡Ja, no quería que los vieran juntos!

Respiró hondo, tosió, balbuceó y dio unos zapatazos en el suelo. Chilló un poco y cantó una cancioncilla procaz para asegurarse de que todos la miraban.

Con un poco de suerte, su nuevo marido la tomaría por loca, la dejaría allí y ella podría alquilar un carruaje y volver a casa.

—Fiebre —masculló lord Savill a toda prisa a modo de explicación, y se la echó al hombro.

La subió por las escaleras, abrió de una patada la puerta de una habitación limpia y austera y la arrojó sobre la cama.

Se marchó inmediatamente. Jane tocó el timbre, bebió una taza de té, comió un plato de estofado y esperó a que él volviera.

Como no volvió, se sumió en un sueño espasmódico. A la mañana siguiente, cuando ya creía que la había abandonado, él apareció en la puerta.

—Vamos —ordenó.

Los días siguientes transcurrieron de manera parecida. Conversaban lo mínimo, hablando solo cuando era necesario. Lord Savill prefirió sentarse con el cochero la mayor parte del viaje y solo entraba en el carruaje si se ponía a llover.

Jane, por su parte, procuraba montar un espectáculo en cada posada. Fingió que la había mordido una cobra y se retorció en el suelo; aulló afirmando que su gatito, Goobles, había muerto, e incluso persiguió a una dulce ancianita, armada con un tenedor.

No sirvió de nada.

Al cuarto día, cuando por fin estuvieron cerca de Londres, el digno silencio de lord Savill comenzó a angustiarla. Le miró de reojo, preguntándose si visitaría su cama. No lo había hecho en las posadas en las que habían pernoctado, pero quizás estuviera esperando a llegar a casa.

A fin de cuentas, por mucho que la despreciara, necesitaba un heredero.

Se le retorció el estómago de miedo al imaginar su cabeza morena inclinándose sobre ella en plena noche. Empezaron a sudarle las manos y el corazón se le aceleró mientras aquella imagen persistía en su mente.

Notó un picor en la piel y sintió que se pondría a gritar si no empezaban a hablarse pronto y aquellos pensamientos turbios y vívidos se disipaban.

Se aclaró la garganta y tosió con delicadeza.

Él la ignoró.

Volvió a carraspear.

Él siguió mirando para otro lado.

Ella tosió, carraspeó y estornudó.

Finalmente, su marido la miró.

—Espero de todo corazón que se esté muriendo.

Jane le miró con alivio. Por fin había hablado.

—Estoy bien. —Pasado un momento, preguntó con cautela—: ¿Qué le gusta hacer, milord?

Lord Savill dio una calada a su cigarro y volvió a ignorarla.

Ella continuó con valentía:

—Lo digo porque ahora estamos casados. Quizá deberíamos conocernos mutuamente. A mí me gusta la caza.

Él frunció el ceño.

Jane se pasó la lengua por los labios y añadió:

—Me gusta atrapar conejos y echarlos al fuego.

—Entiendo.

—Suelo ir a la tienda del carnicero a verle cortar la carne. Me gusta ver cómo chorrea la sangre por el cuchillo.

—No me diga.

—Y llevo ardillas en el bolsillo, pero a veces las aplasto sin querer. Entonces, me las como.

Él soltó el cigarro, sobresaltado. El cigarro rebotó en su rodilla, esparciendo brasas por el tejido sedoso antes de caer al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó al ver que se prendía un trozo de tela a la altura de la rodilla.

Jane se apresuró a pisotear el cigarro, tiró su chal sobre la pierna de lord Savill y lo mantuvo allí hasta que el fuego se apagó.

Retiró el chal con cuidado y se puso muy roja.

—¡Vaya! Ahora su bata tiene un agujero y se le ve la rodilla. Es rosa.

—Está quemada, no es rosa.

—¡Oh! —Jane se tapó los ojos.

—¿Qué pasa ahora?

—Le he visto la rodilla.

Él tensó los labios, reprimiendo una sonrisa.

—¿Le duele? —preguntó Jane pasado un momento—. ¡Uy, sí, tiene que dolerle! Fíjese. Parece en carne viva. Como una zanahoria raspada. Quizá tenga un bálsamo en el bolsillo. Me lo dio lord Adair, un amigo de la familia. Hace milagros.

Volcó el contenido de su bolsillo sobre el asiento del carruaje y rebuscó entre botones, pinceles, cintas y monedas.

—Menudo surtido —comentó él.

Ella no le hizo caso y siguió buscando.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante—. Aplíquese esto.

—Preferiría no hacerlo.

—Pero debe de dolerle y le saldrá una ampolla. Vamos, no sea tonto.

—Hundió los dedos en el bote de bálsamo.

Él observó cómo dejaba la mano suspendida un momento sobre su rodilla y luego la bajaba.

—Es usted una embustera.

Jane le miró bruscamente.

—¿Qué?

Lord Savill la miraba con fijeza.

—Disfruta cazando y matando animales indefensos, pero al mismo tiempo se sacrifica para evitar un duelo, se preocupa cuando una persona a la que desprecia resulta herida y se ruboriza al ver una rodilla desnuda. ¿Qué es usted, señorita Fairweather? ¿Un alma bondadosa o una arpía?

Jane se llevó la mano a la garganta. No supo qué responderle. Toda aquella situación era un lío espantoso. No podía reprocharle que se sintiera dolido y traicionado, y el discurso que ella acababa de soltarle no había contribuido a arreglar las cosas. Por primera vez, se avergonzó de haber mentido.

Inclinó la cabeza.

—Lo siento. No volveré a molestarle.

En ese momento, el carruaje dio una sacudida y ella cayó en sus brazos.

La mirada de odio que le lanzó lord Savill la hizo alejarse de él a toda prisa, hasta el otro extremo del coche. Al ver su miedo, él la miró con repugnancia, y Jane parpadeó para contener las lágrimas.

El carruaje se detuvo un momento y ella miró por la ventanilla, contenta de tener algo que hacer, aparte de batallar con su marido.

Un gran portón de hierro les cerraba el paso. El conductor se bajó para abrirlo y volvieron a ponerse en marcha. Avanzaron por un sendero abierto en el corazón de un bosque inglés, que poco a poco fue convirtiéndose en un hermoso jardín inglés.

Lord Savill se inclinó hacia delante y dijo con frialdad:

—Bienvenida a Bellmore Hall, mi hogar.

Jane sintió que se le encogía el corazón. Absurdamente, no había pensado en su nuevo hogar ni en sus ocupantes. Había imaginado que el viaje sería más largo y que aún tendría tiempo de asimilar el vuelco repentino que había dado su vida. Sin embargo, unas manos invisibles la empujaban hacia un destino que nunca había deseado.

Volvió a mirar por la ventanilla. Bellmore Hall apareció ante sus ojos. Se alzaba entre las flores y el cuidado césped, como un príncipe estoico. El gran edificio de piedra gris, con sus muros robustos y sólidos y su notable altura, parecía poner cara de fastidio ante las mariposas y las rosas de tallo largo que se mecían a sus pies.

Cuando se detuvieron frente a la mansión, lord Savill se apeó de un salto y, sin siquiera mirar atrás, entró en la casa.

Jane le siguió de mala gana.

OceanofPDF.com

Capítulo Ocho

Jane entró por la puerta negra de nueve metros de altura y se encontró en un gran recibidor circular decorado elegantemente en gris oscuro y verde intenso, con molduras de estuco de estilo barroco. Más tarde descubrió que las tres alas de la casa partían de aquella estancia, mientras que la cuarta se encontraba más allá del atrio.

Se le encogió el estómago y sus pies permanecieron indecisos mientras contemplaba la mansión.

Un mayordomo vestido con librea azul y gris, con el emblema de los Bellmore estampado en las hombreras, apareció frente a ella.

Jane respiró hondo, se frotó las palmas de las manos en la falda y le siguió.

La condujo al salón, donde lord Savill estaba ojeando unas tarjetas de visita.

Su marido la miró un instante a la cara y luego desvió los ojos.

Jane se balanceó sobre los pies. Se sentía penosamente incómoda e insegura.

Su único consuelo era que lord Savill parecía tan descolocado como ella. Estaba mirando una tarjeta de visita al revés.

Una criada entró llevando un cubo y una mopa y, al ver la rodilla desnuda de lord Savill, se escabulló a toda prisa. Jane sintió una profunda envidia, porque aquella criada tenía un lugar al que ir, cosas que hacer, una excusa para escapar de lord Savill.

Dio un paso adelante.

—Mi rodilla... Digo, milord...

Él pareció reparar entonces en las quemaduras de sus pantalones y se colocó detrás de la mesa auxiliar.

—Belcher, llévela a su habitación —ordenó.

El mayordomo carraspeó discretamente para llamar la atención de Jane y le indicó con un gesto que le siguiera.

Ella quiso rebelarse, gritar que aquello no era culpa suya y, sin embargo, no pronunció una sola palabra.

El mayordomo la condujo lejos de lord Savill, más allá de la cocina, a través del atrio, hacia lo que parecía ser el ala de invitados, donde había gran número de habitaciones.

Abrió una puerta en la planta baja, en un rincón oscuro de un pasillo sin luz.

Jane entró, indecisa.

La habitación era muy austera: tenía una cama, una jarra, un aguamanil y una ventanita. Ni siquiera había un escritorio.

Vio una silla polvorienta cerca de la ventana y, haciendo acopio de dignidad, se sentó en ella. Con la espalda muy recta, miró al mayordomo.

—Gracias, eso es todo.

El mayordomo bajó la mirada y se puso colorado.

—Le enviaré una bandeja con el té, milady.

«Milady». Era la primera vez que la llamaban así. Siguió sentada hasta que dejó de oír los pasos del mayordomo y entonces, soltando un sollozo, se levantó y se acercó bruscamente a la ventana.

No le había parecido bien pedirle a Mary, su doncella, que la acompañara, porque su marido vivía en Finnshire. Una cosa era pasar un par de meses en Londres, lejos de su marido, mientras duraba la temporada, y otra muy distinta pedirle que abandonase a su familia para siempre. No habría sido justo. Apoyó la cabeza en el cristal de la ventana, sintiéndose desesperadamente sola.

A lo lejos, los árboles se mecían con la brisa. Algunas hojas se desprendían y caían al suelo. Quizá también en Finnshire estuvieran cayéndose ya las hojas. Quizá la brisa hubiera barrido primero su antiguo hogar y luego hubiera venido a saludarla aquí. Abrió la ventana y respiró hondo, tratando de descubrir algún olor familiar.

El rutilante lago artificial no se parecía en nada al riachuelo de Finnshire y hasta las rosas parecían más grandes y exóticas aquí. Los setos estaban bien podados, las plantas acotadas y los árboles moldeados. No había ni una sola flor silvestre a la vista.

En cuanto al sol, se sorprendió al verlo claro y brillante en el cielo. Tal y como se sentía, esperaba nubes oscuras y tormentosas y un viento frío.

Alguien llamó a la puerta. Era una criada joven que llevaba una bandeja de plata.

—El té, milady —dijo la muchacha haciendo una reverencia. También llevaba una jarra de agua fresca y algunos paños de muselina limpios.

Jane no quería pedir que le prepararan el baño. Su orgullo se lo impedía. Tendría que conformarse con asearse en el aguamanil con agua fría.

El té caliente le sentó bien. Los delicados pasteles ni siquiera los probó.

Acababa de dejar la taza de té vacía y se sentía ya un poco mejor cuando la puerta se abrió de golpe.

—He dado la noticia a la familia —anunció lord Savill entrando en la habitación—. No se lo han tomado bien.

Ella se limpió la boca con mano temblorosa y esperó a que continuase.

Su marido apretó los puños como si su tranquilidad le exasperara.

—Siempre me había preguntado cómo se las arreglaban las hermanas Fairweather para casarse tan bien no teniendo dote ni parientes importantes. Ahora ya lo sé. Hay que reconocer que poseen un extraordinaria habilidad para atrapar a hombres desprevenidos.

Ella levantó la cabeza. Le brillaron los ojos.

—No meta a mis hermanas en esto. Ellas no formaban parte del plan. Ha sido todo obra de mi madre.

—Ah, así que tiene lengua. Me preguntaba si se la había dejado en el altar.

Jane se miró las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Mi madre hizo mal.

—Quien me chantajeó para que me casara con usted fue su hermana.

—No le quedó otro remedio.

—¿Que no le quedó otro remedio?! —Agarró la jarra de agua y la lanzó al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, sobre la cama, y se hizo añicos.

Jane levantó de un salto, dejando escapar un chillido horrorizado.

—¿Su hermana podría haberla enviado a Europa! —le espetó él—. Podría haber dicho que había muerto o haberla escondido en algún pintoresco pueblecito inglés. Pero no. Prefirió arruinarme la vida a mí.

A ella le tembló la voz al hablar.

—Lo siento. Mi madre se equivocó. No debería haber hecho esto, pero mis hermanas y yo no sabíamos nada. Lo juro.

—No la creo.

Ella bajó los hombros.

—Puedo retirarme a algún pueblecito.

—¿Y que la gente cuestione mi honor? No permitiré que viva en una cómoda casita mientras la aristocracia juzga mi moralidad. Prefiero que sufra tanto como yo. Vas a quedarse en mi casa y a cumplir con los deberes de una esposa, y yo cumpliré con mi deber de marido por más que los aborrezca a usted y a su familia de intrigantes.

Al ver que Jane levantaba bruscamente la cabeza, sobresaltada, tensó los labios.

—En privado, seremos como extraños —añadió.

La voz de Jane era apenas un susurro cuando dijo:

—Puede decir que he muerto.

—La duquesa quiere que permanezca con usted seis meses antes de cumplir su promesa. No podré perderla de vista hasta entonces.

—¿Qué le ha prometido mi hermana?

Él se rio.

—Verdaderamente, es usted una actriz extraordinaria. Esta farsa se planeó con su consentimiento, estoy convencido.

—¿Por qué iba a resignarme a una vida de soledad? He dejado a mis amigos y a mi familia por un desconocido. ¿Por qué iba a arruinar mi vida a propósito?

—Ha dejado a sus amigos y a su familia por la riqueza y el poder. Pero va a descubrir que no soy tan fácil de engañar como creía. En cuanto a arruinar vidas, yo estaba comprometido con otra persona. Nos íbamos a casar dentro de unos meses.

A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La detesto, señorita Fairweather. Ojalá nunca se hubiera cruzado en mi camino.

Ella no le corrigió al oír que la llamaba por su apellido de soltera.

OceanofPDF.com

Capítulo Nueve

En cuanto lord Savill se hubo ido, Jane se dejó caer al suelo. Su ira la había atemorizado. Nunca había conocido a un hombre tan colérico. Su padre era un hombre de carácter apacible que se retiraba a su despacho siempre que podía y procuraba evitar los enfrentamientos, y sus cuñados siempre la habían tratado con cariño y buen humor.

Miró la cama y se le encogió de nuevo el corazón. Había trozos de porcelana esparcidos por encima, y la colcha, las sábanas y el colchón estaban empapados. Se preguntó si se presentaría una criada para llevarla a otra habitación.

Sus sentimientos sombríos se mimetizaron con el entorno cuando la luz comenzó a desvanecerse y la habitación se volvió gélida. La estación estaba terminando y otra vez hacía frío por las noches. Además, aquel cuarto daba al norte, y las finas cortinas y los suelos de piedra no conseguían retener el calor del día.

Se levantó y cerró rápidamente la ventana. Así se estaba un poco mejor. Miró dentro de la chimenea y encontró un trozo de carbón pero nada de madera. Su búsqueda de un yesquero también resultó infructuosa.

Pasó largo rato y, justo cuando pensaba que tendría que pasar la noche en la oscuridad sin que nadie se acordase de ella, llamaron a la puerta.

Corrió a abrir.

Era una criada con una bandeja de comida y una vela.

Jane cogió la bandeja con un suspiro de alivio y la puso sobre la mesa. Cuando se volvió, la criada se había ido. Se asomó a la puerta y llamó, pero no recibió respuesta.

Se comió la cena sin saborearla y se bebió la copita de vino. Después, se puso un vestido de lana fina que encontró en el baúl que le había preparado su madre, sacó uno de sus chales más viejos y lo extendió

en el suelo. Un vestido de muselina doblado hizo las veces de almohada. Tendría que servir.

Su orgullo no le permitía salir de la habitación y pedir ayuda a una sirvienta. Podía valerse sola. Después de todo, mucha gente dormía en peores condiciones y, si esas personas podían soportarlo, ella también.

Aun así, era muy duro. El frío traspasó enseguida el fino chal y acabó estando tan incómoda que renunció a acostarse. La vela se apagó pronto, dejándola a oscuras. Se sentó bajo la ventana, donde la luna proyectaba una luz tenue pero reconfortante. Dobló las rodillas y apoyó la cabeza en ellas.

La idea de que quizá fuera la única ocupante del ala de invitados no contribuía a reconfortarla.

El frío, la oscuridad y las circunstancias extremas de los días anteriores empezaban a hacer mella en su ánimo.

Se oyó el ulular de un búho y el gruñido grave y profundo de un animal. Apretó su almohada improvisada contra el pecho, asustada. Cada sombra, cada sonido le resultaban desconocidos y aterradores.

Volvió a oír aquel gruñido. Cerró los ojos y se tapó los oídos. Empezó a temblar por la falta de sueño, el miedo y el frío.

En algún momento de la noche, debió de desmayarse o de quedarse dormida. No sabía cuál de las dos cosas; lo siguiente que supo fue que alguien la llamaba por su nombre.

—¿Jane? ¿Fairweather?

Abrió los ojos y encontró a lord Savill agachado junto a ella. Él miró la cama con la jarra rota y lanzó un improperio.

—Yo no le di esta habitación, madre.

Una dama con una anticuada peluca empolvada y rasgos suaves y encantadores apareció ante su vista. Habló con voz cálida y grave:

—Fue Angélica quien dio orden a Belcher de traerla a esta habitación. —Se inclinó y tocó la frente de Jane con el dorso de la mano—. Pobrecilla. ¿La visitaste anoche?

—¡Madre! —Pareció sorprendido por la pregunta.

—Responde —le ordenó lady Montgomery.

Él carraspeó.

—Hablé con ella aquí. Por la tarde, quiero decir, no por la noche.

Su madre entornó los ojos.

—¿Y la dejaste aquí?

Lord Savill se encogió de hombros.

—No me di cuenta.

Lady Montgomery agarró a su hijo de la oreja y se la retorció.

—¡Ay! ¡Para, mamá! Delante de ella, no.

—Llévala a la habitación contigua a la tuya, Richard.

—¡Pero...! ¡Ay, suéltame!

—No quiero que pase ni un segundo más en este lugar.

—Podemos darle una habitación mejor. Tal vez en el ala de la familia.

—Es tu esposa y vas a tratarla como tal —replicó lady Montgomery—. Te has casado con ella.

—Porque me chantajearon.

—Las circunstancias no son las ideales, pero has hecho un voto solemne. Te has casado con ella y por lo tanto es responsabilidad tuya. Eres un caballero, Savill. Actúa como tal. Mira a la chica. Se está desmoronando.

—Está fingiendo.

—Richard Henry Bellmore, levanta a tu esposa en brazos y llévala a tu habitación. Haz que una doncella se ocupe de que esté cómoda y tráela a desayunar. Ahora mismo.

Lord Savill apretó los puños. Era el doble de grande que su madre, tenía una presencia imponente y poderosa y, sin embargo, se inclinó, pasó un brazo por debajo de la espalda de Jane y otro por debajo de sus piernas y, con un suspiro de fastidio, la levantó.

Ella abrió los ojos desmesuradamente, horrorizada por aquel contacto físico.

—Puedo caminar —dijo con voz aguda.

—Voy a hacer lo que ha dicho mi madre —respondió él, con los ojos fijos en su rostro. Tenía una expresión pensativa, en vez de enfadada, para variar.

Jane apartó la mirada, incómoda al verse sometida a un escrutinio tan intenso.

Él cumplió su palabra y la llevó hasta su habitación como si no pesara más que una almohada de plumas de ganso. Pero la arrojó sobre su cama sin contemplaciones, ahora que su madre se había ido.

—Enviaré a una criada. Su habitación es esa. —Señaló una puerta —. Mi madre esperará que la acompañe a desayunar, así que dese prisa.

Jane se bajó de la cama y miró a su alrededor. La habitación de lord Savill tenía tres grandes chimeneas, el techo pintado y varios armarios de madera de sándalo. La cama era enorme, de caoba pulida de color rojo oscuro. Las cortinas de color azul prusiano, recogidas con un cordón plateado, dejaban ver frondosos árboles verdes y un lago centelleante. Frente a la ventana había un conjunto de sillones de cuero y un sofá con unos cuantos cojines verdes, de un tono muy parecido al de los árboles de fuera.

Cuando entró en su alcoba, estuvo a punto de desmayarse de nuevo, esta vez de placer. Era una habitación muy grande, quizás incluso más grande que la de lord Savill, y muy hermosa. La cama estaba recién hecha y la ropa de cama, suave y blanca, estaba adornada con encaje de Chantilly. Las cortinas azul aciano con florecillas de lis plateadas estaban sujetas con broches de madreperla y dejaban ver el mismo panorama impresionante del lago y los árboles vetustos y gigantescos.

También tenía una zona de estar junto a la ventana, aunque allí las sillas y la *chaise longue* eran de brocado en lugar de cuero y había muchos más cojines. Alguien había colocado ramitos de lavanda por la habitación y rosas blancas que flotaban en cuencos de cobre.

Abrió una de las dos puertas de la habitación y se encontró en un cuarto de baño de mármol con apliques de oro y marfil. Había una bañera con patas de garra y un armarito con toallas y hierbas secas.

La otra puerta daba al vestidor, que era igual de exquisito. Si el dormitorio era luminoso, aireado y elegante, el vestidor era opulento a más no poder. En todas las paredes había un espejo que reflejaba la impresionante araña de cristal que colgaba del techo; el tocador era de madera labrada con incrustaciones de piedras preciosas, la palangana y la jarra eran de plata bruñida y los armarios tenían flores silvestres pintadas a mano por todas partes.

Jane volvió a la alcoba y se hundió en un sillón, junto a la ventana. Empezaba a dolerle la cabeza y sentía los miembros pesados por el cansancio.

Todo era lujoso y, sin embargo, deseaba estar de vuelta en casa. Allí podría haberse pasado el día durmiendo. Su madre le habría llevado el

desayuno a la cama, le habría alisado el pelo y le habría besado la frente. Ella habría podido quejarse y haberle pedido a la cocinera que le preparara café en abundancia y panecillos recién hechos, empapados en mantequilla.

Echaba de menos la familiaridad y la comodidad de su hogar.

Al poco rato llegaron dos criadas acarreando cubos de agua caliente para llenar la bañera. Otra llevaba el baúl con su ropa y sus camisones.

Acordándose de la advertencia de lord Savill, se obligó a bañarse y cambiarse. Se puso un sencillo vestido de muselina color crema con ribetes de raso azul claro. No tuvo tiempo de arreglarse el pelo, salvo para atárselo en un moño poco apretado.

Una vez más, lady Montgomery acompañó a su hijo cuando este fue a buscarla. Jane los siguió dócilmente, fijándose en la lujosa decoración de la casa.

Se agarró a la barandilla al bajar la gran escalera. Su marido caminaba lo más alejado posible de ella. Jane se concentró en sus pasos, procurando que fueran parsimoniosos y firmes, pero tropezó al entrar en la sala del desayuno.

Lord Savill la agarró por la cintura y la sostuvo. Ella se agarró a su brazo y dejó escapar un chillido.

Él tensó los labios.

—No, sus ojos no la engañan. Lo que hay en el sillón, junto a mi padre, es un guepardo.

—No entiendo...

—Es su mascota. Está completamente domesticado. Mi padre encontró un cachorro abandonado por un circo que estaba de paso y lo trajo a casa. Desde entonces forma parte de la familia.

A Jane le martilleaba el corazón en el pecho mientras observaba al gran felino.

Junto al guepardo estaba sentado lord Montgomery, un hombre alto y de cabello oscuro que se parecía ligeramente a su hijo. Al verla, sonrió.

—Ah, un ratón ha venido a tomar el té. ¿O es un bocado para que el Señor Williams lo mordisquee?

Jane se arrimó más a lord Savill.

Él la agarró suavemente del codo y la condujo al aparador, cargado de viandas para el desayuno. Dijo en voz baja:

—Mi madre me ha pedido que sea cortés con usted y voy a serlo delante de los sirvientes, la familia y las personas de nuestro círculo social. En privado, no me dirija la palabra.

Su tono grosero disipó en parte el terror de Jane, que se apartó de él.

No se atrevió a contestarle que apenas había hablado con él desde que se conocían y que no esperaba que las cosas cambiasen.

Observó la comida con un ojo mientras con el otro vigilaba al guepardo. En la cesta había tres tostadas. Cogió una quemada, porque supuso que lord Savill querría las dos que no lo estaban.

El guepardo la miró con los ojos entrecerrados y se relamió, y Jane tembló de miedo.

Lord Savill le tocó el codo, sobresaltándola.

—Señorita Fairweather —dijo en tono burlón. La condujo de nuevo a la mesa y le señaló una silla junto a una desconocida.

—Angélica Croft —la presentó lady Montgomery—, mi hija.

Lady Croft tenía los labios finos, la barbilla afilada, los ojos rasgados y una gran masa de rizos rubios amontonados sobre la cabeza que la hacían parecer alta y le conferían un aspecto majestuoso.

Jane le sonrió y se deslizó en la silla junto a ella. Lady Croft la ignoró por completo.

Jane bajó los ojos y se miró las manos, a punto de echarse a llorar.

El mayordomo y las criadas entraron llevando una cesta con tostadas, té, café y chocolate caliente.

Jane eligió café y se quedó mirando la tostada quemada. ¿Haría mucho ruido al morderla?, se preguntaba.

Lady Montgomery rompió el silencio:

—Las circunstancias en las que se ha celebrado la boda no son las ideales, pero ya está hecho. Agradecería que lady Savill fuera tratada con el respeto que merece su posición. Es la esposa de Richard y eso no podemos cambiarlo, de modo que debemos asumirlo y procurar que sea lo más llevadero posible. Entiendo que todos estamos decepcionados y amargados, pero con el tiempo espero que ella demuestre ser una esposa digna. Angélica, Richard, os he enseñado a ser amables y educados. Anoche me decepcionó el comportamiento de ambos.

—Pero madre... —comenzó lord Savill.

Lady Montgomery le atajó con un gesto.

—Tratar a alguien de forma tan inhumana... Qué vergüenza. Puede que haya fallado como madre.

Lady Croft bajó la cabeza, contrita, mientras lord Savill atacaba un huevo cocido.

—¿Podemos intentar comportarnos todos civilizadamente?

—Sí, madre —respondieron al unísono.

Lord Montgomery levantó por fin la vista y sonrió a Jane.

—Bienvenida a la familia —dijo, y sirvió una taza de té para su guepardo.

Jane le devolvió una sonrisa vacilante. Al menos, alguien se alegraba de que estuviera allí, aunque ese alguien fuera un chiflado.

Capítulo Diez

Después del desayuno, lord Savill la acompañó arriba.

Abrió de golpe la puerta de su habitación.

—Necesito hablar usted.

Jane le miró y dedujo por su expresión adusta que iban a tener otra conversación desagradable. Sofocó un suspiro de cansancio y entró.

Él se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta.

—Después de pasar un año en Londres, me mudaré a nuestra casa de campo. Hasta entonces, le sugiero que busque algo en lo que ocuparse y procure no estorbarme.

Jane le miró a los ojos, cogió la jarra de agua y la lanzó al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, encima de la cama, y se hizo añicos. Observó satisfecha cómo el agua se extendía por la pared y el colchón.

Lord Savill se quedó boquiabierto de asombro.

—Cierre la boca, milord. No quiero que me culpe si se traga una mosca.

—¿Cómo se atreve...?

Ella levantó una mano.

—Ya le he dicho, lord Savill, que esta situación no la he provocado yo. Me disculpo en nombre de mi madre, pero es injusto culpar a una hija de las faltas de sus progenitores. Usted podría haberse negado a casarse y haberse batido en duelo con el duque. En cambio, optó por aceptar el chantaje. Había algo que le interesaba más que su soltería y estuvo dispuesto a pagar ese precio. Yo, en cambio, no obtengo nada de este matrimonio.

—Ahora es una de las mujeres más ricas de Inglaterra. Ha obtenido mucho, querida.

—Eso no es lo que deseo y, si me conociera, lo sabría usted.

Él se rio.

Jane tomó aire y continuó:

—En cuanto a la forma atroz en que me ha tratado, nunca se lo perdonaré. Me pilló desprevenida, pero a partir de ahora tenga en cuenta que soy una Fairweather y que no voy a permitir que me maltrate. Cuide sus modales, señor, o me aseguraré de que Penny no le dé lo que desea.

Lord Savill se acercó a ella en un santiamén y la agarró del brazo.

—Soy su marido y puedo destrozarle la vida si se opone a mis deseos.

Su repentina cercanía turbó a Jane. Su cara estaba a un centímetro de la suya y su cálido aliento le rozaba la cara.

Haciendo un esfuerzo, se apartó de él hasta que su espalda chocó con el poste de la cama y dijo con voz temblorosa:

—Solo me ha llamado señorita Fairweather. Se siente agraviado, no quiere saber nada de mí, no acepta este matrimonio y eso significa que no es mi marido y por lo tanto no voy a tratarle como tal. No puede cambiar nuestra relación a su antojo, milord.

Él entrecerró los ojos:

—Así que lo de su timidez y su apocamiento era solo una actuación. Es tan astuta como pensaba.

—Me está haciendo daño.

Él la soltó y se apartó. Miró el brazo de Jane. Le había dejado la marca de sus dedos impresa en la piel. Las rojas magulladuras destacaban en contraste con su piel clara. Tragó saliva y Jane vio que tenía una disculpa en la punta de su lengua, pero lo que le salió fue otra cosa.

—Es mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro. A fin de cuentas, Bellmore Hall tiene doscientas habitaciones.

Ella asintió con una inclinación de cabeza.

—Estoy de acuerdo. Este matrimonio nos ha hecho infelices a los dos. Es mejor que nos evitemos todo lo posible.

Se llevó la otra mano a la marca que le habían dejado sus dedos. Pensó en exigirle una disculpa, pero finalmente decidió no hacerlo. Ya habían discutido bastante y, por cómo se había comportado él hasta entonces, dudaba de que fuera de los que se disculpaban. De modo que, esbozando una reverencia, se dirigió a la habitación contigua.

—Lamento haberle hecho daño —dijo él a su espalda.

Jane se quedó parada por un momento. Luego se volvió lentamente.

Lord Savill tenía una mirada oscura y turbulenta, y ella no pudo apartar la vista.

Él le señaló el brazo.

—No volverá a ocurrir.

—No me ha hecho daño. —No pudo evitar decir la verdad—. No me ha... —Se aclaró la garganta—. No me ha apretado mucho, pero mi piel se enrojece fácilmente.

Su marido asintió. Un destello de emoción que Jane no alcanzó a entender cruzó fugazmente su rostro.

—Confío en que no tengamos ocasión de volver a hablar en los próximos quince días.

—Lo espero fervientemente —replicó ella.

Había empezado a ablandarse después de su disculpa, pero él había vuelto a recordarle que era un hombre detestable. Sacudió la cabeza y entró en su habitación.

Se vistió rápidamente con la ayuda de una criada. Se puso un vestido de color verde Brunswick muy ceñido de cintura, botas marrones de paseo y guantes a juego. Agarró su cuaderno de dibujo y su carboncillo y salió.

Dibujar un rato la ayudaría a aliviar la tensión que sentía colgada alrededor del cuello como un ser maligno.

Abrió la puerta de la habitación y encontró a lord Savill haciendo lo mismo. Él la ignoró y se alejó.

Jane optó por ir en sentido contrario y bajó a toda prisa la escalera señorial. Al final de la escalera, se topó de nuevo con lord Savill.

Se miraron con el ceño fruncido.

Él dio un paso hacia ella.

—Creí que habíamos acordado evitarnos.

—Eso intento hacer.

Él la miró con escepticismo.

Ella mantuvo la compostura.

—Iba al jardín a dibujar un rato.

Su marido asintió, complacido.

—Estaré en mi despacho el resto del día.

—¡Esperad! ¡Richard, lady Savill! —los llamó lady Croft—. ¿Estabais arrullándoos?

Él arrugó el entrecejo.

—¿Arrullándonos?

—Es lo que hacen los recién casados.

Miró a su hermana.

—Por amor de Dios, no soy un pájaro.

Jane hizo una rápida reverencia.

—Lady Croft, yo...

Lady Croft la interrumpió diciendo:

—Hablando de recién casados, el duque de Blackthorne ha organizado un baile en vuestro honor.

Se miraron el uno al otro con idéntica expresión de horror. Habían olvidado que la temporada no había terminado aún y que por lo tanto iban a recibir numerosas invitaciones.

—Gracias —dijo por fin Jane con voz queda y atemorizada.

—¿Qué? —Lady Croft la miró con exasperación.

Jane se sonrojó y repitió lo que había dicho.

Lady Croft se volvió hacia su hermano.

—Tendréis que ir.

Lord Savill asintió.

—Diles que aceptamos su invitación.

—Ya no me corresponde a mí responder a las invitaciones que te llegan. Eso es ahora tarea de tu esposa —respondió con frialdad lady Croft—. Tendrá que hacerlo ella.

Jane tragó saliva.

—Por supuesto.

Los tres se quedaron callados un momento mientras complejas emociones se arremolinaban en el aire como un tornado que cobrara velocidad a cada instante. Finalmente, se volvieron al unísono y se fueron cada uno por un lado.

—Tantos árboles en flor y, sin embargo, has elegido un árbol torcido y lleno de nudos.

—Lady Montgomery. —Jane se puso en pie de un salto—. No la he oído acercarse.

—Vuelve a sentarte, niña, y continúa con lo que hacías. Encuentro fascinante tu forma de dibujar. Con unos pocos trazos, has plasmado perfectamente el paisaje.

—Gracias.

Lady Montgomery se unió a ella en el trozo de hierba caldeado por el sol.

—No me importa ensuciarme las faldas.

—Lo siento. No he reparado en mi ropa.

Su suegra sonrió.

—Una joven que prefiere tirarse al suelo y ponerse a dibujar antes que preocuparse por su ropa. Ya estoy un paso más cerca de entenderte.

—¿Que-quería hablarme de algo?

Lady Montgomery asintió.

—Ahora formas parte de esta familia. He hablado con mis hijos y les he dicho que te traten como corresponde, pero tú, a tu vez, debes cumplir con tus responsabilidades como lady Savill. Yo te ayudaré en lo que pueda, igual que Angélica.

—Estoy dispuesta a aprender.

—Buena chica. Tendrás que asistir a muchos compromisos sociales y me gustaría que mantuvieras en secreto la verdad sobre tu relación con mi hijo. Por el bien de nuestra familia, te ruego que finjas que va todo bien.

Jane partió el carboncillo por la mitad. Al parecer, lady Montgomery estaba al tanto de la situación. Añadió en voz baja:

—Yo sé lo que es dejarlo todo para casarse con un extraño. La soledad y el miedo que sientes no son inauditos, pero aun así son aterradores. El tiempo, no obstante, limará las asperezas. Estoy segura de que en algún momento llegarás a considerarnos tu familia y a Bellmore Hall tu hogar.

Las lágrimas nublaron la vista de Jane. Se quedó sin palabras. Lady Montgomery rebosaba amabilidad. Sus modales eran suaves y tiernos, y sus rasgos infantiles, entrañables.

No creía que aquella mujer tuviera una sola pizca de maldad. Era tan amable e indulgente que le parecía inconcebible que hubiera dado a luz a una persona tan horrible como lord Savill.

Como si sus pensamientos hubieran conjurado su presencia, su marido apareció en pradera y se acercó a ellas.

—Madre —dijo mirando ceñudo a lady Montgomery.

Jane volvió la cara y fingió estudiar el árbol. De repente, en presencia de lord Savill, notaba la cara crispada y los miembros rígidos.

—Vas a enfermar —refunfuñó él, y cubrió los hombros huesudos de su madre con un suave chal blanco. La envolvió en él y le besó la frente.

—Solo he salido un momento —repuso ella en tono tranquilizador—. Quería hablar con tu esposa.

—Pues ya llevas un buen rato hablando con ella. Te he visto desde el despacho —contestó él con severidad—. Y usted —añadió volviéndose hacia Jane—, debería haberle pedido que volviera dentro, en vez de hacerla sentarse a su lado en el suelo frío para manipular sus sentimientos.

—¡Ya basta! —le espetó su madre—. No ha hecho nada de eso. Lo siento, lady Savill. Mi hijo parece haber perdido por completo sus modales. Haré lo posible por encontrarlos y restituirselos.

—Por favor, llámeme Jane.

Lord Savill ayudó a su madre a levantarse. Luego se volvió hacia Jane y dijo:

—Uno puede representar un personaje solo por un tiempo limitado. Pronto mudará el plumaje y dejará ver su verdadera faz.

—No soy un pájaro —le espetó Jane.

Lord Savill dio un paso hacia ella, pero lady Montgomery le detuvo clavándole la punta de la sombrilla en el zapato. Sonrió a Jane.

—¿Puedo hacer algo para facilitarte la vida aquí? ¿Ofrecerte algo que te recuerde a tu hogar?

Jane asintió, con una mirada repentinamente esperanzada.

—¿Puedo tener un cuarto, el que sea, para pintar?

—¿Para pintar?

—Yo... pinto al óleo, no con acuarelas, y para eso hace falta una habitación con ventanas y bien aireada. En casa solía pintar en mi dormitorio, pero aquí no quiero estropear esas cosas tan bonitas. Parecen caras y...

—Calla, calla —dijo lady Montgomery riendo—. Eres lady Savill. Toda la mansión es tuya, tontuela. Puedes convertir la cocina en sala de pintura y la salita de mañana en cocina, si así lo deseas.

—Eso ni pensarlo —soltó lord Savill.

—¡Adentro! —ordenó su madre señalando la casa—. Ahora mismo.

Él soltó un suspiro de frustración y se dio la vuelta para marcharse.

Lady Montgomery se volvió una vez más hacia Jane.

—Richard te enseñará la casa más tarde para que elijas una habitación adecuada en la que pintar.

Lord Savill se tensó al oír las instrucciones de su madre. Le lanzó una mirada de fastidio.

Jane ahogó un suspiro, consternada. Mantenerse alejados el uno del otro estaba resultando mucho más difícil de lo que creía.

—Me reuniré con usted en mi despacho a las siete, señorita Fairweather —dijo él con resignación—, para la visita a la casa.

Su madre no hizo ningún comentario sobre el hecho de la llamara por su apellido de soltera. Le tomó del brazo y le condujo a la casa, dejando que Jane siguiera con su dibujo.

Capítulo Once

Jane se sentía como si una criatura desconocida se hubiera colado en su cabeza a través del oído y le tamborileara dentro del cráneo con palos de madera.

Los movimientos apresurados de la criada mientras la ayudaba a vestirse no ayudaban a que se sintiera mejor, como tampoco lo hacía el penetrante olor de la esencia de rosas que había derramado sobre la alfombra.

Se puso las medias de seda a rayas blancas y rosas y se las sujetó con ligas por encima de la rodilla, ansiosa por salir de la habitación. A la combinación y las enaguas les siguió el vestido de noche de seda Shantung, de color crema y rosa.

Se volvió para que la doncella pudiera atarle el corpiño por detrás. La tela se tensó sobre su pecho, aplastándolo casi por completo.

—No tan apretado —dijo en voz baja.

La criada la miró asustada, pero Jane le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Me duele un poco la cabeza. El pelo...

La criada, comprensiva, le hizo un moño bajo, procurando que el cabello no quedara tirante.

Jane se miró al espejo. Tenía los ojos apagados por el cansancio, los labios apretados y la cara pálida como un fantasma.

Se alisó la falda y se apresuró a salir. Acababan de dar las siete cuando llegó al despacho situado en el ala de la familia. Al menos, lord Savill no tendría el placer de llamarla tardona.

Se disponía a llamar a la puerta cuando unas voces la detuvieron.

Lord Savill estaba hablando.

—Pensaba que estarías destrozada, Frances.

—Al contrario, es lo mejor. —Era una voz baja, gutural e inconfundiblemente femenina.

—No lo entiendo.

—El regente se ha fijado en mí.

—Entiendo.

—No te enfades, amor. El regente no es guapo ni tan rico como tú, pero pronto ascenderá al trono. Y ser la amante del rey...

—Sal de aquí.

—Puedo hacer muchísimas cosas por ti, siendo su amante.

—No quiero su ayuda. Salga de aquí, lady Villiers, antes de que diga algo que pueda lastimarla.

Jane sofocó una exclamación de sorpresa y giró sobre sus talones, pero golpeó con el codo una armadura, haciéndola caer.

Lord Savill apareció en la puerta y se quedó mirándola. Entornó los ojos, rabioso.

—Estaba escuchando detrás de la puerta —la acusó.

Jane dejó escapar un gemido y, antes de que él pudiera continuar, echó a correr.

—¡Deténgase! —bramó lord Savill, y salió tras ella.

Jane corrió por el pasillo y entró en la biblioteca. Cuando él se acercó, le arrojó la pesada cortina a la cara y volvió a escapar. Bajó a toda prisa las escaleras de la cocina, salió por la parte de atrás y volvió a entrar, perseguida por lord Savill.

El corazón le latía con violencia cuando se halló de pronto en una estancia llena de cuadros, estatuas y curiosidades. Cogió una antigua estatuilla de marfil de Venus y se volvió hacia él.

—¿Esto es caro? —le preguntó.

—No tiene precio.

—¡Agárrelo! —Lanzó la figurilla al aire y echó a correr sin esperar a ver si conseguía salvar la pieza o no.

Abrió de golpe la puerta de su alcoba y la cerró tras de sí. De espaldas a la puerta, trató de calmar su respiración agitada mientras su pecho subía y bajaba rápidamente.

Lord Savill entró por la puerta que comunicaba los dos dormitorios.

Jane sofocó un grito y se giró para huir de nuevo, pero él apoyó mano de golpe en la pared, junto a ella, acorralándola por fin.

—Le he dicho que se detuviera.

Jane abrió los ojos desmesuradamente al ver su expresión furiosa y, soltando un leve chillido de terror, se deslizó bajo su brazo.

Él le rozó la palma de la mano con los dedos al intentar detenerla, pero el miedo había dado alas a los pies de Jane, que saltó a la cama y le lanzó una almohada a la cara. La almohada se rajó y las plumas volaron por el aire.

—¡Deje ya esta locura! —le ordenó él.

Jane sacudió la cabeza enérgicamente y volvió a escapar, esta vez por la escalera señorial.

—¡No puede seguir corriendo eternamente! —le gritó él.

—Correré hasta que se canse —replicó ella.

—Se cansará usted primero.

—¡Ni hablar! Es mucho mayor que yo.

—Unos años mayor, nada más, pero aún no soy viejo.

Ella abrió la boca para replicar de nuevo, pero se paró en seco.

Lord y lady Montgomery estaban delante de ella, pasmados.

Lord Savill llegó poco después, respirando entrecortadamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó lady Montgomery.

—¿Se está quemando algo? —Lord Montgomery frunció el ceño.

Jane sacudió la cabeza, con el pecho agitado, mientras trataba de recuperar el aliento.

—Tienes plumas en el pelo. —Lady Montgomery quitó una pluma de la cabeza morena de su hijo.

—Estaba escuchando a escondidas —dijo lord Savill, acusando de nuevo a Jane.

Ella se crispó.

—No es verdad. Me pidió que me reuniera con usted en su despacho a las siete. Llegué a la hora convenida. No es culpa mía que se le haya olvidado y estuviera teniendo una conversación íntima.

—¿Con quién estabas hablando? —inquirió lady Montgomery.

—Con lady Villiers —respondió él a regañadientes.

Lady Montgomery pareció escandalizada.

—¿Aquí? ¿Después de casarte?

—Le estaba dando la noticia.

—Supongo que le ha parecido bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu madre.

Él cerró la boca y miró hacia otro lado.

Lord Montgomery carraspeó.

—Tengo hambre.

Su esposa le puso la mano en el codo.

—La cena estará lista dentro de una hora.

Lord Savill agarró de pronto a Jane y la levantó en brazos, haciéndola chillar.

—Antes, me gustaría hablar en privado con mi esposa.

Jane sintió que le ardía la cara.

—Bájeme —siseó.

—Sé amable —le advirtió lady Montgomery a su hijo antes de alejarse con su marido.

Lord Savill se dirigió con paso firme hacia la biblioteca. Dejó a Jane en el suelo y se apoyó en la puerta para impedirle salir.

Ella se agarró la falda y retorció la tela.

—Déjeme marchar. No le he espiado a propósito.

—Podría haber hecho notar tu presencia.

—Me fui en cuanto me di cuenta de que era una conversación privada.

—Embustera.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No estoy mintiendo.

—Las mujeres como usted son unas cobardes. Huyen o se sientan en un rincón a llorar.

—Eso no es cierto.

—Podría haberse opuesto a la boda. Pero, como una niñita obediente, decidió seguir adelante con los planes de su madre. Podría haberse rebelado.

—No quería sentirme responsable de las consecuencias de un duelo. No quería que el duque o usted salieran malparados. Si hubiera sabido lo despreciable que iba a resultar, me habría ofrecido a sustituir al duque y le habría disparado yo misma. En cuanto a rebelarme, llevo años resistiéndome a los esfuerzos de mi madre por casarme.

—Por el contrario, ha sido incapaz de atrapar a un hombre. Por eso ha decidido caer más bajo que nunca.

—¡Basta! No tiene derecho a juzgar mi carácter. No sabe nada de mí.

—Ah, más lágrimas. A mí no me afectan.

—Ya he dicho suficiente, milord. No pienso escuchar ni una palabra más. No es culpa mía que su relación se haya roto. Ella prefiere al regente y eso no tiene nada que ver con nuestro matrimonio.

—¡Cómo se atreve!

—Si usted puede ser cruel e hiriente, yo también puedo.

Él la agarró la nuca y la acercó a sí.

—Discúlpese.

—Nunca —le espetó ella, respirando trabajosamente.

—¡He dicho que se disculpe!

—¡No, no y mil veces no!

La miró con furia, pero Jane se negó a dejarse intimidar. Mantuvo la mirada fija en su rostro hasta que la soltó.

—¡Fuera! —le ordenó él, y esta vez Jane obedeció encantada.

Capítulo Doce

Fue el ama de llaves, una señora mayor, amable y parlanchina, quien le mostró Bellmore Hall. Jane fue de habitación en habitación, fascinada por el lujo y el esmero con que estaban decoradas todas ellas.

En el ala de la familia predominaban los muebles con motivos egipcios y griegos, en madera de nogal, palisandro y sándalo. Las paredes estaban adornadas con óleos y tapices magníficos, y las alfombras le parecieron mullidas e increíblemente suaves bajo las zapatillas de tocador que llevaba puestas.

El cuarto de los niños parecía congelado en el tiempo. No le costó en absoluto imaginar a lord Savill y a su hermana jugando de pequeños con los juguetes de madera y las muñecas.

El salón familiar, con seis chimeneas, gruesos cortinajes de terciopelo verde y muebles de caoba maciza, resultó ser su favorito. Era una estancia espaciosa, con un pianoforte, una estantería con libros muy usados y un armario lleno de tarros dorados de tabaco y cajas de rapé.

En un rincón, junto a varios sillones y sofás de aspecto confortable, había un armario giratorio con licores de distinto tipo. Adornaban las paredes pinturas de antiguos dioses y seres feéricos en bosques oscuros y misteriosos, y las tres lámparas que colgaban del techo proyectaban un juego de luces y sombras en torno a la habitación.

No todo era perfecto, sin embargo. Algunas habitaciones del ala de invitados estaban descuidadas. La humedad había empezado a deteriorar el papel pintado y un olor a moho impregnaba las habitaciones. Abrió las ventanas de par en par para que el sol disipara en parte aquel olor y tomó nota de que debía mencionárselo a lady Montgomery más tarde.

El ama de llaves abrió otro tocador y le indicó que entrara.

—Para la institutriz —anunció, y soltó una risita.

Jane se sonrojó y se apresuró a entrar.

El ama de llaves apartó la cortina para que el sol iluminara el escritorio, la cama y dos sillones con suntuosos cojines de color escarlata.

—Se cuenta —explicó el ama de llaves bajando la voz— que debajo de esta casa hay un túnel subterráneo secreto. Hace cien años se usaba con frecuencia, pero ahora ya nadie recuerda dónde está la entrada. La familia lo utilizaba para ir a la iglesia sin que nadie la viera.

Jane ahogó un resoplido. Más bien, pensó, lo usarían los hombres de la casa para visitar algún burdel. Ese tipo de túneles solían construirse para fines más turbios

Se acercó a la ventana y miró afuera. Aquella habitación daba al jardín oriental, que estaba lleno de plantas exóticas y extrañas esculturas extranjeras. En medio de todo ello había una construcción abovedada cubierta de rosas trepadoras blancas que parecía brillar a la luz dorada del sol poniente. Jane se enamoró de inmediato.

—¿Qué es eso?

—El cenador oriental, milady. Nadie lo usa.

—Es perfecto para pintar. ¡Cuánta luz!

—Mandaré que lo acomoden para su uso lo antes posible.

—¿Puede ser ahora mismo? Me apetece pintar.

El ama de llaves asintió.

—Enseguida.

Fiel a su palabra, el ama de llaves tuvo el cenador listo en el plazo de una hora. Jane apenas se fijó en los suelos de piedra recién fregados, en el aroma a lavanda o en las ventanas brillantes. Sus pies volaron hacia el lienzo blanco colocado en el centro de la estancia. Le temblaban las manos cuando empuñó el carboncillo y empezó a dibujar.

Se le relajaron los hombros, su mente se aquietó y se olvidó de su entorno. Cuando la luz comenzó a desvanecerse, dejó el pincel y se estiró.

—La cena está lista.

Se sobresaltó y, al girarse, se encontró con lady Croft, que la observaba desde la entrada.

Se atusó apresuradamente el cabello, sin darse cuenta de que se lo embadurnaba de pintura azul.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—El suficiente. Tiene talento —respondió lady Croft de mala gana.

—Gracias.

—Pero el tema que ha elegido es cuestionable.

Jane se volvió a mirar el cuadro. Había pintado la fachada de una expendeduría de ginebra donde hombres de todo tipo hacían cola para pasar el día. Entre los hombres había una mujer de aspecto frágil con un chal andrajoso echado sobre los hombros. Sostenía una bolsa de monedas y trataba de abrirse paso hacia el mostrador.

Lady Croft ladeó la cabeza.

—¿Esa mujer del cuadro quiere comprar bebida para sí misma, para un hijo enfermo o para un marido que la maltrata?

—Regenta la tienda junto a su marido.

—Una mujer audaz.

—En efecto.

—Ah, de modo que no solo existe en su imaginación.

—No, es real. La vi una vez.

—¿Dónde?

—Dorothy me llevó al Camino de la Ginebra. Íbamos disfrazadas de pordioseras. Yo quería ver cómo era la vida en lugares así. Quería plasmarlo en un lienzo para la clase noble que nunca ve nada más allá de Mayfair. Esperaba agitar sus conciencias y conmover sus corazones, y espolearles a hacer algún bien.

—Me recuerda usted a mi difunto marido.

—He visto su busto en la sala de las estatuas. Era muy apuesto.
¿Cómo murió?

—En la guerra.

—Debe de estar orgullosa de él.

Lady Croft inclinó la cabeza.

—Será mejor que se quite la pintura y se cambie. Se ha manchado el vestido.

—¿Lady Croft?

—¿Sí?

—También vi un busto de usted y otro de su madre.

—Un capricho de mi hermano. Insistió en encargarlos. Cree que si los hombres de la casa se merecen una cosa, las mujeres también.

—Son muy hermosos.

—Venga conmigo. El Señor Williams está merodeando por el jardín. La acompañaré a su habitación.

Jane limpió los pinceles y se apresuró a seguir a su cuñada.

Dos días más tarde, Jane deseaba con toda su alma visitar el cenador y sin embargo allí estaba, con el corazón atronándole en el pecho una vez más y una sensación de pánico en la boca del estómago.

—¿Se puede saber qué diablos le pasa?

Jane miró a lord Savill desde debajo de la cama.

Él la agarró del brazo y la sacó a rastras.

—¿Por qué se esconde? ¿Y por qué no está vestida?

—No voy a ir.

—¿Qué?

—No voy a ir.

—Pero la duquesa es su hermana y ella ha organizado el baile.

Jane se cruzó de brazos y miró hacia otro lado.

—Señorita Fairweather, míreme.

Ella no le hizo caso.

Lord Savill la agarró de la barbilla y la obligó a volver la cara.

—He dicho que me mire.

—¿Para qué?

—¿Por qué no quiere ir?

—Todas esas miradas...

Él frunció el ceño.

—Ha estado ya en muchos bailes.

—Sí, pero antes nadie se fijaba en mí. Este baile es en mi honor. Todo el mundo nos estará mirando.

Los ojos de lord Savill se endurecieron.

—Ah, ya veo. Otro intento de demostrarme que detesta exhibirse en público. No se casó conmigo por mi dinero, como demuestra el hecho de que ni siquiera le gusta que la miren.

Jane ya estaba alterada porque su hermana hubiera organizado un baile, y no estaba de humor para escuchar sus mofas. Irguió la espalda y le miró a los ojos.

—He dejado mi hogar, mis sueños, mi vida, a mi familia y a mis amigos para vivir con un desconocido en una casa extraña donde sé que nunca me querrán. Dígame, señor, ¿por qué haría yo una cosa tan absurda?

—Por lo que hacen las cosas la mayoría de los estafadores. Por la riqueza y el poder.

—Soy económicamente independiente.

Él se rio.

Jane le ignoró y añadió:

—No necesito a un hombre ni su riqueza. Vendo mis cuadros y gano lo suficiente para vivir cómodamente.

Lord Savill sonrió.

—¿Y cuánto valen sus acuarelas? ¿Cómo puedo adquirir sus obras maestras? ¿Un paisaje boscoso, por ejemplo?

—Ya tiene un cuadro mío. Está colgado encima de la chimenea del vestíbulo.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿El cuadro del vestíbulo? ¿Usted es el escurridizo J. Fair?

—Jane Fairweather.

Capítulo Trece

Por primera vez desde que se conocían, lord Savill parecía confuso. La miró de arriba abajo mientras trataba de asimilar lo que Jane acababa de revelarle.

El cuadro del vestíbulo no era una acuarela de un bosque, sino un atrevido óleo sobre lienzo que representaba a Hefesto sentado en el suelo, fabricando una silla dorada a partir de las llamas que le salían de la boca. Curiosamente, toda la escena estaba situada bajo el agua. Los magistrales trazos representaban un sol acuático y llamaradas furiosas bajo olas suaves, y la intrincada silla con motivos de ángeles y demonios brillaba con una luz sobrenatural.

—No la creo.

Jane extendió la mano y él se la tomó sin pararse a pensar. Ella sintió la calidez de sus dedos en la piel y respiró profundamente.

—Acompáñeme.

Lord Savill dejó que le llevara fuera de la casa. Estaba diluviando; eran las últimas lluvias del verano, pero Jane no se dio cuenta y se fue derecha al cenador.

Una vez dentro, se acercó a los lienzos cubiertos con sábanas blancas que había en un rincón. Retiró las sábanas con gesto tranquilo y el rostro lleno de orgullo. Allí se sentía como en casa.

El manto de la timidez se desprendió para dejar al descubierto una mente chispeante y una imaginación prodigiosa. Volcaba el alma y el corazón en sus cuadros, y su profunda comprensión de la naturaleza humana quedaba patente en sus audaces pinceladas.

No era una cazafortunas descerebrada. Era una mujer con talento suficiente para amenazar al patriarcado.

Estaba allí de pie, calada hasta los huesos, con el vestido de mañana pegado al cuerpo como una segunda piel, sin darse cuenta de que

presentaba el mismo aspecto que el arte que había desvelado. El cabello le caía en ondas por la espalda, salpicado de gotas de lluvia semejantes a estrellas minúsculas. Su piel blanca brillaba, y el vestido de muselina con hilos de plata y oro se amoldaba tentadoramente a su figura.

Miró a lord Savill y descubrió que la estaba mirando fijamente. Se aclaró la garganta y señaló el primer lienzo, que representaba una casa humilde y un cielo cuajado de densas nubes.

—Este lo pinté cuando tenía seis años, estando enferma. Mi madre me compró unas pinturas para que me entretuviese. Estuve meses en cama. El prado lo pinté con doce años, y este representa el primer baile al que asistí. Algunos los he vendido, otros los conservo porque les tengo mucho cariño. Ese montón de ahí, los que están de cara a la pared, los desprecio.

—¿Y esa destreza? ¿Cómo la adquirió? Las mujeres, aunque sean hábiles, no estudian como aprendizas con los grandes maestros ni reciben educación académica.

—Mi cuñado, el duque, me facilitó las cosas cuando vio lo ansiosa que estaba por aprender. Me sorprendió dibujando un pájaro en pleno vuelo. Había roto veinte hojas de pura frustración. Llevaba horas intentándolo. El duque sabía de un artista joven y prometedor que necesitaba trabajo y que había aprendido las técnicas de la mano de un gran pintor. Resultó ser un maestro excelente.

Lord Savill extendió la mano y tocó un lienzo. Era el del farolero.

Jane sintió que se le encogía el estómago y se apresuró a interponerse en su camino.

—Es usted una pintora de renombre —dijo lord Savill como si pensara en voz alta—. El cuadro que poseo me costó bastante dinero. Pero, si usted es J. Fair, ¿por qué ha sentido la necesidad de atrapar a un hombre? Muchos cazafortunas se habrían casado con usted por su dinero o su fama.

—Yo no planeé esto. No tenía intención de casarme con nadie. Quiero pintar, nada más. Mi madre decidió dar este paso porque estaba desesperada. Quería verme casada.

Tras unos instantes de silencio, lord Savill apartó la mirada de ella.

—Entiendo. Sin embargo, su identidad no cambia el hecho de que su familia me ha engañado.

Jane tragó saliva e inclinó la cabeza. Tenía derecho a estar enfadado. A fin de cuentas, ella también estaba furiosa por lo que había hecho su

madre.

Lord Savill dio media vuelta y recorrió lentamente el cenador lleno de cuadros. De vez en cuando se detenía. Jane ignoraba si para admirarlos o para encontrarles defectos.

Los gruñidos del Señor Williams, pidiendo que le dejaran entrar, hizo volver al presente a lord Savill. Abrió la puerta al guepardo y Jane observó, entre asustada y horrorizada, como el magnífico animal se sacudía el agua de lluvia. Se acercó a lord Savill y le dio la mano.

—Tenemos que irnos al baile dentro de poco —dijo él bruscamente.

Ella le miró alarmada.

—No quiero ir.

El guepardo comenzó a frotarse contra sus piernas y su peso la hizo caer en brazos de lord Savill.

Jane reprimió un chillido. Si el Señor Williams decidía comerse su brazo para cenar, nada se lo impediría.

Lord Savill carraspeó.

—Parece que se ha encaprichado de usted.

Jane se agarró a su cuello y se arrimó más a él. Pegó el cuerpo al de lord Savill sin despegar los ojos del animal.

—No quiero que se encapriche de mí, ni este animal ni ningún hombre.

—Déjala tranquila —dijo lord Savill acariciando al Señor Williams, que ronroneó y obedeció como si no fuera más que un dulce gatito doméstico de sesenta kilos de peso.

Lady Croft entró en el cenador y sonrió.

—¿Arrullándoos otra vez?

Ellos se separaron de un salto.

Lord Savill se aclaró la garganta:

—El Señor Williams la ha asustado.

Lady Croft agitó una mano con gesto teatral.

—¿De verdad? ¿Y dónde está el Señor Williams?

Jane comenzó a tartamudear una explicación, pero lady Croft la atajó con un ademán.

—Tiene que abrir el baile del duque, querida. Debería estar vestida.

Jane miró a lord Savill con impotencia.

Lady Croft se volvió hacia su hermano.

—Madre me ha encargado que te diga que el carruaje está listo para llevarnos a Blackthorne. La avisaré de que vais a llegar tarde. Si el duque se molesta —añadió encogiéndose de hombros—, ya sabemos a quién culpar.

En cuanto se hubo ido, lord Savill miró a Jane.

—No escapará de sus responsabilidades. No lo permitiré. Puede que su familia la haya malcriado, pero es hora de que madure. Si no está vestida y lista dentro de media hora, la despojaré de sus ropas, le restregaré la pintura de la piel y la vestiré yo mismo.

Jane refrenó su temperamento y preguntó con dulzura:

—¿Tiene mucha experiencia desnudando a damas, milord?

—No ponga a prueba mi paciencia o lo descubrirá muy pronto.



Jane llevaba el pelo recogido hacia un lado, con algunos mechones cobrizos tachonados de zafiros cayéndole sobre el pecho. Lucía un vestido de color azul prusiano con corpiño de raso y falda bordada con hilo dorado. Bella estaba abrochándole el corpiño cuando entró lord Savill. La doncella soltó un suave chillido y se apresuró a salir.

—¡Mi vestido! —le gritó Jane, pero ya había salido por la puerta.

Se giró para mirar a su marido, sujetándose el vestido por detrás. Tenía la piel sonrojada y los párpados pesados.

—Por favor, váyase. Estaré lista dentro de un momento.

Él la ignoró. Su mirada era más analítica que acalorada. Se acercó a ella y la hizo girar.

A Jane se le aceleró el corazón mientras le observaba aterrada en el espejo.

Él acabó de abrocharle el corpiño con rapidez, sin inmutarse, y luego, cogiendo una *pashmina* de color dorado de la silla, la acompañó fuera de la habitación.

Su comportamiento hizo enmudecer momentáneamente a Jane, pero una vez dentro del carruaje sus pulmones volvieron a llenarse de aire.

—Me encuentro mal —gimió.

Él puso cara de fastidio.

—Haremos acto de presencia y volveremos a casa.
—Creo que me voy a desmayar.
—Tengo sales aromáticas.
—Londres apesta. No lo soporto. Debería retirarme al campo.
—Tenga. —Le lanzó su poma de olor.
—No quiero ir.

Lord Savill inclinó hacia delante hasta que su cara estuvo a un centímetro de la de ella.

Jane tragó saliva.

—Ni una palabra más —le advirtió él, y ella se apresuró a asentir.

Pasado un momento, dijo:

—Tengo hambre.

—Puede comer en el baile.

—Tengo sed.

—¿Intenta fastidiarme?

—¿Lo estoy consiguiendo?

Él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Ella arrugó el entrecejo. ¿Cómo se atrevía a arrastrarla al baile para luego cerrar los ojos y echarse a descansar mientras a ella se le revolvía el estómago de nerviosismo?

Agarró el extremo de su chal, lo enrolló para formar una punta e, inclinándose hacia él, se puso a hacerle cosquillas en la nariz.

Abrió los ojos de golpe, sobresaltado, y le agarró la mano antes de que pudiera retroceder.

—Le estaba quitando una araña —dijo Jane mansamente.

—Ya veo.

—Era pequeña. Seguro que la ha notado.

—No.

—Pues estaba ahí.

—Las damas no han de mentir.

Se puso roja y estaba a punto de decirle que no cuando él se inclinó y le apartó un rizo de la cara.

Se quedó muy quieta y siguió sintiendo su tacto cálido incluso después de que él bajara la mano.

La luna y las lámparas de gas de la calle formaban un encantador juego de luces en el interior del carruaje, de modo que los ojos de lord

Savill parecían más profundos e inquietantes que de costumbre.

Su boca perfecta, su nariz aristocrática y sus ojos, que tanto le recordaban a los del farolero del cuadro, la fascinaban. Le miró embelesada mientras el carruaje seguía avanzando hacia el baile.

Él esbozó una sonrisa burlona y una de sus cejas dibujó un perfecto arco interrogativo.

Ella pestañeó y permaneció inmóvil como si esperara algo. Un instante después notó que le faltaba la respiración, como si un diablillo hubiera decidido sentarse sobre su pecho. La cabeza comenzó a darle vueltas como si estuviera ebria.

—La araña —dijo su marido con voz ronca— debe de haber saltado de mí a usted.

—¿Qué araña? —preguntó ella parpadeando.

Él sonrió y le soltó la mano.

—Hemos llegado.

—¿Qué?

—Al baile. Ya estamos aquí.

Capítulo Catorce

La mansión Blackthorne estaba acicalada como un novio rollizo y reluciente. La luz de la luna, junto con las lámparas de aceite y las innumerables velas, suavizaba sus ásperas aristas, y daba la impresión que sus viejas piedras habían perdido su temperamento juvenil y se habían dulcificado con la edad.

Centenares de rosas blancas, jazmines de noche y lirios perfumaban el aire junto con el aroma de la hierba recién cortada, y por una vez aquellos olores conseguían imponerse al tufo del sudor humano. La brisa también parecía distinta. Tenía el dulzor embriagador del primer atisbo del otoño, y la presencia del hombre que estaba junto a Jane intensificaba la extraña emoción que se agitaba en su interior. Habían llegado lo suficientemente temprano como para no tener que esperar mucho para hacer su entrada en el baile.

Jane miró de reojo a su marido, preguntándose por qué actuaba de forma tan extraña. Su forma de mirarla en el carruaje y de apartarle ese mechón de pelo... Se estremeció. ¿Cómo era posible que un gesto tan nimio creara tal torbellino de emociones dentro de ella?

—¡Jane! —Penélope la agarró de la mano y tiró de ella.

Jane se volvió para mirar a lord Savill. De pronto sentía una extraña reticencia a apartarse de él. Sus hermanas, como un grupo de hadas relucientes, la rodeaban impidiéndole verle.

Penélope la abrazó.

—¡Le dije a Dorothy que vendrías, que no podías ser tan insensible! ¿Qué les habría dicho a los invitados, si no?

Dorothy frunció el ceño.

—Aun así, deberías haberle preguntado antes de organizar este baile. Ya la conoces. Odia los bailes.

Celine entrecerró los ojos.

—Calla, estoy harta de que discutáis. ¿Podemos divertirnos ya, por favor? ¡Ah, champán! Justo lo que necesitamos.

Dos copas de champán después, Jane sonrió a sus hermanas. De repente se alegraba de estar allí. Las miradas de los extraños que tanto le preocupaban se veían empañadas por la presencia de multitud de caras conocidas. A fin de cuentas, hasta los criados la conocían. Había pasado muchos veranos allí. Ver a sus hermanas, escuchar los chismes de Finnshire y quejarse de su madre era justo lo que le hacía falta. Las había echado muchísimo de menos.

—Es hora de abrir el baile. —Penélope dio unas palmadas, entusiasmada.

La felicidad de Jane se convirtió en temor. Esperó a que sus hermanas se distrajeran un momento y se escabulló sigilosamente. Se fue derecha a la sala de estar del piso de arriba, que tenía un amplio alféizar oculto detrás de las gruesas cortinas de brocado azul. La habitación estaba a oscuras, pero conocía el camino e instantes después estaba acurrucada en el alféizar.

Una nube se alejó, permitiendo que la luz de la luna entrara por la ventana.

Jane soltó un grito. Sentado frente a ella había un hombre.

El hombre también se sobresaltó.

—¿Quién es usted? —preguntaron ambos al mismo tiempo.

—¿La pequeña Jane?

—¿Philbert Woodbead?

Se miraron un momento sin saber qué decir. Jane recordaba haberle visto un par de veces en algún baile. Era un poeta famoso que había estado enamorado de su hermana Celine antes de casarse con una rica heredera americana.

—Penny me invitó —explicó, apenado.

—Entonces, ¿por qué se esconde? —preguntó Jane.

—He visto a Celine sonreírle a su marido y no he podido soportarlo.

—¡Pero si está casado!

—Sí, pero no tengo ningún conflicto con mi esposa. Y sin un conflicto y una soledad profunda, no puedo escribir poesía. Para escribir bien, hay que sufrir una pizca. Creo que me conviene detenerme a pensar en el rechazo de mi único amor verdadero.

—No lo entiendo.

—¿Pinta usted? Creo recordar haber visto algunas de sus obras colgadas en el salón del duque.

—Me gusta pintar.

—Entiendo. Bien, pues, cuando representa un baile, ¿muestra a un grupo de bailarines felices y borrachos o una joven con el corazón roto?

—A una joven con el corazón roto.

—¿Le parece más interesante?

—Supongo que sí.

—Prefiere pintar a Leda y el cisne que un puñado de margaritas. Ve la belleza en un rostro viejo y arrugado más que en uno joven. Disfruta del patetismo y rehúye los momentos más dichosos de la vida.

—Entiendo adónde quiere ir a parar.

—La gente no se toma en serio un temperamento jovial. Un hombre misterioso que parece transido del dolor en un rincón es mucho más atractivo para una chica. Del mismo modo, los hombres se sienten atraídos por las mujeres pálidas y silenciosas. Una criatura alegre, regordeta y parlanchina nunca recibe el aprecio que merece. Se las considera vanas, como si estuvieran llenas de aire.

Jane se quedó mirando los mechones plateados del pelo de Woodbead y parpadeó. ¡Cuánta razón tenía! Ella no había experimentado ninguna gran tragedia a lo largo de su joven vida y, sin embargo, los temas sobre los que pintaban eran melancólicos y sombríos.

Él le sonrió.

—Pinta cuadros morbosos, querida, porque le han dicho que la felicidad es algo fugaz y absurdo, y que para que la consideren una gran artista ha de estar verdaderamente deprimida.

Jane se sintió incómoda por lo mucho que se acercaba a la verdad. Se apresuró a cambiar de tema.

—¿Ha escrito algún poema últimamente?

Él pareció animarse.

—Sí, aunque no es muy bueno. ¿Le gustaría oírlo?

—¡Sí, por favor!

—Poema.

—¿Y?

—Fin.

—No entiendo. Poema es el poema. ¿Nada más?

—Y nada menos. Usted todavía está chapoteando en las aguas someras de la juventud. Es demasiado profundo para que lo entienda.

Se quedaron en silencio un momento. Luego Philbert preguntó:

—¿Por qué está aquí, querida?

—Tenía que abrir el baile.

—¿Y?

—No podía.

—Ah, ya veo, es usted un lagarto.

—¿Qué?

—Un camaleón. Le gusta confundirse con el entorno.

—¿Cómo llama a la gente que disfruta abriendo bailes?

—Pavos reales.

—Ah.

Él estornudó y se limpió la nariz.

—Estaba reflexionando sobre la mejor manera de declararle mi amor a Celine.

—¿Dónde está su esposa?

—En Estados Unidos.

—No creo que Celine le acepte. Es mejor que se vaya a casa.

—Oh, confío en que me rechace rotundamente. Necesito que me aplasten el alma para que la poesía rezume. —Volvió a estornudar.

—Pero...

—Creo que voy a hacerlo ahora mismo.

—¡No!

El saltó del alféizar de la ventana, agarró un atizador y se dirigió al pasillo.

¡Santo Dios! ¿Por qué había cogido el atizador? Alarmada, Jane corrió tras él.

—¡Pare! Es una pésima idea... ¡Oh, no!

Contempló horrorizada cómo Philbert Woodbead se inclinaba sobre la barandilla y utilizaba el atizador para tirar hacia él de la cuerda que sostenía la lámpara de araña.

Luego, saltó sobre la lámpara.

Como era de esperar, la gente empezó a gritar.

—¡Te abo, Celine! —exclamó Philbert.

—¿«Abo»? ¿Qué es «abo»? —preguntó alguien.
—«Amo», papanatas. Estoy un pelín resfriado.
—¿Me ama? —respondió el hombre.
—A usted no. ¡A Celine! —aulló Philbert.
—No entiendo —gritó una voz femenina—. ¿A quién dice que ama?
—¡A Celine, merluzos! —gritó Philbert, y se golpeó la cabeza con la mano.

Por desgracia, era la mano con la que se agarraba a la araña. Cayó al suelo con un adorable chillido.

Los sirvientes se acercaron a todo correr, sosteniendo una enorme manta, a tiempo de atraparlo. Le hicieron rebotar dos veces para divertirse y luego le permitieron bajarse de la manta. En cuanto se levantó, George, el marido de Celine, le propinó un puñetazo en la nariz, indignado.

Philbert Woodbead levantó los párpados doloridos y dijo, quejoso:

—Quería que me aplastaran el alma, no la nariz.

Cuatro lacayos le levantaron rápidamente en volandas y se le llevaron.

En cuanto se perdió de vista, Jane sintió una mano sobre su hombro.



Al volverse, se encontró a lord Savill mirándola fijamente. Él le tendió la mano y ella la aceptó sin pensarlo. La condujo escalera abajo.

Con la otra mano le rozó la espalda y Jane notó un cosquilleo en la piel. Se giró hacia él.

La música empezó a sonar y de repente se dio cuenta de que estaba en medio del salón, a punto de abrir el baile.

Se le desorbitaron los ojos, llenos de horror.

No podía hacer aquello. Era horrible. Tenía la mente embotada. No se acordaba de los pasos. ¿Por qué no se movían sus pies? Iba a desmayarse o a vomitar...

—Míreme —le ordenó él.

Jane obedeció.

Él le sostuvo la mirada y, enlazándola por la cintura, la atrajo hacia sí.

De pronto, Jane ya no pensaba en los desconocidos, sino en el calor de la palma de la mano de su marido, que atravesaba su fino vestido y le calentaba la piel.

Él la miraba intensamente, fijándose en cada atisbo de emoción.

Jane sintió que se ruborizaba y, pese a todo, no pudo apartar los ojos de él.

Él giraba, se inclinaba y la hacía dar vueltas, y ella ni siquiera tenía que consultar los pasos que llevaba dibujados en el abanico. Lord Savill la guiaba sin esfuerzo y su cuerpo le seguía obedientemente.

Nunca había bailado con un hombre tan ágil, y se dio cuenta de que era emocionante.

—Le gusta bailar —comentó él.

—No, no me gusta. —Era cierto que no le gustaba, pero de alguna manera él hacía que fuera divertido.

—Está sonriendo.

Jane borró toda expresión de su rostro.

Él le pasó rápidamente un dedo por las costillas, haciéndola reír y devolviéndole la sonrisa.

—¡Pare! —le regañó ella—. Está intentando que parezcamos una pareja felizmente casada.

—¿Prefiere que toda este gente se regodee en nuestra infelicidad?

Jane arrugó el ceño.

—No me gusta fingir.

—Ni a mí me gusta que me compadezcan, señorita Fairweather. Si tengo que fingir que soy feliz para ahorrarme las miradas de satisfacción de los que disfrutan con la desdicha ajena, estoy dispuesto a hacerlo.

—No puede obligarme a mentir.

—No ha parado de sonreír desde que hemos empezado a bailar.

—Le odio.

—Me alegro de que no haya empezado a sonreír simplemente porque...

—¿Por qué?

—Porque he intentado distraerla.

Sus ojos se abrieron de par en par. Todos aquellos gestos —echarle el pelo hacia atrás, atraerla hacia sí y mirarla con ardor— había sido una actuación calculada para hacerla olvidar dónde estaba. Le ardió la cara de vergüenza y su confianza en sí misma comenzó a tambalearse. ¿Tan ingenua era que su madre y su marido podían manipularla con toda facilidad?

Otro pensamiento irguió la cabeza como una serpiente que se despertara de su letargo. Lord Savill acababa de demostrarle lo susceptible que era a la seducción. Unos instantes de coqueteo inofensivo habían bastado para convertir su cerebro en papilla.

Se le revolvió el estómago y empezó a sentirse mal. Palideció y sus ojos se llenaron de terror cuando miró a su marido. No podía permitir que la sedujera. No quería quedarse encinta y perder su identidad o, peor aún, la vida.

La música cesó y lord Savill la alejó de la multitud. De pronto se halló en el despacho del duque con una copa de brandy en la mano.

Bebió un sorbo y sintió el calor líquido del brandy en el pecho.

Él se agachó a su lado.

—¿Se encuentra mejor?

Jane asintió en silencio.

Lord Savill no le preguntó qué le ocurría. La llevó de vuelta con sus hermanas y mantuvo las distancias, y Jane se lo agradeció.

No creía que tuviera ninguna oportunidad de salir victoriosa si había de enfrentarse a los coqueteos de lord Savill.

Capítulo Quince

Unas semanas más tarde, lord Savill seguía manteniendo las distancias. Jane no entendía cómo lo lograba, pero lo cierto era que apenas le veía.

Su marido rara vez comía con la familia, y su madre y su hermana solían mirar con nostalgia su silla vacía. Si alguien preguntaba dónde estaba lord Savill, la respuesta era siempre que estaba montando a caballo, trabajando o en el club.

Jane también había caído en una especie de rutina en su nuevo hogar. Todas las mañanas la despertaban con una taza de té, un suave golpecito y la luz del sol, que entraba a raudales cuando su nueva doncella, Bella, retiraba las cortinas.

A continuación, se ponía un vestido de mañana, desayunaba con la familia, atendía a las visitas matutinas o iba de compras y escribía cartas.

Por la tarde, desaparecía en el cenador para pintar y solo paraba cuando la luz empezaba a declinar. Después lavarse rápidamente en su cuarto de baño, se cambiaba y se unía a la familia para cenar o ir a un baile, al teatro, a la ópera, a una velada, a un recital o cosas parecidas. Las sesiones del Parlamento habían concluido y, a medida que las familias volvían al campo, los acontecimientos sociales empezaban a escasear, pero no habían terminado por completo.

Una mañana, Jane se despertó antes de lo habitual. Bostezó y al mirar a su alrededor vio a una sirvienta agachada frente a la chimenea.

Se sentó en la cama y observó como la criada luchaba con los leños de la chimenea.

—¿Qué ocurre?

La sirvienta se levantó sobresaltada.

—Ah, está usted despierta, señora. No quería molestarla.

—¿Estabas encendiendo el fuego?

La criada la miró pasmada. Nadie se fijaba en una sirvienta de tan poca categoría como ella, y mucho menos le hablaba.

—Contéstame, muchacha.

La chica tartamudeó:

—Lady Montgomery me ha mandado encenderlo. Ha dicho que está cambiando el tiempo y que quizá quiera usted bañarse con la habitación caldeada.

—Ya veo. Bien. ¿Te duele la mano?

—¡No!

—Te he visto hacer una mueca de dolor. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí por las escaleras.

—Ven aquí.

La chica se acercó a ella con cautela, a punto de echarse a llorar.

Jane extendió la mano y la agarró suavemente del brazo. Debajo de la suciedad, distinguió el feo moratón. Suspiró. Tendría que resignarse a no volverse a dormir.

—¿Te quedan muchas habitaciones?

—Solo la suya y la de lord Savill.

—Yo me encargo.

La chica ahogó un grito de espanto.

—¡No puede!

—Sí que puedo.

—Pero no puede ser...

—Hace demasiado calor para encender el fuego. Puedes volver a la cocina.

—¡Pero lord Savill...!

Jane frunció el entrecejo. Aquel hombre endiablado no necesitaba calefacción. Era como un palo ardiendo... o como una rama... o como un árbol entero. De todos modos, habría que encender las chimeneas; de lo contrario, la muchacha se metería en un lío.

Salió de la cama y se estiró lánguidamente. Luego se puso a cuatro patas.

—¡Señora! —chilló la criada.

Jane se llevó un dedo a los labios y le indicó que la siguiera. Fueron a gatas hasta la habitación de lord Savill, cruzando la puerta que comunicaba las dos alcobas.

Olía a él: un olor masculino, como a madera, y embriagador.

Jane se detuvo, sintiéndose como si acabara de entrar en la guarida de un animal feroz. Habían empezado a sudarle las manos y tuvo que secárselas en el camisón.

Dormido, lord Savill tenía un aspecto apacible. Su cara relajada, con un asomo de barba, era muy atractiva. Jane experimentó una sensación curiosa, como si algo tirara de ella hacia él.

El frío de la habitación le erizó la piel y, durante un instante de locura, se preguntó cómo sería meterse en la cama con él y despertarle a besos.

Al pensarlo, volvió en sí con un sobresalto y se obligó a acercarse a la chimenea.

—Milady —susurró la criada—, déjeme hacerlo a mí.

—Dame el yesquero —respondió Jane en voz baja.

—No. La señorita me va a matar.

—¿Quién es la señorita?

—El ama de llaves.

—Bueno, si no me das el yesquero, lo cogeré yo, encenderé una hoguera y te tiraré dentro.

—¡Ay, ay, ay!

—Dame la yesca, por favor.

—Puedo hacerlo yo.

—He visto el cardenal que tienes.

—No es nada.

—¿Has oído que ciertas damas tienen caprichos extraños?

—Tengo que decir la verdad o iré al infierno. Algunas historias he oído, sí.

—Cuéntame una.

—Oí hablar de una señora a la que le gustaba pelar patatas.

—Entiendo.

—Y a otra le gustaba ponerse la ropa de su marido y a su marido le gustaba que se la pusiera.

Jane se puso colorada.

—Qué cosa más rara.

La criada continuó:

—Otra hablaba con su madre todas las noches, aunque su madre llevaba muchos años muerta. A otra le chiflaba comer carne con azúcar, y otra disfrutaba disfrazándose de anciana. A una le gustaba besar al mayordomo, otra le hacía cosquillas en los pies al ayuda de cámara...

—Debo pedirte que pares, ehh... ¿Cómo te llamas?

—Mopy.

—¿Qué?

—Mopy, porque suelo pasar la mopa. Así me llama todo el mundo.

—¿Cómo te llama tu madre?

—Apestosa.

—Mopy servirá. Bueno, Mopy, considera esto un capricho de dama. Siento el extraño impulso de encender la chimenea de mi marido.

—¿Sabe cómo hacerlo?

—Puedes enseñarme.

—Primero tiene que retirar la ceniza.

Jane se puso manos a la obra. El hollín la fascinaba. Se preguntaba si podría utilizarlo para pintar.

Estaba a punto de prender la yesca cuando Mopy se inclinó hacia ella y le susurró:

—Señora, está despierto y la está mirando.

A Jane le dio un vuelco el corazón. Giró lentamente la cabeza hacia la cama y vio que su marido tenía los ojos cerrados.

—Los tenía abiertos —insistió la chica.

Jane tragó saliva y gritó:

—¡Fuego!

Lord Savill saltó de la cama y aterrizó junto a ella como una pantera asustada.

Aquello fue demasiado para Mopy. Soltó un grito espeluznante y salió corriendo de la habitación.

Lord Savill recorrió con la mirada la inmaculada habitación:

—¿Dónde está el fuego?

—En mi corazón —le espetó—. ¿Por qué fingía dormir?

—¿Qué hace usted en mi habitación?

—Mopy necesitaba ayuda.

Él levantó una ceja.

—Nunca he visto a una dama hacer el trabajo de una sirvienta.

Jane entornó los ojos.

—¿Para qué iba a venir aquí, si no?

Él se agarró las solapas de la camisa y se apartó de ella:

—Quería aprovecharse de mi estado de vulnerabilidad. Es usted una víbora, señorita Fairweather, una víbora que planea introducirse en mi corazón con sus intrigas y seducirme. —Se irguió de repente—. Pero no lo permitiré.

Jane se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—Yo solo quería... ¡Por favor! ¡Qué ocurrencia! En todo caso, planearía asesinarle, no... Ya sabe lo que quiero decir. —Señaló su pecho sin saber qué más añadir.

—Sé que soy irresistible.

—¡Por Dios! A veces es un perfecto zoquete. —Agarró un puñado de hollín y se lo lanzó a la cara.

Antes de que pudiera pestañear, lord Savill la tenía inmovilizada en el suelo.

—No vuelva a lanzarme nada, ¿entendido?

Jane tragó saliva y asintió. Le pesaban los párpados, el corazón le latía con fuerza y notaba en todo su ser el peso de su marido sobre ella.

Lord Savill se apartó y cogió un orinal.

—Váyase.

Jane huyó a toda prisa.



Su encuentro con lord Savill la había trastornado. Él tenía razón. No debería haber violado su intimidad. Él había cumplido su palabra y la había evitado, y ella debería haber hecho lo mismo.

Se echó al hombro la gran bolsa de tela llena de pinturas y se dirigió al cenador. El sol estaba muy alto, pero un frío ligero comenzaba a emanar del suelo. Sabía que pronto las hojas empezarían a marchitarse y que tendría que encontrar un lugar más abrigado para pintar.

Estaba ocupada aplicando el *gesso* al lienzo cuando lady Croft entró acompañada de lady Georgiana Berry.

Georgie chilló al ver a Jane.

—¡Cuánto te echaba de menos!

Jane soltó el pincel y abrazó a su amiga.

—Yo también te extrañaba.

Georgie sonrió y, como en los viejos tiempos, se inclinó sobre su hombro y preguntó:

—¿Qué estás pintando?

A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas al oír aquellas palabras tan familiares. Era como si un trozo de su pasado hubiera llamado una vez más a su puerta. Su amistad con Georgie permanecía congelada en el tiempo, aunque el resto de su vida se hubiera hecho añicos. Su voz sonó ronca cuando dijo:

—Voy a pintar al Señor Williams cenando con un grupo de aristócratas.

Lady Croft, que estaba junto a Georgie, sonrió.

—¿El Señor Williams? —preguntó Georgie desconcertada.

—Es la mascota de lord Montgomery.

Georgie aplaudió encantada.

—Me encantaría verlo.

Lady Croft se adelantó a responder.

—Puedo llevarla a verlo. Le gusta sentarse junto al fuego en el despacho.

Jane puso cara de sorpresa. Nunca había oído a lady Croft hablar en un tono tan cálido.

Georgie enlazó su brazo con el de lady Croft.

—Eso sería estupendo.

Salieron, pero volvieron al poco rato, apresuradas. Georgie jadeaba con fuerza.

—Es un gato enorme. ¡Un tigre!

—Es un guepardo —rio Jane.

—Santo cielo, y yo que creía que sería un adorable perrito...

Lady Croft se echó a reír.

Georgie se sonrojó.

—Tú lo sabías, Jane, y no me has avisado.

—Sabía que lady Croft cuidaría bien de ti. Además, yo también me di un buen susto el primer día y ahora me parece encantador, siempre y

cuando me ignore y se mantenga lo más lejos posible, claro.

—Olvídate del gato. Tengo muchas cosas que contarte. —Georgie se sentó en un banco junto a ella y atrajo a lady Croft hacia sí.

No era consciente de la tensión que había en el aire. Lady Croft crispó la boca crispada y tensó los hombros en señal de desaprobación ante tal muestra de familiaridad. Pero Jane no estaba de humor para acudir en ayuda de su cuñada. Aún recordaba vivamente la habitación fría y oscura que le habían dado el primer día que pasó en la casa.

Georgie sonrió.

—¡Me caso este diciembre! Ya hemos fijado la fecha.

Jane se lanzó sobre ella y la abrazó con entusiasmo.

—¡Qué maravilla! Os deseo felicidad, amor, prosperidad y bebés.

Lady Croft dio unas palmaditas en la mano a Georgie y la felicitó con tibieza. Se puso de pie. Parecía incómoda.

—Tengo que ir a ver a la lechera. Necesito encargarle mantequilla de tomillo.

Georgie meneó la cabeza.

—Hable con ella más tarde. Necesito su ayuda para decidir el color de las rosas. Veo que tiene un gusto exquisito.

Lady Croft se sentó de nuevo. Su cara de confusión resultaba cómica. Parecía que su refinada educación y su aversión por Jane batallaban dentro de ella. Finalmente, se impusieron los buenos modales y se quedó.

Mientras debatían los detalles de la boda, Jane notó que Georgie iba colándose en el corazón de su cuñada y empezaba a ganarse su cariño. Y a medida que fue avanzando la tarde, quedó claro que las dos se complementaban a la perfección y que serían amigas de por vida.

Capítulo Dieciséis

Jane vio que Bella cruzaba corriendo la antesala y se deslizaba detrás del cuadro de Dioniso, donde estaba la puerta oculta de la cocina.

El mayordomo se paró en seco, agarró al ayuda de cámara y le murmuró algo al oído. El ayuda de cámara abrió los ojos desmesuradamente.

—Ha llegado pronto a casa.

Jane tragó saliva. Lord Savill había llegado pronto a casa. Hacía tiempo que no le veía.

Lady Montgomery salió de la salita de la mañana para ver a qué venía tanto alboroto. Llevaba un poco torcida la peluca empolvada, pero su anticuado vestido de brocado de color crema con tres enaguas estaba impecable.

Lady Croft siguió a su madre con un vestido de mañana en color púrpura, tan moderno como el último boceto de la revista mensual para damas.

El mayordomo carraspeó y anunció:

—El señor va a trabajar en casa.

Lady Croft dejó escapar un resoplido de exasperación.

—Siempre pierde los nervios cuando trabaja. ¿Recuerdas, madre, que la última vez tiró el tintero contra la pared?

Lady Montgomery se volvió hacia Jane.

—Esto es ahora responsabilidad tuya. No pienso volver a pintar las paredes ni a cambiar las alfombras.

Jane la miró sorprendida.

—¿Cómo?

Lady Montgomery continuó con firmeza:

—Por favor, habla con tu marido y pídele que deje de comportarse como un niño. Si vuelve a tirar una cosa más, le echaré de esta casa.

Cuando trabaja se le pone un mal genio insoportable. Por eso tiene una casa en Londres, para ocuparse de sus negocios.

Jane tragó saliva.

Lady Croft soltó una rara carcajada.

—Le has malcriado, madre, y eso ya no tiene remedio.

Lady Montgomery torció el gesto.

—¿Por qué culpar a la madre por la mala educación de uno de sus hijos? A ti también te eduqué y mira lo encantadora que eres.

—Eso es porque quieres más a Richard. A mí no me consentías tanto.

Lady Montgomery puso cara de fastidio y empezó a pasearse por el pasillo. Caminaba de un lado a otro con las manos entrelazadas a la espalda.

—Hace días que no le veo. Casi nunca viene a cenar a casa. —Se detuvo con los ojos fijos en Jane—. ¡Dios mío! ¿Te encuentras mal?

—No estoy segura. —Jane frunció el ceño.

Lady Montgomery tenía razón. Hacía semanas que apenas si veía a su marido. Incluso cenaba fuera casi todos los días. ¿Tendría una amante? No es que le importara. En realidad, le convenía. Así podría seguir pintando tranquilamente.

Si hubiera sabido lo apacible que iba a ser la vida de casada, hacía tiempo que habría elegido a algún hombrecillo insípido.

Clavó la mirada en la puerta del despacho, que se alzaba alta e imponente al otro lado del vestíbulo. Pero si él no se encontraba bien...

—Mi hermano está perfectamente —dijo lady Croft con sorna—. Supongo que habrá vuelto a retrasarse algún barco. Ya sabes que no le gusta mostrarles su lado petulante a los empleados.

Lady Montgomery miró a Jane especulativamente.

—Tal vez tú puedas mejorar su humor.

—¿Yo? —preguntó ella con voz aguda—. Uy, no.

—Uy, sí —sonrió lady Croft—. ¿Por qué no intenta calmarle?

Jane negó frenéticamente con la cabeza.

—No voy a entrar en la guarida.

—¿En la guarida? —Lady Croft sonrió.

—Digo en el despacho.

—Por favor, querida —imploró lady Montgomery.

Jane miró la puerta cerrada del despacho y dejó escapar un suspiro.

—Lo intentaré.

Planeaba entrar y salir en un abrir y cerrar de ojos. Hacer una rápida reverencia, preguntarle si quería un poco de té y luego salir corriendo.

Lady Montgomery sonrió y le dio unas palmadas en la espalda. Sus ojos delataban su preocupación.

—¿Tiene suficiente jabón?

Jane se sorprendió una vez más.

—¿Qué? ¿Ja-jabón?

—Es el tipo de cosas que una esposa ha de saber —la reprendió lady Montgomery con suavidad—. Y creo que se le está acabando el tabaco.

Jane se quedó mirándolas un momento, atónita. ¿El tabaco se estaba acabando? ¿Y qué, si se acababa? Entonces comprendió lo que querían decir. Era su deber velar por la comodidad de su marido.

Se dio una palmada en la frente. Lady Montgomery la estaba regañando. Había descuidado sus deberes de esposa.

Lady Croft la empujó suavemente hacia el despacho y ella avanzó a ciegas, absorta en sus pensamientos. Tendría que intentar ser mejor nuera y esposa.

Lady Montgomery había sido muy amable con ella. Tendría que tranquilizarla y hacerle ver que era una joven leal y responsable que haría cualquier cosa para mantener a la familia unida.

Adoraba pintar, desde luego, pero eso no significaba que no valorara a su nueva familia. Aunque detestara a su marido, le tenía mucho cariño a lady Montgomery y le horrorizaba la idea de decepcionarla.

Debía esforzarse más por hacerse un hueco en aquella familia, y empezaría por ocuparse de las necesidades de su marido.

Se sentó en el sofá con un suspiro y un momento después se levantó de un brinco al darse cuenta de que se había sentado sobre un par de piernas y no sobre un montón de cojines.

—¡Lord Savill! Disculpe. No le he visto. De verdad que no pretendía sentarme en su regazo con ninguna intención aviesa. Estaba concentrada pensando y...

Una sonora carcajada la hizo volverse y vio a lord Montgomery mirándola con un brillo en los ojos mientras el ayuda de cámara se apoyaba en una columna para no caerse, con expresión escandalizada.

El Señor Williams también estaba en la habitación, y Jane habría jurado que en la boca del guepardo se dibujaba una sonrisa.

—Deberíamos dejarlos a solas —comentó lord Montgomery jovialmente.

Jane los vio salir, incluido el guepardo sonriente, y todo su ser se sonrojó de vergüenza.

Miró a lord Savill y se sorprendió al ver que él también esbozaba una sonrisa.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó su marido.

Ella asintió, agradecida por el cambio de tema.

—¿Vino? ¿Jerez? ¿Ponche de arrack?

—¿Ponche de arrack?

—Un brebaje embriagador. Tiene que probarlo. —Le pasó la copa de plata de la que había estado bebiendo.

—Es la suya.

Él se encogió de hombros.

—Ya he tomado bastante.

Jane se pasó la lengua por los labios y dio un sorbo, indecisa. Sus ojos se agrandaron. Estaba asqueroso, pero, como él seguía mirándola, se obligó a beber un poco más y a sonreír, resistiéndose a admitir su derrota.

Su marido sonrió.

—¡Le gusta! Yo lo aborrezco, pero a mi padre le encanta y se empeña en que tome un poco con él.

Jane achicó los ojos. Lord Savill pensaba que estaba fingiendo que le gustaba, y así era, pero no iba a reconocerlo. Así que se lo bebió todo de un trago.

—¡Delicioso! —exclamó, y le devolvió la copa vacía.

Él se quedó con la boca abierta.

—No debería haber hecho eso.

Jane se tambaleó ligeramente y él la atrajo a su lado.

—No es una bebida para damas.

—Me la has dado tú.

—Para que la probaras.

—No has *espesificado*.

—Qué extraña eres.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Nunca haces lo que espero.

—¿Ah, no?

—Esperaba una muchacha astuta y calculadora y en cambio eres...

—¿Qué soy?

—Una artista brillante.

Jane se sonrojó de placer.

Él sacó un cigarro y le cortó un extremo con cuidado.

—Anoche me encontré con varios caballeros en el club. Estaban preocupados por mi elección de esposa.

El regocijo de Jane se desvaneció.

Él observó su cara pensativamente.

—Lord Dunne me advirtió que nunca te besara. Dijo que le mordiste la nariz cuando lo intentó.

Ella soltó una risita.

—Lloriqueó como un bebé.

—Otro joven caballero me contó que le pegaste al sofá con pegamento asegurando con fervor que no querías que se marchara nunca. Luego le enseñaste el baile del pajarito que aprendiste del Halcón, el famoso salteador de caminos. Tuvo que escabullirse de tu casa sin sus calzones.

—Aprendí la danza del halcón de pequeña. Aleteo, aleteo, aleteo. — Jane agitó los brazos como si fueran alas torcidas—. Y un poquito más de aleteo...

Lord Savill se apartó de ella.

—Y cuando el señor Grey fue a visitarte, sacaste una daga de tu falda y la arrojaste a la pared justo detrás de él, afirmando que no era lo bastante divertido.

—Se puso a cantarme una canción de amor. Detesto las canciones de amor.

—A mis amigos les preocupa que me haya casado con una loca.

Ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo siento por ti.

Él sonrió.

—Es cierto que no querías casarte.

—No, no quería. Casarme, tener hijos y morir en el parto... —Se levantó de un salto y se tambaleó. La cabeza le daba vueltas—. Soy una

artista con cientos de cuadros inacabados que se me agolpan en la cabeza. No puedo morir sin terminarlos todos. ¿Por qué los hombres pueden dejar su huella en el arte mientras las mujeres solo somos objetos decorativos?

—¿Y si te enamoraras?

Ella puso los ojos en blanco.

—El amor es una quimera creada por los hombres para mantener a las mujeres sometidas. Es un cuento tan bien elaborado con el paso de las generaciones que embota la sensibilidad de las mujeres y las hipnotiza para que se conviertan en esclavas de los absurdos caprichos de un hombre. Asfixia lentamente su inteligencia y las convierte en muñequitas complacientes. Yo no pienso ser así. No voy a renunciar a mi sensibilidad por un hombre. Nunca me tragaré ese cuento de hadas—

Él la agarró cuando estaba a punto de caerse.

—El ponche era muy fuerte.

—Yo también soy una mujer fuerte. No voy a besar a nadie, ni a hacerle cariñitos, ni a...

Él le puso un dedo sobre los labios.

—Si crees que las mujeres que se enamoran son débiles, entonces es que no conoces bien a las mujeres. Es hora de irse a la cama. —La levantó en brazos.

—Puedo caminar —farfulló ella—. Soy una joven segura de mí misma y con piernas. Tengo piernas y se mueven cuando se lo ordeno.

—Es extraordinario —dijo él mientras empezaba a subir la gran escalera con ella en brazos.

—¿Ves? Estoy moviendo las piernas.

Lord Savill se rio.

—No parece que surta ningún efecto.

—Creo que ahora me gustaría que me besaras.

Su marido casi la dejó caer.

—¿Qué?

—Solo una vez. A lo mejor así vuelven a funcionarme las piernas. Como la patadita que le das a un caballo para que se mueva. Un empujoncito. El beso podría tener el mismo efecto. Sacudir los sentidos.

Él abrió la puerta de la habitación de Jane y la dejó en la cama.

Ella se agarró al cuello de su camisa y tiró de él.

—Un beso, sé valiente.

—Te has pasado la última hora explicándome que detestas el matrimonio y el amor.

—Besar no tiene nada que ver con el amor ni con los bebés. ¿Te da miedo un besito? Vamos, dame un besito.

Él consiguió que le soltara la camisa y le apoyó la cabeza en la almohada.

—No me da miedo un besito. Pero no quiero enamorarme. La última vez que lo hice, ella eligió a otro. Y los besos, el amor y los bebés tienen mucho que ver entre sí, querida.

—Estupendo. —Ella suspiró y se dio la vuelta—. Los dos pensamos lo mismo. El amor es perjudicial.

—Muy perjudicial —contestó él, y eso fue lo último que oyó Jane antes de quedarse dormida.

Capítulo Diecisiete

—¡Madre! —vociferó lord Savill.

Jane le fulminó con la mirada cuando entró en la sala del desayuno llevando varios paquetes de color marrón. Le daban ganas de tirarle los panecillos calientes a la cabeza. El muy sinvergüenza la había emborrachado el día anterior.

Como si sintiera sus ojos taladrándole la cabeza, su marido la miró.

Ella entornó los párpados. ¿Por qué la miraba de esa forma tan extraña? Entonces se acordó de lo que ella le había dicho la víspera.

¡Le había pedido que la besara!

¡Qué cosa más espantosa! Había sido la bebida la que la había hecho decir esos disparates, pero aun así... Se sonrojó.

Él sonrió como si adivinara lo que estaba pensando y arqueó una ceja, haciendo que Jane se retorciera en su asiento. Quería fundirse con la alfombra persa de color verde oliva y desaparecer de su vista. Agarró su taza de té y bebió un gran sorbo, escaldándose la lengua.

—¡Has traído regalos! —Lady Croft se levantó de un salto al ver los paquetes que sostenía su hermano—. ¡Dámelos! —dijo moviendo los dedos.

Él le sonrió.

—Sí, aquí están. Los barcos llegaron por fin de la India. Los siete, todos ellos. —Repartió los paquetes marrones con un humor decididamente alegre.

Lady Montgomery tomó el regalo que le tendía y dijo:

—¿No crees que ya has ganado suficiente dinero, Richi? Es hora de que le prestes atención a tu encantadora esposa. Quiero que llenéis la casa de niños.

—No me llames así, madre. —Lord Savill torció el gesto mientras Jane apuñalaba su tostada con un tenedor.

—Tendrás que procurarnos un heredero, Richi —sonrió lady Croft.

—Devuélveme el chal —le espetó su hermano.

—No. —Lady Croft abrazó posesivamente la suave tela de color crema contra su pecho—. Es mío.

—Perlas —dijo Lady Montgomery, abriendo su paquete con deleite—. Y qué incienso tan delicioso. Rose damasquina y, mira, esposo mío. —Se volvió hacia su marido—. Te ha comprado una caja de puros.

Lord Montgomery cogió un huevo cocido y lo metió en la caja.

—Yo no fumo.

—Sí que fumas, querido. ¿Qué le has comprado a Jane? —le preguntó lady a su hijo.

Lord Savill pareció desconcertado un instante. Tenía los brazos vacíos.

Jane mordió su tostada tratando de aparentar indiferencia.

—Estoy segura de que los aceites perfumados eran para ella —dijo apresuradamente lady Montgomery.

Jane no quería que la compadecieran ni que le hicieran un regalo que no estaba destinado a ella. Así que cuadró los hombros y miró a su marido a los ojos.

—Ya me ha prometido algo que deseo.

—¿Y qué es? —preguntó sorprendida lady Croft.

Jane miró a lord Savill batiendo las pestañas.

—Me va a comprar una gallina.

Lady Croft puso cara de extrañeza.

—¿Para comérsela?

—No, como mascota.

Se hizo el silencio en la mesa del desayuno.

—¿Qué? —Lord Montgomery la miró parpadeando, con un huevo frito colgando de la boca.

Jane le devolvió el parpadeo.

—¿Una gallina de mascota? —insistió su suegro.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—¿Con plumas? —Lady Croft levantó una ceja.

Jane se encogió de hombros.

—¿Es que las hay de otro tipo?

—Desplumadas y asadas —repuso lord Savill.

Jane le miró con furia mientras lady Montgomery se reía, nerviosa.

—Debes de estar bromeando.

Ella negó con la cabeza.

—No, no bromeo.

Su suegra la miró pasmada.

—Pero el guepardo... se comerá tu gallina.

—No voy a regalarle una gallina —dijo al mismo tiempo lord Savill.

Jane sonrió dulcemente y mintió con descaro:

—Dijo que me regalaría una gallina, pinturas y pinceles nuevos. ¿Recuerda, milord? Anoche, justo después de que me diera esa bebida.

—¿Qué bebida? —Lady Montgomery frunció el ceño.

—Una copita de jerez —dijo lord Savill con suavidad y miró a Jane—. Pensaba que era una broma, querida.

—No lo era, milord. Si mi hermana puede tener una cabra y ustedes un gato gigante capaz de devorar a una persona, ¿por qué no puedo tener yo una gallina?

Lord Montgomery se animó visiblemente.

—El Señor Williams mordió a un hombre una vez. No le gustó su sabor.

Lord Savill dijo entre dientes:

—El Señor Williams llegó antes. No podemos tener una gallina.

—Usted dijo que sí. —Agrandó los ojos tratando de parecer horrorizada porque su marido hubiera faltado a su palabra.

—Se la comerá —dijo lady Croft rotundamente.

Jane la ignoró.

—Y voy a llamarla Señora Williams.

Lady Montgomery le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano.

—Eso es absurdo. ¡Qué ideas se te ocurren!

Jane le devolvió la sonrisa.

—Quizás el Señor Williams decida no comerse a su esposa.

Lord Montgomery parecía espantado.

—El guepardo no se va a casar con una gallina.

Jane se volvió hacia su marido.

—Claro que con los hombres nunca se sabe. Después de todo, usted podría comerme fácilmente y soy su esposa.

Lord Savill se apresuró a cambiar de tema.

—¿Ha elegido una gallina, entonces?

—Os lo advierto —susurró lady Croft en tono siniestro—. Esa gallina será devorada.

Jane se encogió de hombros.

—Ya lo veremos. Y, milord, todavía no he elegido una gallina. ¿Quizás pueda usted decirme dónde conseguir una?

Esa noche, cuando Jane entró en el cenador para ponerse a pintar, encontró una hermosa gallina marrón atada al caballete, además de los ingredientes necesarios para hacer sus pinturas y una bandeja con pinceles de la mejor calidad sobre la mesa.

Cuando llegó la hora de la cena, decidió presentar la gallina a la familia. Cuanto antes aprendiera el guepardo que la gallina no era una presa, tanto mejor.

Se puso un precioso vestido de *chintz* de color aguamarina y entró en el comedor seguida por la gallina.

El guepardo echó un vistazo al ave, que había empezado a cacarear, y huyó.

La familia se quedó atónita y Jane se puso muy ufana.

Por fin empezaba a sentir como en casa en Bellmore Hall.

Lady Montgomery estaba tumbada en el diván de la sala de estar olfateando su poma de olor con perfume a rosas. Tenía la peluca torcida y su cabello natural, algo canoso, asomaba por encima de sus pálidas orejas. Su vestido de brocado de color púrpura estaba manchado de barro y un

trozo de la enagua de encaje estaba roto. Jane, lady Croft y Georgiana se arremolinaban a su alrededor tratando de que estuviera cómoda.

—¡Madre! —exclamó lord Savill al irrumpir en la habitación—. ¿Qué ha pasado?

Jane se aclaró la garganta.

—Hemos ido de compras...

Al oír su voz, se giró hacia ella:

—¡Señorita Fairweather! ¿Esto es obra suya?

Jane retrocedió asustada al ver su mirada iracunda. Lord Savill empezó a avanzar hacia ella como una pantera negra furiosa y Jane levantó las manos para protegerse la cara.

Lady Montgomery estiró el brazo y agarró la muñeca de su hijo. Sus dedos delgados y huesudos ni siquiera alcanzaban a rodearle la muñeca y, sin embargo, él se detuvo en seco. Se volvió para mirar a su madre y ella entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

Lord Savill dejó escapar un suspiro exasperado, pero al instante se calmó, plegándose a sus deseos. Aquel hombre gigantesco se volvió maleable al tacto de su madre.

Jane se sorprendió al ver el poder que tenía lady Montgomery sobre él. La gentileza que mostraba hacia ella incluso en pleno ataque de ira la enterneció.

Lord Savill se dejó caer junto a su madre y se puso a acomodar los cojines.

—Estoy bien —dijo lady Montgomery con suavidad.

—No lo está —saltó Georgie.

Lord Savill frunció el ceño.

—¿Quién es usted?

—Mi amiga, lady Georgiana Berry —contestaron Jane y lady Croft al mismo tiempo.

—Y bien, ¿qué ha pasado? —preguntó lord Savill en tono un poco más cortés.

—Hemos ido de compras —comenzó Jane de nuevo—. Su madre quería comprar unos helados en Gunthers y lady Croft decidió acompañarla mientras Georgie y yo íbamos a la pastelería.

—De repente —terció Georgie—, oímos un grito.

—Dos hombres nos abordaron a mamá y a mí —dijo lady Croft, estremeciéndose— y nos exigieron que les entregáramos el bolso y las joyas. Mamá se negó a darles sus perlas y uno de los hombres sacó un cuchillo horrendo.

Jane retomó el relato:

—Georgie y yo volvimos a toda prisa. Nos acercamos sigilosamente a los hombres por la espalda y les golpeamos en la cabeza con las sombrillas. Se agarraron la cabeza y cayeron de rodillas.

—Mientras gemían y se quejaban, echamos a correr —continuó lady Croft—. Y entonces mamá metió el pie en un bache y se cayó. Jane, que lo vio, dio media vuelta y agarró a mamá de los brazos mientras Georgie la agarraba de las piernas, y entre las dos la levantaron y se acercaron a toda prisa al carruaje. Las ayudé a subir y di orden al cochero de que arrancara. Nos pusimos en marcha justo a tiempo.

Lord Savill agarró la campanilla y la tocó con furia.

—Hay que avisar al médico.

—Es solo un esguince —le tranquilizó lady Montgomery.

—Tiene un corte en el pie —dijo Jane, preocupada—. Lo he visto antes. Deje que avise al médico.

Lord Savill tocó la campanilla con más fuerza.

—Dos médicos, mejor que uno, quizá. Uno joven y otro viejo. Uno tendrá más experiencia y el otro estará más al tanto de los últimos descubrimientos.

—Estoy de acuerdo —dijo Jane—. ¿Y quizá unos ladrillos calientes, brandy y té para lady Montgomery mientras esperamos?

—Yo me encargo —dijo lady Croft, saliendo por la puerta—. Puedo preparar un brebaje para que mamá se tranquilice. Creo que dejé el botiquín en mi habitación.

La gallina cloqueó como si estuviera de acuerdo.

—Yo puedo leerle un rato —añadió Georgie, solícita—. Algo suave. Voy a buscar un libro.

Lord Savill miró a su madre con el ceño fruncido, como si acabara de reparar en algo.

—¿Por qué no les diste las joyas?

—Tu padre me regaló esas perlas el día de nuestra boda.

Lord Savill cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Madre, tú significas mucho más para mí de lo que significan esas perlas para ti. La próxima vez, deja que se las lleven.

Jane asintió fervientemente.

—Y si se las llevan, avísame y le pediré al Halcón, el famoso salteador de caminos, que encuentre a esos hombres y recupere las joyas. Es muy conocido en los bajos fondos. Nuestra familia también tiene amistad con un peligroso pirata. Bueno, peligroso era antes. Ahora es un corsario, pero sigue teniendo un espíritu sanguinario. También somos muy amigos del poeta lord Philbert Woodbead. Podemos atar a los ladrones y pedirle a lord Woodbead que les recite sus poemas. Un solo soneto y lady Montgomery recuperará sus perlas.

Lord Savill meneó la cabeza con sorna.

—Le sugiero que se guarde de hablar de sus estrafalarias amistades, querida. Son ustedes muy extraños si se enorgullecen de ese séquito de ladrones y maleantes y, en cuanto al poeta, ¿no tuvieron que echarle del baile el otro día?

—Calla —le regañó su madre—. Lo ha dicho con buena intención.

—Y tú, madre —le espetó él—, deja de ponerte de su lado. A su familia le gusta codearse con malhechores, lo que significa que la señorita Fairweather no tiene moral. Ahora, bébete el té y vete directamente a la cama. Mandaré a los médicos a tu habitación.

—Ahora eres tú quien me regaña —suspiró lady Montgomery con los ojos enrojecidos—. ¿Cuándo te has hecho tan mayor y cuándo me he convertido yo en una niña?

—Descanse —dijo Jane mientras le arreglaba el chal alrededor de los hombros—. Se acabó la charla. Parece cansada.

—Gracias —dijo sus suegra con los ojos brillantes—. Hoy has sido muy valiente. Me has salvado la vida. Si se debe a que te codeas con malhechores, entonces no me importaría invitar a tomar el té a ese salteador de caminos. Tal vez su presencia me infunda algo de valor, igual que a ti.

A Jane le tembló el mentón y miró a lord Savill, que la observaba con una expresión de curiosidad. Ella sonrió y él deslizó la mirada hacia la puerta. Jane frunció el ceño y enarcó una ceja.

Él movió la cabeza hacia la puerta.

Ella parpadeó.

—¿Está fingiendo ser un caballo?

Lord Savill la agarró de la mano y la llevó fuera de la habitación. Cuando estuvieron donde los demás no pudieran oírles, dijo:

—Quiero hablar con usted en privado. —Se inclinó hacia ella, hasta que su cara quedó a un par de centímetros de la de ella—. Si está tratando de ganarse mi afecto, le advierto que va a fracasar. Le agradezco lo que ha hecho por mi madre, pero sé por qué lo ha hecho. No he olvidado que su familia me engañó y nada de lo que haga usted va a cambiar eso.

Jane puso los brazos en jarras.

—En primer lugar, milord, no necesito ganarme su afecto. ¿Para qué lo querría? Puedo pintar, ver a mi familia y a mis amigas y vivir en una casa preciosa. Soy feliz. En segundo lugar, sucedió todo tan deprisa que no tuve tiempo de pensar, y mucho menos de tramar un complicado plan maquiavélico. Y por último, es usted libre de tener una amante, al igual que lo soy yo...

Lord Savill la agarró por la cintura y tiró de ella hacia sí, interrumpiéndola.

—No tendrás ningún amante hasta que me hayas dado herederos, ¿entendido?

Su furia ardiente dejó anonadada a Jane, que empezó a temblar.

—No voy a darle herederos, nunca —replicó con voz trémula—. Rece mejor por que me muera. Tal vez su nueva esposa sea más complaciente.

Se miraron en silencio, retándose el uno al otro a retroceder primero.

Lord Savill sentía el tacto delicado de la piel de Jane. Ella tenía la cara sonrojada y una mirada luminosa. Era una Fairweather y no pensaba dejarse amedrentar por aquella exhibición de brutalidad.

Él acercó la cara y ella ahogó un grito. Los ojos de lord Savill dejaban claras sus intenciones. Iba a besarla.

—¡Richard! —bramó lord Montgomery desde el otro lado del pasillo. Tenía posada una mano sobre el guepardo, que miraba nervioso a la gallina—. He enviado las invitaciones. Vamos a dar una fiesta para celebrar vuestra boda.

Jane dejó escapar un suspiro cuando lord Savill la soltó y se apartó. Nunca la había alegrado tanto el anuncio de una fiesta.

Lord Savill la había turbado hasta tal punto que todo su ser parecía estar sufriendo una transformación. ¡Santo cielo! Se sentía muy extraña y

ya no estaba segura de si odiaba sus acalorados encuentros o los disfrutaba con delectación.

OceanofPDF.com

Capítulo Dieciocho

El frescor del aire y el primer vislumbre del otoño se dejaban sentir intensamente esa tarde. El sol se ponía cada vez más temprano y Jane no tenía mucho tiempo para pintar.

Dejó el cuaderno en el que había estado dibujando y coloreando distintos tipos de hojas. Tenía numerosos cuadernos como aquel, llenos de esbozos de objetos de la naturaleza, tanto quietos como en movimiento.

Era una de las lecciones que había aprendido de niña. Si quería pintar bien algo, primero tenía que entenderlo. Tenía que conocerlo tan a fondo que pudiera pintarlo sin vacilar, incluso no teniéndolo delante.

Se acercó al caballete, mojó el pincel en azul de Bremen y lo aplicó al lienzo. El tono azul cobrizo brilló agradablemente, y ella lo admiró por un momento.

A lord Savill le sentaría bien un abrigo de ese tono.

Se mordió el labio hasta que notó un sabor a sangre. Se obligó a dejar de pensar en su marido y se centró en la otra cuestión que le preocupaba.

La fiesta.

La temporada había terminado y las personas sensatas se habían retirado al campo, no como su familia. ¿Acaso no habían tenido ya suficiente bailes y cenas?

Acarició el lienzo con el pincel en trazos entrecruzados. Sus movimientos eran nerviosos. ¡Otro baile, y además en Bellmore Hall! Allí no podría retirarse pronto. Al contrario, se esperaba de ella que entretuviera a los invitados y que fingiera estar locamente enamorada de su marido.

El pincel dejó un rastro de pelos en el lienzo, mezclados con el azul. Lo arrojó al otro lado de la habitación y cogió uno nuevo.

Árboles. Necesitaba pintar árboles grandes y silenciosos que se balancearan suavemente, mecidos por la brisa. Y montañas frías surgiendo

de un mar sereno y centelleante. Una imagen infantil, tal vez, pero tranquilizadora.

Empuñó el pincel, pero, antes de que tocara el lienzo, se detuvo. Tenía que dejar secar el azul y después añadir la pintura verde. ¿Cómo podía haberlo olvidarlo?

Su rabia aumentó y, antes de que pudiera aplastarla y meterla a la fuerza en su caja de siempre, estalló violentamente, y Jane arrojó el lienzo contra la pared.

Lord Savill lo atrapó en el aire.

—Tiene mal genio.

Se acercó a ella y volvió a colocar cuidadosamente el cuadro en el caballete.

Jane agarró un frasco de pintura de color rojo vivo y se lo lanzó. Se estrelló contra su camisa, salpicando pintura por todas partes.

Él se quedó paralizado y algo pareció cambiar en el ambiente. La furia de Jane se disipó tan bruscamente como había surgido.

En el centro de su suave camisa blanca había una mancha roja. Su cara y sus manos estaban salpicadas de rojo.

Jane reprimió la disculpa que tenía en la punta de la lengua. Aquel era su espacio. Allí era donde pintaba y él no tenía derecho a presentarse sin más.

Lord Savill dio un paso hacia ella, y su indignación se convirtió en miedo. Retrocedió, preparándose para el castigo.

Él se acercó aún más y, cuando estaba casi a su lado, agarró su falda de muselina amarilla clara y la utilizó para limpiarse la pintura de la cara.

Jane no se atrevió a protestar ante aquella muestra de intimididad.

Él soltó la tela cuando hubo terminado y dijo con calma:

—Mi madre pregunta por usted. Está en la salita de mañana. El sombrerero y la modista están aquí.

Ella asintió con un gesto porque no sabía si podría hablar y, con las prisas por alejarse de él, tropezó y estuvo a punto de caerse.

Lord Savill observó divertido cómo se retiraba.

—No es usted una mecha ni yo soy una llama que al tocarla la haga arder.

A Jane le dio un vuelco el corazón al oír esas palabras. Al instante, se le imaginó abrazándola mientras ella ardía envuelta en un fuego dorado.

Cerró los ojos y se tambaleó. «Piensa en excrementos de conejo», se dijo. O en la anatomía de una rana que su profesor le hizo diseccionar y estudiar una vez.

El tono de su marido cambió, volviéndose impersonal.

—Tiene habilidad. Tiene las mejores herramientas. Son sus emociones las que le estorban.

Jane abrió los ojos de golpe.

—No entiendo.

—La impaciencia por alcanzar la perfección, la rabia cuando no puede trabajar lo bastante deprisa, están tiñendo su trabajo de tonos poco halagüeños.

Ella frunció el ceño.

—Pintar al óleo lleva mucho tiempo.

—Pues aprovéchelo. El tiempo le da la oportunidad de corregir y limar sus imperfecciones.

Jane se apartó de él.

Lord Savill le puso una mano en el hombro para retenerla y añadió:

—Un cuchillo en la mano de un niño es peligroso, mientras que en la de un cocinero puede servir para crear obras maestras. En manos de un granjero, una aguja es inútil. En cambio, una costurera es capaz de crear vestidos fantásticos con ella. Sea usted el cocinero y la costurera. Su habilidad es una herramienta extraordinariamente sutil y precisa que ha utilizar como una mujer adulta y no como una niña impaciente. Para eso, tiene que madurar.

Ella se sacudió su mano.

—¿Y madurar también lleva tiempo?

—Puede llevar un instante o toda la vida.

El enojo de Jane se disipó por completo. Se había comportado de forma pueril y, en lugar de castigarla, su marido estaba siendo amable.

—Lo siento —dijo señalando la pintura—. Nunca le había tirado pintura a nadie. No sé qué me ha pasado.

—No lo vuelva a hacer.

Ella inclinó la cabeza dócilmente.

—Sí, milord.

—Acompáñeme. Mi madre está esperando.



Al entrar en la salita de mañana, Jane se quedó sin aliento. Se sintió como si hubiera viajado a un país exótico y hubiera entrado en una cueva de ladrones.

Se había puesto el sol, y las velas encendidas y las lámparas de aceite iluminaban la habitación, que brillaba y relucía, llena de tesoros.

Había baúles abiertos en el suelo, como cofres de pirata, rebosantes de lociones, pociones, aceites y cosméticos. El diván y los sillones estaban cubiertos de rollos de seda y satén de colores vivos. Había escarpines y zapatos de baile alineados frente a la chimenea, como soldaditos preparados para marchar, y hermosas joyas desbordaban las cajas colocadas sobre la gran mesa del centro de la sala.

Cordones y cintas sobresalían de las cestas dispersas por el suelo, y en una mesita auxiliar había largas bandejas llenas de botones y broches. Por último, tres doncellas sostenían solemnemente sombreros y guantes, y un precioso sombrero de plumas de avestruz teñidas de azul descansaba sobre la cabeza del mayordomo.

Aquel despliegue de lujo hizo tambalearse a Jane. No había visto nada igual. Normalmente, su madre y ella iban a Mayfair, y se consideraba afortunada por poder permitírselo. Pero aquella opulencia... Era una locura.

—Esto es lo nunca visto —le susurró un joven de aspecto untuoso a lady Montgomery—. Esta seda, con este estampado. —Clavó un dedo en una página de una revista francesa para Damas—. A la señora le quedará exquisita.

Lady Montgomery negó con la cabeza.

—Creo que le sentará mejor a mi hija. Para mí prefiero algo un poco anticuado, por favor. ¡Ah, aquí está Jane! Tiene usted carta blanca con ella.

Lady Croft salió de debajo de una montaña de muselina y arrugó el ceño.

—Mamá, ¿puedo tomar un té?

Lady Montgomery negó con la cabeza.

—No hasta que hayamos elegido los trajes para el baile. —Se volvió hacia Jane—. Richard decidió pedir a los comerciantes que vinieran a

nuestra casa, querida, después del pequeño contratiempo que tuvimos en nuestra última salida. Me pareció una idea espléndida.

Jane forzó una sonrisa.

El joven se acercó a ella de inmediato.

—La recién casada, supongo. Tiene esa lozanía de las jóvenes novias.

Jane se sonrojó, sin atreverse a mirar a Richard, que estaba justo detrás de ella.

El joven sastre cogió un rollo de *chintz* de color lavanda y se lo echó por encima de los hombros. Comenzó a fruncir la tela, a sujetarla con alfileres y arreglarla para que pareciera un vestido.

Al levantar la vista, Jane vio que lord Savill miraba al joven con cara de pocos amigos.

El sastre cogió un trozo de tela, lo enrolló alrededor de la cintura de Jane y lo ató por detrás. Luego lo alisó con gesto impersonal.

Lord Savill dejó escapar un gruñido de advertencia y dio un paso hacia ellos.

Lady Montgomery carraspeó.

—Richard, ¿qué tal estoy? —Se acercó un par de pendientes de diamantes a las orejas y sacudió ligeramente la cabeza.

Él miró a Jane y luego a su madre. Finalmente, se acercó a lady Montgomery.

—Quizá las esmeraldas —dijo cogiendo una hermosa joya.

La sombrerera entró en la habitación justo en ese momento y al instante se acercó a Jane, mientras el sastre se dirigía hacia lady Croft con mirada decidida.

La sombrerera le puso una cofia blanca con volantes en la cabeza a Jane, ahora que estaba casada, y después le probó diversos sombreros de seda, paja y fieltro.

Richard se recostó en una silla, algo más relajado. Asentía y negaba con la cabeza a medida que la sombrerera iba poniéndole a su esposa sombreros, bonetes y turbantes, como si fuera una muñeca.

—Dejad que decida ella, madre —dijo lady Croft.

Lady Montgomery torció la boca. Parecía una niña ansiosa a la que hubieran regañado.

Jane sintió que se derretía.

—No me importa. Estoy segura de que lady Montgomery elegirá el vestido adecuado para mí.

Su suegra sonrió complacida.

—Creo que la muselina blanca y oro con reborde rojo amapola. La muselina plateada, para una cena quizás. Y la amarilla para una visita. Detesto el verde manzana y para la noche...

—¿El marrón púrpura? —sugirió Jane, titubeante.

—Muy apropiado —comentó lord Savill con una sonrisa—. El color de una pulga chupasangre.

—¿Qué sugieres tú, Richard? —le espetó su madre.

Él se levantó y recorrió la habitación.

—Este vestido plateado y gris con este sombrero de avestruz para ti, madre. Quedará bien con esas horribles pelucas que te empeñas en llevar.

—¿Y para mí? —preguntó lady Croft.

—Para ti, esto. —Cogió un pequeño turbante azul celeste, con una franja plateada y bellotitas de plata—. Con esta túnica egipcia, pendientes de zafiro y esas zapatillas bordadas.

—Oh, qué maravilla —sonrió lady Montgomery—. Tienes un gusto exquisito, Richard.

—Gracias. Ahora, debo ir a ver a los arrendatarios...

—Primero tienes que elegir algo para Jane —repuso su madre.

—No es necesario —murmuró ella en voz baja.

—Le gusta el marrón púrpura —dijo su marido al mismo tiempo.

—¿Pero qué te gusta a ti? —insistió lady Montgomery.

Él se balanceó de un lado a otro sobre los talones, un poco indeciso. Lady Montgomery le lanzó una mirada suplicante y él suspiró.

—Creo que esto —dijo tocando un hermoso vestido de color flor de melocotón recamado con perlas. Añadió un par de sencillas zapatillas de raso, alfileres de diamantes para el pelo y guantes blancos—. ¿Le parece bien? —preguntó, volviéndose hacia Jane.

Ella asintió, satisfecha con su elección. Era bonito y lo bastante sutil como para no llamar la atención.

Lady Montgomery puso mala cara.

—¿No debería llevar algo más atrevido? Quizás el azul celeste de este estampado —señaló el boceto de un vestido en la revista francesa.

—No —dijeron Richard y Jane al mismo tiempo.

Jane vio que él daba propina al sastre, a la sombrerera, al joyero y a las sirvientas. La sonrisa que pusieron demostraba que había sido generoso.

Lord Montgomery entró en la habitación en ese momento.

—Ah —dijo Richard con una sonrisa—. Te mereces ropa nueva, padre. Y tal vez el Señor y la Señora Williams puedan ponerse algo también.

Lord Montgomery arrastró su bastón por el suelo, cariacontecido.

—He decidido cancelar todo este maldito asunto.

OceanofPDF.com

Capítulo Diecinueve

La familia se reunió en el despacho, junto con el guepardo y la gallina.

Lord Montgomery se puso a toquetear su corbata de lunares amarillos.

—No quiero asistir. He cambiado de opinión.

Lady Montgomery frunció el entrecejo.

—Pero ¿por qué? Fue idea tuya.

Su marido se puso muy colorado.

—No quiero hablar con la gente. Se me había olvidado que detesto a los humanos.

Lord Savill cruzó una mirada con su hermana mientras Jane alababa a su padre para sus adentros.

Lady Montgomery dejó escapar una risa forzada.

—Adoras a la gente y adoras las fiestas. Además, ya hemos mandado las invitaciones. Es demasiado tarde para cancelarlo.

—Entonces, me quedaré aquí —dijo lord Montgomery con firmeza.

Lady Croft le puso una mano en el hombro.

—La gente se pasará por toda la casa. Puede que se encuentren contigo y les parezca extraño que no estés con nosotros. Eso dará que hablar.

Lady Montgomery se dejó caer en una silla, sacó su poma de olor y se lo llevó a la nariz.

—No puede quedarse en el despacho y no saludar a los invitados.

Su marido se animó de repente.

—Podéis decirles que me he retirado a nuestra casa de campo.

Lord Savill levantó una ceja.

—¿Y si se cruzan contigo en algún pasillo?

—No me verán —contestó su padre con rotundidad—. Porque estaré debajo de esa alfombra de tigre.

Todos se volvieron a mirar la alfombra a la que se refería. Estaba debajo del escritorio. Era grande y rayada.

Lady Croft soltó una risita nerviosa.

—¿Qué quieres decir con que estarás debajo de la alfombra? La gente te verá.

Lord Montgomery se deslizó bajo la alfombra. Miró hacia fuera y parpadeó rápidamente.

—¿Me veis?

—No —admitió Jane.

—Me quedaré aquí toda la noche, leyendo un libro. Fingiré ser una alfombra. Nadie me verá, mientras que yo sí los veré a ellos. Escucharé todos los chismorreos, veré quién coquetea con quién y todas esas cosas. ¡Qué divertido!

Los demás se miraron, atónitos.

Finalmente, lord Montgomery había perdido todos los tornillos.

Era el día del baile y reinaba el caos.

Lady Croft irrumpió en la salita del desayuno.

—¡Jane, mi padre se ha ido en el velocípedo!

Jane la miró extrañada.

—¿Con el velociqué?

Lord Savill tiró su servilleta y se levantó de un salto.

—Un artilugio rodante. El hombre que lo inventó hace poco se lo enseñó a papá, que enseguida compró uno. Tiene ruedas y uno se monta encima de él.

—¿Tirado por un caballo? ¿Es un nuevo tipo de carruaje? —preguntó Jane.

—Venga, véalo usted misma —le dijo él—. Tenemos que traerle a casa antes de que lo vea mamá.

Jane, lady Croft y lord Savill salieron corriendo al exterior, sin perder el tiempo en ponerse el sombrero, el abrigo o los guantes.

A lo lejos, en el manzanar, se veía a lord Montgomery encaramado a un artillugio de aspecto peculiar, con una enorme rueda delante y dos más pequeñas detrás. Estaba sentado sobre la rueda grande delantera, de la que sobresalían dos pedales a los lados. Pedaleaba furiosamente.

Tras avanzar un poco, chocó contra un árbol. Luego retrocedió otro poco y se tambaleó de forma alarmante.

Le observaron ir adelante y atrás hasta que el vehículo comenzó a inclinarse peligrosamente.

Lord Savill obligó a su padre a bajarse y le condujo dentro de la casa.

Jane miró a lady Croft.

—Nunca había visto nada igual.

Su cuñada suspiró.

—Y el día acaba de empezar.

Jane pasó el resto del día observando cómo el ama de llaves y los sirvientes marchaban como soldados bien instruidos, preparando la casa para el baile. Las flores estaban colocadas a la perfección, la plata bien bruñida, las alfombras perfumadas, los suelos fregados, las cortinas descorridas y las ventanas abiertas de par en par.

El aroma de las abundantes rosas, la lavanda y el romero perfumaba Bellmore Hall, y Jane lo aspiraba con deleite mientras empezaba a prepararse.

Georgiana y lady Croft se unieron a ella en su vestidor, y las tres charlaron animadamente mientras se vestían.

Jane había elegido un vestido de estilo griego, del color de las hojas de té claro, con adornos dorados. Era una elección arriesgada, porque el color era solo unos tonos más oscuro que su propia piel. La fina tela le ceñía el cuerpo realzando su esbelta cintura y bajo ella se adivinaba la sombra de su ombligo. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, entrelazado con hilos dorados, y la única joya que lucía era un cordón de oro alrededor del cuello.

Lady Croft observó su atuendo con admiración.

—Pensaba que ibas a ponerte el vestido rosa que eligió Richard.

—No me quedaba bien y no ha habido tiempo de arreglarlo —respondió Jane.

Era cierto que el vestido le quedaba un poco grande, pero en realidad había elegido algo atrevido con el único objeto de desconcertar a su esposo. Después de que él eligiera el vestido rosa, estaba tan molesta que no había pegado ojo en toda la noche. Richard pensaba que era anodina, como un arroz con leche insípido. No creía que pudiera brillar y resplandecer como una tarta festiva y muy especiada, y sorprendentemente ella quería demostrarle que se equivocaba.

Se miró al espejo y tragó saliva. El vestido era un poco más transparente y atrevido que cualquier otro que se hubiera puesto antes. Quizá sería mejor que se pusiera otra cosa. Podía darle una lección a lord Savill en otro momento.

—Deprisa —dijo lady Montgomery asomando la cabeza—. Han empezado a llegar los invitados.

Georgie agarró a Jane de la mano y tiró de ella, negándose a escuchar sus súplicas para que le permitiera cambiarse.

—Estás muy guapa —la regañó su amiga—. Ahora estás casada. Deja de comportarte como una adolescente tímida.

En cuanto Jane entró en el salón de baile, Penélope la abordó.

—Ven, Jane —le ordenó su hermana mayor.

Ella tragó saliva y, mirando a Georgiana con nerviosismo, siguió a su hermana.

Dorothy y Celine las siguieron, camino de la terraza.

Hacía frío fuera, y Jane lamentó haberse dejado su chal en la habitación. Contempló el jardín oriental, iluminado con lámparas de aceite que titilaban como luciérnagas en la oscuridad. Había luna llena, pero las nubes que la velaban solo dejaban pasar una pizca de luz.

Arrancó una flor de jazmín de la enredadera que rodeaba la balaustrada y se la llevó a la nariz.

—¿Estás contenta, Janey? —preguntó Penélope.

Ella contestó con sinceridad:

—Sí. La familia es maravillosa.

Celine la agarró de la barbilla y la hizo volverse para que la luz de la lámpara de aceite iluminara su rostro.

—Y lord Savill... ¿te trata bien?

—Sí.

Dorothy resopló.

—Visita el club de caballeros a menudo, lleva toda la temporada llegando a las veladas sin ti y esta noche no ha entrado en el salón de baile contigo.

Jane desvió la mirada.

—Sabe que prefiero quedarme en casa pintando.

Dorothy entrecerró los ojos.

—Estás recién casada. Tendría que preferir quedarse a tu lado, en lugar de sentarse en un club a tomar un brandy.

Penélope agarró el hombro de Jane.

—Si eres infeliz o necesitas ayuda, avísanos.

Jane la abrazó.

—Lo haré, Penny. Te quiero.

—Ahora —dijo Dorothy con una sonrisa—, ¡sorpresa, sorpresa!

La agarró por los hombros y la hizo volverse hacia un hombre que aguardaba entre las sombras. Las nubes se abrieron y la brillante luz de la luna cayó sobre su rostro.

Lord Chambers, el empobrecido conde de Rathmoon, estaba frente a ella. Era un hombre alto, de una belleza apacible y discreta.

No parecía mayor que la primera vez que se habían visto, tres años atrás, en el baile del duque. Bailaron juntos y Jane le mencionó su pasión por la pintura al óleo. Él se enamoró de sus obras y comenzó a vendérselas a sus amigos ricos a cambio de una pequeña comisión.

Ese dinero le ayudaba a restaurar su destartada casa. A cambio, Jane tenía libertad para pintar sin necesidad de preocuparse de los asuntos financieros.

Se le aceleró el corazón al verle.

Él se quitó el sombrero y se inclinó ante ella.

—Ya tengo una respuesta.

Jane ya lo sabía. Lo había adivinado en su expresión.

Le agarró de las manos.

—¿Cuál es?

Lord Chambers se rio.

—La Real Sociedad de Artes ha seleccionado tu obra de manera preliminar. Quieren saber más sobre el artista.

Sus hermanas chillaron de alegría y la abrazaron.

Jane se había quedado boquiabierta. La Real Sociedad de Artes estaba formada por los mejores pintores; hombres, en su inmensa mayoría. Ser una de las pocas elegidas... Aquello significaba que dejaría su impronta en el mundo del arte. Que sus cuadros no caerían en el olvido. Se conservarían y colgarían en la galería para que miles de personas los vieran durante generaciones. Tendría la oportunidad de hablar con los artistas que admiraba, de aprender de ellos, de evolucionar y mejorar... La cabeza le daba vueltas. Se tambaleó.

—Esto es maravilloso —dijo Penélope con voz queda.

Jane miró las caras que la rodeaban.

—Pero solo me están considerando como candidata. Aún no han dicho que sí.

Lord Chambers la miró con admiración.

—Dirán que sí, estoy seguro. Y haber llegado hasta aquí es ya un logro. Nunca pensé que un día te convertirías en una artista tan extraordinaria. Tus piezas alcanzarán un precio aún mayor.

Jane agarró la mano de Dorothy.

—Si me eligen, tendré que revelar mi identidad.

Lord Chambers asintió.

—Es inevitable.

Jane negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¡Tonterías! —Dorothy se rio—. Claro que sí.

Jane inclinó la cabeza. Se sentía como si se hubiera bebido una copa de vino.

—¿Un baile para celebrarlo? —preguntó lord Chambers, riendo suavemente.

Ella trató de no pensar en que tendría que dar un discurso de aceptación y revelar su identidad. «Paso a paso», se dijo mientras tomaba la mano de lord Chambers y se volvía hacia la pista de baile.

—Cuando seas miembro de la Sociedad, podrás conocer a Labille-Guiard —comentó él al tiempo que hacían una pequeña pirueta.

—Y a Anne Vallayer-Coster —dijo Jane, riendo encantada—. Quizá me permita sostener uno de sus bajorrelieves.

—Podrás preguntarle a Élisabeth Louise Vigée Le Brun por su estilo neoclásico.

Jane se olvidó de dónde estaba, enfrascada en las preguntas que les haría a los artistas que conocería si la aceptaban como miembro. Su rostro resplandecía y sus ojos brillaban. Estaba muy bella, rebosante de confianza en sí misma, y su sonrisa era por una vez auténtica. Sus pasos eran enérgicos y precisos. La música fluía por sus venas como si fuera vino. Nunca había bailado tanto y tan bien.

Una mano la agarró por el hombro y la apretó hasta hacerle daño.

Al levantar la vista, vio a lord Savill mirándola fijamente. Se le encogió el corazón y su felicidad zozobró como un barquito de papel bajo una ola repentina.

Lord Chambers retrocedió inmediatamente.

Lord Savill habló con los dientes apretados:

—Creía que detestabas las fiestas. ¿Qué ha sido de esa muchachita tímida y apocada?

Sin esperar a que respondiera, la condujo fuera de la pista de baile.

Jane vio que sus hermanas la miraban con preocupación.

—La gente nos está mirando —le advirtió con urgencia.

—Pues que nos mire —gruñó él.

La llevó a la biblioteca y la apartó de sí bruscamente.

—¿Estás borracha? —le espetó.

—No.

—¿Ese era tu amante?

Jane ahogó un gemido, consternada.

—¿Cómo te atreves? No tienes derecho a hacerme esas preguntas.

—Eres mi esposa, ¿o acaso lo has olvidado? Es asunto mío cómo te comportas. Tu conducta de esta noche ha sido atroz. Abrazándote a ese hombre como una cualquiera.

Jane levantó la mano para abofetearle. Él se la agarró antes de que pudiera golpearle en la mejilla.

Se miraron fijamente. La ira borboteaba en la habitación como un guiso espeso y pegajoso en una olla.

—No es mi amante. —Jane tomó aire y trató de dominarse—. Nunca lo ha sido. Se ocupa de mis finanzas, compra y vende mis cuadros...

—¿Era demasiado pobre para que te casaras con él? —preguntó él con aspereza.

—Ya te he dicho que no quería casarme con nadie.

—No te creo.

—Me da igual. ¿Cuestiono yo tus ausencias? ¿Cuestiono el hecho de que te hayas casado conmigo y me hayas ignorado? ¿Que me hayas dejado con tu familia y hayas fingido que no existo? ¿Cuestiono con quién bailas? ¿Piensas alguna vez en lo que la gente piensa de mí? Creen que te has aburrido de mí. Que te avergüenzas de haberte casado con alguien de tan baja cuna y que por eso vas solo a todas las veladas. Veo cómo me mira la gente. Veo la lástima con que me observan.

Él negó con la cabeza.

—No te gusta salir.

—Es cierto, no me gusta —convino ella—. Pero lo haría por obligación si me lo pidieras. Y de igual modo es responsabilidad tuya procurar estar conmigo en casa o fuera durante el primer año de nuestro matrimonio, para que la gente no cuestione mi carácter. Piensan que soy una aburrida. Que no puedo mantener a mi marido a mi lado.

—Nadie está cuestionando tu carácter.

—Tú acabas de hacerlo al insinuar que lord Chambers y yo tenemos relaciones íntimas —le espetó—, mientras que yo no cuestiono sus escapadas nocturnas con sus amantes.

Él la agarró del brazo.

—Yo nunca te ofendería así. Nunca compartiría la cama con otra mujer mientras vivas.

—Yo tampoco lo haría, milord —respondió ella—. Si alguna vez comparto la cama con un hombre, será contigo y con nadie más.

El silencio, preñado de emociones eléctricas, cubrió como un manto la habitación.

Jane había abierto la boca para exigirle que la dejara marchar cuando un grito rasgó el aire. Se miraron sobresaltados y luego, con idéntica expresión de horror, salieron corriendo de la biblioteca.

Capítulo Veinte

El baile estaba en su apogeo cuando Jane y lord Savill siguieron al ama de llaves hasta una de las habitaciones de invitados, al otro lado del atrio. Era semejante a la habitación en la que Jane había dormido el primer día, pero mucho más acogedora y mejor cuidada.

El crepitar de un buen fuego dio la bienvenida a Jane cuando entró en la estancia. Sus llamas parpadeantes proyectaban sombras sobre el papel de las paredes, dorado y azul claro.

Lady Montgomery y lady Croft entraron en ese instante y, al ver a lord Savill, corrieron a sus brazos. Él las abrazó murmurando palabras tranquilizadoras.

Jane vio que el ama de llaves salía y cerraba la puerta. Se puso frente a la chimenea y fingió calentarse las manos. Sentía que no tenía derecho a estar allí, en un momento tan íntimo para la familia.

Después de lo que le pareció una eternidad, se dirigió hacia la puerta. Dijo en voz baja:

—Creo que debería ir a atender a los invitados.

Lord Savill alargó la mano y la agarró del brazo.

—Quédate —le ordenó.

Ella asintió con reticencia y él la soltó.

—¿Qué ha pasado? —Lord Savill se apartó de su madre y su hermana—. Hemos oído el grito y el ama de llaves ha venido corriendo a buscarme.

Lady Montgomery se rio débilmente.

—No es nada. Lord Screymour llevaba un chaleco hecho de pelo de gato y a lady Grace le ha dado un ataque al verlo. Estaba perdiendo pelo.

Lady Croft olfateó.

—Ese no es el grito que ha oído, madre. Dile lo que ha pasado.

Su madre torció la boca con nerviosismo y apartó la mirada de su hijo.

—Ha mordido a la criada.

Lady Croft agarró la mano de su hermano.

—Sabíamos que tarde o temprano haría algo así ¡y lo ha hecho!

Jane ahogó un grito.

—¡Dios mío! ¿La ha herido?

Lady Montgomery negó con la cabeza, pero lady Croft gritó:

—¡Había sangre, madre!

Jane tragó saliva.

—¿Tenía mucha hambre?

—Era la hora de la cena —respondió lady Montgomery, ajustándose su peluca semejante a una coliflor.

—¿Al Señor Williams no le ha gustado lo que le han dado para cenar y ha intentado comerse a la criada? —murmuró Jane, horrorizada.

—¿El Señor Williams? —Lady Croft frunció el ceño—. Ha sido mi padre.

Jane la miró con la boca abierta.

—¿Lord Montgomery ha intentado comerse a la criada? ¡Dios mío, es peor de lo que pensaba!

—Nadie ha intentado comerse a nadie —dijo su suegra en tono tranquilizador—. Ha sido un pellizco de nada. Un mordisquito.

¡Santo cielo! ¡Lord Montgomery había mordido a la criada! Jane se quedó mirando el fuego sin saber qué decir.

El mayordomo entró en ese momento llevando relucientes copas de brandy. Jane cogió la bandeja, despidió al mayordomo y dio una copa a cada uno.

Lady Croft se estremeció, conmovida todavía. Se bebió el brandy de un trago y dejó la copa sobre la repisa de la chimenea.

—Le dije a Rosey que le llevara algo de cena a papá, que estaba en el despacho, escondido debajo de la alfombra. Y en cuanto levantó la alfombra, él le agarró la mano y se la mordió.

—¿Dónde está la chica? —preguntó lord Savill.

—Con la cocinera —respondió lady Montgomery.

—¿Y padre? —añadió él con suavidad.

—Con el ayuda de cámara, en su alcoba.

Lady Croft rodeó a su madre con el brazo.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Richard?

—¿Hacer? —Lady Montgomery resopló y enderezó la espalda—. Pues mandar a la chica a casa a primera hora de la mañana.

—¿Por qué? —exclamó Jane.

Lady Montgomery se encogió de hombros.

—Pues porque se lo ha inventado todo. Mi marido nunca haría algo así.

Lady Croft y lord Savill cruzaron una mirada.

—He visto la marca del mordisco —dijo lady Croft—. Estaba sangrando.

—Entonces es que está loca y se ha mordido ella misma —afirmó tranquilamente lady Montgomery.

Lord Savill agarró a su madre de las manos y dijo con firmeza:

—Padre ha perdido la cabeza. Seguro que te das cuentas. Debemos enviarle lejos, por el bien de todos. Te atacó el otro día... Te confundió con sus huevos del desayuno.

Lady Croft asintió.

—Madre, hace quince días me persiguió con el atizador. ¿Y si Richard no puede salvarme la próxima vez?

Lady Montgomery sacudió la cabeza.

—Era todo una broma. No quería hacerte daño. Tiene un humor extraño. Algunos hombres son así. No le haría daño ni a una mosca. Es tan tierno... Siempre lo ha sido. Bueno, voy a despedir a esa sirvienta mentirosa e intrigante...

Desasiéndose, se dirigió a la puerta.

—¡Madre! —Lady Croft corrió tras ella—. Por favor, no puedes despedirla. No sería justo.

Jane fijó los ojos en lord Savill, que parecía demacrado. Él se acercó a la cama y se sentó.

—Lo siento —dijo ella con voz queda—. Debes de estar muy preocupado por él.

—No me importa que esté loco —contestó él—. Su estado no me afecta. Es mamá quien me preocupa.

Miró el fuego, ensimismado.

Ella le observó un momento, acongojada por su pena. El rostro de su marido comenzaba a reflejar la batalla que se libraba dentro de él. Los músculos se crispaban bajo su piel, agitados, y la vena de su cuello palpitaba visiblemente.

Jane se acercó apresuradamente al pequeño escritorio del rincón y encontró una hoja de papel en blanco y una pluma. Mojó la pluma en el tintero y empezó a dibujar con trazos rápidos.

—Toma —dijo, sentándose a su lado—. Dime, ¿qué ves?

—Mis ojos.

—¿Y?

—Parecen... llenos de tristeza.

—Cada vez que alguien menciona a tu padre, esto es lo que veo. Te preocupas por él. Tus ojos lo dejan claro.

—Le detesto. Cree que soy ilegítimo. Está convencido de que mi madre tuvo una aventura. Se enfurecía con ella constantemente, hasta que perdió la cabeza. Puede que ella lo haya olvidado. Yo, no.

—Pero si sois como dos gotas de agua...

—Él no lo cree así. Y, pese a todo, mi madre se ha quedado a su lado. Ni siquiera ahora que él apenas recuerda quién es quiere abandonarlo.

—¿Por eso trabajas tanto?

Él levantó la mirada, sorprendido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Soy pintora. He aprendido a observar y a captar los cambios de expresión y los gestos más nimios. Sé que estiras las piernas cuando intentas parecer tranquilo y en realidad estás preocupado por algo. Cuando inclinas la cabeza hacia un lado, no estás escuchando la conversación, sino pensando en algo totalmente distinto. Cuando vuelves la cara para sonreír, esa es tu verdadera sonrisa, no la que muestras al mundo.

—Me has estado observando.

Jane se sonrojó.

—Observo a todo el mundo.

—¿Con tanta atención?

Ella retorció la falda con los dedos.

—Te esfuerzas tanto por si acaso él le dice a la gente que eres ilegítimo.

Su marido asintió con la cabeza.

—Aunque tuviera que renunciar a mi título, conservaría mi riqueza y podría mantener a mi familia.

Ella le agarró por la barbilla y le obligó a mirarla.

—Tienes que dejar de lado ese dolor. Tu padre era un hombre celoso. Acéptalo. Amaba a tu madre hasta la locura y temía no merecerla, y tal vez no la merecía. Tú has reaccionado de manera parecida. Te has enfurecido conmigo simplemente porque he bailado con lord Chambers. Y ni siquiera me tienes cariño.

El desvió la mirada.

—Soy como él.

—¿También temes perder la cabeza? ¿Es ese tu otro miedo? —preguntó ella, apartando un rizo de su frente.

—Puede que sí.

—Prometo que no te enviaré al manicomio.

—Lo sé. Eres un poco como mi madre.

Ella le miró con sorpresa.

—Eso es un gran elogio.

Él se rio.

—Puede que ya haya empezado a volverme loco.

Jane se puso seria.

—Has hecho una montaña de un grano de arena, a partir de unos pocos incidentes de tu infancia. Si eres su vivo retrato, ¿cómo podría negar que eres hijo suyo? Tu madre no se lo reprocha. Perdónale.

—No puedo.

—Claro que puedes. Estás dolido porque le quieres. Piensa en las veces que se ha portado bien contigo. Háblame de eso.

—Algo bueno de él... Una vez talló un caballo de madera para mí.

—Eso es amor.

—Solíamos ir juntos al huerto a recoger manzanas. Después cortábamos flores, hacíamos un ramo para mamá y le dábamos una sorpresa.

Apoyó la cabeza en el regazo de Jane y ella se envaró.

Él no notó el cambio, pero continuó hablando:

—Mamá solía regañar a la cocinera si me daba demasiadas golosinas. Papá la regañaba cuando no me las daba. La pobre mujer no sabía qué hacer.

—Da la impresión de que tu padre te quería mucho.

—Sí, me quería y luego, un buen día, cambió.

—Ese fue el día en que comenzó a manifestarse su locura. No era culpa tuya. Era la enfermedad.

Guardaron silencio después de aquello y, cuando Jane pensaba que se había quedado dormido, él dijo:

—Tantos años de resentimiento no pueden desaparecer en un momento.

Se incorporó y Jane se apartó. Los ojos de Richard brillaban de nuevo, alerta.

Ella le sonrió.

—Tú adoras los retos. Piensa que esto es como tratar de conseguir algo de incalculable valor. Tu paz de espíritu. Es lo más importante del mundo.

Dejó de hablar al darse cuenta de que él ya no la escuchaba, sino que seguía con la mirada la forma de sus labios, de su mandíbula y su nuca.

Jane abrió los ojos desmesuradamente y se sonrojó al sentir que el deseo se deslizaba en la habitación como una serpiente lenta y peligrosa.

Aquel cambio en la atmósfera la sobresaltó. Retorció la colcha y se apartó un poco más de él. Se quedó sin respiración cuando su espalda chocó contra el cabecero de terciopelo de la cama.

¡Con qué rapidez había surgido el deseo! Nada más anunciar su presencia, había sofocado las demás emociones.

Él observó cómo se retorcían sus dedos y cómo subía y bajaba su pecho agitado. Sus ojos brillaron, llenos de regocijo y de un conocimiento mucho más amplio y mundano que él de ella.

Jane miraba su rostro, embelesada por sus duras facciones, que contrastaban vivamente con su boca suave y tentadora. La piel de Richard resplandecía, dorada a la luz del fuego, y su aroma masculino, a especias cálidas y a brandy, se abría paso hasta ella y se dejaba sentir en su lengua.

Sintió que le pesaban los párpados y que su boca se ablandaba, y dejó escapar un suave suspiro.

Él ladeó la cabeza y sus ojos se oscurecieron, triunfantes, al recorrer su semblante. Se inclinó hacia ella, la agarró de la nuca y la besó.

Un beso suave y delicado. Tan fugaz que ella apenas lo notó.

Jane levantó la mano; quería tirar de él, atraerle de nuevo hacia sí, pero no se atrevió a seguir adelante.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? —preguntó él con ligereza.

Ella dejó escapar un gemido y negó con la cabeza, y él se rio.

Pasado un momento, se puso serio.

—¿Jane?

Los ojos de ella se agrandaron. ¿Se había dado cuenta de que la había llamado por su nombre?

—Jane —repitió él como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Puedes ocuparte de pagar a la criada lo que le corresponda y procurar que tenga un lugar al que ir?

—La enviaré con mi madre. Necesitaba una doncella nueva.

Él asintió.

—Mandaré que un carruaje la lleve a Finnshire por la mañana.

Ella salió de la habitación, ansiosa por cumplir sus órdenes. Era la primera vez que hacía algo en su calidad de esposa y miembro de la familia, y quería hacerlo bien.

Y por primera vez, mientras sostenía a la criada llorosa en sus brazos y trataba de tranquilizarla, se sintió como una mujer casada. No era una sensación desagradable. En absoluto.

Capítulo Veintiuno

Lady Montgomery estaba tomando café en el sofá de la sala de estar mientras Jane escribía cartas, sentada en el escritorio.

La mañana era brumosa y una luz difusa entraba a raudales por la ventana abierta. Corría una brisa delicada, perfumada por las últimas rosas de la temporada.

Había una carta de Penélope sobre el escritorio. Jane la levantó con cierta inquietud. Debajo había otra carta, de Celine, y debajo otra de Dorothy. Y, por último, había una carta de su hermana menor, Elizabeth.

Cogió primero la de Lizzy. La señorita Elizabeth Fairweather y ella no se llevaban bien. Se peleaban constantemente, y la mayoría de los días Jane hacía como que no tenía una hermana pequeña. Era más fácil así.

Abrió la carta y leyó su contenido.

Jane:

Te escribo porque papá se ha empeñado en que lo haga. Dice que es mi deber como hermana tuya que soy.

No me gusta tener hermanas. Tardo toda la mañana en escribiros.

No pude asistir a tu boda porque mamá no me despertó. Papá se puso furioso cuando se enteró de lo que había hecho mamá. No se hablan desde entonces.

Yo no destrocé tu cuadro. Me enfadé porque pensaras que era capaz de hacer algo tan horrible y no me esforcé por explicarme.

No sabía que te casarías tan rápido y te irías. Creía que no ibas a casarte nunca o que, si te casabas, te enviarían de vuelta a casa enseguida. Supongo que ahora pasarás mucho tiempo sin visitar Finnshire.

No te echo de menos y me alegro de que te hayas casado. Ahora tengo tu pianoforte, las sillas de terciopelo verde y el tocador de marfil. Mamá dice que puedo quedármelo.

También dice que debutaré el año que viene. Estoy contentísima. Me quedaré en casa de Penny durante la temporada. Es a la que más quiero.

¿Vas a volver a casa pronto? Solo lo pregunto porque mamá quiere saberlo, no porque me acuerde de ti.

Mary, la vaca, ha dado a luz a una ternera sana. Tiene las patas muy largas y parece muy torpe cuando anda. Además, tiene cara de loca. Esperemos que su aspecto mejore a medida que crezca. Estoy pensando en llamarla Jane.

*Con cariño,
Elizabeth*

Jane leyó entre líneas y no supo si reír o llorar. Por un momento, se sintió transportada a Finnshire, donde todo el mundo sabía su nombre y ella conocía cada sendero y cada árbol.

Lizzy, su hermana pequeña y la más mimada, no se parecía en nada a ella. Mientras que Jane vivía en un mundo de fantasía y trataba de plasmar sobre el papel su caótico mundo interior, Lizzy vivía el momento. No tenía espacio para las mentiras piadosas ni deseo alguno de moderar su lengua afilada. Amaba la vida y disfrutaba de cuanto le ofrecía. Adoraba la ropa, las joyas y la buena comida. Mientras que ella apenas se acordaba de comer, Lizzy decidía lo que iba a cenar mientras todavía estaba desayunando.

Lizzy rebosaba afecto. Abrazaba a la gente sin pensarlo, bailaba como si nadie la viera, cantaba aunque asustara con ello a los animales de la granja.

Mientras que a ella el mundo la aterrorizaba, Lizzy veía la vida como una gozosa aventura.

Jane sonrió. De pronto, sus constantes encontronazos con su hermana le parecían pueriles. Sabía que Lizzy no había estropeado su cuadro; se había enterado más delante de que en realidad había sido la cocinera más joven quien lo había hecho.

Recordó las duras palabras que le había dirigido a su hermana pequeña en un arretrato de furia y sintió una punzada de arrepentimiento. Se apresuró a escribirle, con palabras llenas de calidez.

Nunca había sido una persona efusiva y, sin embargo, al releer lo que había escrito, se dio cuenta de que había cambiado y estaba aprendiendo a expresar sus sentimientos con más claridad y franqueza. Tal

vez hubiera sido el repentino abismo que se había abierto entre ellas después de su boda lo que la había hecho darse cuenta de que, si no decía lo que sentía, nadie la comprendería nunca.

Selló la carta y la puso en la bandeja de plata del correo. Miró a lady Montgomery, que había empezado a rascarse la peluca con un bastón corto. Una araña apareció en la masa plateada que coronaba su cabeza y desapareció al instante.

Jane se estremeció y abrió la carta de Penélope.

Querida Jane:

Estamos convencidos de que lord Savill te está tratando mal. Nos preocupa habernos precipitado al casarte con él. Fue un gesto egoísta. Para salvarle la vida al duque, tal vez hayamos arruinado la tuya. Hemos pasado por alto tu felicidad y te hemos metido en una situación muy difícil.

¡Cataplún!

Jane se levantó de la silla bruscamente. Salió corriendo de la habitación y encontró a lady Croft en el suelo, al pie de la escalera. Se agarraba la pierna con las manos y tenía la cara crispada de dolor.

—¡Angélica! —Lady Montgomery se desmayó al verla.

Jane la sujetó justo a tiempo.

—¡Gibbons, Belcher! —gritó— ¡Bella!

El mayordomo entró corriendo. Al instante, ayudó a Jane a tumbar a lady Montgomery en el suelo.

—¿Está lord Savill en casa? —Jane apoyó la cabeza de su suegra en su regazo y comenzó a quitarle los alfileres de la peluca.

—No, señora, y lord Montgomery está durmiendo.

Ella tiró la peluca a un lado.

—¿Puede llevar a lady Montgomery a su habitación y pedirle al ayuda de cámara que me ayude a subir arriba a lady Croft?

El mayordomo no perdió el tiempo. Levantó rápidamente a lady Montgomery en brazos y se dirigió a su alcoba.

—Bella —dijo Jane—, rápido, un poco de láudano y un paño frío.

El ayuda de cámara apareció junto a ella y entre los dos llevaron a lady Croft, dolorida, a su habitación.

—El médico —ordenó Jane mientras la arropaba.

—Me duele —se quejó lady Croft, abriendo los ojos.

Jane agarró el frasquito que le tendía Bella y la acercó a la boca de lady Croft.

—Bebe.

Lady Croft no discutió. Bebió un trago generoso.

—Pronto te encontrarás mejor —la tranquilizó Jane mientras le secaba la frente con un paño húmedo.

—Me he caído bajando las escaleras. Mi falda es demasiado larga.

Jane la empujó suavemente hacia atrás para que se recostara en la almohada.

—Chisss, el médico llegará enseguida. No hagas esfuerzos.

—Tengo un bálsamo. Me aliviará el tobillo. —Lady Croft cerró los ojos—. En mi armario.

Jane se puso de pie y empezó a buscarlo. Encontró el ungüento casi enseguida y descubrió además un alijo escondido de retratos.

Sacó uno y sus ojos se dilataron, llenos de sorpresa. Era un retrato de lady Montgomery, y el parecido era prodigioso. Aparte de eso, encontró varias hojas con hermosas acuarelas.

—Pintas —dijo, asombrada.

Lady Croft abrió los ojos de golpe.

—¡Cómo te atreves a hurgar en mis cosas!

—Me has pedido el bálsamo y por casualidad he visto esto.

Lady Croft torció el gesto y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Guárdalo.

—¿Por qué? Es una maravilla. Deberías enseñárselo a la familia.

—¿De qué serviría? ¡Oh, los odio a todos! Sobre todo, a Richard.

Jane sabía que era el láudano el que la hacía hablar así y, sin embargo, había un asomo de verdad en su voz.

Lady Croft continuó con amargura:

—Soy la hermana mayor, una viuda que depende totalmente de su hermano. No puedo decir lo que pienso para no ofenderle y que me eche de casa. Mi madre adora el suelo que él pisa y ahora has llegado tú, la señora de la casa. Me he ocupado de todo hasta ahora y de repente una extraña tiene más derecho sobre esta casa que su propia hermana.

—Nada de eso.

—Es cierto y lo sabes. A mí nadie me preguntó qué quería. Me casaron con un hombre obsesionado con la guerra que luego se dejó matar. No tengo hijos de los que ocuparme ni un hogar que cuidar, nada. ¿Para qué quiero vivir?

Jane agachó la cabeza, incapaz de decir nada. Sabía que esa era la situación de muchas viudas. Y ella, que era mujer y tan orgullosa como lady Croft, podía comprender lo difícil que era aquello.

Los ojos de lady Croft brillaron.

—Hasta Georgiana te considera su mejor amiga.

Jane parpadeó. ¿Georgiana? ¿Qué tenía ella que ver con esto?

—Tenemos que considerarnos afortunadas —dijo con calma—. Ambas hemos recibido las mejores herramientas y la mejor educación. Puedes ocupar tus horas creando hermosas obras de arte y algún día esas obras tendrán el reconocimiento que merecen.

El enfado de lady Croft se disipó.

—Me alegro de que no hayas dicho que no tengo motivos para estar amargada.

—Te entiendo muy bien.

—Ojalá pudiera hacer algo más con mi vida —se lamentó lady Croft.

Jane debatió consigo misma un momento. Por fin estiró el brazo, cogió la pálida mano de su cuñada y se la apretó.

—Tengo un sueño... una idea a la que le he estado dando vueltas.

—¿Cuál?

A Jane le tembló la voz cuando formuló su más profundo deseo en voz alta por primera vez.

—Quiero abrir una escuela de arte para mujeres. Mujeres a las que les guste pintar, pero que no tengan la destreza o las herramientas necesarias para hacerlo. Mujeres viudas y sin dinero, repudiadas por su familia, o simplemente con talento, que necesiten un empujoncito y algunos colores para ganar destreza. Todas serán bienvenidas. Lo que se enseña en una academia para señoritas no tiene nada que ver con lo que aprenden los hombres estudiando con los grandes maestros. Nosotras podemos salvar esa brecha.

Lady Croft se incorporó.

—¿Una escuela de arte solo para mujeres?

—Exacto. ¿Te gustaría ayudarme a hacer realidad ese sueño? No sé cómo hacerlo, qué necesitaría, pero sabemos pintar y lo único que necesitamos es tiempo.

—Yo tengo tiempo de sobra. —Lady Croft agarró la almohada y la abrazó—. ¡Oh, qué idea tan maravillosa, Jane!

—Gracias, lady Croft.

—Llámame Angélica. Después de todo, ahora somos socias.

Jane sonrió y le tendió la mano. Angélica se la estrechó con firmeza.

—Creo que no deberíamos decírselo a nadie hasta que hayamos puesto las cosas en marcha —dijo Angélica, con voz llena de emoción. Parecía haberse olvidado de su dolor.

—Estoy de acuerdo. Nos llevará un tiempo. He estado pensando en ello e, incluso si juntamos nuestras rentas anuales, necesitaremos unos cuantos mecenas.

—Entonces, será nuestro secreto.

Jane sonrió.

—Un secreto delicioso y extraordinario.

Se volvió al oír que llamaban a la puerta.

El mayordomo estaba en la entrada.

—Ha llegado el médico, señora, y también sus hermanas.

—¿Mis hermanas? —Jane puso cara de extrañeza.

—Sí, señora. Me han pedido que prepare tres habitaciones de invitados. Dicen que piensan quedarse indefinidamente.

Capítulo Veintidós

Jane y lord Savill entraron juntos en el despacho y se sentaron en el lujoso sofá azul marino. La sombra moteada de las hojas del gran roble que había frente a la ventana temblaba en las paredes, y la aguda luz del sol y la leña que crepitaba en el hogar conferían un calor sofocante a la habitación.

Jane se levantó de un salto y abrió la ventana, dejando entrar el viento helado, que le arañó la piel como un manojo de ortigas. ¿Cómo se atrevían sus hermanas a presentarse allí, a instalarse en la casa y a exigirles que comparecieran en el despacho inmediatamente?

Lord Savill sacó su tabaquera y la miró fijamente, hizo una mueca de fastidio y se la guardó de nuevo en el bolsillo. Parecía resignado.

La Señora Williams cacareó con disgusto y Jane le dio una palmadita en la cabeza.

—Han fijado la hora y el lugar, ¡pero esta es mi casa!

—Calla —le advirtió lord Savill—. Mantén la calma. Oigo pasos.

Jane se sentó rápidamente a su lado y procuró recomponerse.

Sus tres hermanas entraron en la habitación como sendos torbellinos. Se habían vestido para intimidar. Su expresión era suave, ocultaban sus emociones y, sin embargo, Jane percibió la furia que les hervía bajo la piel. Un paso en falso y estallarían.

Tragó saliva. Su indignación se desvaneció dando paso al asombro. Las delicadas manos de sus hermanas tenían un inmenso poder. No creía que nadie pudiera oponerse a ellas y salirse con la suya.

Penélope fue la primera en entrar, con el aspecto de una criatura del bosque que hubiera penetrado por error en una casita inglesa. Su vestido verde oscuro, bordado con hilo dorado, parecía fluir alrededor de su esbelta figura, y el toque de blanco de sus sienes realzaba su aura majestuosa. Miró a lord Savill y ahogó un grito.

Celine, sin un solo pelo fuera de su sitio, apareció a continuación con un hermoso vestido de color morado. Su semblante se alteró mínimamente. Solo alguien que la conociera muy bien se habría dado cuenta de que estaba sorprendida.

Por último, Dorothy entró deslizándose como una bailarina y aplaudió con alegría.

—¡Oh, qué maravilla de mascotas! Un guepardo y una gallina.

—El Señor y la Señora Williams —los presentó Jane.

—¿La gallina es la Señora Williams? —preguntó Celine.

—Naturalmente —sonrió Jane.

Lord Savill había demostrado astucia al traer al Señor Williams. La presencia del guepardo había desconcertado a sus hermanas. De repente, eran ellas las que estaban descolocadas.

Penélope se aclaró la garganta y tomó asiento lo más lejos posible del guepardo. Celine se sentó a su lado. Dorothy se acercó al guepardo con expresión maravillada.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó.

Lord Savill se encogió de hombros.

—Es un gato. Puede morderla o ronronear, dependiendo de su humor.

Dorothy echó una última y anhelante mirada al animal tendido a los pies de lord Savill y fue sentarse junto a sus hermanas.

—Estamos preocupadas —dijo Penélope poniendo su voz de duquesa—. Creemos que no está tratando usted bien a nuestra hermana.

Lord Savill se puso en pie. Jane le agarró de la mano y le hizo sentarse otra vez.

—Eso no es cierto, Penny —respondió Jane—. Y deberíais haber discutido esto conmigo en privado.

—Lo intentamos, Jane —la reprendió Celine con suavidad—. Nos dijiste que no pasaba nada y, aun así, lord Savill te evitó en el último baile. Se comportaba como si hubiera visto a una pariente molesta cada vez que te veía, y se volvía hacia otro lado. Te hizo un desplante tras otro. Y luego te sacó del salón de la manera más escandalosa cuando estabas bailando con lord Chambers.

Jane tragó saliva. Aquellas palabras le dolían. No se había dado cuenta de que lord Savill la había evitado esa noche. Sus hermanas habían

estado muy pendientes de ella. Procuró que su expresión no se alterase cuando dijo:

—Fue una discusión sin importancia. Como las que tienen la mayoría de los matrimonios.

Celine sacudió la cabeza.

—Casi no has asistido a ningún baile con él, y ha acudido sin ti a la mayoría de la veladas.

—No me gusta salir. Prefiero quedarme en casa pintando —replicó Jane. La verdad era que su marido nunca le había pedido que le acompañara.

—Este es un asunto que solo nos concierne a nosotros —comenzó lord Savill.

Penélope se puso en pie. Un atisbo de ira empezaba a reflejarse en su rostro.

—Es nuestra hermana, una Fairweather antes que lady Savill. Se comporta usted como un hombre soltero. No fue eso lo que acordamos, milord.

—Excelencia —repuso lord Savill—, no he hecho nada...

—Precisamente —le cortó Celine—. No ha hecho nada para que este matrimonio funcione. No ha hecho nada para cortejarla.

—¡Me engañaron para que me casara! —bramó él.

—Ahora tiene una esposa —dijo Dorothy, tomando la palabra por primera vez—. Entiendo que las circunstancias que condujeron a este enlace no fueron las ideales, pero contrajo usted matrimonio. Jane tampoco quería casarse y, sin embargo, no veo que le evite o que les trate mal ni a usted ni a su familia. Incluso ahora está mostrando su lealtad dando la cara por usted, mientras que usted se niega incluso a reconocer su mala conducta.

»Cometimos un error, Jane —añadió Dorothy—. Te forzamos a este matrimonio y ahora tememos habernos equivocado. Quizá deberíamos haber permitido que el duelo siguiera adelante.

Celine se quedó mirando las llamas movedizas de la chimenea.

—¿Y si lord Savill te está tratando cruelmente? No podemos permitir que sufras el resto de tu vida por culpa nuestra. Cuando se casó y pronunció sus votos, esperábamos que los cumpliera. Que hiciera lo

honorable y, sin embargo, no estamos convencidas en absoluto de que sea así. Después de todo, apenas le conocemos.

Penélope dio un paso hacia lord Savill con expresión desafiante.

—Si no la está tratando bien, le obligaremos a cambiar de proceder.

El Señor Williams levantó la cabeza y se sentó sobre sus patas traseras.

Penélope retrocedió y, tras echar una mirada nerviosa al animal, dijo:

—Me temo que tendré que cancelar nuestro acuerdo, milord.

Lord Savill se puso en pie de un salto, y esta vez Jane no le retuvo.

—¡No puede hacer eso! —vociferó.

—Le daré la casa y las tierras con una condición —repuso Penélope con frialdad—. Que nos demuestre en los próximos días que es un buen marido para Jane y que ella es feliz.

—Soy feliz —dijo Jane frunciendo el ceño—. Es un marido encantador. De hecho —añadió con repentina sensualidad—, estamos enamorados.

Lord Savill pareció sobresaltarse. Miró a Jane, que le agarró la mano y se la apretó en señal de advertencia.

—Locamente enamorados —se apresuró a añadir él—. No estoy enfadado; al contrario, estoy encantado. Les agradezco mucho que nos hayan unido. En cuanto a las circunstancias, puede que estuviéramos destinados a estar juntos. El mundo entero se confabuló para que nos encontráramos. Jane, mi querida locuela, mi salserita humeante, no quería casarse y tal vez esta era la única manera de que...

Jane volvió a apretarle la mano para que dejara de parlotear.

Celine puso los ojos en blanco.

—No le creo.

—Entonces, le haremos cambiar de opinión —dijo él, sonriendo—. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran, pero, si acaban por convencerse, me entregarán la propiedad antes de irse en lugar de esperar hasta fin de año.

Penélope consultó con Dorothy y Celine en voz baja. Pasado un momento, dijo:

—De acuerdo, entonces. Nos quedaremos quince días.

Jane miró a lord Savill batiendo las pestañas y apoyó la cabeza en su brazo.

Él se puso rígido.

Ella se enderezó rápidamente y dijo:

—Debo ocuparme de la cena e informar a la cocinera de que tenemos invitadas. ¿Por qué no vais a dar un paseo? Lord Savill ha mandado hacer una pequeña cascada en el jardín oriental. Seguro que te gustará, Penny.

Sus hermanas se marcharon, dejándolos solos. Se miraron el uno al otro y luego miraron la puerta.

Él le cogió la mano y la atrajo hacia sí.

—Hablaremos esta noche —le susurró al oído.

Ella contuvo la respiración hasta que la soltó.

—Les encanta escuchar a escondidas. Tendrá que ser muy tarde.

Él asintió.

—Hasta esta noche, entonces.

—Espera, una cosa más.

—¿Sí?

—No vuelvas a llamarme «salserita humeante» o te saco un ojo.

—Como quieras, querida locuela.

Se rio cuando Jane le lanzó un cojín a la espalda.

El resto del día transcurrió apaciblemente. Jane se acomodó en el sillón de la sala de estar con sus hermanas, Georgiana, lady Montgomery y lady Croft y estuvieron cotilleando hasta bien entrada la noche.

El médico había examinado el pie de lady Croft y había dictaminado que solo tenía una torcedura; no estaba roto.

Mientras bebía una copa de vino, Jane observó a su familia reír y cantar, y aquel instante la llenó de intensa felicidad. Era delicioso tener invitadas de cuya compañía disfrutabas, aunque esas invitadas fueran damas extremadamente poderosas y entrometidas.

Jane contemplaba por la ventana abierta la gigantesca luna que flotaba en el cielo nocturno como una gota de aceite en un cuenco de agua oscura. El aroma de la lluvia, la hierba y las rosas llegaba hasta ella. Aspiró profundamente.

Comenzó a soplar una brisa fría y penetrante que hizo parpadear las velas. Se frotó los brazos, lamentando no haberse puesto un grueso camisón de lana en lugar de la fina bata de seda color crema que llevaba sobre la combinación.

Un golpe en la puerta la hizo volverse.

—Jane —dijo Penélope desde la puerta. Sus ojos pasaron de la cama a la ventana abierta—. Me preguntaba si tenías brandy. Estoy un poco constipada.

Jane notó que los ojos de su hermana recorrían la habitación. Se alegró de haber tirado la camisa de lord Savill en la silla.

—Puede que tengamos algo en el armario del salón. Lord Savill lo sabrá.

Penélope se encogió de hombros.

—Bueno, creo que puedo esperar hasta mañana. ¿Tu marido está dormido?

—No —respondió Jane, confiando en que fuera cierto.

—Ya veo. ¿Y vas a reunirte con él?

Jane se sonrojó.

—Sí.

—Os dejaré solos, entonces. Ya buscaré el brandy por la mañana.

Jane la vio marcharse y fijó los ojos en la puerta que conducía a la habitación de su marido. No tuvo que esperar mucho.

Lord Savill entró con paso enérgico. Tenía el pelo alborotado y la camisa medio desabrochada, como si se hubiera acordado de su promesa de encontrarse con ella mientras se desvestía para acostarse. Le brillaban los ojos bajo los pesados párpados y tenía la boca apretada en una mueca de enojo.

Jane le observó acercarse a ella y deseó tener un poco de carboncillo para dibujarle. Estaba magnífico, como un héroe griego que hubiera cobrado vida. Su piel morena, que asomaba por encima de la camisa, era terriblemente tentadora. Deseó poder transformarse en el Señor Williams

por un momento, recostar la cabeza en su regazo y ronronear de placer, y tal vez incluso mordisquearle.

—Bien —dijo él.

—Sí, bien. —Jane se sentó en la cama y volvió a levantarse al instante.

—Estamos en un brete.

—Penélope vino hace un momento pidiendo brandy.

—Ya veo. El espionaje ha comenzado.

—Interrogarán a los sirvientes.

Él contempló su pelo y sus mejillas sonrojadas.

—Tendrás que entrar en mi habitación por la mañana y acostarme en mi cama antes de que se despierten los criados.

Ella tragó saliva.

—Entiendo. ¿Y si no me despierto a tiempo?

—Entonces, tendrás que dormir conmigo.

Jane dio un paso atrás.

—Imposible.

—No te tocaré.

Se hizo el silencio en la habitación, y las palabras quedaron suspendidas pesadamente en el aire. Jane sintió que un sofoco se apoderaba de todo su cuerpo, y se volvió de nuevo hacia la ventana. Agradeció que el frío rozara su piel acalorada.

Celine entró de pronto en la habitación.

—¡Vas a pillar un resfriado de muerte!

—¿Qué quieres? —preguntó Jane, enojada.

—Cierra la ventana y ven aquí.

Jane hizo lo que su hermana le pedía.

Celine se cruzó de brazos.

—Necesito una cinta para mi sombrero.

—¿Una cinta?

—Sí, una cinta azul. No podré dormir hasta que lo arregle.

—Tienes seis sombreros —dijo Jane, irritada—. Me los has enseñado esta tarde.

—Me gustan los sombreros. —Celine se encogió de hombros.

—¿Para eso has venido, para buscar una cinta para tu sombrero? ¡Es más de medianoche!

—¿He interrumpido algo? —preguntó Celine, mirándolos a ambos.

—¡Fuera! —le espetó Jane—. Te daré el sombrero por la mañana.

—Querrás decir la cinta.

—¿Qué?

—Has dicho que me darías el sombrero. Lo que necesito es una cinta...

Jane no la dejó terminar la frase. La sacó de la habitación.

—¡Buenas noches! —dijo Celine con una carcajada.

—Tus hermanas... —Lord Savill meneó la cabeza.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó ella poniéndose a la defensiva.

—Son maravillosas —sonrió él.

Jane se derritió.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Lord Savill dio un paso hacia ella y le cogió la mano con cuidado. Se quedó mirando sus dedos tanto tiempo que Jane empezó a inquietarse.

—Gracias —dijo él finalmente.

—¿Por qué? —Le miró con sorpresa.

—Por salvar a mi madre. Por cuidar de mi hermana cuando se torció el tobillo. Por mantener en secreto la verdad sobre nuestro matrimonio y, sobre todo, por decirle a tu hermana que me entregue las tierras en cuanto termine esta farsa.

—¿Por qué son tan importantes esas tierras para ti?

Él le apretó la mano casi hasta hacerle daño.

—Mi abuelo pasó por un bache económico y tuvo que vender su casa, la casa en la que se crio mi padre. Antes de perder la cabeza, papá quería volver a comprarla. Había sido feliz allí. El hombre que la compró había estado enamorado de mi madre. Se negó a venderme el terreno por más dinero que le ofrecí.

Jane respiró hondo.

—Ya veo.

Lord Savill dio un paso más hacia ella y habló con seriedad.

—No quiero enviar a mi padre al asilo de Bedlam. Quiero que viva cómodamente, pero lejos de esta casa. Se está convirtiendo en un peligro para todos nosotros. Si su estado sale a la luz, será un escándalo. Quería comprar esa casa para que viviera allí con todo el servicio que fuera

necesario. Yo estaría pendiente de él, mi madre estaría más tranquila y él sería feliz.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas.

—Convenceré a mis hermanas —dijo enérgicamente—. Haré todo lo propio de una esposa. Te cortaré los cigarros, te compraré corbatas, te mancharé la camisa y le pediré al ayuda de cámara delante de mis hermanas que la lave. Haré todo lo que he visto hacer a mi madre por mi padre y a Penélope por el duque.

—Eres muy amable. —Lord Savill le acarició cariñosamente la mejilla con los nudillos.

—Soy una tonta con el corazón muy blando —convino ella.

Él soltó su mano y tomó asiento.

—Si hacemos esto, tenemos que hacerlo bien. Tenemos que hablar cada noche y descubrir qué nos gusta y nos desagrada a cada uno.

—Esas diablillas son muy astutas —asintió ella con fervor—. No se dejarán convencer fácilmente.

—Tendré que tomarte de la mano o besarte en la mejilla.

Ella se agarró la bata y la retorció.

—Deberíamos practicar lo de tomarnos de la mano para que parezca natural.

—Y también los besos.

—Los besitos —puntualizó ella.

La expresión de lord Savill se volvió repentinamente intensa.

—Tienes que contármelo todo.

Jane tragó saliva con nerviosismo. La turbia mirada de su marido le estremecía el corazón.

—Lo haré.

—¿Quién es lord Chambers y por qué parecías tan feliz en sus brazos la otra noche?

Ella parpadeó.

—¿Aún lo recuerdas?

—Responde.

Le sorprendió su repentino tono cortante.

—Lord Chambers se ocupa de mi obra. Administra mis finanzas y busca compradores para mis cuadros. Tú tienes algunos cuadros míos. Debes de haber tratado con él.

—Fue hace tiempo y había olvidado con quién negocié la compra. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué estabas tan contenta?

—La Real Sociedad de Artes está considerando aceptarme como miembro.

Los ojos de lord Savill centellearon. La agarró por los hombros.

—¿La Real Sociedad de Artes? ¿De verdad?

Ella asintió.

—¡Eso es maravilloso! —Sonrió, la levantó en brazos y la hizo girar.

Jane se rio, encantada con su reacción. Era tan inesperada... Había supuesto que se enfadaría. En cambio, parecía radiante de alegría y orgullo.

—¡Bájame! —chilló, riendo.

Él lo hizo, pero lentamente, dejando que se deslizara a lo largo de su cuerpo.

Y entonces la besó. Fue como si el pedernal golpeará el hierro.

Jane ahogó un gemido contra sus labios y él la besó con más ardor. Su boca se movió sobre la de ella con una ternura insoportable.

Jane le agarró de la camisa y lo atrajo hacia sí. Quería más. Sin darse cuenta, se puso de puntillas y empezó a perder el control. Una niebla se apoderó de su mente. Ya solo podía pensar en él; no sentía ni percibía ninguna otra cosa.

La puerta se abrió de golpe y Dorothy apareció en el umbral.

Jane se echó hacia atrás para apartarse de su marido y se tambaleó. Él la sujetó por la cintura, como si supiera que se caería si la soltaba.

—Seguid, seguid —dijo Dorothy con una sonrisa—. Solo he venido a espiar.

Capítulo Veintitrés

Lord Savill se fue a su habitación para desvestirse y acostarse y Jane decidió ponerse un ligero vestido de muselina blanca en lugar de su fino camisón.

Habían decidido que era preferible que ella compartiera su cama en lugar de entrar en su alcoba todas las mañanas para reunirse con él antes de que se levantara el servicio.

Cuando entró en su dormitorio, sintió un cosquilleo en el estómago.

Él estaba tumbado en la cama, con la colcha subida hasta los hombros. La miró con los ojos entornados.

—Prefiero este lado de la cama —dijo Jane con voz un poco vacilante—. Está más cerca de la chimenea.

Lord Savill se encogió de hombros y se cambió de lado.

Jane lamentó que no se hubiera puesto a discutir. Habría facilitado las cosas. Ella había llegado erizada como un caniche enfadado, dispuesta a arrancarle la cabeza de un mordisco, pero él no parecía dispuesto a picar el anzuelo.

Jane se acercó a la cama y él se subió la colcha hasta la barbilla.

Ella frunció el ceño.

—No voy a abalanzarme sobre ti.

—Eso espero —refunfuñó él.

Jane metió en la cama con un resoplido y le dio la espalda.

La leña crepitaba en la chimenea y el viento aullaba fuera al chocar contra Bellmore Hall, intentando encontrar la manera de entrar.

Lord Savill se apoyó en el codo y, cuando apagó la vela de un soplado, el aroma familiar de la cera de abeja llenó el aire. Volvió a tumbarse y todo quedó en silencio.

Jane sabía que estaba despierto y que sabía que ella también lo estaba.

Se quedaron mirando cada uno una pared, deseando dormirse.

Un silencio incómodo flotaba en el aire, como un babuino colgado de la cola en un árbol. Jane sentía el cuerpo tenso, como si se estuviera preparando para algo. Le dolían los hombros y el cuello por la tensión y no lograba respirar con calma.

Él soltó un ronquido, y ella sintió que sus músculos se derretían y se relajaban por fin.

Una tenue sonrisa de alivio jugueteó en sus labios. Todo saldría bien. Podía manejar aquella situación. Solo era cuestión de unos días.

Cuando se despertó, era de día.

El sol entraba por la ventana y el polvo bailaba entre sus rayos. El extraño mobiliario y el olor masculino de la habitación la pusieron alerta de inmediato. Se sobresaltó al descubrir que tenía la cabeza apoyada en el hombro de lord Savill.

Le miró. Estaba dormido. Sus suaves pestañas descansaban sobre sus mejillas. Ya no parecía un lord, sino un joven muy apuesto. Tenía una cicatriz en la frente y pequeñas pecas de color canela en la aristocrática nariz.

Respiró hondo suavemente y trató de zafarse de sus brazos. Él la apretó con más fuerza.

¡Dios santo! ¡Pensaba que era su amante!

Lord Savill giró la cabeza y le besó la frente, adormilado.

Ella se quedó paralizada, como un pajarillo entre las fauces de un depredador. Cuando él empezó a acariciarle el cuello, dijo con voz aguda:

—Te estás propasando.

—¿Qué? —Él se despertó, parpadeando.

—Me has besado. Pensé que habías dicho que no lo harías.

—No te he besado.

—Sí que lo has hecho.

—¿Por qué estás en mis brazos?

Ella se apartó.

—Debo de haberme girado sin querer mientras dormía.

—Es probable.

Jane le miró con enfado.

—Me sorprende que puedas caminar con esa cabezota pegada al cuello y no te desplomes.

—Soy irresistible. No has podido evitarlo. Te perdono.

—No me gustas.

—Acércate. —Dobló el dedo y lo movió—. Y veremos quién tiene razón.

Ella se levantó de un salto de la cama.

—Mis hermanas deben de estar esperando. Tengo que irme.

Él se rio, triunfante.



Sus hermanas fueron implacables. Durante los días siguientes, lord Savill y Jane las encontraron escondidas en jarrones gigantes, detrás de las cortinas e incluso aferradas a la hiedra junto a la ventana de su dormitorio.

Jane, por su parte, representó a la perfección el papel de esposa cariñosa y abnegada. Untaba las tostadas de lord Savill con mantequilla, le servía café, batía tanto las pestañas que algunas se le caían y se sonrojaba cada vez que él le sonreía.

Le agarraba de las manos hasta que empezaban a sudarle, le susurraba tonterías al oído y se reía de todo lo que decía.

Él le correspondía, como una pelota rebotando de un lado a otro. Si Jane le sonreía, él la besaba en la mejilla. Si hacía algo por él, la besaba en la frente o en la mano.

Era encantador, Jane tenía que admitirlo, y actuaba mejor que ella. Le traía pequeños regalos, flores, dulces y cintas, y la miraba como si fuera la criatura más maravillosa del mundo.

Una mañana hizo que los sirvientes esparcieran pétalos el camino que iba de la alcoba a la salita de desayuno, para que Jane comenzara el día con el perfume de las rosas de damasco.

La familia se alegraba de aquel cambio. Pensaban que la pareja por fin se estaba enamorando.

Jane y lord Savill no estaban tan contentos. Se estaban cansando de actuar y de medir siempre sus palabras.

Un día, al salir a pasear con lord Savill, Jane dio una patada a una piedra del camino, lanzándola al lago. Hacía bastante frío, y el intenso olor

del agua helada y de las hojas que se iban marchitando anunciaba la llegada del otoño.

Luego dio un puntapié a un montón de hojas y las vio volar junto con su zapato.

Lord Savill se detuvo.

—No te muevas.

Se quedó helada cuando él agachó, le levantó el pie y le puso el zapato, sonriéndole.

—Todavía nos están siguiendo.

Jane miró hacia atrás y vio que un arbusto que correteaba tras ellos se paraba de repente.

—Quiero que se vayan a su casa.

Él suspiró. El esfuerzo que le costaba mantener la farsa empezaba a entreverse en su mirada.

—¿Cuánto tiempo tenemos que seguir paseando? El sol está empezando a quemarme la piel.

—Yo también estoy cansada.

—¿Crees que ellas lo estarán? —preguntó él, señalando con la cabeza el arbusto.

—Es hora de averiguarlo. —Jane se acercó a la bola de hojas y ramas—. ¡Largo de aquí!

Sus hermanas se levantaron y la miraron compungidas. Parecían acaloradas y sedientas, y tenían ramitas y hojas que les sobresalían del pelo.

Jane apoyó una mano en la cadera. Sus ojos ardían de furia.

—Tenéis que dejar de seguirnos.

Penélope enderezó la espalda.

—Solo intentamos saber si te trata bien.

Lord Savill pasó a su lado discretamente.

—Voy a decirle a la cocinera que prepare un pudín de grosellas.

Aprovechando que nadie le miraba, emprendió la huida.

Jane agarró la mano de Dorothy.

—Tenéis que confiar en mí. Soy feliz aquí y estáis estropeando las cosas en lugar de arreglarlas. Todo iba perfectamente hasta que llegasteis.

Dorothy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Jane desvió la mirada, incapaz de explicarles que lo que ella deseaba era un matrimonio sin amor. Aquella farsa estaba empezando a confundirla. Ya no sabía qué era real y qué inventado. No quería sentirse atraída por su marido y si las cosas seguían así... Se estremeció. Las consecuencias serían terribles.

El otro día, sin ir más lejos, él le había quitado una miguita del labio, y la forma en que la había mirado... Cruzó los brazos y se apartó de sus hermanas.

—Queremos que seas feliz —dijo Celine.

—Soy feliz. ¡Sois vosotras quienes me estáis haciendo desgraciada! —soltó Jane.

—Eres muy tímida y nunca te abres —repuso Penélope—. Eres frágil. Nos preocupamos por ti.

Jane las fulminó con la mirada.

—¿Creéis que no tengo el ímpetu de una Fairweather? ¿Que soy una mansa ovejita?

—Eres como un cachorro perdido y tembloroso —respondió Dorothy—. No te gustan los enfrentamientos, te asustas con facilidad, y tu figura y tu piel delicada no contribuyen a mejorar las cosas. Dudo que pudieras ahuyentar ni siquiera a una ardilla un poco traviesa.

La voz de Jane sonó tan fría como el viento del norte.

—Puede que no me gusten las multitudes, los bailes y las fiestas, pero, si alguien me hace daño, tengo el valor de defenderme.

—Eres demasiado tierna —objetó Celine.

Una especie de rabia se apoderó de Jane. Se le pusieron las orejas coloradas y apretó los labios en una mueca de rebeldía. Sus hermanas no tenían derecho a tratarla como a una niña apocada. Era hora de ponerlas en su sitio.

Respiró hondo y, soltando un grito que sonó tribal y primitivo, empujó a Celine, a Dorothy y por último a Penélope, tirándolas al gélido lago.

—A ver si así escarmentáis y veis por fin la verdad —dijo abriendo de golpe su sombrilla—. Que paséis buena tarde.

Capítulo Veinticuatro

Bella descorrió las cortinas y la luz de la mañana entró de repente, golpeando a Jane como una bofetada. Al espabilarse, encontró su té junto a la cama y su cabeza apoyada de nuevo en el hombro de lord Savill.

Intentó controlar su respiración. No quería que él se despertara y la encontrara así. Su olor era embriagador, una mezcla de madera, cuero y tabaco caro.

Se descubrió acariciando su brazo y se le desorbitaron los ojos, horrorizados. Saltó de la cama y decidió que tenía que alejarse de él por un tiempo.

Miró su cara dormida una última vez y luego ordenó a sus piernas que se movieran y la llevaran a su habitación.

«Eres una desvergonzada», se reprendió a sí misma. Pensamientos horribles, en los que se veía besándole o acariciando su piel, saltaban en su cabeza de vez en cuando como ranas en un estanque.

Necesitaba salir de la casa. Tal vez un paseo enfriara su imaginación calenturienta.

Se puso un vestido azul de paseo y salió.

Hacía un día precioso. El sol brillaba tenuemente en el cielo, como una vela a través de un suave paño de muselina gris, y una leve niebla matutina se había acumulado sobre los árboles y el lago.

Los jardines le parecían mucho más encantadores y bellos en otoño que en verano. Era como si alguien hubiera cogido un pincel y, de la noche a la mañana, hubiera pintado minuciosamente de rojo y dorado las hojas verdes.

Soplaba un viento del este, fuerte, cortante y veloz, que tiraba de sus faldas y de las horquillas de su pelo. Deseó haberse puesto un abrigo de invierno. El frío traspasaba el chal que llevaba sobre los hombros, haciéndola tiritar.

Se acercó a la orilla del lago y observó cómo incidía la luz en el agua y los diferentes tonos de azul, gris y verde que se entrelazaban en las ondas de su rutilante superficie.

Se agachó y metió los dedos en el agua helada, tratando de olvidarse de sus mejillas sofocadas y de cómo se había sentido al estar acostada junto a lord Savill.

El recuerdo de su marido empezaba a obsesionarla.

Richard era como una cebolla cruda, pensó exhalando una bocanada de vaho blanco. Se le había metido en los poros de la piel, había impregnado su aliento y de vez en cuando se alzaba para excitar sus fosas nasales.

Inclinó la cabeza y disfrutó por una vez del viento cortante, que la distraía de los fuertes y reconfortantes brazos de su marido, del estremecimiento que sentía cuando la besaba, de su deseo de estrujar sus glúteos redondeados, firmes y jugosos...

Se puso en pie de un salto al oír los cascos de un caballo no muy lejos de allí.

¡Por Dios! Estaba perdiendo la cabeza.

Había estado pensando en él y ahora le veía cabalgando por el camino de herradura.

Montaba un hermoso semental negro y vestía un largo abrigo azul con botones dorados y pantalones de ante.

Vio que tiraba de las riendas, se inclinaba y acariciaba al caballo. ¡Qué estampa tan bella componían la luz de la mañana, el lago rebosante de colores otoñales y sus ropajes azules! Deseó tener un lienzo para plasmar aquel instante.

Se le erizó la piel y, sin embargo, permaneció inmóvil. Le recorrió con la mirada, admirando su fina nariz y sus negras pestañas. Su pecho era ancho y fuerte; sus piernas, largas y poderosas...

Se bajó del caballo y miró hacia allí.

Jane se escondió de un salto detrás de un sauce llorón, confiando en que no la hubiera visto. Mejor dicho, en que no la hubiera sorprendido observándole. Deseó con toda su alma que desde esa distancia no pudiera distinguir la expresión de su rostro, que sin duda era atroz. No le cabía duda de que estaba babeando, como el Señor Williams cuando veía su cena.

Sus pisadas crujieron sobre la hojarasca.

Jane sintió que se le aceleraba el corazón y se aferró a la corteza del árbol con desesperación.

¿Podía morir si le latía tan rápido el corazón?

Cerró los ojos y deseó transformarse en sirena y zambullirse en el lago. Si ella había visto sus pestañas con toda claridad, él tenía que haber visto la expresión de su cara.

—¿Estás bien? —Lord Savill apareció ante ella.

—Tengo retortijones —murmuró Jane.

—Sí, tienes un aspecto un poco extraño.

—Te has levantado temprano. —Su voz sonó un poco jadeante.

—Tú también.

—Sí, bueno, por los retortijones. —Le miró y deseó no haberlo hecho.

Él se estaba riendo.

Avergonzada, se dio la vuelta para irse. Él alargó la mano y la agarró por la muñeca.

Un instante después, ella estaba en sus brazos, temblorosa.

—¿Qué estabas haciendo hace un momento?

Jane se revolvió cuando le apretó la cintura.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—Estaba disfrutando de la vista —respondió ella, y se sonrojó—. Quiero decir que el lago está precioso, ¿verdad?

Trató de zafarse de sus brazos, pero él la apretó con más fuerza y la estrechó contra sí. Al instante, Jane se ablandó en sus brazos, como si se hubiera bebido una copa de champán de un solo trago y se sintiera de pronto embriagada y sofocada.

Se miraron fijamente y, tras lo que pareció una eternidad, él retrocedió con el ceño fruncido.

—Tengo que irme —dijo.

Jane asintió en silencio porque no se fiaba de su voz.

—Deberías tomarte algo —añadió él.

—¿Para qué?

—Para los retortijones.

Ella asintió de nuevo, pero sus labios se negaron a esbozar una sonrisa.

Él le lanzó una mirada sombría antes de alejarse con su caballo.

Las hermanas de Jane se habían ido de compras. Aprovechando aquel momento de calma, Jane se fue al cenador a pintar y encontró a lady Croft y a Georgiana admirando su último cuadro, que representaba Bellmore Hall.

—Tengo noticias —les dijo.

—¿Has encontrado las semillas de rosa? —preguntó Georgiana, esperanzada.

Jane puso cara de fastidio.

—No, Georgie, no he encontrado las semillas para tu madre. Y de todos modos ya no tiene espacio en el jardín para más rosales.

—¿Qué ocurre, entonces? —preguntó Georgiana.

—Lord Chambers ha encontrado comprador para la acuarela de Angélica. El retrato de pilluelo callejero.

Lady Croft se quedó boquiabierta de asombro.

—No puede ser.

—Ya lo creo que sí.

—No, imposible.

—Que sí, te digo.

—No te creo.

Georgie dio un brinco y abrazó a lady Croft con tanta fuerza que se cayeron del banco y aterrizaron en el suelo.

Riendo, Jane las ayudó a levantarse.

Lady Croft aplaudió con alegría.

—Casi no me lo creo. Que un perfecto desconocido admire mi trabajo hasta el punto de comprar un cuadro... Es maravilloso.

Georgie le cogió la mano.

—¿Por fin te has convencido de que eres una pintora extraordinaria?

Lady Croft sonrió.

—Puede que no sea tan mala.

—Esto es lo que paga el comprador —dijo Jane, y mencionó la cantidad.

Se quedaron pasmadas.

Lady Croft se levantó de un salto.

—¡Dios mío, si sigo vendiendo cuadros a ese precio podría contribuir con una buena suma a la escuela!

Georgiana fingió bailar con un hombre invisible.

—Y cuando yo me convierta en lady Plaskett, también podré contribuir con algo.

A lady Croft se le saltaron las lágrimas y sorbió por la nariz con delicadeza.

—No puedo creerlo y, sin embargo, tú lo has hecho posible, Jane. Te estaré eternamente agradecida.

Jane se encogió de hombros.

—No he hecho nada, excepto conseguir que seas consciente de tu propio talento.

Lady Croft comenzó a pasearse por la habitación.

—He estado hablando con mujeres, solteronas, viudas y damas empobrecidas. La situación es terrible. No pueden trabajar ni tener propiedades y dependen de la generosidad de sus familias. Son como frágiles mariposas que revolotean de una familia a otra y se marchan antes de que sus anfitriones se cansen de ellas.

Georgie volvió a sentarse. Tenía una expresión extrañamente melancólica.

—Ha de ser muy duro tener que pedir dinero constantemente para sobrevivir. Intentan devolverlo tocando música para la familia, pintando retratos, cuidando a los niños o acompañando a los ancianos.

—Sé muy bien cómo se sienten —comentó lady Croft—. Son muy infelices. Imaginaos: vivir solas, desamparadas, sin ningún propósito en la vida... Sin hijos ni marido a los que atender y sin un hogar propio... Vivir como un parásito desagradable y molesto... Nos escondemos en las sombras y nos dejamos ver solo cuando es necesario. Nuestra situación se comenta constantemente. La gente se compadece de nosotras. Creen que estamos condenadas. Que algo habremos hecho algo para merecer esta vida.

Jane la abrazó, y ella se deshizo en sus brazos.

—Shh —susurró Jane en tono tranquilizador—. Nosotras te entendemos, y ahora tienes apoyo, amigas y un propósito. Eres una joven

poderosa y con talento que va a cambiar a mejor la vida de otras mujeres. Nunca volverás a ser infeliz.

Los ojos de lady Croft brillaron.

—Ayudaré a todas las que pueda.

Georgiana levantó la barbilla y dijo con severidad:

—Pues, entonces, ponte manos a las obra. Monta tu caballete al lado del de Jane y trae tus acuarelas. Quiero ver un cuadro terminado cada semana.

Lady Croft dio unas palmadas.

—Estoy deseando empezar. Pintaré todos los días y luego enseñaré a mujeres a pintar y aliviaré su vida de sufrimiento. Durante unos momentos de felicidad, podrán olvidarse de sus problemas igual que yo y disolverse creando algo bello.

Jane miró a sus dos amigas con cariño.

—Y tal vez incluso lleguen a vender su trabajo y a tomar conciencia de que las mujeres pueden ser algo más que esposas y madres. Que pueden ser artistas.

Capítulo Veinticinco

Lady Croft se subió al banco y declaró que era una artista. Miró a los pájaros que cantaban en los árboles y les exigió que admiraran sus hermosas acuarelas. Y en cuanto a la estatua de Dioniso que se erguía alta y silenciosa en un rincón de la glorieta, le pellizcó la nariz repetidamente mientras le increpaba por ser un hombre.

Algo en lady Croft había estallado, y emociones reprimidas durante años brotaban ahora de su pecho como lombrices en un día de lluvia.

—Soy una artista —repitió con voz llena de asombro.

—Lo eres, en efecto —le aseguraron Jane y Georgiana con tono de aburrimiento, pues lady Croft llevaba una hora hablando de lo mismo.

—El té está aquí —anunció Georgiana, alegrándose de la interrupción.

Jane suspiró con alivio. Había un número limitado de formas de convencer a alguien de su grandeza, y a ella se le habían agotado las ideas hacía un cuarto de hora.

Georgiana cogió una carta de la bandeja de plata que había traído Bella.

—Jane, esta carta es para ti. Cógela antes de que la empape de té.

Jane la cogió y rasgó el sobre.

—¡Tengo un encargo! —anunció—. Lord Posenby quiere que le pinte un retrato y está dispuesto a pagarme una buena cantidad por ello.

—No puedes aceptarlo —dijo Georgiana de inmediato—. Es un mujeriego vil y rastroso. Una vez intentó besarme y tuve que meterle el abanico en la nariz para escapar.

Jane sacudió la cabeza.

—A ti te deseaba, Georgie, mientras que en mí solo ve a una pintora, no a una mujer. Además, necesitamos el dinero.

—¿Necesitáis dinero? —preguntó la fría voz de lord Savill.

Las chicas hicieron una reverencia. Él respondió inclinando ligeramente la cabeza al acercarse a ellas. Sus labios eran finos; sus ojos, ardientes.

—¿Para qué necesitáis dinero?

—Para cintas y esas cosas —contestó Jane. No quería confesarle que soñaba con abrir una escuela. Se reiría, y no podía soportar que se burlaran de ella.

Lady Croft los miró a ambos y, tras un momento de tensión, agarró a Georgiana del brazo y la llevó fuera.

El tono de lord Savill era cortante.

—No pintarás el retrato de Posenby.

Ah, así que había escuchado esa parte.

Jane levantó la barbilla, desafiante.

—Claro que voy a pintarlo.

—Te lo prohíbo.

—No tienes derecho a prohibirme nada.

—Eres mi esposa. Tengo todo el derecho.

—Me llamas señorita Fairweather.

—Acordamos que nos comportaríamos decorosamente en público.

—Lord Posenby vendrá aquí para que le retrate. No voy a ir a retozar con él por Hyde Park.

—Ya has oído a la señorita Berry. No es de fiar.

—¿Y qué más te da a ti?

En un instante, él estaba a su lado. La agarró del brazo.

—¿Quieres ser mi esposa? ¿De eso se trata?

Ella le miró, confundida.

—Yo... —Se balanceó sobre sus pies—. No, no quería decir que...

Él atrapó sus labios en un beso fugaz. Jane se estremeció hasta la médula de los huesos.

—¿Sabes acaso lo que quieres? —preguntó él, dándole la espalda—. No va a pintar a ese hombre, señorita Fairweather, y no hay más que hablar.

En cuanto se fue, Jane cogió un frasco de cristal lleno de pintura negra y lo lanzó contra la figura de mármol de Dioniso. El cristal se rompió y la pintura se extendió por el torso de la estatua.

Tal vez habría hecho caso a su marido si la hubiera llamado lady Savill, pero, como la había llamado señorita Fairweather, decidió hacer lo

que habría hecho una Fairweather. Se fue a su dormitorio, sacó una hoja de papel y mojó la pluma en el tintero.

Lord Posenby:

Acepto encantada su encargo. Por favor, venga a Bellmore Hall mañana a mediodía para hablar de ello.

Atentamente,

J.F.

Lord Savill se sentó junto a ella en la mesa del desayuno.

Jane cogió una tostada, le puso mantequilla y se la ofreció. Él la ignoró. Ella le sirvió una taza de café. Él echó mano del chocolate, haciendo caso omiso del café.

Jane inclinó la cabeza hacia él y le susurró:

—Cálmate o prenderás fuego al desayuno con tu mal humor.

—Escribiste a Posenby y le invitaste a venir —replicó él entre dientes—. Le echaré a patadas.

—No harás tal cosa —dijo Jane—. No lo permitiré.

Él se volvió hacia ella. Sus ojos estaban escarchados como el cristal de la ventana que había detrás de él.

—No olvide su lugar, señorita Fairweather. Discúlpese.

—Jamás —le espetó ella, y le pellizcó el muslo por debajo de la mesa

Lord Savill se puso bizco un momento. La miró con enfado y ella le sostuvo la mirada. Miró a sus hermanas de reojo y volvió a mirarle. Él movió la cabeza como si dijera: «al diablo con ellas».

Jane soltó un suave gemido y se golpeó la cabeza contra la mesa, sobresaltándolos a todos.

—¿Estás bien, querida? —preguntó lady Montgomery, alarmada.

—Tengo jaqueca —respondió mansamente.

Sus hermanas se miraron, y Jane alzó los ojos al cielo y volvió a golpearse la cabeza contra la mesa.

—Por favor, Jane, compórtate —gruñó lord Savill en voz baja.

Jane se dio cuenta de que la había llamado por su nombre. Se sintió rara y enseguida perdió el apetito. Se limpió la cara y tiró la servilleta sobre la mesa.

—Creo que voy a retirarme a mi habitación.

—Excelente idea —dijo lord Montgomery—. Parece que estás perdiendo la chaveta, querida. Dígame, excelencia —añadió dirigiéndose a Penélope—, ¿hay algún excéntrico en su familia?

Jane ahogó una carcajada llorosa y corrió a su habitación.

Era más de mediodía cuando bajó de nuevo y se reunió con lord y lady Montgomery en el salón. Había tomado la costumbre de pasar unas horas con ellos antes de ir a pintar al cenador.

Encontró a lord Montgomery junto a la chimenea, como de costumbre, leyendo un libro, mientras lady Montgomery bordaba un pañuelo para su marido, sentada junto a la ventana.

Hacía frío esa tarde y las chimeneas despedían un calor agradable. Jane charló un rato con ellos, aunque lord Montgomery no respondió a muchas de sus preguntas. A ella, sin embargo, no le molestó. Ya estaba acostumbrada a sus rarezas.

Se alegró de que sus hermanas estuvieran descansando en sus habitaciones y de que lord Savill no estuviera en casa. Estaba cansada de farsas y aquellos momentos de apacible charla le daban mucha paz.

Lord Montgomery tomó un sorbo de su té, pero antes de que pudiera apoyar la taza sobre la cabeza del Señor Williams, Jane se la quitó y la puso sobre la mesa. A continuación, animó a lady Montgomery a comer otro pastel y habló de cambiar las cortinas en las habitaciones de invitados.

Estaban hablando de moda cuando les llevaron los sándwiches de la merienda y Jane volvió a fijar su atención en lord Montgomery. Le entregó un plato de comida y estuvo hablando con él hasta que se lo comió todo.

Por fin, se limpió las manos en la servilleta y se levantó.

—Creo que voy a ir a pintar un rato antes de que se haga tarde.

—Jane. —Lady Montgomery la agarró de la mano.

Se agachó junto a la anciana.

—¿Sí?

Su suegra le acarició la mejilla.

—Gracias. La forma en que le hablas, le das de comer y le engatusas para que se ponga de mejor humor... Es casi como si fueras su hija.

Jane sonrió.

—Es mi suegro.

Lady Montgomery apartó la mirada.

—También es peligroso y, sin embargo, no muestras ningún temor. Te tiene mucho cariño.

Jane comprendió entonces que lady Montgomery era consciente de la locura de su marido y que su mayor temor era tener que separarse de él. Lo vio claramente en sus ojos.

Apretó los dedos de la anciana con cariño, sin saber qué decir.

Lady Montgomery pareció comprender su silencio.

—Jane, por favor, no dejes que Penélope le ceda esa finca a Richard, o mi hijo le mandará allí. Tú sabes que nunca hará daño a nadie.

Jane bajó la mirada, acongojada. Conocía la postura de su marido y comprendía también los sentimientos de lady Montgomery.

Era un grave problema.

Miró a lord Montgomery, que leía tranquilamente un libro con el Señor Williams echado a sus pies, y se preguntó si su suegra tenía razón.

Capítulo Veintiséis

Jane se dirigió al cenador, con la cabeza inclinada contra el fuerte viento y los pensamientos enmarañados.

Las hojas secas, del color de la puesta de sol, crujían bajo sus botas de montar y el aroma de los setos de romero llegaba hasta ella acariciando su olfato. Una liebre gris apareció en el camino y ambas se sobresaltaron un momento. Después, la liebre se alejó corriendo.

¡Ojalá pudiera ahuyentar los problemas tan fácilmente!

Hacía un año, sus preocupaciones se limitaban a encontrar los pigmentos adecuados para sus pinturas o las cintas perfectas para sus sombreros. Ahora, en cambio, eran mucho más profundas, más oscuras y pesadas de sobrellevar.

Su marido quería esas tierras para salvaguardar a su familia y tener contento a su padre trastornado, y lady Montgomery no quería separarse de su marido. El problema era que ambos tenían razón.

Era un asunto muy gris. Gris como un huevo cocido en exceso.

Se detuvo en la entrada del cenador y respiró hondo para calmarse. Tal vez pintar un poco la ayudara a ordenar sus pensamientos.

Empujó la puerta y encontró a lord Posenby recostado en el banco. ¡Santo cielo! Se había olvidado por completo de que le había invitado.

Tenía el mismo aspecto que en el último baile: el pelo largo, oscuro y lustroso, una nariz tan puntiaguda que se podía cortar un pastel con ella, los ojos pequeños y de un verde nebuloso y, por último, una boca fina e irónica.

En cuanto a su ropa, no llevaba ninguna.

Jane se quedó pasmada, se le humedecieron los ojos y se le sonrojaron las orejas.

Él movió las cejas.

—Empieza a hacer frío aquí. Ciertas partes de mi anatomía se están encogiendo como uvas en un día de verano.

Jane le dio la espalda.

—Lo siento, pero soy una dama y no me está permitido estudiar o pintar desnudos. Por favor, vístase para que podamos empezar con el retrato.

—¿El retrato?

—Creía que quería que pintara su retrato.

—¡Por Dios! ¿Cómo iba a creer eso?

—¿Qué quiere decir, señor?

—Eres una mujer —contestó él con sencillez.

—No le entiendo.

—Tenía curiosidad. ¿Por qué te había elegido el hombre más rico de Inglaterra? Quería probar un poco de ese bocado.

—No soy un pollo relleno, milord.

—Aun así, me apetece un mordisquito.

Ella montó en cólera.

—Márchese de inmediato.

—Ah, conque te gusta hacerte la estrecha —le espetó él—. Me gusta ese juego.

Se abalanzó hacia ella y Jane se dio la vuelta para salir corriendo de la habitación. Él la agarró por la parte de atrás del corpiño y se lo rajó.

A Jane se le paró el corazón y el terror le paralizó los miembros.

Lord Posenby sonrió y luego frunció el ceño.

El Señor Williams entró en el cenador con paso lento y firme. Se detuvo junto a Jane, se frotó contra ella y ronroneó.

Por primera vez, Jane se alegró de ver al gran gato. Le puso una mano sobre la cabeza, diciéndose que el guepardo era el animal menos peligroso que había en aquella sala.

Lord Posenby soltó un chillido y dio un paso atrás, chocando con un lienzo.

La Señora Williams asomó la cabeza por detrás y cacareó.

Lord Posenby palideció cuando la gallina levantó las alas y voló hacia él.

Picotazo.

—¡Auu!

Cacareo.

—¡Mi... gluurg! ¡No...!

Picotazo.

—¡Auu! ¡Esa parte es muy sensible!

Picotazo.

—¡Dios mío!

Jane observó con regocijo cómo la gallina perseguía al hombre por la habitación. Hasta el Señor Williams parecía sonreír viendo el espectáculo.

—¡Aparte a ese pájaro! —le gritó lord Posenby.

Jane le lanzó su ropa. Él la cogió en el aire y se la puso a toda prisa.

La Señora Williams perdió el interés enseguida. Al parecer, tenía fuertes principios morales y los hombres desnudos ofendían su sensibilidad.

Jane estaba impresionada por la rectitud de su gallina. Se volvió para mirar a aquel sinvergüenza.

—Váyase —le ordenó—. O le achucho al gato.

Él entornó los ojos. Miró al guepardo y luego a ella.

—Acabaré por conquistarla, lady Savill. Adoro los desafíos.

Se fue y ella se dejó caer de rodillas, aliviada.

El Señor Williams la empujó suavemente por el hombro, haciéndola caer de lado. Ella se rio y lo abrazó.

—Gracias, gracias, gracias, mi felino de brillante armadura. Contigo a mi lado, no necesito un hombre.

Había pasado una semana desde aquel desagradable incidente. Desde entonces, Jane se sobresaltaba ante cualquier ruido, chillaba al ver moverse una sombra y vigilaba furtivamente su entorno. Tenía los nervios a flor de piel, pero poco a poco el tiempo fue aplacándolos, surtió su efecto sedante y el rostro amenazador de lord Posenby se convirtió en una imagen borrosa.

Se daba cuenta de que él había lanzado esas amenazas en el calor del momento. No tenía intención de ir más allá y persistir en su comportamiento escandaloso. Sin duda, temía que ella se lo hubiera

contado a su marido y se habría escondido detrás de las faldas de alguna mujer casada y solitaria.

Con esa idea halagüeña en la cabeza, salió de la bañera, se puso una suave combinación de color crema y echó mano de su bata.

Una mano pálida se la ofreció desde el oscuro hueco del armario de caoba.

Jane se la puso y luego se quedó helada. No podía ser... Abrió el armario de un tirón y se quedó boquiabierta. Lord Posenby, en ropa interior, estaba sentado entre un montón de enaguas, cintas y encajes.

—¡Ese es mi mejor vestido, milord, suéltelo! —gritó ella.

Él salió de un salto del armario y le tapó la boca con la mano.

—Querida, te he echado de menos.

Jane le mordió la mano, haciéndole gritar.

Él la miró con reproche.

—Los juegos amorosos son divertidos, pero me gustan más las mujeres dulces. Nada de mordiscos.

Ella abrió la boca y volvió a gritar.

Él puso los ojos en blanco.

—Los sirvientes están en la cocina, tus hermanas están fuera visitando a un pariente enfermo, tu marido está trabajando en su piso de Londres, y lord y lady Montgomery están paseando por el jardín.

Sus palabras dejaron helada a Jane. Sabía que el Señor y la Señora Williams también estaban con Bella en la cocina. Esta vez estaba sola de verdad.

Trató de ocultar su miedo al decir:

—Lord Posenby, entendió usted mal mi carta. Solo acepté pintar su retrato.

Él dio un paso hacia ella, con los ojos puestos en el nervio que se agitaba en su cuello tenso.

—Ahora estás casada. No tienes por qué ser tímida. Estos devaneos son muy comunes, querida. Acabo de salir de la alcoba de la señora Woodly y aquí estoy ahora.

Ella retrocedió unos pasos con cautela y acercó la mano al pomo de la puerta mientras hablaba:

—Yo le soy verdaderamente fiel a mi marido. Por favor, váyase. De lo contrario, tendré que informar de esto a lord Savill cuando vuelva.

Él alargó la mano y le acarició la piel.

—Empiezo a entender por qué se casó contigo. Tu piel es como la mantequilla y tu boca deliciosamente tentadora. Además, sé que vas a guardar el secreto. Es lo que hacen siempre las mujeres.

Jane se apartó de él, abrió la puerta de un tirón y huyó.

Lord Posenby la persiguió y la agarró por el pelo, obligándola a detenerse.

Ella gritó, dolorida.

Él la agarró por el cuello y la hizo volverse.

—¿Fiel a tu marido? Qué encantador.

Jane agarró su sombrilla y él bajó la cabeza con la clara intención de besarla.

Ella respiró hondo, le golpeó con la sombrilla detrás de la cabeza y le metió dos dedos en la nariz.

Él se puso bizco y se desmayó.

Jane llamó al mayordomo y luego, usando el cinturón de su bata, ató las manos a lord Posenby.

Oyó un carraspeo detrás de ella. Al girarse, vio a lord Savill mirándola.

—Le has golpeado —comentó su marido.

Ella asintió, insegura.

—Bien hecho —sonrió él.

—¡Menos mal que has venido! —gritó ella, y se lanzó a sus brazos.

Él la abrazó.

—Te he oído gritar.

—Se negaba a creermelo. Pensaba que yo quería... con él... —Empezó a temblar, sacudida por la impresión de lo que acababa de suceder. Se aferró a la camisa de su marido—. He tenido que golpearle con la sombrilla.

—Shh, ya estoy aquí. —Lord Savill le acarició el pelo—. Es un engreído. Me imagino perfectamente sus delirios. No tienes que darme explicaciones, pero sí que tienes que aprender a hacer nudos. Podría usar los dientes para desatarse. La próxima vez, amordázale.

Jane escuchó su voz tranquilizadora y se obligó a concentrarse solo en él. Su voz, su calor, su fuerza. Se dio cuenta de que confiaba en ella, y esa idea consiguió aquietar su corazón.

Él le levantó la barbilla y la miró con preocupación.

—No te ha hecho daño, ¿verdad?

Jane negó con la cabeza.

Él escudriñó su rostro.

—¿Te... te ha tocado?

—No, escapé a tiempo.

Lord Savill le besó la frente, aliviado, la levantó en brazos y la llevó a su habitación. La depositó suavemente sobre la cama y llamó al mayordomo.

Cuando llegó Belcher, le ordenó que sacara a lord Posenby de la casa con la mayor discreción posible.

Una vez hecho esto, se sentó junto a Jane y le ofreció un sorbo de agua. Ella se llevó el vaso a los labios, pero comenzó a temblarle la mano.

Lord Savill puso su mano sobre la de ella para tranquilizarla. Jane le observó de soslayo mientras bebía.

Él sonrió.

—Bien hecho, mi valiente cucharita de miel.

Ella hizo una mueca.

—No me llames así.

—¿Y pichoncito?

Ella intentó reprimir una sonrisa.

—Ya basta.

—¿Y matachinchas?

Ella se rio y dejó el vaso a un lado.

—Ahora, duerme —dijo él, arropándola con la colcha—. Te has llevado un susto terrible. Te sentará bien descansar un rato.

Ella se puso seria y le agarró de las manos cuando él se levantó para irse.

Los ojos de su marido se oscurecieron al ver su expresión. Volvió a sentarse.

Había comprendido su súplica silenciosa.

—No voy a ningún sitio —le prometió, y le acarició suavemente la mejilla con los nudillos.

Jane cerró los ojos y se quedó dormida con la cabeza apoyada en la palma de su mano.

Capítulo Veintisiete

Era la noche siguiente. La luz de la luna se colaba entre las cortinas e iluminaba el dormitorio de Jane con un resplandor misterioso.

Hizo un gesto de dolor cuando Bella le quitó las horquillas y comenzó a peinarla enérgicamente. Ese mismo día había recibido una carta de lady Beetles, una afamada cotilla, informándola de que lord Posenby se había marchado a Francia.

Nadie sabía por qué se había embarcado tan apresuradamente. Se rumoreaba que al escapar del país solo llevaba puesto una bata de seda roja, unas medias desaparejadas y el sombrero de plumas de avestruz de su madre.

Muchos maridos habían sentido alivio al conocer la noticia.

Bella sacó un camisón y el gorro de raso color crema a juego. La chica, normalmente tan parlanchina, estaba muy callada tras la dura jornada de trabajo. Jane la dejó marchar y terminó de desvestirse sola.

Se alegró de estar sola un momento. Sus pensamientos le parecían demasiado íntimos para meditar sobre ellos en presencia de otra persona, y cualquier cosa relacionada con lord Savill se convertía en un pensamiento íntimo, cada vez con mayor intensidad.

Algo había cambiado entre ellos después del incidente con lord Posenby. Lord Savill y ella habían empezado a confiar el uno en el otro, y su animosidad se había disipado en parte, como si el tiempo la hubiera erosionado.

Ella no había corrido verdadero peligro, de eso se dio cuenta más tarde, pero el miedo le había nublado el cerebro y había empañado su ingenio.

Tal vez el desvarío de lord Posenby hubiera cerrado una grieta en su vida conyugal. Una brecha que le preocupaba mucho más de lo que había creído hasta entonces.

Se levantó con un suspiro y se dirigió a la habitación de lord Savill.

Él estaba tumbado boca abajo, profundamente dormido. La sábana de seda de color negro se había enrollado a la altura de sus riñones y su espalda desnuda brillaba a la luz de las velas.

Jane se balanceó, con los ojos empañados. Contempló con ojo experto las curvas y las líneas de su espalda, ansiando plasmar aquella imagen en un lienzo.

Se metió en la cama y se giró para mirarlo. Era injusto que fuera tan endiabladamente guapo.

Recordó cómo le habían abrazado su madre y su hermana después de que lord Montgomery mordiera a la criada. Él había hablado con tono suave pero firme, las había tranquilizado y se había hecho cargo de la situación a pesar de que se le estaba rompiendo el corazón.

Había sido igual de amable con ella. Le había advertido que no invitara a Posenby, y ella no le había hecho caso. Y, aun así, la había tranquilizado en lugar de regañarla.

Después de aquello, no había cambiado de actitud y, sin embargo, sus ojos reflejaban una nueva dulzura cuando la miraba.

No era tan malo, pensó Jane soñolienta. No era tan malo en absoluto.

Una emoción desconocida se apoderó de ella, y golpeó la almohada, haciendo volar unas cuantas plumas de ganso.

Él se despertó sobresaltado.

—¿Has golpeado la almohada?

Jane miró su cara adormilada.

—Sí. Lo siento.

—Te estás sonrojando.

Ella tiró de la colcha para ocultar su rostro, presa de una insoportable timidez. ¡Maldita sea! Se estaba comportando como una idiota. ¿Qué demonios le pasaba?

—Estás muy rara —comentó él, medio dormido—. Pero ahora estoy demasiado cansado para intentar comprender qué pasa dentro de esa cabecita.

La voz de Jane sonó apagada cuando dijo:

—Gracias por lo amable que fuiste ayer.

—Tú misma te deshiciste de ese individuo odioso. Actúas como si te hubiera salvado de unos asesinos sedientos de sangre.

Jane se aclaró la garganta.

—Creo... Creo que me gustaría que fuéramos amigos.

—¿Perdón?

—Sé que no me aceptarás como esposa... y tampoco te pido que lo reconozcas, pero, ¿no podemos ser amigos? Estoy cansada de que nos peleemos.

Él bostezó y se estiró.

—Me estás ayudando a convencer a tus hermanas para algo que me beneficia. Supongo que eso es lo que hace una amiga. —Tras un momento de silencio, añadió con una sonrisa en la voz—: Amigos, entonces. ¿Algo más?

—¿Estabas soñando?

—¿Quieres saber si estaba soñando? ¿Me has despertado para preguntarme eso?

—Los sueños siempre me han fascinado. Son tan absurdos. Me encanta plasmarlos en un lienzo.

—Si te digo lo que estaba soñando, te pondrás furiosa o te caerás de la cama. Ahora, déjame dormir. Tengo que levantarme temprano para visitar a los arrendatarios.

—Lo siento. Duérmete. Me quedaré quietecita.

Pasado un rato, cuando su respiración se volvió acompasada, Jane levantó la cabeza. Las velas se habían apagado y las brasas blancas e incandescentes de la chimenea eran la única fuente de luz.

El terror, que había estado acechando en las sombras, se levantó y comenzó a arrastrarse hacia ella. Posenby la había asustado más profundamente de lo que creía. Se estremeció y un sudor frío brilló en su piel.

Se volvió para mirar a lord Savill una vez más, acompasó su respiración a la de él y cerró los ojos. Unos instantes después, deslizó la mano para agarrar la de su marido y por fin se quedó dormida.

La despertó el sonido de un violín. Abrió los ojos, medio dormida todavía, y vio el sol de la mañana brillando más allá de la ventana. El lago relucía a lo lejos y los árboles esparcían hojas rojas y doradas que se mecían con la brisa.

Saltó de la cama dando un suave chillido. Era tarde y lord Savill ya había salido de la habitación. Corrió hacia el aguamanil, se lavó la cara con agua fría y se secó con un paño de muselina.

Esta vez, oyó el sonido titilante de un arpa. Frunció el ceño, cogió la bata de seda azul que descansaba sobre la silla y se la puso. Tropezó camino de la puerta al darse cuenta de que se había puesto por error la bata de lord Savill.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre con un violín frente a ella. El violinista tocó una nota cuando la vio.

Jane cerró la puerta de golpe y se apoyó contra ella. ¿Estaría soñando? Sin duda no había visto lo que creía haber visto.

Volvió a abrir la puerta y, esta vez, se encontró con toda una orquesta en pie fuera de la habitación. Empezaron a tocar en cuanto se abrió la puerta.

Cerró la puerta. Dejaron de tocar. Abrió la puerta y volvieron a empezar. Hizo lo mismo varias veces y después salió y exigió saber qué estaba pasando.

Estaba ya completamente despierta y era consciente de que todo aquello era real.

La música sonaba atronadora tan cerca de sus oídos sobresaltados. Llamó a gritos al mayordomo y a la criada, pero el estruendo ahogó su voz.

Bajó las escaleras con paso enérgico y la dichosa orquesta la siguió.

Por fin, vio a lord Savill parado en el último escalón, con una sonrisa de oreja a oreja.

Arrugó el ceño.

Él le hizo señas de que se acercara.

Jane le clavó un dedo en el pecho, enojada. Él levantó una mano y la música se detuvo.

—Toma —dijo entregándole una carta.

Jane la cogió, adorablemente desconcertada.

—¿Es de...?

—La Real Sociedad de Artes.

—Es una invitación —dijo echando un rápido vistazo a la carta—. ¡Dios mío! ¡Me han aceptado! Quieren que forme parte de la institución. La ceremonia de investidura es esta noche.

—¡Enhorabuena!

—¡Por eso la orquesta! —rio ella y, de repente, se puso de puntillas y le besó en la boca.

Él se quedó sorprendido, pero le devolvió el beso con entusiasmo.

La orquesta empezó a tocar una balada romántica.

Al cabo de un momento, una cuerda del violín se rompió con un chirrido y ellos dos se separaron de un salto.

—El violinista es nuevo —murmuró alguien, disculpándose—. Se ha dejado llevar un poco con el punteo.

Jane se sonrojó y se apartó.

Él la agarró de la mano para retenerla.

—Esa bata te queda mucho mejor que a mí.

Jane giró la muñeca, tratando de escapar.

—Todavía no —dijo él con un brillo en los ojos—. Tengo otra sorpresa.

Salieron de la casa, atravesaron el césped y entraron en el cenador. La bata de Jane arrastraba hojas y tierra, y el brazo de lord Savill, que le rodeaba los hombros, la mantenía caliente.

Pensó fugazmente en su madre, que se habría escandalizado al verla con una bata de hombre fuera de su alcoba. Se echó a reír de repente, sintiéndose deliciosamente feliz.

En el cenador encontró botes de pinturas caras, bandejas llenas de pinceles y lienzos ya preparados con *gesso*.

—¿De dónde has sacado los lienzos? —preguntó encantada.

—Unos artistas pobres los tenían por ahí, sin usar, porque no tenían dinero para pinturas. Les di dinero suficiente para comprar lo que necesitaban, a cambio de los lienzos. Sé lo poco que te gusta tener que esperar a que se sequen.

Jane vio a unas mujeres sentadas en el banco.

—¿Quiénes son?

—Tus abanicadoras.

—¿Perdón?

—Abanicarán tus obras todos los días para que se sequen más deprisa.

—Eso es absurdo.

Él se encogió de hombros.

—Las elegí porque parece que tienen los brazos fuertes.

Jane se rio. Él, no.

¡Hablaban en serio!

La agarró de la mano y la llevó al ala este. Al lado de la biblioteca había una sala espaciosa. La había convertido en una especie de laboratorio. Jane miró las pipetas, los frascos, las hierbas, los aceites y los pigmentos desplegados y comprendió que era un taller para que mezclara las pinturas.

Él señaló todo aquella panoplia de cosas.

—Allí te mareabas con los vapores. De este modo puedes mezclar las pinturas en una habitación y pintar en otra.

—Te has fijado mucho en mi trabajo.

—Me he fijado mucho en ti —puntualizó él, y añadió antes de que ella pudiera reaccionar—: Las ventanas son un poco pequeñas y necesitarás que corra bien el aire mientras trabajas. Le he pedido al carpintero que se ocupe de ello. Vendrá esta tarde.

Jane le miró fijamente, con un brillo en los ojos.

—¿Por qué has hecho esto?

Lord Savill se encogió de hombros.

—Eres de la familia.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—Eres demasiado generoso. Tienes que dejar de cortarte trocitos y de repartírselos a todo el mundo o acabarás por desaparecer.

—No soy un trozo de pastel, querida.

—Siento discrepar.

Él contuvo la respiración y Jane se tapó la boca con la mano.

Se miraron fijamente, sin acercarse el uno al otro. De repente, la habitación parecía insoportablemente pequeña. Jane sintió que le ardía la piel, y la bata resbaló por un hombro.

Se le tensaron los músculos. Tenía la sensación de que lord Savill le había robado el aliento. Fue un momento de incertidumbre, lleno de posibilidades.

De pronto se oyó fuerte cacareo que los sobresaltó a ambos. La Señora Williams entró corriendo en la habitación y se puso a picotear la rodilla de lord Savill con denuedo, entornando los ojos en señal de desaprobación.

Lord Savill esbozó una sonrisa tensa.

—Por lo visto, tienes una carabina —comentó.

Ella respondió con una sonrisa igual de tensa.

—Debería alquilarla en los bailes.

—Entonces, las viejas solteronas tendrían que retirarse.

—Habría gallinas por todas partes.

—Pero no asadas, sino acompañando a las señoritas.

—Tendrían un nuevo futuro.

—Esto se está volviendo absurdo.

—¿La conversación o lo nuestro?

—Las dos cosas.

Jane hizo una reverencia. Él entendió la indirecta y la dejó sola.

Capítulo Veintiocho

Jane iba en el carruaje, camino de la reunión con los miembros de la Real Sociedad de Artes. Lord Savill iba sentado a su lado. Había decidido acompañarla para asegurarse de que entraba en la mansión de lord Wellmore, donde se celebraba la reunión, ya que no confiaba en que lo hiciera si iba ella sola.

Tenía buenas razones para dudar de ella. Se había pasado el día entero buscando excusas para no asistir. Después del primer arrebató de felicidad, el miedo se había apoderado de ella. Tendría que hablar con la gente. La mirarían, la inspeccionarían, la juzgarían.

Jane había decidido no ir y él había decidido que tenía que hacerlo. No le quedaba más remedio que asistir.

Primero, Jane había fingido desmayarse; luego se había escondido en el armario de su marido y, por último, se había subido a un árbol. Lord Savill la había encontrado en ambas ocasiones. Finalmente, la había amenazado con vestirla él mismo si no se avenía a razones.

Jane se había puesto un vestido de cuello alto, de color marrón púrpura, con enagua de encaje. Él la había levantado en brazos, había bajado las escaleras, había salido por la puerta y la había depositado en el carruaje. Le había entregado un chal de cachemira negra y se había sentado a su lado.

Jane estaba furiosa. Su marido se había mostrado tan maravilloso esa mañana, con la música y el taller mezclas... Ahora, en cambio, volvía a parecerle odioso.

—No quiero ir —le dijo con aspereza.

Él encendió un cigarro y expelió el humo.

—Tienes que hacerlo.

—No soy una niña.

—Entonces, deja de comportarte como si lo fueras.

—¿Por qué me obligas a hacer esto?

—Es una oportunidad única. Si no la aprovechas, lo lamentarás toda tu vida.

—Dios mío, esto es una tortura.

Él se inclinó hacia delante y la agarró de la barbilla.

—Jane, todo el mundo se pone nervioso cuando empieza algo nuevo. Debes enfrentarte a ese miedo o te impedirá crecer.

—¡No, no y no!

—El anonimato de la multitud es cómodo, pero te roba tu identidad. Ella le sacó la lengua.

—Es mi identidad. Si quiere fundirse con las sombras, que así sea. No me importa.

—Si no asistes, te quitaré los lienzos y no podrás pintar durante todo un mes.

Ella le miró con horror.

—¡No te atreverás!

—Soy tu marido. Puedo hacer lo que quiera.

La idea de no pintar aunque fuera solo una semana la llenaba de angustia, ¡y él amenazaba con no permitirle acercarse a un lienzo durante un mes entero! Jane sabía, además, que era muy capaz de hacerlo. Se le saltaron las lágrimas. Él fingió no darse cuenta mientras la ayudaba a salir del carruaje.

Habían llegado demasiado pronto.

Lord Savill le dio un rápido beso en los labios antes de llamar a la puerta con la aldaba. Se marchó en cuanto se abrió la puerta y dejó a Jane mirando al mayordomo que apareció frente a ella.

El mayordomo la condujo al salón, donde había varias personas hablando, con una copa en la mano. El fuego de la chimenea, los cortinajes y los cojines de terciopelo granate, los muebles de palisandro oscuro y el hecho de que la inmensa mayoría de los presentes fueran hombres hicieron que el corazón le latiera con violencia en el pecho.

—Señorita Fairweather... Disculpe, lady Savill. —Un anciano caballero se acercó a ella y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Lord Rushmore. —Jane hizo una reverencia, casi tropezándose con su falda—. Recibí su carta. Gracias por este inmenso honor.

Él le entregó una copa de vino.

—Dígame, querida, el impresionante azul de su cuadro *El baño*, ¿de qué está compuesto?

Una mujer de mediana edad, vestida de negro y con un gorro torcido sobre un montón de rizos, se unió a ellos.

—Y para la niebla de *Más allá del horizonte*, ¿qué técnica empleó?

—Milord, el pigmento era ultramarino. Es caro pero maravilloso, si se puede conseguir. Y, señorita Coster, utilicé un esmalte en *sfumato*. Adoro sus cuadros. Sobre todo, la serie de los valles escoceses.

Cuanto más hablaba, más se daba cuenta de que aquello no era un baile. A nadie le importaba si su vestido era de color marrón o escarlata. Dudaba que aquellas personas fueran a fijarse en si había llegado sin guantes o si llevaba un vestido escandaloso.

Querían hablar de pigmentos, de pinceladas y técnicas pictóricas, un tema con el que se sentía sumamente cómoda. Ella, a su vez, podía hacer preguntas y aprender cómo lograba lord Grey pintar un cristal que pareciera perfectamente transparente y cómo pintaba lady Gerard esos melocotones tan realistas.

Cuando llegó la hora de irse, le sorprendió descubrir lo mucho que había disfrutado. Incluso había encontrado un nuevo proveedor de pigmentos con el que trabajaban la mayoría de los artistas.

Entró en Bellmore Hall llena de alegría y con las mejillas sonrojadas. Lord Savill la estaba esperando en el salón junto con sus suegros, Georgiana, lady Croft, sus hermanas y los maridos de estas. La rodearon de inmediato, pero ella solo tuvo ojos para lord Savill mientras tomaba el primer sorbo de champán.

Su marido le había dado ánimos y había reunido a sus seres queridos para celebrar su éxito. Le observó mientras él le quitaba la bandeja a Belcher y animaba a sus hermanas a tomar una copa. Después, se acercó a los cuñados de Jane y no tardó en enfrascarse en una conversación con ellos.

Tenía la cabeza agachada, los ojos fijos en el líquido dorado que centelleaba en la copa que tenía en la mano y los labios apretados con gesto pensativo mientras el duque le hablaba.

Jane apartó la mirada, sacudida por un intensa emoción. Tan pronto pensaba que era odioso como le adoraba. ¿Por qué su marido era tan difícil de entender?

Como si sus pensamientos hubieran conjurado su presencia, él apareció frente a ella y le tendió la mano.

—¿Bailas? —le preguntó.

Ella asintió.

La agarró por la cintura y la lanzó al aire, haciéndola reír.

—No paro de darte las gracias. —Jane le sonrió cuando volvió a agarrarla—. No puedo evitarlo. Parece que sabes lo que necesito mejor que yo misma.

Lord Savill la hizo girar y, cuando volvió a tenerla en sus brazos, le dijo alegremente:

—Has trabajado mucho. Te mereces este éxito.

Ella bajó los ojos.

—No hay muchos maridos que sean tan alentadores.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué es la vida sino una serie de decepciones y victorias? Cuando fracasas, te sientes desgraciado, pero, cuando ganas, hay que celebrarlo. Si no, ¿qué sentido tiene vivir?

No le dio tiempo a responder, sino que la dejó en brazos del duque de Blackthorne, el marido de Penélope, para el siguiente baile.

Jane pasó el resto de la noche cantando, bailando y bebiendo champán en abundancia. Nunca olvidaría aquel día. Había ingresado en la Real Sociedad de Artes y su marido había hecho todo lo posible por que el día fuera perfecto, desde el momento en que se había despertado esa mañana hasta el final de la jornada, entre música y risas.



Al día siguiente, al entrar en el salón, se encontró a sus hermanas arropadas en el sofá, con las manos en la cabeza.

Lady Croft estaba echada en el diván y lady Montgomery recostada en la mecedora con un paño frío y húmedo sobre los ojos. Hasta lord Montgomery parecía estar un poco mareado.

—¿Alguien quiere desayunar? —preguntó Jane.

Un escalofrío colectivo recorrió la sala .

—Café —gimió Penélope.

—Té —suplicó Dorothy.

—Nada de huevos —murmuró Celine.

Lady Montgomery dejó escapar un gemido.

—No digas esa palabra.

Jane, que se sentía como todas, dio instrucciones en voz baja al mayordomo para que les llevara té y café y se sentó con mucho cuidado en un sillón.

Pasado un momento, lord Montgomery se levantó, dio una vuelta por la habitación y dijo:

—Señorita Bloom, un beso.

Lady Montgomery se incorporó rápidamente y se quitó el paño de la frente.

—¿Perdón?

Lady Croft abrió un ojo.

—Ese es el apellido de soltera de mi madre.

Lord Montgomery se enderezó, dejando ver un destello de su yo juvenil.

—No puedo seguir ocultando mis sentimientos por más tiempo, señorita Bloom. He de besarla.

A lady Montgomery se le derrumbó la peluca.

—Milord, estamos casados.

—¿Casados? —Él frunció el ceño—. La boda tendrá lugar después de que te corteje.

—Ya me cortejaste. Está todo hecho. —Lady Montgomery se levantó lentamente.

—Dame un beso, entonces. —Su marido dio un paso hacia ella.

—Aquí no. —Lady Montgomery se sonrojó—. Las niñas están mirando.

—¡Pues que miren! —gritó él, y se abalanzó hacia ella.

Lady Montgomery soltó un chillido y empezó a correr por la habitación. Lord Montgomery la persiguió encantado.

—¡Quiero mi beso! —exigió.

—¡No! —gritó ella.

Angélica escondió la cabeza debajo de un cojín.

—Me da vueltas la cabeza.

—¿Padre? —Lord Savill entró en la habitación y se detuvo, pasmado—. ¡Qué escandalo! No puedo permitir semejante comportamiento en mi casa. ¡Nada de besos!

Angélica puso los ojos en blanco.

—Si no se hubieran besado y más, no estaríamos aquí.

Lord Savill se puso pálido.

—¡Por Dios santo, mujer! ¡No hables de eso!

Jane y sus hermanas se echaron a reír mientras lord Montgomery estrechaba a su mujer entre sus brazos y lord Savill huía despavorido.

Se besaron, un beso suave y casto, y las mujeres suspiraron al unísono. Lord Montgomery apoyó la frente en la de su esposa y el tiempo pareció detenerse.



Más tarde, esa misma noche, después de que tomaran todos un poco de sopa, lord Savill entró con el señor Hoggs, un pintor famoso y extremadamente guapo.

El señor Hoggs era un hombre encantador y muy tranquilo, pero la forma en que lord Savill animaba constantemente a Jane a hacerle preguntas la llenaba de vergüenza. La insistencia de lord Savill en que le prestara atención estaba agobiando al pobre señor Hoggs, cuya incomodidad saltaba a la vista.

Esa noche, cuando se acostaron, Jane miró a su marido con enfado.

—¿Crees acaso que voy a enamorarme de él y que así te dejaré en paz?

Él levantó la cabeza y la apoyó en la palma de la mano.

—¿Te refieres al señor Hoggs?

—Sí, a él.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres enamorarte de él y dejarme en paz?

A ella le tembló la barbilla y apartó la mirada.

—Te has pasado toda la velada insistiendo en que hablara con él.

—Quería que aprendieras de él. Es un artista maravilloso. Rara vez visita a nadie, y esta noche has tenido la suerte de sentarte a su lado durante

la cena.

Jane le miró los labios mientras hablaba.

—Si tú lo dices —murmuró en voz baja.

Él se inclinó y tomó su cara entre las manos.

—Una cosa he aprendido sobre las hermanas Fairweather. Si algo puede decirse de vosotras, es que sois muy leales. Confío en ti.

Jane se quedó con la boca abierta. Él le puso la mano debajo de la barbilla y se la cerró. Luego se recostó en la almohada y miró el techo pintado.

—Todo el mundo tiene grandes sueños y fantasea con el éxito, pero los que de verdad triunfan son los que nacen con estrella. Tú, querida, eres una de esas personas. Ahora, duérmete.

OceanofPDF.com

Capítulo Veintinueve

Jane se frotó los brazos. El frío traspasaba el fino vestido de georgette azul que llevaba puesto. Era mediodía y, sin embargo, una luz tenue y gris llenaba el pasillo, como si una criatura gigantesca se irguiera allí cerca, proyectando su sombra sobre Bellmore Hall.

Se detuvo en la puerta de la sala de estar y la observó con ojo crítico. Lady Croft y sus hermanas estaban sentadas junto a la ventana, cuchicheando y haciendo encaje. Lord y lady Montgomery estaban sentados junto al fuego. Tenían delante una bandeja cargada de sándwiches, pasteles de aspecto delicado, bizcochos, panecillos recién hechos, té y café.

Observó que el cenicero que lord Montgomery utilizaba para sus puros estaba lleno y la taza de lady Montgomery vacía. Entró, le sirvió más té a su suegra y llamó a la criada.

Lord Montgomery arrojó un leño a la chimenea y se estremeció. Jane frunció el ceño, miró hacia la puerta y luego volvió a mirar a su suegro.

En vista de que la criada no llegaba, se dispuso a salir de la habitación para ir a buscar un chal para él, pero un suave gemido de terror la hizo dar media vuelta.

Lord Montgomery estaba sacando brasas de la chimenea con el atizador y depositándolas sobre la alfombra. En cualquier momento, la alfombra empezaría a arder.

Angélica y las hermanas de Jane se pusieron de pie con expresión de horror. Lady Montgomery, por su parte, se había quedado paralizada por la sorpresa.

Al ver que un tizón rodaba hacia la falda de lady Montgomery, Jane entró en acción. Agarró las brasas y empezó a arrojarlas de nuevo a la chimenea. Sus guantes eran finos y apenas la protegían, pero aun así siguió recogiendo las brasas mientras Angélica le quitaba el atizador a su padre.

Lord Montgomery le dirigió una extraña mirada vacua. Tembló y se acercó al fuego que rugía en la chimenea. Su bufanda quedó colgando cerca de las llamas y los extremos se prendieron.

Alguien gritó. Jane le quitó la bufanda y se puso a pisotearla.

Sus hermanas intervinieron entonces, vertiendo té, café y chocolate caliente sobre las brasas mientras lady Montgomery empezaba a gritar pidiendo ayuda y tocaba enérgicamente la campana para llamar al mayordomo.

La puerta se abrió de golpe y lord Savill entró en la habitación junto con el mayordomo. Comprendiendo de inmediato lo que ocurría, agarró a Jane por la cintura y la apartó de la bufanda, que seguía ardiendo. Sus grandes botas de montar sofocaron las llamas rápidamente.

Llegaron los sirvientes y empezaron a ayudarles; Bella, la doncella, llevó a lady Montgomery a su habitación mientras el ayuda de cámara convencía a lord Montgomery de que fuera a la biblioteca. Los demás criados se pusieron a limpiar.

Pronto solo quedó una mancha oscura en la alfombra para recordarles el incidente. Jane se dejó caer en un sillón, temblando todavía por la conmoción.

Celine, su hermana, que era un prodigio en momentos de crisis, se hizo cargo de la situación rápidamente. Preparó tazas de té bien dulce e insistió en que todos bebieran un poco. Una vez hecho esto, le recordó a lord Savill que mandara llamar al médico.

Él, que había permanecido en silencio hasta entonces, levantó la cabeza con expresión furiosa. Dio orden al mayordomo de que mandara recado al doctor Johnson de inmediato y luego se volvió hacia Jane.

La miró con enfado y ella tragó saliva. Gracias a la resistencia de su juventud, ya había empezado a reponerse de la impresión.

—No ha sido culpa mía —dijo, nerviosa—. No he hecho nada para animarle. Por favor, créeme...

—¿Has bebido? —la cortó él.

—No.

Él ladeó la cabeza, echando chispas por los ojos.

—Dígame, excelencia, ¿se cayó su hermana de cabeza cuando era niña?

Penélope levantó la vista, sorprendida.

—No, que yo recuerde. ¿Por qué?

—Porque está claro que no le funcionan bien ciertas partes del cerebro. —Se puso en pie y empezó a acercarse a Jane—. ¿Cómo se te ha ocurrido recoger las brasas con las manos?

—Oh. —Ella abrió la boca—. No lo he pensado.

—¿No lo has pensado? ¡Valiente estupidez! —Sus duras palabras contrastaban con sus actos. Se agachó junto a ella, le agarró suavemente las manos y les dio la vuelta para examinarlas—. No puedes lastimarte las manos. ¿Cómo vas a pintar, si no?

Jane se puso tensa.

—Pero tu padre podría haberse quemado. O tu madre. Las brasas estaban cerca de su falda. No podía permitirlo.

—Usa una taza vacía la próxima vez, maldita sea —le espetó él.

Jane apartó la mirada. Se sentía como una tonta.

—Ha sido todo muy repentino, milord. No he tenido tiempo de pensar lo que hacía.

Él bajó la cabeza para ocultar su rostro.

—Mi padre tiene que irse —dijo con voz ronca y quebradiza.

—¡No! —exclamó Jane.

—Tiene que irse. Por su culpa te has lastimado, Jane. ¿Y si yo no hubiera llegado a tiempo? ¿Y si hubieras estado sola con él?

Una lágrima se deslizó por la mejilla sofocada de Jane.

El rostro de lord Savill parecía lleno de pesar cuando le enjugó suavemente la lágrima con el pulgar.

Tras un momento de silencio cargado de asombro, Penélope dijo:

—Supongo que ya no podemos dudar de que la ama.

Jane miró fijamente a lord Savill, que parecía tan aturdido como ella.

Él le soltó la mano y se incorporó.

—¿Qué?

Dorothy asintió.

—Mandar a su propio padre lejos de casa por ella... Es extraordinario.

Jane estuvo a punto de negarlo, pero se contuvo. ¿No era eso precisamente lo que querían? ¿Que sus hermanas creyeran que estaban

locamente enamorados? Y, sin embargo, la forma en que había ocurrido... la molestaba.

Lord Savill se acercó al mueble de las bebidas. Parecía preocupado. Sirvió un poco de whisky en un vaso, pero, antes de que pudiera llevárselo a los labios, Jane se lo arrebató y lo apuró de un trago.

Mientras ella tosía y balbuceaba, sus hermanas se pusieron a hacer planes.

—Haré los arreglos necesarios para transferirle la propiedad —dijo Penélope.

—Yo voy a hacer las maletas —dijo Celine con cara de alivio—. Estaba empezando a echar de menos a mi marido.

—Yo también —añadió Dorothy tímidamente.



El médico llegó un rato después y examinó las manos de Jane. Le dio un bote de pomada y le dijo que solo tenía quemaduras leves. Sus hermanas se marcharon poco después, pero Jane estaba tan aturdida que solo sintió una punzada de tristeza y las dejó marchar sin rechistar.

Después de tomar un té, fue a ver a lady Montgomery a su habitación. La encontró tumbada en la cama, con una bandeja de comida intacta a su lado. Angélica y lord Savill también estaban con ella.

Lord Savill estaba sentado en una silla, leyendo en voz alta. Su hermana se hallaba en el sofá de brocado verde, con el rostro crispado por la preocupación.

Jane entró de puntillas y ocupó una silla, al lado de Angélica. Se inclinó hacia delante mientras lord Savill pasaba la página.

Él la miró un instante. Luego bajó la cabeza y reanudó la lectura. Su voz sonaba reticente y llena de incredulidad mientras leía.

—«Y entonces sonrió y pegó un tiro al malhechor en la cabeza. Los otros bandidos sacaron arcos y flechas y le apuntaron. Él les arrojó dieciséis puñales, matándolos en el acto. Quedaba un solo bandido con vida, que se balanceaba colgado del ventilador del techo como un orangután desquiciado y le apuntaba con un rifle de caza cargado. Sonó una detonación, pero esta

vez su esposa había disparado primero. Había llegado como si flotara, ataviada con un precioso vestido de muselina rosa recamado con hilos dorados. Llevaba una pistola humeante en sus delicadas y blancas manos, que temblaban de emoción. El bandido se estrelló contra el suelo con un ruido sordo mientras ella se desmayaba en brazos de su marido, exhalando un leve suspiro».

Lord Savill cerró el libro de golpe.

—Santo cielo, madre, ¿qué clase de bobada es esta? No tiene ni pies ni cabeza.

—Es una novela buenísima, aunque podría haber sido más sangrienta. Además, se han olvidado de describir los zapatos de la joven —respondió su madre—. Jane, estaba pensando en ti. ¿Qué tal tus manos?

—Bien —contestó, sentándose en el extremo de la cama—. ¿Cómo está usted?

—Tan bien como puedo estar a mi edad. —Lady Montgomery suspiró—. Siento no haber podido despedirme de tus hermanas. Supongo que pronto habré de marcharme con mi marido yo también. Tendré que empezar a hacer el equipaje.

Lord Savill bajó los ojos y asintió.

Al instante, Jane estaba de rodillas junto a él. Le agarró de las manos y le miró.

—¿No puede quedarse aquí? Por favor. Podemos arreglar una de las habitaciones más grandes del ala de invitados para él. Pagar a una persona para que cuide de él, o a diez. Tienes dinero suficiente para contratar a gente que le vigile día y noche. Pero, por favor, no hagas que se marchen.

Cuando la miró, sus ojos eran un cóctel de emociones.

—¿Quieres que mi padre se quede después de lo que ha pasado?

—No estábamos preparados —dijo ella con firmeza—. La próxima vez lo estaremos. Me encargaré de buscar a las personas adecuadas para cuidarle, de mantener a raya las habladurías y de velar por su bienestar. Confía en mí.

Lady Croft y lady Montgomery se pusieron tensas mientras esperaban la respuesta de lord Savill.

Jane le acarició la mejilla y batió las pestañas.

—Por favor...

OceanofPDF.com

Capítulo Treinta

Lord Savill se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Había parecido conmovido por las palabras de Jane, pero sus ojos se endurecieron de pronto y su boca se tensó formando una línea recta.

—¿Tener aquí a mi padre? Eso sería absurdo.

—Por favor —suplicó Jane.

Angélica asintió.

—Jane tiene razón. Tenemos que buscar a alguien que le cuide. Le romperá el corazón estar lejos de todo lo que le resulta familiar.

—¿Y si la persona que le cuide se queda dormida? —preguntó él.

—Habrá dos cuidadores en todo momento —respondió Jane al instante.

—¿Y de dónde sacaremos personas de confianza para cuidar a mi padre?

Fue Angélica quien le respondió.

—El médico podrá recomendarnos a alguien. O en la facultad de medicina habrá estudiantes dispuestos a trabajar si les pagamos bien.

Él cortó un cigarro y lo encendió. Dio unas cuantas caladas, haciendo temblorosos anillos de humo.

—Jóvenes solteros moviéndose por la casa. No sé si puedo permitirlo.

Jane frunció el entrecejo.

—Me aseguraré de que no toquen tus licores.

Él levantó una ceja.

—Eres tú quien me preocupa.

—Ah. —Ella se sonrojó y apartó la mirada—. Te doy mi palabra. No coquetearé con ellos.

—Tú no —gruñó él en voz baja—. Pero ellos sí coquetearán contigo.

Jane sintió que todo su cuerpo se sonrojaba al oírle.

—Sobrestimas mis encantos. No soy especialmente atractiva.

Él levantó una ceja.

—Si eso es lo que piensas, una de dos: o tu espejo está empañado o lo están tus ojos.

Lady Croft rompió a reír, recordándoles que no estaban solos.

Lord Savill apartó la mirada de Jane.

—No estoy convencido de que debemos tener a mi padre aquí. Ahora tenemos la casa de su infancia. Allí será feliz.

Lady Montgomery tomó la palabra por primera vez.

—Yo estaré contenta con cualquier decisión que tomes, Richard.

Jane no quería que su suegra se marchase. No soportaba pensarlo. Bellmore Hall estaría vacía sin ella.

—Tal vez podamos probar un mes y ver cómo van las cosas —sugirió lady Croft tentativamente—. De todos modos, la otra casa tardará un tiempo en estar lista.

—Supongo que sí —concedió lord Savill—. Tenéis un mes para demostrarme que esto puede funcionar.

A lady Croft pareció sorprenderla que tuviera en cuenta su opinión.

Jane sonrió, y su sonrisa franca y amplia transformó encantadoramente su rostro.

Él la miró un momento, pestañeando, se meció sobre sus talones y salió de la habitación.

Trasladaron a lord Montgomery al ala norte, una parte de la casa que solían mantener cerrada simplemente porque no necesitaban el espacio.

Lord Savill no consintió que Jane entrevistara a los jóvenes estudiantes que envió el doctor Johnson. Se ocupó él mismo de hacerlo. Pronto había contratado a cinco jóvenes muy hábiles que le informaban directamente y atendían a lord Montgomery por turnos. A ellos les convenía, porque tenían suficiente tiempo para estudiar y al mismo tiempo ganaban un buen sueldo.

Lady Montgomery se quedó en el ala de la familia por insistencia de Jane y lord Savill. A Jane no le gustaba la idea de que durmiera tan lejos, rodeada de hombres extraños a los que acababan de contratar, y lord Savill le confesó que temía que su padre incendiara el ala norte.

Durante el día, lord Montgomery se reunía con ellos para comer y se sentaba en la sala de estar durante dos horas, como siempre, solo que ahora siempre iba acompañado de uno de sus jóvenes cuidadores. El Señor Williams se negaba a separarse de él y le acompañaba a todas partes.

Jane se alegró de ver la mirada de afecto de lord Montgomery cuando acarició al guepardo. Si ella hubiera permitido que su suegro se fuera, el Señor Williams se habría sentido muy infeliz. El guepardo, además, mantenía a los jóvenes en constante estado de alerta. Trataban al anciano con respeto y no se atrevían a pasarse de la raya, pues sospechaban que, si lo hacían, el gran felino los atacaría.

Pasaron unas semanas hasta que se hicieron todos los arreglos necesarios y la casa volvió a la normalidad. Para entonces, la aguada gris de su nuevo cuadro se había secado y Jane quedó satisfecha con el resultado cuando volvió a pintar.

—Es un retrato encantador —comentó lord Savill al entrar en el cenador.

Jane soltó el pincel y trató de tapar el cuadro.

Él estiró el brazo y posó la mano en su cintura.

El viento, los pájaros y los insectos enmudecieron de pronto y Jane se quedó paralizada.

Sentía el calor de la mano de su marido a través de la fina muselina y el corazón empezó a martillearle en el pecho.

Él la miraba de forma extraña.

Jane tragó saliva.

—Yo... ¿Tienes hambre?

—En cierto modo.

Ella se quedó sin respiración cuando él le apretó la cintura. A lord Savill le brillaron los ojos cuando la levantó sin ningún esfuerzo y la dejó a un lado.

Jane dejó escapar un chillido de enfado al ver que ladeaba la cabeza y miraba el lienzo.

—Lord Posenby.

Ella se retorció las manos.

—Lo siento. Lo tiraré si quieres.

—Al contrario. Me divierte que esté desnudo y sosteniendo estratégicamente esas margaritas. Sus piernas son como velas y su nariz es tan puntiaguda que brilla. En cuanto a su expresión, parece confuso y extrañamente aterrado al mismo tiempo. Te ruego que me dejes comprarlo cuando esté terminado.

—¿Comprarlo? Puedes tenerlo gratis. Después de todo, eres mi...

La miró bruscamente, con intensidad.

—¿Tu qué?

—Quien me mantiene —se corrigió ella.

—¿Soy... quien te mantiene? Creía que eras una mujer independiente.

Ella bajó la mirada.

—¿Un cuaderno de esbozo? —preguntó él, recogiendo el cuaderno que descansaba sobre el banco.

Jane trató de arrebatarárselo.

—¿Me dejas verlo, por favor?

—Buf, está bien, adelante. —Jane se mordió el labio, intentando recordar si había dibujado algo que pudiera ofenderle. Miró por encima de su hombro mientras él pasaba las páginas.

—¡Caricaturas! —exclamó él, encantado—. Este soy yo, con la cabeza como un nabo, sentado sobre un montón de joyas. —Se rio—. Has captado muy bien el parecido. Es notable lo que pueden conseguir unos cuantos trazos de lápiz.

Pasó una página y se encontró con una serie de bocetos al carboncillo que representaban las excentricidades de lord Montgomery.

En el primero, lord Montgomery se reía mientras una criada nueva chillaba al ver al Señor Williams bebiendo té. En el siguiente, perseguía a su esposa por la habitación pidiéndole un beso.

La siguiente serie de bocetos mostraba lo que ocurría en las cocinas. Jane había dibujado a una lechera coqueteando con el mayordomo y una escena enternecedora en la que unas sirvientas arrullaban a un cachorrito de perro que el ayuda de cámara había encontrado extraviado y llevado a la casa.

Por último, lord Savill se detuvo a admirar un boceto grande y detallado que representaba a los criados con cabeza de pollo gritando «¡Ya viene!». Pasteles y tazas de té volaban por el aire. El ama de llaves temblaba de miedo, lady Montgomery y lady Croft daban órdenes y él aparecía en la entrada, apuesto y severo, con el sombrero en la mano y un pie en la puerta.

Cerró el cuaderno y lo dejó en el suelo.

—Me has permitido asomarme desde detrás de las cortinas y ver el caos. —Se volvió para mirarla—. No me había dado cuenta de lo mucho que mi familia y los criados se preocupaban por mi comodidad. Es un placer ver mi casa como nunca la había visto.

Ella inclinó la cabeza.

—Te quieren mucho.

—Ya lo veo. —La cogió la barbilla y le hizo levantar la cara.

Jane se negó a mirarle. Mantuvo los ojos fijos en un botón dorado de su abrigo.

Él bajó la cabeza morena y acercó los labios a los de ella tentadoramente, sin llegar a tocarlos.

Su aroma profundo y viril embargó los sentidos de Jane como el opio y un leve gemido escapó de sus labios. Él estaba muy cerca y, sin embargo, se negaba a salvar la distancia que los separaba.

Ella se puso de puntillas, arrastrada por una cuerda invisible, y se inclinó hacia él como una bailarina ebria. Levantó los ojos y le miró por fin.

Sus ojos oscuros habían perdido por completo su expresión burlona y una emoción sin nombre se agitaba bajo su piel. Jane percibió el poder de esa emoción mientras él luchaba por controlarlo.

Su intensidad, su fuerza y su masculinidad la inundaron, haciendo que cobrara conciencia de su propia fragilidad.

Una rama crujió fuera, pero Jane apenas lo oyó. Lord Savill se inclinó de repente y la besó.

Le dio un beso rápido y duro que la hizo temblar y luego se fue.

Ella arrugó el ceño. Quería más y, como de costumbre, él se había marchado demasiado pronto.

Capítulo Treinta y uno

Jane se miró al espejo. Llevaba un sencillo vestido de seda azul, el pelo recogido y delicados diamantes alrededor del cuello y en las orejas.

Su cara parecía distinta. Ladeó la cabeza y entornó los ojos. Sus mejillas habían perdido parte de su redondez y sus ojos parecían más grandes. Siempre había sido delgada, pero ahora su rostro armonizaba con la delicadeza de su figura.

El resultado le sentaba bien.

Sonrió, complacida por aquel cambio, y bajó a cenar con un poco más de confianza en sí misma, dispuesta a conocer a sus invitados.

Lord y lady Pekham cenaba esa noche en Bellmore Hall. Eran amigos de lord Savill y Angélica. Lord y lady Montgomery habían decidido cenar en sus habitaciones para que los jóvenes se divirtieran solos, para variar.

Jane se detuvo frente a la puerta del comedor y respiró hondo. Había intentado mantener la mente ocupada en asuntos prosaicos como su aspecto físico porque no quería pensar en él.

En él... En lord Savill. Incluso pensar su nombre hacía que le diera un vuelco el corazón. Había empezado a seguirle con la mirada y tenía que hacer un esfuerzo por apartar los ojos de él cuando estaba en la habitación.

Volvió a respirar hondo para armarse de valor. Iba a tener que pasar toda la noche con él. Se le encogió el estómago al pensarlo y, aun así, no tuvo más remedio que obligar a sus pies a moverse y entrar en la habitación.

Su marido estaba sentado a la cabecera de la mesa.

Jane se tensó y contuvo la respiración. Estaba increíblemente guapo. Ella parpadeó como una tonta durante unos instantes. De repente, el acto de caminar se le antojaba muy extraño.

Él le sonrió.

Jane tropezó con la falda y Belcher la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Estás guapísima —dijo lady Croft, mirándola con un brillo de regocijo en los ojos.

—Estoy de acuerdo —repuso lord Savill, y se levantó para entregarle a Jane una copa de champán.

Lord y lady Pekham llegaron justo en ese instante, y Jane dispuso de un momento para recomponerse. Parecían dos plumas de escribir de punta roma. Ambos tenían la cabezas puntiaguda, el pelo revuelto y abundante, la figura esbelta y las caderas cuadradas.

Jane se reprendió para sus adentros. Estaba siendo muy poco amable. Lady Pekham era, de hecho, increíblemente atractiva. Parecía una pluma con la punta roma, era cierto, pero una pluma muy hermosa, y lord Savill era consciente de ello. Se le iluminaron los ojos de placer cuando la vio entrar.

Jane dejó su copa de cristal estriado sobre la mesa para no romperla de tanto apretarla.

Tomaron asiento en la mesa del comedor y Jane, sentada junto a lord Savill, le miró fijamente.

—Estás sonriendo demasiado —le dijo en voz baja.

Él la miró con sorpresa.

—¿Qué?

—Vas a avergonzar a lady Pekham. Deja de enseñarle los dientes.

Antes de que pudiera responder, lord Pekham tomó la palabra.

—Bueno, háganos de ti —le dijo a Jane con voz retumbante.

Ella retorció la servilleta sobre su regazo.

—Eh...

—Es una pintora maravillosa —sonrió lady Croft.

Lord Pekham se rio.

—Ah, ¿acuarelas? Mi esposa también pinta a la acuarela. Es bueno dejar que las mujeres tengan sus aficiones. Así tienen la cabecita ocupada.

Lord Savill hizo un gesto al mayordomo para que sirviera la sopa.

—Mi esposa es una artista brillante. Intelectuales de todo el mundo ansían poseer sus cuadros.

Lord Pekham volvió a reír.

—Todavía estás en esa fase del matrimonio en que todo lo que hace tu esposa te parece admirable. Lo recuerdo muy bien.

Una vena comenzó a palpar en la sien de lord Savill.

—Gana una fortuna vendiendo sus cuadros. Y es miembro de la Real Sociedad de Artes.

Lord Pekham frunció el ceño.

—Realmente, no deberías dejarla vender sus cuadros. Se le subirá a la cabeza. En cuanto a que sea miembro de la Real Sociedad de Artes, deberían revocar su admisión. ¿Cómo se puede permitir que una mujer pertenezca a esa institución? Lo siguiente será permitir el ingreso a perros y gatos.

—Su inteligencia —repuso lord Savill en voz baja— es igual, si no superior a la de la mayoría de los hombres, incluido tú, Gilbert.

Jane alargó la mano y agarró la de su marido por debajo de la mesa. Él la miró y ella sacudió ligeramente con la cabeza.

La conmovía que él la estuviera defendiendo tan enérgicamente, pero estaba acostumbrada a esos comentarios despectivos. Su propia madre solía hacerlos. No quería que la amistad de su marido con lord Pekham se deteriorara por ello.

Lord Savill comprendió su mirada de súplica y se esforzó visiblemente por dominarse. Lady Croft se puso a hablar de la última ópera, dirigiendo la conversación hacia terrenos menos resbaladizos, y pronto lord y lady Pekham olvidaron aquel rifirrafe inicial.

El ambiente se tornó alegre y el mayordomo llegó con el segundo plato. Pero antes de servirlo, levantó la tapa que cubría la bandeja que ocupaba el centro de la mesa.

En lugar de una pieza de venado, vieron la cabeza sonriente y grasienta de lord Posenby.

Alguien gritó y todos se pusieron en pie de un salto. Lady Croft, el mayordomo, tres criadas y los Pekham se desmayaron.

—¿Cómo has podido? —le gritó Jane a lord Savill—. ¿Cómo has podido hacer esto?

—¿Qué quieres decir? —respondió él, irritado—. Le mandé fuera del país. ¿Me estás acusando de haberle decapitado?

—¿De qué, si no?

—¿Por qué iba a hacer algo tan absurdo?

Se oyó un carraspeo, y una voz de hombre dijo:

—Quizás esté celoso.

—¡Ahora no, Posenby! —respondió lord Savill, y luego se quedó helado.

—¡Ha hablado! —Jane se volvió para mirar la cabeza.

Lord Posenby esbozó una sonrisa pringosa.

—Sí, y, antes de que pregunten, estoy bien. Un poco empachado, porque me he comido casi todo el venado.

Lady Croft, los criados y los Pekham volvieron en sí. Se pusieron en pie, aliviados al ver que el hombre estaba vivo.

—No entiendo —dijo lady Pekham con un hilo de voz—. ¿Qué hace este hombre aquí? Dios mío, ¿nos lo vamos a comer? —Se desmayó de nuevo.

Lord Posenby sonrió a Jane.

—Estoy aquí porque, cuando estaba en el barco, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Me colé en la casa esta tarde, hice un agujero en la mesa, quité la bandeja y metí la cabeza bajo la tapadera de plata.

—¡Voy a decapitarle de verdad! —Lord Savill dio un paso hacia él y Jane le agarró del brazo para detenerle.

Dijo con frialdad:

—Le golpeé en la cabeza, le até e hice que le echaran del país. No podría haber dejado más claras mis intenciones.

—Exactamente. —Lord Posenby sonrió con aire soñador—. Él me dijo que el verdadero amor no es fácil. Ninguna otra mujer me había rechazado así. Mis encantos derriten a todas las mujeres en las que pongo mis miras, excepto a la suya. Él me dijo que no me rindiera, que luchara hasta el último aliento. Dijo que era la magia de las Fairweather.

—¿Quién demonios le ha llenado la cabeza con estas tonterías? —le espetó lord Savill.

Lord Posenby se lamió la grasa que brillaba en la comisura de sus labios.

—El mayor poeta de todos los tiempos, Philbert Woodbead.

—¡No! —exclamó Jane.

—Sí —respondió Posenby—. Me ha infundido tal pasión que ni tu maldito pajarraco picoteándome mis partes podría disuadirme de mi empeño.

—La Señora Williams. —Jane cerró la boca, horrorizada—. ¡Salga de ahí de una vez!

Posenby soltó una risita y se puso a cantar una canción.

*Bailo con las gallinas,
el cordero y la ternera hervida.
Te quiero, querida, por la mañana
y soñando en la madrugada.*

—¡Sáquenlo! —le rugió lord Savill al mayordomo—. ¡Ahora mismo!

El lacayo se apresuró a ayudar al mayordomo, y entre los dos sacaron a Posenby de debajo de la mesa del comedor y le levantaron.

—Te quiero, Jane —gritó mientras se le llevaban—. No me rendiré. Jamás. Él me enseñó esta canción. La cantaré hasta el día de mi muerte. Bailo con las gallinas, el cordero y la ternera hervida...

Su voz se fue desvaneciendo cuando le sacaron de la casa y le metieron en el carruaje para llevarle de nuevo al puerto.

En Bellmore Hall, los Pekham, como es lógico, perdieron el apetito y se marcharon enseguida. Lady Croft se retiró también a su habitación, y lord y lady Savill se miraron por encima de los restos de la cena y rompieron a reír a carcajadas.

Había sido un día memorable.

Más tarde, al meterse en la cama junto a lord Savill, Jane cayó en la cuenta de que no tenía por qué seguir durmiendo con él. Sus hermanas se habían ido y nadie los vigilaba.

Miró la espalda de su marido, que dormía ya, y dudó. La cama le parecía tan cálida y acogedora estando con él... Su habitación, en cambio, se le antojaba muy fría. Además, él no había dicho que no pudieran compartir la cama.

Bostezó, demasiado fatigada para luchar consigo misma. Se metió bajo las sábanas y cerró los ojos. Un momento después, él la rodeó con un brazo y, bajo su peso reconfortante, Jane se quedó dormida al poco rato.

Capítulo Treinta y dos

El afilado sol de la mañana aguijoneó los ojos de Jane al entrar por la ventana. Cuando se despertó, descubrió que lord Savill ya se había marchado. Se bebió el té, ya tibio, que había sobre la mesilla de noche y miró por la ventana.

Una niebla fría y gris se cernía sobre el lago y grandes nubes de tormenta llenaban el cielo. Sintió frío a pesar de que las tres chimeneas de la alcoba estaban encendidas.

Las cosas habían ido tan bien hasta que llegaron sus dichosas hermanas y lo estropearon todo... Ahora tendría que dejar de dormir en aquella habitación. La situación se le estaba yendo de las manos.

La extraña sensación que se apoderaba de ella cada vez que miraba a su marido tenía que desaparecer. Le flaqueaban los miembros, se le nublaban la mente y su corazón empezaba a aletear como una mariposa atrapada.

Apartó la sábana y se vistió. Notaba en los dedos un hormigueo de inquietud que solo se disiparía pintando. Su mente bullía, llena de una urgencia que en ocasiones se apoderaba de ella. No podía esperar hasta la tarde. Tenía que empezar ya.

Un ataque, lo había llamado su madre una vez.

Aparecía de repente y entonces trabajaba con frenesí, hasta que el agotamiento la obligaba a parar finalmente.

Corrió al cenador después de dar instrucciones a las criadas de que no la molestaran.

No tardó en enfrascarse en el aroma de la pintura y el aceite de linaza. El aire fresco y vigorizante de la mañana le sentó de maravilla en la piel, y trabajó con absoluta concentración, impulsada por una alegría pura.

Sin que se diera cuenta, una sonrisa se dibujó en sus labios. Su esbelta figura, envuelta en un vestido de suave muselina color crema,

resultaba aún más atractiva cada vez que echaba mano de una pintura, de un trapo o de un nuevo pincel.

A última hora de la mañana, sintió un cosquilleo en el cuello. Al girarse, vio a lord Savill observándola.

Vestía un abrigo azul muy bien cortado y estaba apoyado en la puerta. Llevaba un sombrero oscuro en la mano enguantada y sus ojos, ligeramente entornados, estaban fijos en el rostro de Jane.

La miraba como si fuera suya. De su propiedad.

Aquella idea enfureció a Jane y la aterrorizó al mismo tiempo. Sabía que él nunca le haría daño y, sin embargo, ese extraño temor seguía agitándose en sus entrañas.

Un trueno retumbó en el cielo, seguido por un relámpago que la hizo saltar, asustada.

—Deja de mirarme así —dijo con labios temblorosos.

Él esbozó una sonrisa.

—No has desayunado esta mañana.

Comenzó a acercarse a ella, y Jane retrocedió un par de pasos. Él la agarró del brazo para detenerla.

—Para. Has estado a punto de tirar el lienzo.

Jane tardó un momento en poder articular palabra.

—Quería pintar.

—Mi madre ha pensado que tal vez te encontraras mal. Me ha pedido que lo comprobara. —Lord Savill se sacó una naranja del bolsillo.

—Estoy bien. Perfectamente. Mejor que nunca.

—¿Puedo mirar? —preguntó él, señalando la tela.

Ella se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Me da igual. ¿Quieres sentarte en el banco?

—Prefiero estar de pie. —Se colocó detrás de ella, con los ojos fijos en el lienzo—. Un tema curioso.

Jane apartó la mirada de él y volvió a fijarla en el lienzo.

—Es Semele con la cabeza inclinada.

—Enfrentándose a Zeus en su forma divina —asintió él—. Ya lo veo.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Por la silueta del pequeño Dioniso cosida al muslo de Zeus.

—Acabo de empezar a trabajar en él. Me sorprende que hayas podido distinguirlo. —Jane masticó y tragó. Él le había metido en la boca un gajo de naranja sin que se diera cuenta.

—Vamos, haz como si no estuviera aquí.

Jane empuñó el pincel y descubrió que no podía continuar; le temblaban demasiado los dedos. Frunció el entrecejo. Mucha gente la había mirado mientras pintaba. Era el único momento en que se sentía perfectamente segura de sí misma y podía abstraerse del mundo que la rodeaba. Nunca le había molestado que la miraran.

Obligándose a ignorar el calor que despedía lord Savill, acercó el pincel al lienzo. Se centró en el lago que centelleaba detrás de Zeus y añadió un toque de azul.

Se detuvo y miró a su marido. Él le dio otro trozo de naranja e inclinó la cabeza hacia el lienzo como diciendo: «Sigue».

Ella asintió. Trató de concentrarse una vez más y fracasó. El pincel quedó suspendido sobre el lienzo, presa de un nerviosismo repentino.

Él le tocó el hombro con un dedo.

—¿Sueles tardar tanto? Te he dado tres naranjas enteras y solo has pintado un puntito en el lienzo.

Jane le miró con sorpresa.

—¿Tres naranjas?

—Te has saltado el desayuno. Parece que mi presencia te distrae de tu trabajo. Quizá deba irme.

Ella se puso rígida.

—Nada de eso.

Él carraspeó.

—¿Jane?

—¿Hmm?

—Tienes que pintar en el lienzo.

—Lo sé.

—Pero llevas un buen rato mirándome fijamente.

Se puso colorada y apartó la mirada.

—No es cierto. Estoy pintando. He hecho ese punto. ¿Lo ves?

Lord Savill se rio y la hizo volverse para que le mirara.

—Creo que sé lo que te pasa. —Le acarició la mandíbula. Posó los ojos en su cuello.

Jane levantó el hombro, fingiendo despreocupación.

—¿Qué... qué pasa?

Él bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de los de ella y escudriñó su rostro.

El corazón de Jane empezó a latir casi dolorosamente. Su pecho subía y bajaba mientras luchaba por respirar.

Lord Savill esbozó lentamente una sonrisa devastadora y sagaz.

—Puedo leerte la mirada. Estás pensando en esto.

Y entonces rozó con los labios la comisura de su boca. Un roce delicado, ligero como una pluma, provocador.

Aquello bastó para que Jane se encendiera. Volvió la cara hacia él y besó de lleno sus labios, fundiéndose como la nieve al sol.

Tras dejar escapar un suave gemido de sorpresa, lord Savill la atrajo hacia sí y estrechó la esbelta figura de Jane contra su cuerpo grande y poderoso.

Ella agarró su abrigo con su delicada mano, como si no quisiera dejarle escapar. Sintió la sacudida de un rayo, pero no supo si la había atravesado o si había restallado a su alrededor.

La lluvia comenzó a golpear las paredes de cristal del cenador, imitando el fragor de la sangre en sus oídos. El calor que despedía lord Savill era tan intenso que temió derretirse como la cera. La ropa le arañaba la piel sensibilizada y sus dedos encontraron la piel desnuda de su marido bajo la camisa y le acariciaron el pecho.

Él levantó la vista y sacudió la cabeza.

—Basta.

—Yo... —Ella parpadeó, confundida—. ¿Qué?

Él le acarició la mandíbula, con expresión repentinamente distante.

—Creo que he empeorado las cosas. —Retrocedió unos pasos—. No hago las cosas a medias, querida, ni en el trabajo ni en el amor.

Ella le observó alejarse, con los dedos apoyados sobre la boca, en la que todavía notaba el cosquilleo del beso. Una parte de su ser quería pedirle que volviera. Era una parte muy grande. Era, de hecho, todo su ser. Pero aquella bruma se disipó tan rápidamente como había surgido y su mente se despejó.

Un momento después, tiró los pinceles al suelo y soltó un suave grito de frustración. Aquel hombre endemoniado hacía que se derritiera por

dentro.

No podía creer que por un momento hubiera querido ser una pirata sin escrúpulos, echársele al hombro y llevarle a la alcoba.

¡Santo cielo! Llena de horror, se tocó las mejillas sonrosadas y calientes. ¿Qué locura era esta? ¿Por qué cuando estaba con él su cerebro se convertía en una especie de engrudo?

Y lo peor de todo era que era ella quien deseaba abalanzarse sobre él, mientras que el pobre hombre había intentado mantener las distancias.

Tendría que hacer algo al respecto. Le rogaría a Georgiana Berry que se quedara con ella un tiempo y le sirviera de carabina.



—No lo entiendo.

Georgie estaba recostada en el banco del cenador, comiendo uvas. La luz de la tarde hacía brillar los hilos dorados de su vestido de color lavanda claro. A su alrededor, la luz se filtraba a través de la vidriera formando sombras moteadas en el suelo. Jane sacudió la cabeza para despejarse. No era momento de estudiar el juego de luces.

—Necesito que me hagas de carabina.

—¿Y de quién se supone que debo salvaguardar tu virtud?

—¿De mi marido?

—¿De tu marido?

—Sí. ¿Lo entiendes ahora?

—No, no lo entiendo.

—Tienes que ser mi carabina.

—Estáis casados. Las carabinas son para las vírgenes solteras.

—Tú solo tienes que evitar que me acueste con él.

—Ah.

—¿Lo entiendes ahora?

—No.

—No quiero morir de parto.

—Nuestras madres no murieron.

—Pero yo podría morir.

—También podrías morir de tisis.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Sí, aunque no puedo quedarme mucho tiempo.

Jane suspiró.

—Lo sé. Ya se me ocurrirá otra cosa cuando llegue la hora de que te vayas.

Lady Croft entró en ese momento.

Jane le hizo un rápido gesto a Georgie indicándole que mantuviera el asunto en secreto. No estaba preparada para contárselo a nadie más.

—¿Estás pintando? —preguntó su cuñada, acercándose al lienzo.

Jane negó con la cabeza.

—No, no consigo concentrarme.

Lady Croft sacó una hoja de dibujo.

—Iba a hacer un boceto. Hace calor para estar en invierno.

El rostro afilado de Angélica, su pelo dorado y su vestido negro almidonado contrastaban vivamente con los rizos rojos y la suave silueta de Georgie. Jane se preguntó si podría convencerlas para que posaran juntas para ella.

Georgie le quitó el carboncillo de la mano a lady Croft.

—Mejor vamos a hablar de la escuela.

Pasaron el resto de la tarde hablando de ese tema. Charlaron mientras tomaban abundantes tazas de té, pasteles y galletas. Trajeron mantas para arroparse cuando empezó a hacer demasiado frío y pusieron ladrillos calientes bajo sus pies.

Jane miró las estatuas, las plantas y los lienzos iluminados por la luz invernal y oía la risa tintineante de sus amigas.

Posó los dedos de los pies en el cálido ladrillo y dobló las piernas para apoyar la cabeza en las rodillas. Habría sido un día encantador, de no ser porque otra vez echaba de menos a su marido.

Maldita sea.

Capítulo Treinta y tres

Al día siguiente llegó el equipaje de Georgiana, momentos después que ella.

Jane estaba encantada. La noche anterior había conseguido dormir en su habitación, a pesar de las ganas que tenía de dormir con lord Savill. Apenas había pegado ojo y estaba molesta consigo misma por haberse habituado hasta ese punto a la compañía de su marido.

Se vistió y al entrar en el cuarto de invitados encontró a Georgiana mordiéndose el labio y paseándose de un lado a otro.

El Señor Williams entró en ese momento y se acurrucó en la cama de Georgiana.

Jane le acarició la cabeza.

—Es un encanto. A veces me olvido de que es un guepardo y no un gatito.

Georgiana acarició el lomo del animal y el Señor Williams se estiró y ronroneó.

—Me encanta. Está empezando a gustarme tu casa más que la mía. —Se rio y se levantó de un salto—. Un paseo —anunció poniéndose el sombrero—. He estado media hora sentada en el carruaje y, aunque tiene buenos ejes, rebotaba un poco.

—Como quieras —dijo Jane, agradecida—. Gracias por venir a quedarte conmigo.

—Me lo paso bien aquí.

Salieron por la puerta justo cuando el cielo se cubrió de nubarrones. El viento heló de inmediato la nariz y las orejas de Jane.

—¿Un pequeño cortito, quizá ?—sugirió con nerviosismo.

Georgiana no respondió. Estaba de un humor extraño.

Jane la agarró del brazo:

—¿Qué ocurre?

—No consigo entender por qué me siento más a gusto en tu casa que en la mía.

—Porque me quieres más que a toda tu familia, por eso.

Georgiana apretó un poco el paso y Jane casi tuvo que correr para no quedarse atrás.

—Ve más despacio. Tienes las piernas muy largas. ¡Georgiana!

Entonces se puso a llover a cántaros, pero Georgie siguió caminando.

El sol se convirtió en una vela parpadeante tras un velo de nubes oscuras. La lluvia punzante y fría empapó la falda de Jane, volviéndola incómoda y pesada.

Se secó los ojos y gritó:

—¡Georgie, para! —Se plantó delante de su amiga y la zarandeo por los hombros—. Basta, tenemos que volver a casa.

Georgiana la miró con asombro, como si la sorprendiera encontrarse chorreando como un cachorro empapado. Se rio.

—¡Te echo una carrera!

Jane se remangó las faldas y echó a correr antes de que su amiga acabara la frase.

Esa noche se sentaron acurrucadas frente a la chimenea de la alcoba de Jane y bebieron brandy caliente.

Lady Croft las miró con preocupación.

—Tenéis mala cara.

—Estamos bien —dijo Georgiana, y estornudó.

—Me voy a morir —gimió Jane, y luego tosió y se pasó la lengua por los labios febriles. Se sentía fatal y no tenía ánimos para ser valiente.

—Voy a llamar al médico. —Lady Croft se puso en pie—. Vosotras meteos en la cama. Ahora mismo.

El doctor Foster llegó al poco rato y examinó a las chicas. Les sonrió y les dijo que descansaran.

Jane se levantó a buscar un vaso de agua cuando oyó la voz del doctor al otro lado de la puerta. Se agarró al tocador, sintió que le daba vueltas la cabeza y empezó a ver estrellitas. En cuanto se encontró mejor, se centró en la conversación.

—¿Cuánto cree que van a tardar en recuperarse? —preguntó lord Savill.

—No puedo decírselo con exactitud. Están ardiendo —respondió el médico.

—¿Debo preocuparme?

—Debe estar atento.

Jane no pudo aguantar más y se arrastró de nuevo hasta la cama. Bebió un sorbo de la taza y cerró los ojos.



Jane insistió en que Georgie compartiera su habitación. Era lo bastante grande para las dos y no quería que su amiga estuviera sola mientras se encontrara mal.

Jane se despertó varias veces esa noche y encontró a lord Savill sentado a su lado en una silla. Él le dio agua cuando lo necesitó y procuró que el fuego siguiera encendido y que la colcha le tapara los hombros toda la noche.

Lady Croft también pasó la noche velándolas. Atendió a Georgiana como si fuera de la familia. Jane se sintió conmovida por los cuidados que les dispensaban ambos hermanos.

Por la mañana, las criadas las ayudaron a quitarse el camisón empapado de sudor y a ponerse un vestido ligero.

Incluso cepillarse el pelo era un esfuerzo. Jane apoyó la cabeza dolorida en la almohada y agradeció el té caliente. Solo consiguió dedicar una débil sonrisa a lord y lady Montgomery cuando fueron a verla.

Esa misma tarde, sus hermanas irrumpieron en la habitación llevando cestas de flores y fruta. Penélope quería llevarse a Jane a su casa y solo la intervención del médico y de lord Savill consiguió disuadirla.

Las chicas empeoraron al caer la tarde. Jane ya no sabía quién entraba y salía. Cuando por fin tomó conciencia de lo que sucedía a su alrededor, descubrió con asombro que había estado durmiendo dos días seguidos.

Al despertar encontró a sus hermanas allí, con sus respectivos maridos. Cuando vio el rostro de Penélope lleno de lágrimas, comprendió que había estado muy enferma. Charlaron con ella como si se tratara de una

visita corriente, pero por la forma en que vigilaban cada uno de sus gestos adivinó que había estado al borde de la muerte.

Su madre y su hermana pequeña, Elizabeth, vinieron a visitarla desde Finnshire. Su hermana se quedó sentada en silencio; cada vez que miraba a Jane, sus ojos dejaban traslucir el temor que sentía. Jane comprendió entonces que, a pesar de las discusiones que tenían, su hermana la quería muchísimo.

Jane la agarró de la mano y la hizo sentarse a su lado mientras hablaba con su madre.

—Te he traído pastel de carne —dijo su madre jovialmente.

Jane sonrió, incapaz de hablar. Tenía la garganta en carne viva de tanto toser.

Su madre la miró con cariño.

—Me alegro de haberte casado. ¿Verdad que era un buen plan? ¡Mira qué feliz eres!

Jane la fulminó con la mirada. Estaba pálida, no podía hablar, se había debatido entre la vida y la muerte ¿y su madre pensaba que era feliz? ¡Qué disparate!

—Hay que ver cómo te cuida lord Savill... —Su madre dio palmas, llena de regocijo.

El ruido hizo estremecerse a Jane. Aún le dolía la cabeza.

Su madre se volvió hacia Georgiana, que estaba sentada en la cama, mortalmente pálida.

Georgiana le mostró el bordado que había estado haciendo.

—Lo he hecho para mi madre, este es para mi hermano y este para mi hermana —dijo sonriendo tímidamente. Tenía la voz ronca y daba la impresión de que iba a romperse en cualquier momento.

«Qué frágil es», pensó Jane, preocupada de repente. Su amiga intentaba mostrarse animosa, pero aun así Jane veía el dolor y el sufrimiento que había en su mirada.

La señora Fairweather entornó los ojos y se puso a reprenderla.

—Deberías estar descansando. Ya bordarás regalos para tu familia cuando estés mejor. ¿Dónde está lady Berry? ¿Está en la casa?

Georgiana se animó visiblemente.

—Estoy segura de que mi madre llegará pronto. Ya la han informado.

La señora Fairweather se fue a tomar el té con lady Montgomery, pero Elizabeth se quedó por insistencia de Jane.

En cuanto estuvieron solas, Jane la abrazó.

—Estoy bien —le aseguró.

A Elizabeth le tembló la barbilla.

—¿Eres feliz, Janey?

—Sí, lo soy.

Su hermana examinó atentamente su rostro.

—Tienes tan mal aspecto que no sé si estás diciendo la verdad. ¿Le amas?

Jane desvió los ojos.

—No puedo hablar. Me duele la garganta.

—Puedes asentir con la cabeza.

Jane le metió una galleta en la boca.

—Come.

—Mmm tmm mmieme. —Elizabeth masticó y repitió—: Él te quiere.

Jane se puso colorada.

—Es amable, nada más.

Elizabeth la miró pensativa.

—Penny dice que estáis locamente enamorados, pero yo sé que algo anda mal y, antes de irme, pienso averiguar qué es.

—¡Lizzy! —siseó Jane en tono de advertencia—. No te metas donde no te llaman. Va todo bien.

Elizabeth sonrió y una expresión pícara iluminó su bonito rostro.

—Yo lo arreglaré, hermana. Haré que todo vuelva a su cauce.

Jane se alegró cuando sonó la campana que anunciaba la cena y su madre y Elizabeth se marcharon. Quería a su madre, pero solo podía tomarla en pequeñas dosis, como un dulce excesivamente empalagoso. Si se excedía, empezaba a ponerse enferma.

En cuanto a Elizabeth, si hubiera pasado un momento más en la casa, habría descubierto todos sus secretos y habría empezado a entrometerse en sus asuntos.

A la mañana siguiente llegaron dos cartas para Georgiana.

—Son de mi madre y de lord Plaskett.

—Ábrelas —dijo Jane con avidez. Se sentó en la cama y se volvió para mirar a su amiga.

Georgiana leyó las dos y se quedó extrañamente quieta.

Jane frunció el ceño.

—¿Georgie?

Su amiga tardó un momento en contestar.

—Están bien, lo que es un alivio. Pensaba que alguien de mi familia se había puesto enfermo y que por eso no habían venido a verme.

—¿Y por qué no han venido? —se vio obligada a preguntar Jane.

—Mamá cree que estoy en buenas manos y espera que me sienta con fuerzas para volver pronto a casa. Mi hermano ha venido de la Marina a pasar unos días de permiso. Viene tan pocas veces que mi madre quería pasar algún tiempo con él. Ah, y mi hermana tiene un pretendiente. Mi madre opina que pronto sonarán campanas de boda.

Jane apartó su sopa. Había perdido el apetito.

—¿Y la otra carta? ¿Era de tu padre o de tus hermanos?

Georgie se inclinó para recoger su cesta de costura y metió las cartas dentro mientras contestaba:

—Era de él. De lord Plaskett. Dice que lamenta mucho mi estado y me pregunta si es contagioso.

Jane se sintió enferma de rabia.

—¡Pero es tu prometido! Debería venir a verte.

—Si mi familia no ha creído necesario venir, ¿cómo voy a reprochárselo? A fin de cuentas, él acaba de llegar a mi vida y ellos me conocen desde el día en que nací — repuso Georgie en voz baja—. Creo que voy a dormir un rato.

Jane la miró con impotencia a su amiga y sintió que se le rompía el corazón al ver su cara de tristeza.

La siguiente vez que las hermanas Fairweather visitaron la casa, se interesaron por Georgie tanto como por Jane. Nadie mencionó a lady Berry ni a lord Plaskett y, sin embargo, esos nombres permanecían suspendidos en el aire como fantasmas molestos.

Jane sabía que sus hermanas tenían buena intención, pero la lástima con que miraban a Georgie solo empeoraba las cosas. Aquella noche, por primera vez, oyó que Georgie lloraba y trataba de sofocar sus sollozos.

Jane fingió dormir, sabedora de que su amiga no quería que la compadecieran.

Ese madrugada, lord Savill se sentó junto a su cama. La cogió de la mano cuando se despertó en plena noche.

Ella arrugó el entrecejo.

—Estás pálido. ¿Te encuentras bien?

Él asintió.

—Tienes mejor aspecto.

—Me siento fatal —se quejó ella—. Me duele la cabeza.

—Pediré que te traigan té.

—Y me duele la garganta.

—¿Brandy?

—Y el cuerpo también.

—¿Besos?

Ella se rio y luego dejó escapar un gemido.

—Vete. Estás haciendo que me duela más la cabeza.

Lord Savill sonrió y se levantó. Jane le agarró de la mano y tiró de él.

—No lo decía en serio. Quédate.

Él se rio por lo bajo y le sostuvo la mano obedientemente.

Georgiana habló con voz débil y suave:

—Delante de tu madre te haces la valiente, pero con él eres tan sincera como un bebé.

Jane frunció el ceño al oír las palabras de su amiga. Georgie tenía razón. Desde hacía un tiempo se sentía extrañamente cómoda con lord Savill. La forma en que la había velado y se había ocupado de ella y la paciencia que había demostrado habían hecho que confiara en él más que en cualquier otra persona. Con él no sentía la necesidad de esconderse y fingir.

Era tan extraño... Le miró y vio que la estaba observando. El corazón le dio un vuelco. ¿Acaso le consideraba de pronto más importante que su propia familia?

Capítulo Treinta y cuatro

A la mañana siguiente, Jane se despertó envuelta en el aroma de la lavanda y las rosas. Sonrió, se desperezó y se sentó en la cama. Estaba rodeada de regalos, flores y golosinas y, lo que era más importante, ahora podía oler y saborear aquellos regalos. Tenía las fosas nasales despejadas, la tos se había reducido a un cosquilleo y la fiebre había desaparecido por completo.

Se le borró la sonrisa cuando miró a Georgie y vio que estaba sentada tratando de tejer. No había recibido ni una sola flor, ni un mensaje o un regalo de su prometido o de su familia. Se le encogió el corazón de pena y, por un momento, quiso coger todas aquellas flores y tirarlas.

—Los días se me hacen eternos —se quejó Georgiana—. Cada minuto me parece una hora. Me siento como si llevara un año en la cama. No he podido pegar ojo. Me he pasado toda la noche dando vueltas. Espero no haberte molestado.

—No, Georgie, tú nunca me molestas.

Jane cogió la taza que tenía a su lado y bebió un sorbo de té caliente. Comprendió lo que estaba insinuando Georgie. Quería salir de aquella habitación. Cada día se veía obligada a presenciar cómo se desvivía la familia de Jane por su amiga y cómo llegaban las muestras de cariño, mientras que a ella nadie iba a visitarla y apenas recibía cartas interesándose por su estado de salud.

Jane no podía imaginar lo horrible que debía de ser darse cuenta de que significabas tan poco para tus seres queridos que ni siquiera se molestaban en visitarte cuando estabas enferma o en enviarte un obsequio para demostrar que pensaban en ti.

Lord Savill y lady Croft llegaron en ese momento, y el pesado manto de melancolía que cubría la habitación se levantó un poco.

Jane apretó la mano de su marido.

—Quiero salir.

Él asintió.

—Creo que ya estás bien. Un poco de aire fresco y algo de sol es justo lo que necesitas. ¿Señorita Berry?

Georgie estaba desmenuzando su tostada.

—Me duele la cabeza.

A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas. Su amiga se había dado por vencida. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar en ello, porque lord Savill le echó un chal sobre los hombros, le puso un sombrero y la levantó en brazos.

—Me preocupa Georgie —confesó Jane cuando la sentó en los escalones del patio.

Apoyó la cabeza en el hombro de su marido y él giró la cabeza y le dio un beso fugaz en el pelo.

—Se pondrá bien —la tranquilizó.

Pasado un momento, Jane añadió:

—Creo que apesto.

Él se rio.

—¿Qué?

—He estado sudando toda la noche.

—Dices unas cosas rarísimas. —Le cogió la mano y le puso un anillo en el dedo.

Jane se incorporó y miró el rutilante zafiro.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—Es precioso y parece muy caro.

—Me ha costado una fortuna, pero tu felicidad es mucho más valiosa que unos cuantos trozos de papel y unas monedas.

—Gracias.

Advirtió de pronto que él tenía ojeras y había perdido peso. Arrugó el ceño, preocupada.

Él le sonrió.

—Cuanto antes te recuperes, más regalos recibirás.

—¿Intentas sobornarme para que me ponga bien?

Su marido se encogió de hombros.

—Es el único idioma que entiendo. —Le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla con los nudillos—. Estaba preocupado, Jane. Muy

preocupado. No vuelvas a darme un susto así. No me sienta bien.

—¿Qué quieres decir?

—Me duele el estómago cuando te encuentras mal.

Ella se echó a reír.

—Eso es lo más dulce y extraño que me han dicho nunca.

—Somos los dos muy extraños —convino él con una sonrisa—.

Hacemos buena pareja.

Más tarde, cuando Jane volvió a su habitación, encontró a Georgie profundamente dormida. Se sentó a su lado y le tocó la frente. Estaba ardiendo.

Sus oscuras pestañas, posadas sobre sus mejillas, contrastaban con su piel pálida. Había perdido tanto peso que estaba casi esquelética.

Jane sintió que la muerte se cernía sobre su amiga dormida y apartó la mirada. Posó los ojos en la pequeña cesta que había en el suelo, llena de pañuelos que Georgiana había bordado para su familia, y en el librito de recetas que había estado haciendo para su madre.

No pudo evitar que se le escapara un sollozo. Georgie siempre había pensado en los demás; siempre estaba haciendo pequeñas cosas para hacer sonreír a su familia y, a cambio, ellos la habían tratado cruelmente cuando más los necesitaba. No lograba entenderlo. ¿Cómo era posible que su familia y el hombre que decía amarla la trataran con tanta insensibilidad?

Georgiana abrió los ojos y sonrió.

—Ya estás mejor —dijo.

Jane asintió, pensando que era injusto. Georgiana debería haber mejorado antes que ella. Eres muy injusto que siguiera enferma y tuviera que acordarse constantemente de lo sola que estaba en el mundo.

Georgiana pareció leerle el pensamiento.

—Tienes suerte de que te quieran tanto. Cuando estabas enferma, tu familia y tu marido se esforzaron por llenar tus días de felicidad. Hicieron todo lo posible por que estuvieras cómoda y entretenida. Eso es algo que no tiene todo el mundo, Jane.

A Jane se le saltaron lágrimas. Abrazó a su amiga. Entendía lo que Georgiana estaba tratando de decirle y apreciaba que pensara en ella incluso en un momento tan duro como aquel.

Ese mismo día, Georgie empeoró y cayó en una especie de estupor delirante. Jane y lady Croft intentaron por todos los medios que comiera y

bebiera algo, pero fue en vano. Era como si la muchacha se hubiera rendido y no tuviera ningún deseo de mejorar.

La fiebre se agravó, su piel se tornó gris y los ataques de tos se hicieron frecuentes. El médico acudió y la examinó rápidamente. Torció la boca e inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jane con urgencia.

Él la miró y dijo sin rodeos:

—Me temo que estamos en un momento crítico. O supera esta noche o...

Lady Croft se tambaleó al oír la noticia, llevándose una mano al corazón. Lord Savill se acercó rápidamente a ella mientras Jane se agarraba a la sábana, conmocionada.

Se envió recado a la familia una vez más.

Unas horas más tarde, Jane estaba en la alcoba de lord Savill cuando llegó una misiva de lady Berry informándoles de que pronto se reuniría con ellos.

Jane la leyó, la arrugó y la tiró al suelo. Comenzó a pasearse con rabia por la habitación.

Lord Savill la sujetó por los hombros para calmarla.

—Vas a acabar agotada. Siéntate.

Ella se encogió de hombros, desasiéndose.

—Lord Plaskett y lady Berry viven en Londres, a menos de una hora de camino. Podrían haber cogido un carruaje y estar ya aquí. Mi madre, por muy entrometida que sea, vino corriendo de Finnshire en cuanto se enteró de que yo estaba enferma. ¿Qué puede haber más importante que visitar a tu hija enferma?

—Jane, descansa —le ordenó él, obligándola a sentarse—. Georgie se pondrá bien, te lo prometo.

Ella se levantó de un salto.

—Me voy a sentar a su lado toda la noche.

Los ojos de lord Savill brillaron de furia.

—Ya basta. Harás lo que yo te diga. Angélica cuidará de Georgiana. Tú tienes que dormir.

—¡No puedo!

—No discutas —replicó él con expresión adusta—. Estás un poco mejor, pero eso no significa que puedas agotarte cuidando a tu amiga.

Podrías recaer.

—Por favor.

Él parecía decidido.

—Vas a sentarte conmigo, a cenar y a acostarte.

—Mi cama, iré a dormir a mi cama, al lado de Georgie.

Lord Savill parecía dispuesto a discutir.

—Por favor —suplicó ella de nuevo—. Podría perderla esta noche.

Él desvió la mirada y finalmente asintió en silencio.

Jane suspiró aliviada, se obligó a tragar unas cuantas cucharadas de sopa y se apresuró a regresar a su habitación. Georgie se había quedado dormida y lady Croft estaba sentada en la silla, como de costumbre, leyendo en voz baja.

La suave voz de su cuñada y la cálida y reconfortante mano de lord Savill, que sostenía la suya, no tardaron en adormecerla a pesar de su determinación de permanecer en vela toda la noche. Y, para su sorpresa, pese al miedo a la muerte que impregnaba la atmósfera de la habitación, durmió a pierna suelta.

A la mañana siguiente, al despertarse con una sensación de aturdimiento, comprendió que su sopa estaba mezclada con un opiáceo. Se enfureció con lord Savill, pero al ver la cara sonriente de Georgiana su furia se desvaneció al instante.

¡Su amiga estaba viva!

—Me encuentro mejor —le aseguró Georgiana.

Lady Croft, que parecía exhausta, se levantó de un salto y salió precipitadamente de la habitación.

Al observar el rostro de Georgiana, Jane se dio cuenta de lo cerca que habían estado las dos de la muerte. Y también se dio cuenta de otra cosa: no podía vivir temiendo a la muerte, que podía presentarse de muchas maneras. Era tremendamente afortunada y estaba siendo una tonta por poner obstáculos a quienes la amaban.

Había sido una idiota por esforzarse en mantener alejado a lord Savill. Y a decir verdad, no quería seguir haciéndolo.

Lady Croft regresó al cabo de un rato, con aspecto más sereno. Depositó una gran bolsa de piña confitada sobre la cama y se dejó caer en el sillón, junto a Georgiana.

Jane, al ver que se sonreían, se dio cuenta de que había alguien que sí amaba a Georgiana, aunque ese amor estuviera abocado al fracaso. La escuela las mantendría unidas cuando consiguieran reunir los fondos que necesitaban. Lo que habían ganado vendiendo retratos y paisajes no bastaba, pero algún día lograrían reunir dinero suficiente.



Pasaron algunas semanas antes de que Jane se sintiera completamente restablecida. La escarcha cubría el suelo y ella volvía a sentirse rebosante de vitalidad y energía. Sacó la cabeza fuera de la colcha con una sonrisa en los labios. Había tenido un sueño maravilloso en el que besaba a una niña que tenía los ojos de lord Savill. Quería que ese sueño se hiciera realidad y para ello tendría que seducir a su marido.

Frunció el ceño. El problema era que no sabía cómo hacerlo.

Saltó de la cama y entró en la habitación de lord Savill. Él estaba sentado junto al fuego.

Jane se aclaró la garganta.

—Te has vestido temprano.

—Ahora que estás bien, tengo que ausentarme por un tiempo.

Ella le miró fijamente.

—No entiendo.

—La finca que me cedió tu hermana, la casa donde se crio mi padre, está en mal estado. Parte del tejado se derrumbó ayer. El hombre al que he contratado para arreglarlo dice que las obras pueden llevar años y quiero verlo por mí mismo para asegurarme de que dice la verdad. Además, quiero llevar a padre a visitar la finca para ver si reacciona favorablemente.

—Iré contigo. —Se dio la vuelta para volver a su habitación a hacer la maleta.

Él le puso una mano en el hombro.

—Has estado enferma. No puedes hacer un viaje tan largo aún. Estaré fuera un mes o más.

Jane se quedó paralizada un momento. Fijó los ojos en los pies descalzos de su marido y luego en las botas de montar que estaban junto a

la cama.

Cogió las botas y echó a correr.

—¡No puedes irte descalzo!

Él corrió tras ella.

—Deja de comportarte como una niña. ¡Vuelve aquí, Jane! Ya es suficiente.

Ella le sacó la lengua y saltó sobre un sofá del despacho. Él la siguió lentamente.

—Estás atrapada —dijo, sonriendo.

—No es verdad. —Intentó pasar por debajo de su brazo, pero él la agarró por la cintura y la sujetó con fuerza.

Ella le miró fijamente.

—No vas a ir a ninguna parte.

—Tengo que hacerlo. —Lord Savill intentó quitarle las botas.

Jane le mordió el brazo, él soltó un grito y ella echó de nuevo a correr.

—Me pondré mis otras botas —dijo él a su espalda—. Puedes quedarte con esas. Y, si quieres despedirte, ven a la puerta.

Ella bajó los hombros. Su marido tenía otros zapatos, cómo no. Era el hombre más rico de Inglaterra. ¿Cómo no iba a tenerlos?

Se dirigió a la puerta de la casa arrastrando los pies.

Lady Croft y lady Montgomery estaban ya allí, despidiéndose de lord Savill y su padre.

Lord Savill se acercó a ella y le quitó las botas de las manos.

—Son mis botas de montar más cómodas.

Ella permitió que se las quitara.

—No puedes irte.

Él se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—No puedes irte sin mí.

—Tengo que hacerlo.

A ella comenzó a martillearle el corazón de puro miedo. Le miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Y si vuelca tu carruaje?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Les pediré a los caballos que tengan cuidado con dónde pisan.

Ella le agarró del brazo y dijo irritada:

—No bromees. ¿Y si un salteador de caminos te aborda y te dispara? ¿Y si nieva tanto que te quedas atrapado y no consigues salir? La escarcha del suelo parece resbaladiza... O podría estar formándose una tormenta descomunal.

Él le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos.

—Volveré, te lo prometo.

A Jane le tembló el mentón.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré. —Le enjugó la lágrima que había resbalado por su mejilla. Acercó los labios a su oído y susurró en tono provocador—: ¿Tanta preocupación por un marido no deseado?

Ella se puso rígida.

—Me preocuparía por cualquiera.

—No te veo rogando a mi padre que se quede.

—Porque las decisiones las tomas tú.

Lord Savill se rio.

—Debes de ser profundamente infeliz, entonces. Llevas meses lejos de tu familia. ¿También les rogaste a tu madre y a tus hermanas que se quedaran cuando vinieron de visita? Habrás llorado durante semanas después. Me extraña haberme perdido semejante espectáculo.

Jane se echó hacia atrás, obligándole a soltarla. Estaba asombrada. No podía entenderlo. Apenas había echado de menos a sus padres en los meses que llevaba viviendo lejos de ellos y, sin embargo, pensar en separarse unos pocos días de lord Savill hacía que se le retorciera de pena el corazón.

Le miró con fijeza, desconcertada.

La mirada de lord Savill se enterneció, como si intuyera la tormenta que se estaba gestando en su interior. No se mofó de ella. Al contrario; la besó en la frente.

Jane cerró los ojos al sentir su aroma. Se inclinó hacia adelante y levantó la cabeza, deseando más.

—Cuídate —susurró él, y le rozó la mejilla con los nudillos.

Se apartó de ella y Jane sintió deseos de gritar. No quería separarse de él.

Lord Savill se dio la vuelta para despedirse de su madre y su hermana, pero siguió mirando a Jane a menudo mientras reía y charlaba con ellas.

Cuando salió por la puerta, Jane le siguió sin apenas notar el viento cortante y el frío. Lord Savill subió al carruaje y Jane sintió que el corazón se le salía del pecho de un salto y se metía en el bolsillo de su marido.

—Cuídate —dijo, repitiendo lo que le había dicho él, mientras los caballos relinchaban y el carruaje se alejaba.

OceanofPDF.com

Capítulo Treinta y cinco

Jane, Georgiana y lady Croft estaban sentadas en la biblioteca, junto al fuego, después de una espléndida cena.

Lady Montgomery se había retirado temprano.

—Deja de lamentarte como una jovenzuela enamorada —la regañó lady Croft—. Mi hermano lleva semanas fuera. Ya es hora de que te comportes como antes.

Jane se quedó helada.

—No soy una jovenzuela enamorada. Qué idea tan horrible.

Georgiana se rio. Seguía estando muy delgada después de su enfermedad, pero su sonrisa había vuelto a ser tan alegre y contagiosa como antes.

—Jane solo ama sus cuadros, nada más, ¿no lo sabías?

Lady Croft puso los ojos en blanco.

—Por eso no ha cogido el pincel desde que mi hermano dejó Bellmore Hall. Sinceramente, Jane, ¿qué ves en él? A mí me resulta inconcebible que un hombre pueda conmoverme tan profundamente.

—No me conmueve. Y no le echo de menos. —Jane se levantó.

El mayordomo llamó a la puerta.

—Sir Fairfax ha venido a verla, milady.

Jane se quedó boquiabierta. Sir Fairfax era un hombre apuesto, alto, moreno y de expresión reconcentrada e intensa. Se rumoreaba que su madre no era la bella lady Fairfax, sino una mujer mucho más exótica. Su padre era un conocido donjuán, y la piel morena y los ojos almendrados de sir Fairfax daban que pensar.

—¿Ha escrito para anunciar su visita? —preguntó lady Croft.

—Sí. —Jane se dio una palmada en la frente—. Me preguntó si podía visitarme para hablar conmigo sobre la Real Sociedad de Artes. También quería ver mis obras.

—¿Cómo es posible que no nos hayas avisado? —chilló lady Croft—. Tenemos un aspecto terrible.

—Mi vestido está manchado —añadió Georgiana, irritada.

—Hágale pasar —le dijo Jane al mayordomo.

—¿Aquí? —exclamó lady Croft.

—La chimenea del salón no está encendida —contestó Jane en tono juicioso.

—Voy a cambiarme. —Lady Croft se levantó y salió a toda prisa.

Georgiana se quedó mirando su falda manchada y luego se encogió de hombros.

—No creo que tenga ojos para nadie, más que para tus cuadros. Es un artista de renombre.

El mayordomo volvió a llamar a la puerta y las chicas se levantaron.

—Lord Plaskett está aquí —anunció el mayordomo en tono de disculpa—. Se ha negado a esperar.

—¿Lord Plaskett? —dijo Georgiana, llevándose la mano al pecho.

El mayordomo se apartó para hacer pasar a los dos caballeros.

Ellas hicieron una reverencia.

Jane miró a Georgiana, que había palidecido. Torció el gesto. Su amiga no parecía alegrarse de ver a su prometido y, ahora que lo pensaba, desde su enfermedad no había vuelto a hablar de él. Georgiana se había quedado en Bellmore Hall porque ella se lo había pedido, pero ahora se preguntaba si no habría algún otro motivo por el que no quería volver a casa.

Echó un vistazo al semblante tenso de lord Plaskett y decidió salir de la habitación. Era un riesgo, pero necesitaban hablar a solas.

—¿Le gustaría ver mi trabajo? —le preguntó a sir Fairfax cuando salieron de la sala.

Tras una breve vacilación, él permitió que le condujera fuera. Jane dejó la puerta entreabierta y le lanzó una sonrisa tranquilizadora a Georgiana, que parecía asustada por el giro que habían dado los acontecimientos.

Su amiga ya llevaba demasiado tiempo languideciendo. El modo en que la había tratado lord Plaskett durante su enfermedad no auguraba nada bueno para su futuro. Si Georgiana no rompía el compromiso, Jane lo haría por ella. ¿Cómo podía confiar en un hombre que no le había enviado ni una

mísera flor y mucho menos había ido a verla para reconfortarla? Una carta educada deseándole una pronta recuperación era lo que enviaba un simple conocido, no un futuro esposo.

—¿Dónde están los cuadros? —Sir Fairfax se aclaró la garganta.

—Algunos están colgados en la galería de lord Savill y otros en el cenador, pero ahora mismo hay poca luz. Lord Savill ha prometido hacer instalar lámparas de aceite en mi taller.

—Entiendo —dijo él—. ¿Dónde está su marido?

—Se ha ido a Escocia. Volverá pronto a casa. —Jane apretó el paso.

Sir Fairfax la siguió con facilidad.

—La reunión de la Real Sociedad de Artes se celebrará dentro de quince días. El ingreso oficial consiste en un simple juramento...

Jane le dejó hablar mientras ella seguía pensando en Georgiana, asediada por las dudas. ¿Se tomaría bien lord Plaskett la noticia? ¿Y si intentaba agredir a Georgiana? No se atrevería, estando bajo el techo de lord Savill.

Llegaron a la galería y sir Fairfax se detuvo frente a uno de sus cuadros.

—Los colores son nítidos y brillantes. Veo que sus circunstancias le han permitido conseguir los mejores pigmentos.

—He sido muy afortunada, señor.

—Magnífico —le sonrió él—. Las líneas son pulcras, los colores puros, pero creo que algunas partes de este paisaje están hechas con prisa. Aquí. —Acarició el lienzo—. Y aquí.

Ella inclinó la cabeza.

—Me ha pillado. Soy impaciente.

—Creo que cuando madure, su trabajo mejorará.

Jane arrugó el ceño.

—No soy tan joven.

Él se rio.

—Me he expresado mal. Quería decir cuando sea más sabia y comprenda las emociones humanas más íntimamente.

—No le entiendo.

—Ya me entenderá. No me extraña que la Real Sociedad de Artes la haya acogido en su seno. Dentro de unos años, su trabajo será brillante.

Confieso que temía que hubiera comprado su ingreso, teniendo en cuenta quién es su marido, pero me alegra comprobar que no es así.

Jane le miró con sorpresa.

—Así que esa es la razón por la que quería verme.

Él asintió.

—Lo siento. Le pido humildemente disculpas.

Ella le sonrió. Un momento después, notó un hormigueo en el cuello y al volverse vio un par de ojos oscuros que la observaban con intensidad. Lord Savill había vuelto y, a juzgar por su expresión tumultuosa, parecía pensar que ella tenía una aventura.

Mientras charlaban, sir Fairfax le había puesto una mano en el hombro. Jane supuso que su propia sonrisa no había contribuido a mejorar las cosas, y lo mismo podía decirse de la hora y del hecho de que estuvieran solos.

Vio que lord Savill giraba sobre sus talones y se alejaba. Le dio un vuelco el corazón y las lágrimas afluyeron a sus ojos.

—Tengo que irme —le dijo a sir Fairfax, y corrió tras su marido.

No le importaba que la Real Sociedad de Artes pensara que era una necia por despedir sin contemplaciones a un caballero tan importante.

—¡Richard! ¡No es lo que piensas! —dijo al irrumpir en su habitación.

Él arrojó los guantes sobre la cama, con la espalda rígida e inflexible.

Jane comprendió entonces que su marido significaba para ella más que su arte. Más que cualquier otra persona en el mundo. Y la ponía enferma que pensara que le había traicionado.

Le agarró del brazo y le hizo girarse.

—Mírame. Sir Fairfax ha venido esta noche a ver mis cuadros y a hablarme de la próxima reunión con la Real Sociedad de Artes. Lord Plaskett llegó al mismo tiempo y pensé que era mejor dejar que Georgiana hablara con él a solas.

Él la miró con el semblante petrificado. Jane se dio cuenta de que estaba cansado y necesitaba dormir. No pensaba con claridad. De lo contrario, no habría creído tal cosa.

Claro que también había dado por sentado que ella le había tendido una trampa para casarse con él y le había pedido que mantuviera las

distancias y que no esperara ninguna muestra de cariño por su parte.

—Te lo juro. No significa nada para mí.

Él se encogió de hombros, dando a entender que le traía sin cuidado. Sin embargo, sus ojos brillaban con furia.

A Jane comenzó a latirle con fuerza el corazón. Sintió que él se le escapaba de las manos. Sintió que le perdía y que no podría recuperarle.

—He hecho un largo viaje. Me gustaría retirarme. —Su tono era tan frío que Jane se estremeció.

No pudo soportarlo. Se puso de puntillas, le agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hasta que sus labios se encontraron.

Algo se desgarró dentro de ella, inundándola de emoción. El deseo, el dolor y el anhelo se agolparon en su interior, oleada tras oleada.

Él le devolvió el beso como si se hiciera eco de sus sentimientos, pero de repente se apartó.

Parecía conmovido.

—He hecho un largo viaje —repitió—. Hablaremos por la mañana.

Jane asintió, demasiado conmovida para llevarle la contraria. Esa noche durmió en su cuarto y sus sueños fueron caóticos, sensuales y aterradores.



Su marido había dicho que hablarían por la mañana, pero al día siguiente ella no tuvo valor para volver sobre el asunto y él se comportó como si no hubiera pasado nada.

Algo, sin embargo, había cambiado. Lord Savill se mostró tan amable como de costumbre, pero la trataba con un extraño distanciamiento que hacía sufrir a Jane.

La sonrisa que le dedicó en la mesa del desayuno era cortés y sus palabras sonaban rígidas y formales.

Jane odiaba aquello, le odiaba a él por hacer que fuera todo tan incómodo. Cogió un huevo cocido y se lo lanzó a la cabeza, sobresaltándolos a todos.

—Me voy a dar un paseo —les espetó cuando la miraron atónitos.

Estaba nevando y ella estaba demasiado enfadada para acordarse de ponerse un abrigo. Empezó a tiritar y el recuerdo de su enfermedad afloró de nuevo. No quería volver a enfermar, pero enfrentarse a aquel hombre insufrible la mataría.

Alguien le echó un chal sobre los hombros, y vio a Georgiana y a su hermana Dorothy mirándola, divertidas.

—Qué sorpresa tan encantadora —masculló Jane—. No te esperaba, Dorothy.

Su hermana sonrió.

—Nunca había visto a la dulce y tranquila Jane temblar de rabia.

—No estoy temblando de rabia. Solo tengo frío, nada más.

Dorothy la enlazó del brazo.

—Johnny, mi hijo pequeño, ha estado enfermo. Hace poco que volvió de África y creíamos que se trataba de una enfermedad tropical que ningún médico inglés era capaz de diagnosticar. No he querido decírtelo porque aún estabas convaleciente. Lord Savill nos buscó un doctor excelente que había regresado hacía poco de la India. Sabía lo que había que hacer y Johnny por fin se ha recuperado. He venido a darle las gracias.

—Esta mañana le ha tirado un huevo cocido —dijo Georgiana tratando de no echarse a reír.

Jane se enterneció. Su marido había estado ayudando a su familia sin decírselo.

Dorothy la besó en la mejilla.

—Voy a hablar con él. Abrígate bien y discúlpate. Es demasiado bueno para que le tiren huevos.

Cuando Dorothy se fue, Jane encontró un banco frente al lago y se dejó caer en él. Georgiana se sentó a su lado.

Jane suspiró.

—¿Rompiste tu compromiso con lord Plaskett?

—Sí.

—¿Se lo tomó bien?

—No.

—¿Tengo que matarle y enterrarle en el huerto?

Georgiana sonrió.

—Intentó violarme. Angélica entró blandiendo un atizador y le echó. No volverá a molestarme.

—¿Estás disgustada?
—Aliviada, más bien.
—Me alegro. Era un papanatas. Dime una cosa, Georgie.
—¿Sí, Janey?
—¿Desde cuándo eres tan sabia?
—Desde que me enamoré.
—¿Crees que yo soy sabia?
—Todavía no, pero estás a punto de serlo. Un empujoncito y caerás de ese lado.
—Da miedo pensarlo.
—Sí, así es.

OceanofPDF.com

Capítulo Treinta y seis

Jane movió los hombros e hizo crujir sus nudillos. Estaba lista para pintar. Agarró el pincel y miró con atención el óleo sobre lienzo a medio terminar. Había estado trabajando en una escena que representaba un baile.

Esta vez no se centró en las cortinas ni comprobó si el brillo dorado de las lámparas de gas era fiel a la realidad. Ignoró el delicado encaje que bordeaba la enagua de la joven danzante y el sombreado de las botas de cuero del hombre. La técnica era impecable, los colores intensos, las líneas perfectas y, sin embargo, faltaba algo.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño, concentrada. El cuadro le parecía plano, no porque no hubiera aplicado bien las capas de pintura o porque la composición estuviera mal, sino porque la escena representaba a unas cuantas parejas bailando, nada más.

De repente se dio cuenta de que ya no quería centrarse en cómo pintaba, sino en por qué pintaba algo. Ahora que comprendía las emociones más profundas —la pasión, el anhelo, la desesperación y el dolor—, quería plasmar esas realidades en el lienzo.

Dejó el cuadro a un lado y cogió un nuevo lienzo. Quería pintar para suscitar sentimientos, para mostrar la verdad descarnada, para hacer que el espectador se removiera incómodo al hallarse frente a las emociones puras representadas en el cuadro.

Cogió un carboncillo y empezó a dibujar. Una sensación de euforia se apoderó de ella, haciéndola temblar. Eso era. Esa era la diferencia entre un buen pintor y un maestro. Cuando uno comprendía el oficio por completo, podía romper con la tradición y traspasar las líneas prohibidas.

Sacó las acuarelas y trabajó con frenesí, sin centrarse en la composición, el sombreado o la elección de los colores, sino en las crudas emociones que quería trasladar al lienzo. Se sentía como si se hubiera disuelto en la joven a la que estaba pintando, una muchacha encantadora

con un sencillo vestido blanco, que miraba desde el lienzo sosteniendo un melocotón perfectamente maduro. Sus ojos reflejaban un sinfín de emociones. Su piel se asemejaba a la del rosado melocotón y su pelo se rizaba, indomable, alrededor del rostro.

No hacía falta nada más.

Ni un fondo complicado, ni pinturas o pinceles caros. La belleza estaba en la sencillez.

Cuando terminó, se apartó para contemplar su obra. Le dio un vuelco el corazón al comprender que aquel sería uno de sus mejores trabajos.

—Una chica enamorada —comentó lady Croft al entrar en el cenador—. Es maravilloso.

—¿Qué has dicho? —Jane sintió que se le secaba la boca.

—Esa chica está enamorada. Está claro como el agua. Una emoción difícil de capturar y aun así lo has hecho maravillosamente con unas pocas líneas llenas de inteligencia.

Jane miró el cuadro con sorpresa. No podía haber pintado una emoción que nunca había sentido.

Lady Croft siguió hablando sin darse cuenta de la tormenta que se había desatado dentro de Jane.

—Hace más calor aquí. Me alegro de que Richard haya conseguido que instalen las chimeneas. En ninguna otra habitación habrías tenido tanta luz natural...

Jane se dejó caer en el banco y volvió la cara. Había intentado mostrar al mundo la verdad desnuda, aunque desagradable, pintando el tumulto que sentía dentro de sí y, en cambio, había dibujado su secreto más profundo y aterrador. Estaba enamorada y ya no podía negarlo.

Ahora que pensaba en ello, había ciertas pequeñas cosas que deberían haberle revelado la verdad sobre sus sentimientos. La forma en que se había apoyado en lord Savill durante su enfermedad, cómo le buscaba con la mirada en cuanto se despertaba por la mañana, su preocupación por él cuando se marchó a Escocia...

El modo en que él había cuidado de su familia y ella de la suya. El hecho de que se hubiera acostumbrado a sentir el peso de su brazo enlazándola mientras dormía y de que él sintiera la necesidad de acariciarle la mejilla con los nudillos cada vez que la veía.

Incluso los celos ardientes que reflejaban sus ojos cuando la había sorprendido con sir Fairfax y la necesidad desesperada de ella de explicarse eran indicios que ardían cegadores frente a ella, tratando de demostrarle la seriedad con que se tomaban ambos sus votos matrimoniales y lo profundo que se había vuelto el lazo que los unía.

Georgiana entró en ese momento, sacándola de sus cavilaciones, y empezó a aplaudir.

—¡Qué preciosidad! —exclamó, observando el boceto.

Jane se volvió hacia ella con ojos brillantes.

—No puedes pedirle a un médico que te tome el pulso y cuente los latidos de tu corazón para saber si amas o no a alguien. Es su preocupación por ti lo que revela cuánto te ama.

Georgiana la miró pensativa.

—La falta de interés de lord Plaskett por mi bienestar me hizo comprender que no me amaba en absoluto. Nunca me amó. Las palabras floridas, los regalos trillados y los gestos superficiales de nuestro noviazgo carecían de sentido, porque, cuando llegó el momento de demostrar que me amaba, fracasó. Al igual que mi familia.

Jane la abrazó.

—Yo soy tu familia. Todos lo somos. Te adoramos y puedes quedarte aquí para siempre, si quieres. Eres mi hermana, si no de sangre, sí de espíritu.

Georgiana sonrió.

—A veces, los amigos y la familia que una hace en la vida son mucho más valiosos que los que te tocan al nacer.

—¿Damos un paseo? —preguntó lady Croft, enlazando su brazo con el de Georgiana.

Jane asintió. Se le agolpaban tantos pensamientos en la cabeza que le dolía. Se puso el abrigo y salió del cenador. Apretó el paso, deseosa de estar sola por el momento.

Llegó al lago, cogió una piedra y trató de hacerla saltar sobre el agua, pero se hundió.

Cogió otra y la frotó con el pulgar. Estaba enamorada de lord Savill.

Le amaba más que a nadie o a nada en el mundo. Y su oficio no se había quedado en la cuneta por el simple hecho de que se hubiera

enamorado, sino que se había visto potenciado por la intensidad de sus sentimientos.

Al dibujar a aquella joven, la emoción, la alegría y la intensidad de sus sentimientos le habían hecho desear que el proceso de dibujo durara más de lo que había durado. Por primera vez, había disfrutado tanto creando que no quería que esa sensación terminara. Cada trazo había hecho que su corazón latiera más aprisa y que la embargara una oleada tras otra de intensa emoción.

Apretó los puños y cerró los ojos cuando la imagen de lord Savill apareció una vez más en su cabeza.

Recordó la espera mientras se secaba el óleo y las capas de *gesso* se infiltraban en el lienzo, las largas horas que había pasado machacando y mezclando pigmentos. De repente, se imaginó haciendo todas esas cosas junto a lord Savill.

El rubor coloreó sus mejillas cuando se le imaginó besándole el cuello mientras ella molía flores secas.

Era maravilloso tener aspiraciones, pero aún más emocionante era enamorarse.

Georgiana le tocó el hombro.

—¿Estás bien?

Jane se rio, un poco delirante.

—La meta es ser feliz, no ser famosa. Es manejar el pincel como una artista y no pensar en cuántos cuadros he terminado y cuánto he tardado en hacerlos.

Esta vez, cuando lanzó la piedra, esta rozó el agua sin esfuerzo y rebotó ocho veces antes de hundirse.

La voz de Lord Savill sobresaltó a las dos jóvenes.

—Su madre está aquí, lady Berry. Prepárese.

Apenas miró a Jane, y ella sintió que un vasto océano se abría entre ellos. Richard le había dicho que no quería que le amara. Había dicho que el suyo era un matrimonio solo de nombre. Tal vez solo era un hombre bondadoso que creía su deber cuidar de su esposa enferma.

Quizá no la amara.

Sería humillante admitir que se había enamorado solo para que él la rechazara y luego tener que verle todos los días y acordarse de su rechazo.



Entraron en la casa y comenzaron a quitarse los sombreros y los abrigos.

—Me pregunto qué querrá.

Las palabras de Georgiana interrumpieron el ensueño de Jane.

—Llévate a casa, querida. La gente está empezando a hablar —dijo lady Berry al entrar.

Las chicas la siguieron al salón y se sentaron. Sobre la mesa, frente a ellas, había una bandeja de plata con té, café y galletas. Los lirios de la cofia de lady Berry se estremecían, irritados, y sus diamantes relucían ofendidos.

—¿Sirvo el té? —preguntó Jane.

—No voy a ir contigo, madre. —A Georgiana le tembló la voz al hablar.

—Pero llevas meses en esta casa —repuso lady Berry. Sus mejillas carnosas parecieron marchitarse de pronto y su boca se torció hacia abajo.

—Soy más feliz aquí —dijo Georgie con firmeza.

—La estamos cuidando bien —afirmó lady Croft.

—Tienes que volver a casa. —Lady Berry se levantó y clavó la sombrilla en la alfombra—. No quiero oír ni una palabra más. Has roto tu compromiso y ni siquiera nos has informado. He recibido cartas y visitas preguntando si nuestra hija se ha escapado.

Georgiana se levantó lentamente.

—No te molestaste en venir cuando estuve enferma y te presentas aquí en cuanto la gente ha empezado a hablar. Está claro que tu imagen y tu posición social son más importantes para ti que la felicidad y el bienestar de tu hija. He sido una buena hija, pero tú has sido una madre espantosa. La tía Agatha me dejó algún dinero. He estado viviendo de él durante los últimos dos meses y soy muy feliz así. Puedes volver a casa.

—Nosotros somos tu familia.

—No, ellos son mi familia —dijo Georgiana, enlazando su brazo con el de lady Croft.

Lady Berry hizo una mueca.

—No entiendo qué te ha pasado. Nunca has sido así.

—Ahora soy más valiente y me siento a gusto. Ya no tengo miedo de decir lo que pienso.

—Tendré que llevarte a casa por la fuerza —le advirtió lady Berry.

—Entonces, en cuanto tenga oportunidad, me fugaré con un mayordomo o un lacayo.

Lady Berry retrocedió tambaleándose.

—No serás capaz —dijo llevándose una mano al corazón.

Su hija se encogió de hombros.

—¿Por qué no me pones a prueba?

—Te aburrirás de esta nueva independencia.

—Entonces volveré a casa.

Lady Berry tuvo que conformarse con eso. Salió de la habitación sin decir siquiera adiós.

—Vaya, eso ha sido impresionante. —Jane se secó el sudor de la frente.

A Georgiana le brillaron los ojos.

—Me siento feliz. Absolutamente libre y feliz.

Lady Croft la abrazó.

—A veces hay que escucharse a una misma en lugar de seguir las reglas que marca la sociedad.

Georgiana volvió a sentarse.

—Penélope mencionó una encantadora casita de campo en Bath. No está lejos de aquí, tiene unas vistas preciosas y está dentro de mis posibilidades. Podría vivir allí el resto del año y venir a Londres para la temporada.

—Has pensado en todo —dijo Jane, sorprendida.

—Yo viviré contigo —repuso lady Croft—. Tengo suficiente dinero propio para no necesitar el apoyo de mi hermano. No puedo vivir toda la vida en esta casa. Quiero un hogar propio.

—¡Qué divertido! —Georgiana sonrió.

Jane las observó, entristecida. Iban a marcharse. Pero compuso una sonrisa y las animó a seguir haciendo planes.

—Vendremos de visita. —Georgiana no se dejó engañar por su sonrisa.

—A menudo —asintió lady Croft.

Jane se enjugó una lágrima.

—Os quiero mucho a las dos.

Georgiana le apretó la mano.

—Vamos a abrir una escuela. Tendremos que escribirnos constantemente.

Esa noche, cuando Jane se retiró a su dormitorio, abrió la ventana y se sentó en el escritorio.

La vela parpadeaba, pero necesitaba que la brisa invernal refrescase su piel. Estaba enamorada e iba a hacer algo al respecto. Ver la valentía de Georgiana, la forma en que había luchado por su felicidad, la había impulsado a hacer lo mismo. No podía seguir soportando aquella situación. No podía vivir bajo el mismo techo que Richard sin saber qué sentía por ella. Tan pronto estaba convencida de que la amaba como achacaba sus actos a simple bondad.

Su miedo al parto le parecía de repente ridículo. Se imaginó abrazando a un niño pequeño con la nariz de lord Savill y sonrió. El amor había triunfado sobre sus temores. La felicidad de Richard era más importante para ella que cualquier otra cosa en el mundo, y sabía que tener un hijo le haría inmensamente feliz.

El problema era que había estado evitándola desde la visita de sir Fairfax. Abandonaba la habitación en cuanto ella entraba y, si intentaba hablar con él, la rechazaba suavemente.

Con un sollozo ahogado, sacó una hoja, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir.

Queridas hermanas:

Necesito vuestra ayuda. Me gustaría seducir a mi marido y tener catorce hijos. Este es el plan...

Capítulo Treinta y siete

Era más de medianoche. Jane se paseaba por la habitación con las manos metidas en un manguito de piel.

—¡Silencio, Dimbercove!

El corazón le dio un brinco al oír aquella voz. Se apresuró a abrir la puerta.

Había dos personas encapuchadas esperando en las sombras.

—Nos envía Jimmy, el honorable salteador de caminos —dijo un joven—. Soy su hijo, Dimbercove.

Jane frunció el ceño.

—¿Dónde está Jimmy?

—Le chasqueaba horrores la rodilla. Y le dolía a rabiar. A papá le afecta mucho el frío. Le daba pánico subir las escaleras, así que nos ha enviado a nosotros. —La persona que estaba a su lado le dio un codazo. Dimbercove se apresuró a continuar—. Está esperando en la entrada.

Jane miró al otro desconocido preguntándose quién sería, pero un gruñido y un chillido la hicieron salir a toda prisa.

Las velas aún no se habían apagado y las lámparas de aceite arrojaban una luz tenue. Se asomó por entre los barrotes de la barandilla y vio a una criatura embozada en un chal oscuro corriendo por el vestíbulo, perseguida por el Señor Williams mientras la Señora Williams le picoteaba los tobillos.

El Señor Williams consiguió agarrar el chal y se lo quitó de un tirón.

—¡Alto, Señor Williams! —gritó Jane, y bajó corriendo las escaleras—. Es Jimmy, un amigo.

El guepardo la miró ladeando la cabeza, como si le preguntara si estaba segura.

Jane puso una mano en el hombro de Jimmy.

—Sí, es un salteador de caminos, pero honorable. Ahora, apartaos. Necesito hablar con él.

De mala gana, la Señora Williams dejó de picotear los tobillos del bandido y se alejó a toda prisa mientras el Señor Williams se sentaba y los observaba con recelo.

Jimmy inclinó la cabeza.

—Lamento haber participado en el engaño para casarte con lord Savill. El haberte traicionado me tortura el alma. No puedo dormir, ni comer ni beber. Mira mis ojos. —Se levantó los párpados con los dedos.

Ella dio un respingo.

Él gimió.

—Lo siento, pequeña. No quería hacerlo, pero Penny me obligó.

—Lo entiendo. No estoy enfadada.

—¡Yo sí! Estoy furioso conmigo mismo. Debería haberte preguntado, haber hablado contigo y haber tratado de convencerte. No secuestrarte y echarte a los lobos.

—Son mi familia. Querían lo mejor para mí.

—¡Ay, he pecado! Me tumbaré en el suelo y puedes pedirle a esa bestia feroz que me devore empezando por el dedo gordo del pie. La gallina puede picotearme los ojos.

—Calla y deja de lamentarte. Vas a despertar a la familia. He dicho que te perdono. Ahora no es momento de pensar en eso. Ven a tomar el té otro día y hablaremos tranquilamente.

—Había olvidado que soy bienvenido aquí durante el día —gimió él—. ¡Cuánto amor y respeto se me otorga a mí, a un delincuente, a un ladrón y un bandido! No lo merezco. Pídele a ese ser, a ese gato salvaje y gigantesco, que me coma. Dile que soy un ratón sabroso. Un pequeño tentempié.

—Levántate —ordenó Jane.

Jimmy se puso de pie, con la cabeza gacha.

Ella le tomó del brazo y le arrastró afuera.

—Bueno, ¿dónde está tu carruaje?

—Más arriba.

Jane estremeció cuando empezaron a caer copos de nieve del cielo. La brillante luz de la luna iluminó el carruaje, que estaba en las sombras

bajo un gran roble. Condujo a Jimmy hasta él, agarrándole firmemente del brazo.

—Lo siento —dijo el bandido.

—Ya te he dicho que te perdono. Bien, ¿dónde tienes a mi marido?

—Penélope se ocupó de buscar la casa. No está lejos.

—Espero que no hayas sido demasiado duro con él.

—Le he tratado como si fuera un corderito travieso.

—Tú comes cordero.

Jimmy puso los ojos en blanco.

—Soy un delincuente profesional. Sé atar a un hombre sin hacerle daño. Ahora, vamos. ¡Dimbercove! ¡Elizabeth! ¡Subid al carruaje enseguida!

Todos se quedaron parados.

Jane se giró despacio y miró a las figuras encapuchadas.

—¿Has dicho Elizabeth?

Jimmy tragó saliva.

—¿Eso he dicho? Soy un anciano. Mi memoria ya no es la que era. Digo muchas tonterías. No me hagas caso. No quise decir Elizabeth, sino Gizabith.

—Eso no es un nombre.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco lo es Dimbercove y ahí lo tienes. A las mujeres les gusta poner nombres extraños a los niños. Conozco a un deshollinador que se llama Calderilla.

Jane se abalanzó sobre la figura más pequeña y le quitó la capucha.

—¡Elizabeth Fairweather! Lo sabía.

—¡Malditas sean mis nalgas! —refunfuñó su hermana.

—Ha dicho «nalgas». —Jimmy abrió los ojos de par en par y se desmayó, seguido por su hijo.

Jane dejó escapar un suspiro al verlos aterrizar en el suave suelo nevado.

Elizabeth sonrió.

—¿No te alegras de que esté aquí para ayudarte, hermanita? Bueno, yo le agarro por las muñecas y tú por los tobillos y a la de diez le subimos al carruaje.

Jane entornó los ojos y dio una palmada. El cochero se presentó al instante.

—O podemos dejar que lo haga él.

Elizabeth se encogió de hombros.

—No te enfades. La última vez me perdí toda la diversión. No podía perderme esto también.

—¡Pero hacerte pasar por un ladrón! ¡Qué vergüenza, Lizzy!

Elizabeth hizo un mohín.

—Jimmy es de la familia. No habría dejado que nadie me hiciera daño.

Jane suspiró.

—Entra. Tengo que ir a rescatar a mi pobre marido.

—¿Pobre? Es el hombre más rico de Inglaterra. Y, Jane, ¿por qué llevas un vestido de baile tan elegante? ¿Quién se viste así después de secuestrar a su propio marido?

Jane se recogió la falda de seda color crema y se deslizó en el suave asiento de terciopelo rojo. El cochero depositó a los dos hombres en el suelo mientras Elizabeth se sentaba frente a ella. Las chicas golpearon las paredes del carruaje y este se puso en marcha.

Jimmy y Dimbercove volvieron en sí al poco rato. Se sentaron y miraron a Elizabeth con enfado. Ella sonrió y batió las pestañas.

Jane se aclaró la garganta.

—Entraré en la casa sola. Jimmy, ¿te asegurarás de que mi hermana vuelva a casa sana y salva?

Él asintió.

—Para mí es como una hija.

—Deberíamos echársela de comer a los lobos —refunfuñó Dimbercove al mismo tiempo.

Elizabeth le dio un golpe en la cabeza.

—A ti sí que debería echarte a los lobos, tontorrón.

—¡Papá! —gritó Dimbercove.

Jane se alegró cuando el carruaje se detuvo. Estaba deseando escapar de aquellos dos adolescentes traviesos y peleones.

La casa que tenía enfrente era preciosa. Bajó rápidamente del carruaje y le hizo un gesto al cochero para que arrancara.



La nieve que cubría el suelo, las ramas y las hojas hacía que la casa y su jardín parecieran aún más hermosos.

Abrió la puerta principal y entró con cautela.

—¡Hola! —gritó.

Su voz resonó como si la casa estuviera vacía, pero lord Savill apareció frente a ella al instante y la miró con asombro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿Cómo te has desatado?

—¿Cómo sabías que estaba atado?

—Eh...

—¿Jane?

—Jimmy me ha secuestrado —balbuceó ella—. Y me ha dicho que te había secuestrado también a ti y que te había atado.

—¿Y luego te ha dejado marchar?

—Algo así.

Él la miró con sospecha.

Jane se frotó los brazos. Estaba terriblemente nerviosa. No sabía cómo expresar todo lo que quería decirle. Curiosamente, se le había quedado la mente en blanco.

Él le hizo un gesto para que le siguiera.

—Tendrás frío. Ven, he encendido la chimenea del dormitorio. Creo que esta casa hace tiempo que no se usa. No hay sirvientes, ni siquiera un guarda.

Jane arrastró los pies tras él, preguntándose qué debía hacer ahora. Estaban en una casa vacía, solos, lejos de todos sus conocidos. El carruaje volvería al día siguiente, pero, hasta entonces, estaban atrapados el uno con el otro.

Ella estaba contenta, pero él no.

La habitación a la que la llevó era muy hermosa. El papel pintado con motivos florales era de tonos azules y crema, y el mobiliario de madera oscura, la exquisita ropa de cama de encaje y los jarrones repletos de rosas de tallo largo eran, evidentemente, obra de sus hermanas.

Aquel no parecía sitio para un secuestro, y Jane sospechaba que lord Savill se había dado cuenta de que había gato encerrado.

—¿Cómo te desataste? —preguntó de nuevo mientras se acercaba a la ventana.

Se quedó boquiabierta ante la vista. El mar estaba solo a unos metros de distancia. Oyó el fragor del oleaje y apoyó la cabeza en el frío cristal de la ventana.

—Jimmy me dejó suelto.

—¿Jimmy? ¿Quién es Jimmy?

—El amigo de tu familia. Jimmy, el salteador de caminos.

—¿Estás segura de que ha sido él? ¿Por qué haría una cosa tan extraña? —A Jane le dieron ganas de abofetearse. Poco antes se había felicitado por un trabajo bien hecho; ahora, en cambio, todo parecía desmoronarse ante sus ojos.

—Me acabas de decir que Jimmy te secuestró y te trajo aquí. ¿Ya lo has olvidado? —Lord Savill se acercó a ella con una sonrisa en los labios —. Puede que lo haya organizado todo tu hermana.

Jane se aferró a sus palabras.

—Sí, sí, creo que ha sido ella quien ha mandado que me secuestren y me traigan aquí. Me pregunto por qué lo habrá hecho.

—¿Has visto eso? —La agarró del hombro y la hizo girarse—. Creo que es uno de tus cuadros.

Jane se volvió para mirar lo que le señalaba y vio el cuadro del farolero colgado en la pared.

—¿Cuándo lo pintaste? —preguntó él.

—Antes de conocerte.

Él pareció extrañado.

—¿Me habías visto antes?

—No, nunca.

—Entiendo.

Jane sintió el impulso de decirle que estaban destinados a estar juntos, pero se mordió la lengua.

Él la miraba fijamente, con expresión pensativa. Ella tragó saliva y desvió los ojos.

—Debo tener un aspecto horrible. Me han raptado cuando estaba a punto de irme a la cama.

Él ladeó la cabeza y contempló su pelo cuidadosamente peinado, su vestido de seda y sus labios sonrosados.

—Tu belleza reside en tu naturalidad, sin cosméticos ni artificios. Cuando tu piel está limpia y ruborizada por la emoción y no por el colorete, y tus ojos brillan de alegría y no por los afeites... ¡Oh, al diablo! Angélica me dijo esta mañana que hablara poéticamente para cortejarte, pero luego me secuestraron, y ahora todo me suena espantoso en vez de lírico...

El corazón de Jane empezó a latir con fuerza.

—¿Para cortejarme?

—¿Estás enfadada?

—Soy muy feliz.

—Ya veo.

Ella tragó saliva.

—Bueno, creo que es hora de que confiese.

—¿Sí?

—Te hice secuestrar. Te negabas a escucharme, salías de la habitación cada vez que entraba yo... No me ha quedado otro remedio. Quería explicarte lo de Fairfax...

—Shh, ya te he dicho que confío en ti. —Le puso una mano en los labios—. No hablemos más de él. Sé que esa fue la única vez que le has visto.

—Ah. Entonces este secuestro no ha servido para nada.

—Yo no diría eso.

—¿Estás enfadado?

—No, solo un poco aterrado por las hermanas Fairweather. Tenéis una forma muy singular de conseguir lo que queréis. —Fijó los ojos en los labios de Jane y luego miró hacia cama—. Creo que debería dejarte descansar un poco.

—¿Y tú?

—No tengo sueño. Iré a dar un paseo.

—¿En plena noche?

—Hoy brilla la luna. Necesito alejarme un rato. —Cerró los puños y sus ojos se enturbiaron, llenos de deseo.

Ella comprendió.

—¿Vas a renunciar a tu sueño de tener un heredero?

—Por tu felicidad, sí. —Se alejó un paso de ella—. No quieres tener hijos, lo sé.

—He decidido que quiero catorce retoños, ni uno más.

Él la miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir? Estoy... ¿Qué insinúas?

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo si tú también lo estás. No puedo seguir viviendo con miedo. Antes era terriblemente egoísta.

—No eres nada de eso. Tu contribución al mundo del arte, tu ingreso en la Real Sociedad de Artes lo demuestran. A un hombre no se le cuestionaría, sino que se le alabaría por anteponer su trabajo a su familia.

Jane le miró asombrada.

Richard estaba muy serio.

—Creo que deberías abrir una escuela de arte para mujeres. Tienes espacio, tienes tiempo y...

Ella le besó en la boca.

—Te quiero.

Él abrió los ojos desmesuradamente y dio un paso atrás.

—¿Has dicho que me quieres? Creo que he oído mal.

Jane rompió a llorar.

—Mm mmm mm —farfulló con voz ahogada.

—¿Qué? Lo siento. ¿Se supone que no debía preguntarlo? ¿No me quieres?

—Sí que te quiero —repitió ella con voz más clara.

—¡Oh, yo también! Quiero decir que yo también te quiero. —Volvió a mirar la cama—. Pero tal vez no deberías habérmelo dicho.

Ella se secó las lágrimas y se sonó la nariz.

—¿Por qué?

—Me va a resultar muy difícil tener las manos quietas ahora que has dicho lo que has dicho.

—¿Que te quiero? —sonrió ella—. ¿Y por qué quieres tener las manos quietas?

—Te aterra dar a luz.

Jane le agarró de la mano y le llevó a la cama.

—Todas las mujeres tienen miedo al parto. Pero estuve a punto de morir de un resfriado. ¿Significa eso que debo dejar de salir en invierno?

—Pues entonces... —Richard abrió los brazos de par en par—.
¡Pongámonos manos a la obra ahora mismo para tener a nuestro primer
pequeñín!

Jane soltó una risita y se abalanzó sobre él.

OceanofPDF.com

Epílogo

Penny bebió un sorbo de té en la salita de mañana de la mansión Blackthorne y se recostó en los cojines. Miró a Celine, que estaba sentada frente a ella, y dijo tranquilamente:

—No debería haberme metido hasta ese punto en los asuntos de nuestra hermana, pero fíjate en lo bien que ha salido todo. Tiene tres retoños y un cuarto en camino. Creo que tengo talento para esto.

Celine asintió.

—Es una pena que solo nos quede una hermana.

—¡Elizabeth! —dijo Dorothy irrumpiendo en la habitación.

—Sí, Elizabeth —sonrió Penélope—. Debemos idear un plan para encontrarle marido.

—¡Han pillado a Elizabeth robando el carruaje de lord Snyder! —gritó Dorothy—. ¡Oh, Penny, creo que ni siquiera tú podrás salvarla esta vez!

Penélope se incorporó.

—¿Robando, has dicho?

Su hermana asintió.

—Se disfrazó de salteador de caminos y, junto con Dimbercove, intentó asaltar a lord Snyder. Por desgracia, él llevaba una pistola e iba acompañado de dos fuertes lacayos, y los han atrapado.

—¿Dónde está Lizzy? —preguntó Celine, angustiada.

—En casa —respondió Dorothy—. Cuando lord Snyder se dio cuenta de quién era, la dejó marchar, pero amenaza con contarle todo a menos que...

Penélope se inclinó hacia delante.

—¿A menos que?

—Quiere casarse con Elizabeth.

Celine ahogó un grito.

—¡Ese hombre es tan viejo que podría ser su abuelo!

Dorothy se retorció las manos.

—¿Qué vamos a hacer?

Penélope se frotó las sienes.

—Se acabaron los secuestros. Tendremos que pensar en otra cosa.

—¿Y si la casamos con otra persona? —sugirió Celine—. Así lord Snyder no podrá hacer nada.

Dorothy negó con la cabeza.

—Jane tuvo suerte. No quiero volver a correr ese riesgo.

Penélope levantó la cabeza.

—Tengo un plan. Con un poco de chantaje, algunas amenazas y unos cuantos huesos rotos se arreglará todo.

Celine arrugó el ceño.

—Ni hablar de huesos rotos. Lo demás me parece bien. Pero ¿qué pasa con Elizabeth? Tenemos que hacer algo para frenar a esa chica.

Jane se aclaró la garganta desde la puerta. Tenía la cara sofocada y el vientre muy abultado por el embarazo.

—Conozco el sitio ideal al que enviarla hasta que se calmen las cosas. Y conozco al hombre que la llevará por el buen camino.

—¿Quién? —preguntó Penny llena de curiosidad.

Jane sonrió.

—Lord William Edmond Darby.

Celine pareció extrañada.

—¿Ese erudito gruñón?

—El nuevo cuñado de su mejor amiga —repuso Jane, e hizo una mueca—. Acabo de romper aguas. De todos modos, estoy segura de que es el más indicado para enderezar a nuestra hermana. Creedme. Elizabeth le desprecia y él no es de los que aceptan tonterías infantiles.

—Supongo que no hay nada de malo en intentarlo. —Penélope se levantó y condujo suavemente a Jane a una habitación de invitados mientras Dorothy y Celine pedían a gritos agua caliente y toallas.

Lord Savill entró corriendo en la habitación.

—¿Es la hora?

—Sí —dijo Jane antes de soltar un grito.

Su marido se desmayó y Celine, que ya estaba preparada, le sujetó y le tumbó en el sofá.

—Cualquiera pensaría que ya estaría acostumbrado.

—Es un hombre —repuso Penélope con toda naturalidad—. ¿Qué se puede esperar?

Las hermanas pusieron cara de fastidio al unísono y se prepararon para traer al mundo al nuevo bebé.

Era una niña sana, con la nariz y las pestañas de lord Savill. Jane tomó a su hija en brazos y contempló su dulce rostro con deleite. Estaba deseando empuñar sus pinceles de marta y ponerse a pintarla.

Fin

Si te ha gustado este libro y quieres recibir un ejemplar gratuito del próximo libro de Anya cuando salga a la venta, envíale un correo electrónico a anyawylde@gmail.com.

También puedes [suscribirte a su boletín de novedades](#) para estar al corriente de sus nuevas publicaciones.

**Los ejemplares disponibles son limitados, ¡así que date prisa!*

OceanofPDF.com

Sobre la autora

Anya Wylde vive en Irlanda con su marido, su hijo (un bebé adorable) y un caniche regordete que ahora está a dieta. Prepara un curry espectacular y su idea de hacer ejercicio consiste en estirar los dedos de los pies de cuando en cuando. Es graduada en Literatura inglesa y le apasiona leer y escribir.

Contacta con Anya en Facebook, Twitter o Instagram para recibir notificaciones sobre sus próximos lanzamientos o síguela en su página de autor en Amazon.

Suscríbete a su newsletter [aquí](#).

Sitio web: www.anyawylde.com

OceanofPDF.com